

Robin Cook

TOXINA



de

Kim Reggis, un famoso cirujano cardiovascular, lleva a su hija Becky a cenar la típica hamburguesa con patatas fritas, sin imaginar que este acto cotidiano cambiará su vida para siempre. En los días siguientes, Becky enfermará gravemente a causa de una intoxicación producida por una bacteria letal. Desesperado ante el destino inexorable de su hija y a riesgo de su propia vida, Kim decide investigar las causas de la extraña enfermedad, lo que le conducirá por un laberinto de intereses que anteponen los beneficios económicos al juramento hipocrático, y que salpican hasta las más altas instancias gubernamentales...



Robin Cook

Toxina

ePub r1.1

Titivillus 20.01.15

Título original: *Toxin*
Robin Cook, 1998
Traducción: Gemma Moral

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*Dedico este libro a las familias
que padecieron el flagelo de E. coli 0157:H7
y otras enfermedades transmitidas por los alimentos.*

Vaya aquí mi reconocimiento a:

Bruce Berman, por los consejos que me dio en el inicio de este proyecto, como también por la manera sensata en que criticó el bosquejo de TOXINA.

Nikki Fox, por permitirme aprovechar sus extensas investigaciones respecto de las enfermedades transmitidas en los alimentos.

Ron Savenor, por ayudarme a superar una barrera en particular que obstaculizaba mi propia investigación; y a Jean Reeds, por sus valiosos comentarios y sugerencias acerca del desarrollo del libro.

Prólogo

9 de enero

El cielo era un inmenso tazón invertido de nubes grises que describían un arco desde un horizonte plano hasta el otro, el tipo de cielo suspendido en lo alto en el medio oeste norteamericano. En verano, la tierra parecía bañada por un mar de maíz y soja, pero ahora, en las profundidades del invierno, era apenas rastrojo congelado, con parches de nieve sucia y unos pocos árboles solitarios, convertidos en esqueletos.

Las nubes plomizas habían excretado el día entero una perezosa llovizna, más niebla que lluvia. Pero a las dos, la precipitación había amainado, y el vetusto camión reciclado de correos ya no necesitaba usar el único limpiaparabrisas que le funcionaba mientras avanzaba por un camino de tierra de huellas profundas.

—¿Qué dijo el viejo Oakly? —preguntó Bart Winslow, al volante del vehículo. Tanto él como Willy Brown, su compañero que iba sentado en el asiento del acompañante habían pasado los cincuenta años, y podía tomárselos por hermanos. Sus rostros apergaminados evidenciaban toda una vida de trabajo en la granja. Ambos vestían overoles sucios y raídos, que usaban sobre varios rompevientos encimados, y ambos mascaban tabaco.

—No fue mucho lo que dijo —respondió Willy luego de limpiarse con el dorso de la mano algo de saliva del mentón. Que una de sus vacas estaba enferma, nada más.

—¿Cuán enferma?

—Lo suficiente como para estar echada. Tiene una diarrea espantosa.

Con el correr de los años, Bart y Willy habían ascendido, y ya no eran peones de campo sino que se ocupaban de los animales que los granjeros de la zona definían como «de las cuatro M», es decir, muertos, maltrechos, moribundos y minusválidos —en su mayoría vacas—, a los que llevaban a las plantas de procesamiento de restos de animales. No era un empleo muy codiciado, pero ellos no se quejaban.

Al llegar a un oxidado buzón, el camión dobló y tomó por un camino fangoso, flanqueado por cercos de alambre de púas. Un kilómetro más adelante, el camino se ensanchaba al llegar a una pequeña granja. Bart entró con el vehículo, hizo una maniobra de giro y retrocedió hasta la puerta abierta del granero. Cuando Willy y él se bajaron, ya había aparecido Benton Oakly.

—Buenas tardes —saludó Benton, un hombre tan lacónico como Bart y Willy. Había algo en el paisaje que le quitaba a la gente las ganas de hablar. Benton, un hombre alto, con mala dentadura, se mantuvo a cierta distancia de Bart y Willy tal como hizo Shep, su perro. Shep, que había estado ladrando hasta que los recién llegados se bajaron del camión, frunció la nariz debido al olor a muerte y se refugió detrás de su amo.

—Dentro del granero —dijo Benton, y les indicó el camino con la mano antes de entrar con ellos en las profundidades del recinto en penumbra. Deteniéndose ante un corral, señaló hacia el otro lado del cerco.

Bart y Willy se aventuraron a llegar al borde del corral y miraron hacia adentro, frunciendo también ellos la nariz. Había, en el lugar, un espantoso olor a estiércol.

Dentro del corral, yacía una vaca a todas luces enferma, en un charco de diarrea. Levantó su cabeza tambaleante y los miró. La pupila de uno de sus ojos era color gris mármol.

—¿Qué le pasó en el ojo? —quiso saber Willy.

—Lo tiene así desde que era ternera —respondió Benton. Se clavó con algo, creo.

—¿Se descompuso apenas esta mañana? —preguntó Bart.

—Así es, pero hace casi un mes que está dando menos leche. Quiero que se la lleven de aquí antes de que les dé diarrea a las demás vacas.

—Bueno, la llevamos —aceptó Bart.

—¿Siguen siendo veinticinco dólares por llevársela a la planta de procesamiento?

—Sí. ¿Pero podemos rociarla con un poco de agua antes de subirla al camión?

—Desde luego. Allá, contra la pared, hay una manguera.

Willy fue a buscar la manguera mientras Bart abría el portón del corral. Tratando de fijarse bien dónde apoyaba los pies, Bart le dio unos golpecitos en las ancas a la vaca, y esta, sin muchas ganas, se levantó y caminó con andar inseguro.

Willy regresó con la manguera y arrojó a la vaca unos chorros de agua hasta dejarla relativamente limpia. Luego, Bart y él se ubicaron detrás y la obligaron a salir del corral. Con ayuda de Benton, consiguieron hacerla subir al camión. Por último, Willy cerró la puerta trasera del vehículo.

—¿Qué llevan ahí adentro... cuatro reses? —se interesó Benton.

—Sí —respondió Willy—. Las cuatro muertas esta mañana. Hay una infección en la granja Silverton.

—Sáquenlas inmediatamente de mi campo —dijo Benton, atemorizado, al tiempo que le ponía a Bart unos arrugados billetes de dólar en la mano.

Bart y Willy escupieron al dar la vuelta para subir cada uno por su lado respectivo del camión. El cansado motor dejó escapar una bocanada de humo negro antes de movilizar al vehículo.

Como era su costumbre, Bart y Willy no volvieron a hablar hasta que el camión llegó al camino asfaltado. Bart aceleró y pudo poner cuarta.

—¿Estás pensando lo que pienso yo? —dijo.

—Supongo. Esa vaca, después de que la lavamos, no parecía estar tan mal. Si hasta se la notaba mejor que esa otra que vendimos la semana pasada al matadero.

—Incluso podía levantarse y dar unos pasos.

Willy miró su reloj.

—Ya es hora también.

No volvieron a hablar hasta que salieron de la ruta y llegaron a un camino que rodeaba un inmenso edificio comercial de escasa altura, casi sin ventanas. Un pequeño cartel rezaba: HIGGINS Y HANCOCK. Al fondo había un corral vacío, un verdadero lodazal pisoteado.

—Espera aquí —dijo Bart, y estacionó cerca de la manga que unía el corral con la planta industrial.

Bart se bajó y desapareció por la manga. Willy también se bajó, y se apoyó contra la puerta de atrás del camión. Cinco minutos más tarde, reapareció Bart con dos hombres corpulentos, vestidos con guardapolvos blancos manchados de sangre, cascos amarillos de obrero de la construcción y

botas de goma amarillas. Ambos llevaban un rótulo con su nombre. El del más robusto decía:

JED STREET. SUPERVISOR.

El del otro:

SALVATORE MORANO. CONTROL DE CALIDAD.

Jed tenía en la mano una tablilla con sujetapapeles.

Bart le hizo una seña a Willy, y este abrió la puerta trasera del camión. Salvatore y Henry se taparon la nariz y espionaron adentro. La vaca enferma levantó la cabeza.

Jed le habló a Bart:

—¿Puede tenerse en pie? —quiso saber.

—Por supuesto, y hasta caminar un poco.

Jed miró a Salvatore.

—¿Qué opinas, Sal?

—¿Dónde está el inspector?

—¿Dónde crees? —repuso Jed—. En el vestuario, adonde se va cada vez que supone que ya pasó el último animal.

Salvatore se levantó el guardapolvo blanco para poder usar una radio que llevaba sujeta del cinturón. La encendió y se la acercó a los labios.

—Gary, ¿se llenó el último tambor maestro con destino al Frigorífico Mercer?

La respuesta: «Casi» llegó acompañada de electricidad estática.

—De acuerdo. Vamos a enviarles un animal más. Con eso va a estar más que suficiente —agregó Salvatore. Luego apagó la radio y miró a Jed—. Manos a la obra —dijo.

Jed hizo un gesto de asentimiento y se dirigió a Bart.

—Cerramos trato, pero como te dije, pagamos nada más que cincuenta dólares.

—Cincuenta está bien —aceptó Bart.

Mientras Bart y Willy se trepaban a la caja del camión, Salvatore regresó por la manga. Sacó del bolsillo un par de tapones para oídos y se los puso. Al entrar en el frigorífico, ya no pensaba más en la vaca enferma sino sólo en la cantidad de formularios que debía llenar antes de poder irse a su casa.

Habiéndose puesto los tapones, ya no lo perturbó más el ruido al atravesar el sector de matanza del frigorífico. Se aproximó a Mark Watson, el supervisor de línea, e hizo que este le prestara atención.

—Está por entrar otra res —gritó para hacerse oír a pesar del ruido, pero es para carne deshuesada, nada más. ¿Entendido?

Mark hizo un círculo juntando el pulgar y el índice para darle a entender que comprendía.

Salvatore cruzó entonces la puerta a prueba de sonido que comunicaba con el sector administrativo del edificio. Al entrar en su oficina, colgó el guardapolvo ensangrentado y el casco. Se sentó a su escritorio y retomó la confección de los formularios.

Concentrado como estaba, no supo cuánto tiempo había pasado cuando de pronto apareció Jed en la puerta.

—Tenemos un pequeño problema.

—¿Ahora qué?

—La cabeza de esa vaca enferma se cayó del riel.

—¿Alguno de los inspectores la vio?

—No. Están en el vestuario, charlando como todos los días.

—Entonces vuelve a ponerla en el riel y límpiala con un chorro de agua.

—De acuerdo. Pensé que debía avisártelo.

—Hiciste bien. Pero para cubrirnos, voy a firmar un Informe sobre Defecto en el Proceso. Dime el número de lote y del animal.

Jed consultó su tablilla.

—Lote treinta y seis, res cincuenta y siete.

—Gracias.

Jed se marchó de la oficina de Salvatore y regresó al sector de matanza. Tocó en el hombro a José, un peón cuya labor consistía en barrer toda la suciedad del piso y tirarla en una de las numerosas rejillas. No hacía mucho tiempo que José trabajaba allí. Conservar a los peones era todo un problema debido al tipo de trabajo que les tocaba.

José no hablaba mucho inglés, y el castellano que Jed hablaba no era mucho mejor, por lo cual tenían que comunicarse por burdos gestos. Jed le dio a entender con un ademán su deseo de que fuera a ayudar a Manuel, uno de los desolladores, a tomar la cabeza ya desollada de la vaca, levantarla del suelo y calzarla en uno de los ganchos que avanzaban en el riel colgante.

A la larga José entendió. Felizmente José y Manuel podían comunicarse sin dificultad, porque la labor requería dos pasos y un considerable esfuerzo. Primero tuvieron que subir hasta la pasarela la cabeza, que pesaba más de cincuenta kilos. Después, debieron treparse ellos también y elevar la cabeza del animal para poder sujetarla de uno de los ganchos móviles.

Jed les hizo el signo de pulgares en alto a ambos hombres que, jadeantes, a último momento casi dejan caer su resbalosa carga. Luego Jed dirigió un chorro de agua hacia la cabeza sucia cuando esta ya avanzaba por el riel. Hasta él, un hombre endurecido por la labor, pensó que el ojo con cataratas le daba a la cabeza desollada un aspecto atroz. Pero se sintió satisfecho por la cantidad de suciedad que pudo eliminar con el agua a presión. Cuando la cabeza atravesó la abertura de la pared rumbo al sector de deshuesado, parecía relativamente limpia.

El centro comercial Sterling Place relucía gracias al mármol, el bronce brillante y la madera lustrada de sus elegantes tiendas. Tiffany competía con Cartier, NeimanMarcus con Saks. Unos parlantes ocultos dejaban escapar los acordes del Concierto para piano número 23, de Mozart. Gente de aspecto distinguido paseaba esa tarde de viernes con sus zapatos Gucci y sus chaquetas Armani, inspeccionando las ofertas de las liquidaciones posnavideñas.

En circunstancias normales, a Kelly Anderson no le habría disgustado pasar allí un rato. Visto desde su óptica de periodista televisiva, ese sitio estaba en las antípodas de los lugares penosos que le tocaba visitar por toda la ciudad, cuando buscaba noticias que pudiera cubrir a fondo en el noticiario de las seis o de las once de la noche. Pero ese viernes en particular no había encontrado en el centro comercial lo que buscaba.

—Esto parece un chiste —dijo, con fastidio. Miró de una punta a la otra del costoso pasillo en busca de algún candidato al que poder entrevistar, pero ninguno le pareció posible.

—Creo que ya tenemos bastante —opinó Brian Washington, un negro larguirucho, el camarógrafo elegido por Kelly. Para ella, se trataba del mejor profesional con que contaba la emisora WENE, razón por la cual había empleado todo tipo de artilugio, coacción y hasta amenaza para conseguir que se lo asignaran.

Kelly hinchó las mejillas y luego fue soltando el aire como modo de expresar su enojo.

—De ninguna manera tenemos bastante —le retrucó—. No tenemos nada.

Kelly Anderson, de treinta y cuatro años de edad, era una mujer inteligente, seria y enérgica que esperaba la oportunidad de consagrarse en los noticiarios nacionales. La mayoría de la gente pensaba que tendría posibilidades de lograrlo si conseguía una primicia importante que le hiciera ganar notoriedad. Con sus facciones bien definidas y sus ojos vivaces enmarcados por una especie de casco de rizos rubios, era la viva imagen de la periodista profesional, imagen que acentuaba por el hecho de vestirse a la moda, con buen gusto, y de arreglarse hasta el mínimo detalle.

Kelly pasó el micrófono a la mano derecha para poder mirar la hora.

—Y para rematarla, se nos acaba el tiempo. Tengo que pasar a buscar a mi hija, que está terminando su clase de patinaje.

—Fantástico —dijo Brian, mientras bajaba la cámara del hombro y desconectaba el enchufe. Yo tengo que ir a buscar la mía a la guardería.

Kelly se agachó y colocó el micrófono dentro de su enorme bolso de correas largas, y luego ayudó a Brian a guardar el equipo. Como expertos que eran, se colgaron todo al hombro y enfilaron hacia el centro del shopping.

—Lo que resulta cada vez más obvio —comentó Kelly— es que a la gente le importa un rábano la fusión propiciada por el servicio de salud AmeriCare, del Hospital Samaritano con el Centro Médico Universitario, salvo a quienes en los últimos seis meses tuvieron que concurrir a un hospital.

—No es un tema que despierte sentimientos profundos en las personas. No se relaciona con un crimen ni un escándalo sexual, ni tampoco involucra a personajes conocidos.

—Tendrían que preocuparse —expresó Kelly, disgustada.

—Nunca ha habido relación entre lo que la gente hace y lo que debería hacer. Eso lo sabes.

—Lo único que sé es que jamás tendría que haber planeado esta noticia para esta noche a las once. Estoy desesperada. Dime cómo hago para presentarla con cierto atractivo sexual.

—Si lo supiera, yo sería el periodista y no el camarógrafo —sostuvo Brian con una risa.

Al salir de uno de los pasillos que se abrían en forma de rayos, Kelly y Brian llegaron a un amplio epicentro, en el medio del cual, bajo unos tragaluces de tres pisos de alto, había una pista ovalada de patinaje. Su superficie congelada refulgía bajo los reflectores.

Dentro de la pista, unos diez o doce niños y varios adultos se deslizaban sobre el hielo en varias direcciones. El aparente caos era producto de que acababa de concluir la clase intermedia y estaba a punto de comenzar la de nivel avanzado.

Al ver el uniforme rojo vivo de su hija, Kelly saludó agitando la mano y pronunció su nombre. Caroline Anderson agitó también la mano, pero demoró unos instantes en acercarse. Caroline era muy parecida a su madre, una niña inteligente, deportista, decidida.

—Apresúrate, pequeña —dijo Kelly cuando por fin ella se aproximó—. Hay que volver pronto a casa. Mamá tiene un plazo que cumplir, y un problema enorme.

Caroline salió de la pista y, caminando en puntas de pie sobre las cuchillas de patinaje artístico, enfiló hacia el banco y se sentó.

—Quiero ir a comer una hamburguesa al Onion Ring. Estoy muerta de hambre —dijo.

—Tendrás que ir con tu padre, querida. ¡Vamos, vamos!

Kelly se agachó, sacó los zapatos de la mochila de su hija y los colocó sobre el asiento.

—Aquella chica patina como los dioses —comentó Brian.

Kelly se enderezó y se llevó la mano a los ojos para protegerlos del brillo de la luz.

—¿Dónde?

—Allá en el centro, de vestido rosa.

Kelly miró donde le indicaba Brian, y en el acto captó a quién se refería: una niña aproximadamente de la misma edad que Caroline hacía unos ejercicios de precalentamiento que obligaba a muchas personas a pararse y mirar.

—Ah, es muy buena —convino Kelly—. Parece casi profesional.

—No es tan buena —opinó Caroline, y apretó los dientes en el momento en que trataba de quitarse uno de los patines.

—A mí sí me lo parece —dijo Kelly—. ¿Quién es?

—Se llama Becky Reggis. —Habiendo renunciado a arrancarse el patín, Caroline volvió a intentar desatarse los cordones—. Fue campeona juvenil del estado el año pasado.

Como si presintiera que la estaban mirando, la niña ejecutó dos dobles axels seguidos, dio una vuelta por la pista y consiguió que numerosas personas prorrumpieron en espontáneos aplausos.

—Es fantástica —comentó Kelly.

—Este año la invitaron a las pruebas nacionales —debió reconocer Caroline, de mala gana.

—Hmmm —murmuró Kelly, y miró a Brian. Ese podía ser un buen tema para el noticiario.

Brian se encogió de hombros.

—Tal vez para el de las seis, pero no para el de las once.

Kelly volvió entonces a centrar su atención en la patinadora.

—El apellido es Reggis, ¿no?

—Sí —le respondió Caroline. Ya se había sacado ambos patines y buscaba los zapatos dentro de la mochila.

—¿No será hija del doctor Kim Reggis? —insistió Kelly.

—Sé que el papá es médico.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kelly.

—Porque ella va a la misma escuela que yo. Está un año más adelantada.

—¡*Eureka!* Esto sí que es tener suerte.

—Ya conozco ese brillo en tus ojos. Me haces acordar a un gato a punto de dar un salto. Algo estás tramando.

—No encuentro mis zapatos —protestó Caroline.

—Acaba de ocurrírseme una idea genial —dijo Kelly. Tomó del banco los zapatos de Caroline y los puso sobre la falda de su hija—. El doctor Kim Reggis sería perfecto para esta nota sobre fusiones empresariales. Era el cacique del sector de cardiocirugía del Samaritano antes de la fusión, y después, en un abrir y cerrar de ojos se transforma en un simple indio. Seguramente tiene para contar alguna historia impúdica o escandalosa.

—No me cabe duda, pero no sé si estará muy dispuesto a hablar contigo. No salió muy bien parado en esa nota que hiciste sobre los «Pobres niños ricos».

—Eso ya pasó —respondió Kelly, al tiempo que hacía un ademán como restándole importancia.

—Quizás sea eso lo que piensas, pero dudo que él piense lo mismo.

—Se lo merecía. Me imagino que se habrá dado cuenta. Te juro que no entiendo cómo es que los cardiocirujanos como él no comprenden que sus argumentos suenan a falsos cuando protestan por los reembolsos que reciben por las prestaciones sociales siendo que tienen ingresos de seis dígitos. Tendrían que ser un poco más vivos.

—Merecido o no, supongo que quedó resentido. Dudo que quiera conversar contigo.

—Te olvidas de que los cirujanos como Kim Reggis aman la publicidad. Bueno, pienso que vale la pena hacer el intento. ¿Qué podemos perder?

—Tiempo —repuso Brian.

—Cosa que no nos sobra —dijo Kelly, y dirigiéndose a su hija agregó—: Querida, ¿conoces a la mamá de Becky? ¿Sabes si está aquí?

—Sí —respondió la niña, señalando. Es aquella de allá, la de pulóver rojo.

—Muy conveniente —dijo Kelly, al tiempo que se enderezaba para mirar en dirección al otro lado de la pista. Esto sí que es una suerte. Vuelvo enseguida. Brian, espérame aquí.

—Ve tranquila —respondió él con una sonrisa.

Kelly rodeó la pista de patinaje y se aproximó a la mamá de Becky, una mujer que parecía tener más o menos su misma edad. Era bonita y estaba muy bien arreglada, aunque con ropa de estilo tradicional. Desde sus épocas de estudiante que Kelly no veía a una mujer vistiendo suéter de cuello redondo sobre una camisa blanca. La mamá de Becky estaba absorta leyendo un libro que no parecía precisamente un *bestseller*, y con mucho cuidado subrayaba utilizando un marcador amarillo.

—Disculpa —dijo Kelly—. Espero no ser demasiado molesta.

La mujer levantó la mirada. Tenía pelo castaño con reflejos cobrizos. Sus rasgos podían parecer altivos, pero de inmediato demostró una gran amabilidad.

—No hay problema. ¿En qué puedo servirte?

—¿Eres la señora Reggis?

—Llámame Tracy, por favor.

—Gracias. Ese libro parece demasiado serio para leer en una pista de patinaje.

—Tengo que aprovechar cualquier minuto que me queda.

—Tiene aspecto de libro de texto.

—Es precisamente eso. He vuelto a la universidad a esta edad.

—Me parece encomiable —comentó Kelly.

—Es todo un desafío.

—¿Qué título tiene?

Tracy le pasó el libro para mostrarle la tapa.

—Evaluación de la personalidad en niños y adolescentes.

—¡Epa! Suena a importante.

—No está mal. Más aún, es interesante.

—Yo tengo una hija de nueve años. Tal vez debería leer algo sobre la conducta de los adolescentes antes de que se me arme un infierno.

—Nunca viene mal. Los padres necesitan cualquier ayuda que pueda brindárseles. La adolescencia puede llegar a ser una época problemática, y yo he comprobado que, cuando uno prevé las dificultades, después sabe enfrentarlas.

—Parecería que sabes mucho sobre estas cuestiones.

—Algo —reconoció Tracy—. Pero nunca hay que quedarse demasiado tranquilo. Yo antes de volver a la universidad participé en terapias, principalmente con niños y adolescentes.

—¿Eres psicóloga?

—Trabajadora social.

—Qué interesante —dijo Kelly, para cambiar de tema. En realidad, el motivo por el cual me acerqué es para presentarme. Soy Kelly Anderson, de WENE Noticias.

—Te conozco —respondió Tracy con cierto desdén.

—¡Ah! Tengo la desagradable sensación de que siempre mi fama se interpone. Espero que no te sientas ofendida por la nota que hice sobre los cardiocirujanos y el servicio de asistencia social.

—Pienso que fue deshonesto. Cuando Kim te concedió la entrevista, creyó que estabas de su parte.

—Lo estaba, hasta cierto punto. Al fin y al cabo, presenté las dos caras del problema.

—Sólo en cuanto a la disminución de los ingresos de los profesionales, tema en el cual centraste la nota. En la práctica, ese es sólo uno de los aspectos que preocupan a los cardiocirujanos.

Un manchón color rosado pasó frente a ambas y las obligó a mirar la pista. Becky había adquirido más velocidad, y se desplazaba hacia atrás. Después, para delicia de la improvisada platea de espectadores, ejecutó un perfecto triple axel con el cual cosechó más aplausos.

Kelly dejó escapar un leve silbido.

—Tu hija patina maravillosamente bien —dijo.

—Gracias. Para nosotros es una persona maravillosa.

Kelly observó a Tracy tratando de interpretar el comentario, pues no sabía si lo había dicho en forma irónica o a modo de información, no más. Pero el rostro de Tracy no dejaba traslucir nada. Su expresión resultaba indescifrable.

—¿Heredó de ti el talento para patinar?

Tracy soltó una risa echando la cabeza hacia atrás, muy divertida.

—Difícilmente. Yo soy muy torpe, y nunca me he calzado un par de patines. No sabemos de dónde sacó el talento. Un día anunció que quería patinar, y lo demás ya es historia conocida.

—Mi hija dice que Becky este año competirá en el torneo nacional. Sería un buen tema para una nota en WENE.

—No creo. La invitaron a participar, pero no quiso aceptar.

—Qué pena. Me imagino que tú y tu marido estarán muy desilusionados.

—El papá no está del todo feliz, pero te confieso que para mí es un alivio.

—¿Por qué?

—El nivel de competencia obliga a cualquier persona a pagar un precio muy alto, y mucho más a una prepúber. No siempre es bueno para la propia salud mental. Es mucho el riesgo y muy poco el crédito.

—Hmmm. Voy a pensarlo. Pero mientras tanto, tengo un problema más acuciante. Estoy tratando de hacer una nota en el panorama de hoy a las once de la noche puesto que se cumplen seis meses de la fusión del servicio social del Samaritano con el Centro Médico Universitario. Lo que quería mostrar era la reacción de la comunidad, pero me he encontrado con una gran apatía. Por eso querría ver qué piensa tu marido, pues sé que debe tener una opinión. ¿Por casualidad no vendrá él esta tarde a la pista de patinaje?

—No —repuso Tracy con una sonrisa, como si Kelly hubiese planteado un absurdo. Los días de semana se va del hospital a las seis o las siete, nunca antes. ¡Nunca!

—Qué lástima —dijo Kelly, mientras mentalmente procesaba diversas posibilidades. Dime, ¿te parece que tu marido estaría dispuesto a conversar conmigo?

—No tengo idea. Lo que pasa es que nos hemos divorciado hace unos meses, por lo cual no sé qué piensa de ti en este momento.

—Ay, qué pena —respondió Kelly, sincera. No lo sabía.

—No tienes por qué apenarte. Fue lo mejor para todos. Una víctima de los tiempos... personalidades incompatibles.

—Me imagino que estar casada con un cirujano, particularmente uno de corazón, no debe de ser fácil. Es decir, todo pierde importancia comparado con lo que hacen ellos.

—Mmm —respondió Tracy, sin comprometerse demasiado.

—Yo, por mi parte, no lo soportaría. Las personalidades egoístas y centradas en sí mismas como la de tu exmarido no van conmigo.

—A lo mejor eso dice algo sobre ti —sugirió Tracy.

—¿Te parece? —Kelly se quedó pensando un instante, pues se daba cuenta de que tenía ante sí una persona amable pero inteligente. Quizás tengas razón. Bueno, entonces te pregunto esto: ¿tienes la menor idea de dónde podría encontrar en este momento a tu exmarido? Sinceramente me gustaría

conversar con él.

—Puedo suponer dónde está... seguro que en cirugía. Con todo este litigio sobre el tiempo de uso de quirófanos que hay con el centro médico, tuvo que concentrar sus tres operaciones semanales el viernes.

—Gracias. Me voy ya mismo para allá a ver si lo pesco.

—Bueno —dijo Tracy. Devolvió el saludo que Kelly le hizo con la mano y luego la miró alejarse dando la vuelta alrededor de la pista—. Buena suerte —agregó para sus adentros.

Viernes, 16 de enero

Los veinticinco quirófanos del Centro Médico Universitario eran idénticos. Puesto que no hacía mucho los habían refaccionado y vuelto a equipar, contaban con lo más moderno en todo sentido. Los pisos eran de un material blanco que daba la impresión de ser granito, y las paredes, de azulejos grises. Los artefactos de luz eran de acero inoxidable o bien de níquel lustroso.

El quirófano número veinte era uno de los dos que se utilizaban para cirugía de corazón abierto, y todavía se hallaba en pleno uso. Entre los perfusionistas, los anestesistas, las instrumentadoras, los cirujanos y todos los equipos de alta tecnología, el ambiente estaba colmado. En ese momento, se veía perfectamente el corazón detenido del paciente, rodeado de una variedad de compresas ensangrentadas, suturas en preparación, separadores y campos quirúrgicos color verde claro.

—Listo ya —anunció el doctor Kim Reggis al tiempo que entregaba a la instrumentadora el portaaguja y se enderezaba para aliviar el dolor de espalda que sentía, pues estaba operando desde las siete y media de la mañana. Era el tercero y último paciente del día—. Suspendamos ya la solución cardiopléjica y hagamos funcionar de nuevo este corazón.

La orden de Kim produjo un pequeño alboroto en la consola del bypass. Se accionaron interruptores.

—Calentando —anunció el perfusionista, sin dirigirse a nadie en particular.

La anestesista se asomó desde atrás de la mampara.

—¿Cuánto tiempo más calcula? —preguntó.

—Vamos a cerrar dentro de cinco minutos —respondió Kim, siempre y cuando el corazón colabore, cosa que parece probable.

Luego de emitir unos latidos desaparejos, el corazón recuperó su ritmo normal.

—Bueno, liberemos el bypass.

Durante los veinte minutos siguientes, no se habló. Todos los integrantes del equipo conocían su trabajo, de modo que no era necesaria la comunicación. Luego de unir los bordes esternales, Kim y el doctor Tom Bridges se alejaron del paciente y comenzaron a sacarse los guardapolvos y guantes esterilizados, y las escafandras de plástico. Al mismo tiempo, se aproximaron los residentes de cirugía torácica, y ocuparon los lugares vacíos.

—Quiero una cirugía plástica de esa incisión —les indicó Kim a los residentes. ¿Comprendido?

—Comprendido, doctor —respondió Tom Harkly, jefe de residentes de cirugía torácica.

—Pero no se eternicen con una obra maestra —bromeó Kim, que el paciente ya lleva mucho tiempo dormido.

Kim y Tom salieron al pasillo del quirófano. Ambos utilizaron el lavabo para quitarse el talco de las manos. El doctor Tom Bridges era cardiocirujano igual que Kim. Hacía años que trabajaban juntos y se habían hecho amigos, aunque en un plano estrictamente profesional. A menudo se reemplazaban uno al otro, sobre todo los fines de semana.

—Estuviste genial —comentó Tom. No sé cómo te las ingenias para calzar esas válvulas a la perfección, y que encima parezca tan fácil.

A lo largo de los años, Kim había terminado dedicándose fundamentalmente a reemplazo de válvulas, mientras que Tom se había especializado más en bypass.

—Y yo no sé cómo te las arreglas para coser como coses esas pequeñísimas arterias coronarias —le respondió Kim.

Alejándose del lavabo, Kim entrelazó sus dedos y los estiró por encima de su cuerpo, de uno noventa de estatura. Luego se agachó y apoyó las palmas en el piso, y mantuvo rectas las piernas para estirar también la espalda. Era un hombre delgado, atlético, que había jugado fútbol norteamericano, básquet y béisbol en la universidad. Dado el escaso tiempo con que contaba en la actualidad, el único ejercicio que hacía era alguno que otro partido de tenis y muchas horas en su casa de practicar con la bicicleta fija.

Tom, por su parte, había abandonado. Él también jugaba al fútbol en sus épocas de estudiante, pero tras muchos años de inactividad, los músculos que no había perdido se le habían transformado en grasa. A diferencia de Kim, tenía el típico vientre de quienes beben cerveza, aunque rara vez bebía.

Los dos recorrieron el pasillo azulejado, que a esa hora del día estaba relativamente calmo. Sólo nueve quirófanos se hallaban en uso, y dos preparados para emergencias, todo lo cual era habitual en el turno de tres a once.

Kim se restregó el rostro angular. Siguiendo su costumbre, se había afeitado esa mañana a las cinco y media, y ahora se le notaba la proverbial barba crecida de doce horas después. Luego se pasó la mano por el pelo castaño, largo. A principios de la década de 1970, siendo adolescente, se había dejado crecer el pelo hasta los hombros. Ahora, ya de cuarenta y tres años, seguía usándolo largo para alguien de su posición, aunque no tanto como antes.

Miró entonces el reloj, que había sujetado del pantalón con un alfiler.

—Qué desgracia, ya son las cinco y media y todavía no empecé las visitas. Me gustaría no tener que operar los viernes, porque invariablemente eso te hace modificar cualquier plan para el fin de semana.

—Por lo menos tienes todos los pacientes seguidos —dijo Tom, aunque seguramente las cosas ya no son como cuando dirigías el departamento en el Samaritano.

—A mí me lo dices... Como ahora el que manda es AmeriCare, y teniendo en cuenta el estado de la profesión, no sé siquiera si elegiría medicina si tuviera que empezar de nuevo.

—Yo tampoco, sobre todo con las nuevas tarifas de la asistencia social. Anoche me quedé a hacer cuentas, y creo que no me va a quedar ni un centavo después de pagar los gastos fijos del consultorio. ¿No te parece terrible? La situación es tan mala, que con Nancy estamos pensando en poner la casa en venta.

—Buena suerte —repuso Kim. La mía está en venta desde hace cinco meses y no he recibido ni una oferta seria.

—Nosotros ya tuvimos que sacar a los chicos del colegio privado. Qué tanto, yo también fui a una escuela pública.

—¿Cómo anda tu relación con Nancy? —se interesó Kim.

—Para serte franco, no demasiado bien. Hay muchos rencores.

—No sabes cuánto lo siento. Te comprendo perfectamente, porque yo también lo he pasado. Son

momentos difíciles.

—No es así como imaginaba llegar a esta etapa de mi vida —agregó Tom con un suspiro.

—Tampoco yo.

Ambos se detuvieron cerca de la entrada de la sala de recuperación.

—Dime, ¿vas a andar por aquí el fin de semana? —quiso saber Tom.

—Sí, sí. ¿Por qué?

—A lo mejor tengo que volver a ver al paciente con el que me ayudaste el martes —explicó Tom.

Hay una hemorragia residual, y si no se detiene, voy a tener que intervenir. En tal caso, me vendría bien que me dieras una mano.

—Avísame al radiomensaje; no va a haber problemas. Mi ex quiso tomarse el fin de semana entero. Creo que está saliendo con alguien. Bueno, lo concreto es que voy a estar con Becky.

—¿Cómo anda Becky después del divorcio?

—Muy bien. Por cierto mejor que yo. En este momento ella es la única luz de mi vida.

—Debe de ser que los chicos son mucho más fuertes de lo que suponemos.

—Al parecer, sí —convino Kim. Bueno, gracias por ayudarme hoy. Lamento que el segundo paciente nos haya llevado tanto tiempo.

—No hay problema. Hiciste un trabajo de virtuoso. Para mí fue una experiencia de aprendizaje. Te veo en el vestuario de cirugía.

Kim entró en la sala de recuperación. Vaciló un instante en el umbral mientras paseaba la vista por las camas, buscando a los pacientes suyos. Ala primera que vio fue Sheila Donlon, la paciente que había operado en último término, cuyo caso había resultado particularmente difícil, pues hubo que colocarle dos válvulas en vez de una.

Se acercó a su cama. Una de las enfermeras del sector de recuperación estaba cambiando la bolsa de suero casi vacía. El ojo experto de Kim controló primero el semblante de la paciente antes de fijarse en el monitor. El ritmo cardíaco era normal, como también lo eran la presión sanguínea y la oxigenación arterial.

—¿Todo bien? —preguntó, al tiempo, que levantaba la hoja de la historia clínica para controlar los injertos.

—Ningún problema —aseguró la enfermera sin interrumpir su labor. Todo está estable, y la paciente se siente bien.

Kim soltó la hoja y se ubicó junto a la cama. Suavemente levantó la sábana para revisar el vendaje. Siempre les decía a los residentes que usaran el vendaje mínimo porque, de producirse alguna hemorragia inesperada, quería enterarse cuanto antes.

Satisfecho, volvió a poner la sábana en su lugar y se enderezó para buscar a su otro paciente. Como sólo la mitad de las camas estaban ocupadas, no le llevó mucho tiempo encontrarlos.

—¿Dónde está el señor Glick? —preguntó. Ralph Glick había sido el primer caso.

—Pregúntele a la señora de Benson, en recepción —le contestó la enfermera, que estaba preocupada colocándose el estetoscopio en los oídos e inflando la brazadera del tensiómetro para tomarle la presión a Sheila Donlon.

Levemente fastidiado por la falta de colaboración, Kim se encaminó hacia el escritorio central, pero encontró a la señora de Benson, jefa de enfermeras, también muy atareada dando instrucciones

minuciosas a varias empleadas que habían llegado para destender, limpiar y cambiar una de las camas.

—Disculpe —dijo Kim. Busco a...

La mujer le indicó con un gesto que estaba ocupada. Kim pensó en protestar aduciendo que su tiempo era más valioso que el de las empleadas, pero no lo hizo. En cambio, se paró en puntas de pie para buscar de nuevo a su paciente.

—¿En qué puedo servirle, doctor? —dijo la señora de Benson no bien se marcharon las empleadas rumbo a la cama que se acababa de desocupar.

—No veo al señor Glick —respondió él, sin dejar de pasear la vista por la sala, seguro de estar pasando por alto al hombre.

—Se lo envié a su habitación —repuso la enfermera, tajante. Sacó el cuaderno de control de medicación y lo abrió en la página correspondiente.

Kim miró a la mujer y parpadeó.

—Pero yo había ordenado específicamente que lo dejaran aquí hasta que yo terminara con mi último caso.

—El paciente se hallaba estable. No había necesidad de que ocupara una cama en este sector.

Kim suspiró.

—Hay miles de camas. Era cuestión de...

—Perdóneme, doctor Reggis, pero el señor Glick estaba clínicamente apto para marcharse.

—Pero yo había pedido que se quedara. Me habría ahorrado tiempo.

—Con el debido respeto, doctor —articuló ella lentamente, el personal de recuperación no trabaja para usted. Tenemos normas. Trabajamos para AmeriCare. Si tiene algún problema con eso, le sugiero que hable con alguno de los directivos.

Kim sintió que se enrojecía. Estaba a punto de decir algo sobre el concepto del trabajo en equipo, pero rápidamente cambió de idea, pues la mujer se había puesto a mirar un anotador que tenía ante sus ojos.

Murmurando por lo bajo una sarta de epítetos, Kim salió de la sala de recuperación. Añoraba los viejos tiempos en el Hospital Samaritano. Cruzó el hall y se detuvo en el mostrador de cirugía. Con ayuda de un intercomunicador, controló el estado en que se hallaba su último paciente. La voz de Tom Harkly le aseguró que la sutura se estaba realizando según el cronograma.

Salió luego del sector de cirugía y se encaminó hacia el salón para familiares, recientemente construido. Se trataba de una de las pocas innovaciones instauradas por AmeriCare que a Kim le parecía una buena idea. El salón estaba destinado a familiares de pacientes que se hallaban en el quirófano o la sala de partos. Antes de producirse la compra del Centro Médico Universitario por parte de AmeriCare, no existía un lugar donde pudieran esperar los parientes de los enfermos.

A esa hora del día no había demasiada gente. Vio al puñado omnipresente de padres expectantes que iban y venían por allí o bien hojeaban distraídamente alguna revista mientras aguardaban que terminara la cesárea de su mujer. En un rincón apartado había un sacerdote con una pareja acongojada.

Kim paseó la mirada en derredor buscando a la señora Gertrude Arnold, esposa de su último paciente. No tenía precisamente deseos de hablar con ella; la personalidad belicosa de la mujer le

resultaba insoportable, pero tenía la obligación moral de hacerlo. La encontró en el rincón opuesto, lejos de la pareja dolida, leyendo una revista.

—Señora de Arnold —dijo Kim, y trató expresamente de sonreír.

Sorprendida, Gertrude, de sesenta y tantos años, levantó la mirada. Hubo un instante en que demostró sorpresa, pero no bien reconoció a Kim, su rostro adquirió una visible expresión de fastidio.

—¡Ya era hora! ¿Qué pasó? ¿Hay algún problema?

—Ninguno; muy por el contrario. Su marido toleró muy bien la cirugía. Se lo está...

—¡Pero son casi las seis, y usted dijo que terminaría a las tres!

—Eso fue un cálculo, señora —respondió Kim, tratando de conservar la calma pese a su irritación. Antes de ir a verla, pensó que iba a obtener una respuesta extraña, pero nunca tanto—. Lamentablemente, la operación anterior me llevó más tiempo del que pensaba.

—Entonces tendría que haber operado primero a mi marido. Me tuvo aquí esperando el día entero sin saber lo que pasaba. Estoy deshecha.

Kim no pudo contenerse más, y aunque hizo un esfuerzo por dominarse, su rostro se contrajo formando una sonrisa de incredulidad.

—A mí no me mire con una sonrisa, joven —lo amonestó Gertrude. Ustedes los médicos se consideran muy importantes, y a los simples mortales nos hacen esperar todo el tiempo.

—Perdone si mis horarios le han causado trastornos. Uno hace lo que puede.

—Sí, bueno. Y le cuento qué otra cosa pasó. Vino a verme uno de los directivos de AmeriCare y me dijo que ellos no van a pagar el primer día de internación de mi marido. Según él, tendríamos que haberlo internado esta mañana, el mismo día de la operación, y no ayer. ¿Qué me dice?

—Ese es un problema que en estos momentos tengo yo con la administración. Estando su marido tan enfermo, yo en conciencia no podía hacerlo venir el mismo día de la operación.

—Pero lo cierto es que ellos no aceptan —insistió la mujer. Y nosotros no podemos pagar.

—Si AmeriCare insiste, lo pago yo —declaró Kim.

Gertrude se quedó boquiabierta.

—¿Eso hará?

—Ya ha ocurrido otras veces, y también he pagado —aseguró Kim. Ahora bien, a su marido lo pasan enseguida a recuperación. Lo tendrán allí hasta que se encuentre estable, y luego lo llevan al piso de cardiología. Ahí usted ya lo podrá ver.

Kim dio media vuelta y se marchó, haciendo como que no oía que la señora de Arnold lo llamaba.

Volvió a recorrer el pasillo y entró en el sector de cirugía. Había allí un puñado de enfermeras en sus minutos de descanso, y varios anestesiistas. Kim saludó con la cabeza a los que ubicaba. Puesto que hacía escasos seis meses que trabajaba allí, no conocía a todo el personal, en particular a los del turno noche.

Empujó la puerta y entró en el vestuario de hombres. Se sacó la chaqueta y la arrojó con cierta fuerza en el cesto de ropa sucia. Luego se sentó en el banco que había frente a los armarios para desprenderse el reloj pulsera, que llevaba sujeto a la cintura del pantalón. Tom, que se había dado una ducha, se estaba poniendo la camisa.

—Antes, yo cuando terminaba de atender a alguien experimentaba cierta euforia —comentó Kim. Ahora, en cambio, siento una especie de ansiedad desagradable.

—Conozco la sensación —se solidarizó Tom.

—Dime si me equivoco, pero esto antes era más disfrutable.

Tom dejó de mirarse en el espejo para darse vuelta, y se rio.

—Disculpa que me ría, pero lo dices como si fuera una revelación repentina.

—No me refiero al aspecto económico. Hablo de las pequeñas cosas, como por ejemplo, de obtener respeto del personal, del agradecimiento de los pacientes. Hoy en día no se puede contar con nada seguro.

—Los tiempos cambian, sobre todo ahora que las empresas de asistencia social se aliaron con el gobierno para causarnos trastornos a los especialistas. A veces tengo la fantasía de que viene a verme alguno de esos burócratas para que le coloque un bypass, y yo lo mando a que se haga tratar por un clínico.

Kim se levantó para sacarse los pantalones de cirugía.

—Lo irónico es que todo esto sucede cuando los cardiocirujanos tenemos más cosas para ofrecer a los pacientes.

Estaba a punto de arrojar los pantalones al cesto de la ropa sucia, cuando de pronto se abrió la puerta y asomó la cabeza la doctora Jane Flanagan, una de las anestesisistas. Al ver a Kim en ropa interior, lanzó un silbido.

—Estuviste a punto de ligarte un pantalón todo transpirado en la cara —le comentó Kim.

—Con semejante espectáculo, habría valido la pena —bromeó ella. Bueno, en realidad vine a avisarte que tu público te espera aquí afuera, en la sala.

Se cerró la puerta y desapareció el rostro vivaz de Jane.

Kim miró a Tom.

—¿Mi público? ¿De qué diablos me habla?

—Yo apuesto a que vino alguien a verte. Y el hecho de que no haya aparecido nadie aquí adentro me hace pensar que se trata de una mujer —sugirió Tom.

Kim se acercó a los estantes que contenían batas y pantalones de cirugía, y tomó una muda limpia.

—¿Y ahora qué? —preguntó, molesto. Al llegar a la puerta, se detuvo—. Si es la señora de Arnold, la esposa de mi último paciente, te juro que me pongo a gritar.

No bien salió se dio cuenta de que no se trataba de Gertrude Arnold sino que, en cambio, era Kelly Anderson quien se hallaba junto a la máquina del café, sirviéndose una taza. Unos pasos más allá estaba su asistente, sosteniendo una cámara sobre el hombro derecho.

—Ah, doctor Reggis —exclamó Kelly al ver al asombrado y no tan complacido Kim. Le agradezco que haya salido a recibirnos.

—¿Cómo diablos hicieron para entrar? —repuso Kim, furioso—. ¿Y cómo sabía usted que yo estaba acá? —El salón de cirujanos era una especie de refugio santo que ni siquiera violaban otros médicos no cirujanos. Para Kim, la idea de tener forzosamente que ver a alguien allí, y tan luego a Kelly Anderson, le resultó intolerable.

—Brian y yo nos enteramos dónde estaba usted gracias a su exesposa —explicó Kelly—. En cuanto a cómo hicimos para llegar hasta aquí, tengo el gusto de informarle que fuimos invitados, y

hasta acompañados, por el señor Lindsey Noyes. —Con un ademán señaló a un caballero de traje gris que, parado en la puerta, dudaba si entrar o no—. El señor pertenece al departamento de relaciones públicas del Centro Médico Universitario AmeriCare.

—Buenas tardes, doctor —saludó Lindsey, nervioso. No lo vamos a molestar mucho tiempo. La señorita Anderson ha tenido la amabilidad de planear una nota festejando el sexto mes aniversario de la fusión de nuestro hospital. Desde luego, queremos colaborar con ella en todo lo posible.

Hubo un momento en que los ojos oscuros de Kim fueron y vinieron de Kelly a Lindsey. En ese instante, no sabía quién le causaba más fastidio, si la periodista que se proponía ventilar escándalos o el entremetido administrador. En última instancia, no le importaba.

—Si quiere ayudarla, conteste usted a sus preguntas —dijo Kim, tras lo cual dio media vuelta y regresó al vestuario.

—¡Espere, doctor Reggis! —reaccionó Kelly—. Ya me han dado la versión de AmeriCare. Ahora nos interesa su opinión personal, desde la trinchera, por así decirlo.

Sosteniendo la puerta entreabierta, Kim se detuvo, pensó un instante y miró de nuevo a Kelly Anderson.

—Después de la nota que publicó sobre la cirugía del corazón, juré que nunca iba a volver a dirigirle la palabra.

—¿Y eso por qué? Fue una entrevista. No puse en sus labios nada que usted no hubiera dicho.
—Me citó fuera de contexto porque corrigió las preguntas —protestó Kim. Y no mencionó la mayoría de los temas que, como le dije, eran de suma importancia.

—Siempre se hace un trabajo de pulido de las entrevistas.

Kim abrió la puerta del vestuario, y ya había dado un paso para entrar, cuando Kelly volvió a llamarlo.

—¡Doctor Reggis! Una última pregunta. ¿La fusión resultó positiva para la comunidad como asegura AmeriCare? Según ellos, lo hicieron con fines puramente altruistas. Dicen que es lo mejor que ha sucedido en el área del cuidado de la salud desde el descubrimiento de la penicilina.

Kim volvió a titubear. Lo absurdo del comentario le impedía dejarlo pasar sin responderlo, por lo que una vez más se dio vuelta y contestó.

—No entiendo cómo alguien puede decir una mentira tan grande y después dormir con la conciencia tranquila. La verdad es que la fusión se hizo únicamente para que AmeriCare sacara un provecho económico. Cualquier otra cosa que le digan no son más que racionalizaciones y patrañas.

Pasó y cerró la puerta. Kelly miró a Brian, quien a su vez la miró sonriente, haciendo el gesto de pulgares levantados.

—Lo registré —anunció Brian.

—¡Perfecto! Eso era justo lo que quería del doctor.

Lindsey soltó una tosecita.

—Obviamente —dijo, el doctor Reggis ha dado su opinión personal, que, les aseguro, no comparten otros miembros del personal médico.

—¿Ah no? —inquirió Kelly, y paseó la mirada por la habitación. ¿Alguno de ustedes quiere comentar algo sobre las palabras del doctor Reggis?

Durante un momento nadie se movió.

—¿A favor ni en contra? —los incitó Kelly.

Nadie abrió la boca. En el repentino silencio, los mensajes por los altoparlantes del hospital se oían como si fueran el telón de fondo de un melodrama de televisión.

—Bueno, gracias a todos por su amabilidad.

Tom se puso el guardapolvo y acomodó su colección de lapiceras, lápices y linterna en el bolsillo superior. Kim había entrado en el vestuario y, luego de arrojar la ropa sucia en el cesto, entró a bañarse sin decir una palabra.

—¿No me vas a contar quién estaba ahí afuera? —preguntó Tom.

—Kelly Anderson, del noticiario de WENE —respondió Kim desde la ducha.

—¿En nuestra sala de cirujanos?

—Increíble, ¿no? La acompañó hasta aquí uno de los administrativos de AmeriCare. Al parecer, mi ex le informó dónde podía encontrarme.

—Espero que le hayas dicho lo que pensabas de esa nota que hizo sobre la cardiocirugía. Mi mecánico la vio, y te juro que desde entonces me cobra más caro. Todo anda al revés: mis ingresos se reducen a pasos agigantados, y los servicios me los cobran cada vez más.

—Dije lo menos posible.

—¿A qué hora tenías que ir a buscar a Becky?

—A las seis. ¿Qué hora es?

—Vas a tener que apurarte —dijo Tom. Ya son casi las seis y media.

—Maldición. Y ni siquiera he ido a hacer las visitas. ¡Qué vida!

Viernes, 16 de enero

Cuando por fin terminó la ronda de visitas y controló el estado del señor Arnold en la sala de recuperación, había pasado otra hora. Rumbo a la casa de su exmujer, ubicada en el barrio universitario, aceleró a fondo su Mercedes Benz de diez años de antigüedad y consiguió imprimirle una buena velocidad. Pero eran casi las ocho cuando estacionó detrás de un Lamborghini amarillo, justo frente a la casa de Tracy.

Bajó del auto y subió corriendo el caminito de acceso. La casa era modesta, de principios de siglo, y tenía unos toques góticos Victorianos, como por ejemplo arcos apuntados en las buhardillas. Kim subió los escalones de a dos y llegó al porche con columnas, donde tocó el timbre. En pleno frío invernal, su aliento era un hálito de vapor. Mientras esperaba, movió los brazos para mantenerlos calientes. No llevaba puesto abrigo.

Tracy atendió, y en el acto puso los brazos en jarras. Estaba, a todas luces, llena de fastidio.

—Kim, son casi las ocho. Dijiste que ibas a estar aquí a más tardar a las seis.

—Lo siento, fue inevitable. El segundo caso me llevó más tiempo de lo pensado. Nos encontramos con problemas que no preveíamos.

—Tal vez a esta altura debería estar acostumbrada. —Se corrió a un costado y le indicó con un gesto que entrara. Luego cerró la puerta.

Kim echó un vistazo en dirección a la sala y vio a un hombre de cuarenta y tantos años, vestido con chaqueta de gamuza con flecos y botas tejanas, de avestruz. Estaba sentado en el sofá, y tenía un vaso de bebida en una mano y un sombrero de *cowboy* en la otra.

—Si hubiera sabido que ibas a demorar tanto, le habría dado a Becky de comer. Está famélica.

—Eso es fácil de solucionar —respondió Kim, porque pensábamos salir a cenar.

—Podrías haber llamado, por lo menos.

—Estaba en cirugía y no salí sino hasta las cinco y media. No es que me haya ido a jugar al golf.

—Ya sé —aceptó Tracy, resignada. Todo es muy loable, pero el que eligió la hora fuiste tú, no yo. Hay que tener un poco de consideración. A cada instante me parecía que estabas por llegar. Felizmente no vamos a tomar un vuelo comercial.

—¿Un vuelo? ¿Adónde te vas?

—A Aspen. Le dejé a Becky el número donde vamos a estar.

—¿A Aspen por dos días?

—No me va a venir mal un poco de diversión en la vida, cosa que tú no conoces, como no sea la cirugía, desde luego.

—Bueno, si nos vamos a poner irónicos, te agradezco que me hayas enviado a Kelly Anderson a la sala de cirujanos. ¡Fue una agradable sorpresa!

—Yo no la mandé.

—Eso dijo ella.

—Lo único que le dije fue que suponía que estabas en cirugía.

—Bueno, es lo mismo.

Por detrás del hombro de Kim, Tracy notó que su invitado se ponía de pie. Presintiendo que se sentía incómodo puesto que había alcanzado a oír la conversación de ella y su exmarido, le indicó a Kim con un ademán que pasara a la sala.

—No discutamos más —dijo. Kim, te presento a Carl Stahl, un amigo.

Ambos hombres se dieron la mano y se observaron uno al otro con desconfianza.

—Los dejo solos un minutito mientras yo voy arriba y me fijo que Becky no se olvide nada.

Después nos vamos cada cual para nuestro lado.

Kim la siguió con la mirada cuando ella subía la escalera. Luego sus ojos se posaron en el supuesto novio de Tracy. La situación era incómoda, y Kim no pudo evitar sentir algo de celos, pero al menos Carl era varios centímetros más bajo que él, y tenía mucho menos pelo. Por otra parte, el hombre tenía un intenso bronceado pese a que era pleno invierno. También parecía gozar de un buen estado físico.

—¿Te sirvo algo de beber? —ofreció Carl, señalando con un ademán una botella de *whisky* que había sobre una mesita.

—Podría ser —aceptó Kim quien, pese a que nunca había sido muy bebedor, en los últimos meses se había habituado a tomar una copa todas las noches.

Carl dejó su sombrero de *cowboy* y se encaminó hacia el aparador. Kim advirtió que se comportaba como dueño de casa.

—Yo vi esa entrevista que hizo Kelly Anderson hace alrededor de un mes —comentó Cari, al tiempo que introducía varios cubitos de hielo en un vaso de líneas antiguas.

—Lo siento. Mi deseo hubiese sido que la mayoría de la gente no la viera.

Cari sirvió una medida generosa de *whisky* y le entregó el vaso. Luego se sentó en el sofá, junto a su sombrero. Kim ocupó una butaca frente a él.

—Tienes derecho a sentirte enojado —apuntó Cari, con aire condescendiente. Lo que hicieron no fue justo. Los periodistas de televisión tienen un estilo muy molesto de tergiversar las cosas.

—Es lamentable, pero cierto —convino Kim. Luego bebió un sorbo de la fuerte bebida alcohólica e inspiró antes de tragarla. Una agradable sensación cálida le recorrió el cuerpo.

—Yo por cierto no le creí a la periodista. Ustedes se merecen hasta el último centavo que ganan. Personalmente siento un gran respeto por los médicos. —Gracias. Es muy alentador.

—Lo digo en serio. De hecho, yo cursé dos cuatrimestres de medicina en la universidad.

—¿Ah sí? ¿Qué pasó? ¿No te gustó la carrera?

—No le caí bien yo —respondió Cari con una risa que terminaba con un curioso resoplido—. Era demasiado exigente, y eso afectaba mi vida social. —Volvió a reír como si acabara de contar un chiste.

Kim empezó a plantearse qué le veía Tracy a ese tipo.

—¿A qué te dedicas? —le preguntó luego para conversar de algo. Además, sentía interés por saberlo. Teniendo en cuenta que el barrio era de clase media baja, el Lamborghini amarillo debía de ser de Cari. Además, estaba el comentario de Tracy respecto de que no iban a tomar un vuelo comercial. Eso era aún más preocupante.

—Soy gerente general de Foodsmart. Me imagino que habrás oído hablar de nuestra empresa.

—Confieso que no.

—Se trata de una importante empresa agrícola. En realidad es más bien de inversiones. Una de las más grandes de este estado, dicho sea de paso.

—¿Minorista o mayorista? —preguntó Kim, pero no porque supiera mucho de negocios.

—Ambas cosas. Exportamos carne y cereales al por mayor, pero también somos el principal accionista de la cadena de hamburguesas Onion Ring.

—Los conozco; más aún, tengo algunas acciones.

—Bien elegidas —dijo Cari. Luego se inclinó hacia adelante y, tras mirar subrepticamente a su alrededor como si pensara que podía haber alguien escondido escuchándolos, susurró—: Compra más acciones de Onion Ring. Estamos por transformar la empresa en una cadena nacional. Tómallo como un consejo de alguien que está adentro, pero no le cuentes a nadie cómo te enteraste.

—Gracias —dijo Kim, y luego añadió, irónico: No sabía en qué invertir todo el dinero que me sobra.

—Me lo vas a agradecer una y mil veces —agregó Cari, sin reparar en la ironía. Las acciones van a subir muchísimo. Dentro de un año, Onion Ring le va a disputar el puesto a McDonald's, Burger King y Wendy's.

—Tracy mencionó que están por viajar a Aspen en un avión privado —dijo Kim para cambiar de tema. ¿Qué piloteas?

—¿Yo personalmente? No piloto nada. ¡Ni loco! Ni loco subo a un avión si el piloto soy yo. —Volvió a reírse con esa risa tan peculiar suya, con lo cual consiguió que Kim pensara si no roncaría al dormir—. Tengo un jet Lear nuevo. Bueno, técnicamente es de Foodsmart, al menos para el organismo recaudador de impuestos. Como seguramente sabes, para un avión de ese tipo, la Administración Federal del Espacio exige que viajen dos pilotos altamente calificados.

—Desde luego —repuso Kim, como si estuviera familiarizado con la disposición. Por nada del mundo quería dejar traslucir su ignorancia total sobre tales cuestiones. Tampoco quería que se le notara el enojo que le producía que un empresario que no hacía nada más que manejar papeles tuviera semejantes beneficios económicos, mientras que él, que trabajaba doce horas diarias sobre el corazón de las personas, se veía en figurillas para conservar en buen estado su Mercedes de diez años de antigüedad.

El ruido de pasos sobre la escalera sin alfombra prenunció la llegada de Becky. Traía una pequeña maleta, y los patines colgados del hombro. Arrojó ambos sobre un silloncito que había en el hall, y entró como una tromba en la sala.

Kim no la veía desde el domingo anterior, cuando pasaron un día muy feliz en una zona de esquí cercana, y Becky lo demostró con la manera de comportarse. Fue directamente hacia su padre y le dio un fuerte abrazo que por un momento le hizo perder el equilibrio. Kim apoyó la cara contra la cabeza de la niña, y sintió su pelo mojado pues seguramente ella acababa de ducharse. La esencia del champú le hacía despedir un aroma propio de manzanos en flor.

Sin soltar al padre, Becky se inclinó hacia atrás y puso en broma cara de reprobación.

—Llegaste tarde, papi.

Todos los problemas que había tenido Kim ese día se derritieron al mirar a su adorada hija de diez años que, para él, era un dechado de juventud, gracia y bríos. Su piel era perfecta; sus ojos, grandes y expresivos.

—Perdóname, mi budincito. Me dijeron que tienes ganas de comer.

—Estoy muerta de hambre. ¡Pero mira!

Dio vuelta la cabeza hacia uno y otro lado.

—Mira mis aros nuevos de brillantes. ¿No te parecen preciosos? Me los regaló Cari.

—No es nada extraordinario —dijo Cari, cohibido. Una especie de regalo tardío de Navidad.

Para que me preste a su mamá por el fin de semana.

Kim tragó saliva del asombro.

—Muy impresionante —consiguió articular.

Becky soltó a su padre y fue al hall a recoger sus cosas y sacar el abrigo del *placard* de la entrada. Kim fue tras ella.

—Bueno —intervino Tracy—, quiero que te acuestes a la hora de siempre, jovencita, ¿entendido? Hay mucha gripe dando vuelta.

—¡Ay, mamá! —se quejó la niña.

—Lo digo en serio. No quiero que tengas que faltar a la escuela.

—Basta, mamá. Diviértete, y no te pongas tan nerviosa por...

—Lo voy a pasar muy bien —la interrumpió Tracy para que no pudiera decir nada inconveniente. Pero lo pasaría mejor si no tuviera que preocuparme por ti. ¿Llevas el número de teléfono que te di?

—Sí, sí —dijo Becky, con cierto cansancio. Luego se reanimó y dijo—: Esquía todo por mí.

—Bueno, prometido —dijo Tracy, y tomó el abrigo que su hija llevaba al brazo. Quiero que te lo pongas.

—Pero voy a estar dentro del auto...

—No me importa —dijo Tracy, ayudándola a ponérselo.

Becky corrió luego hacia Cari, que se hallaba parado en la puerta de la sala. Le dio un abrazo y le habló al oído:

—Mamá está muy nerviosa —dijo, pero se le va a pasar. Y gracias por los aros, que me encantan.

—De nada, Becky —respondió él, sorprendido.

Becky se acercó de prisa a Tracy, le dio un breve abrazo y salió velozmente por la puerta que Kim le mantenía abierta.

Una vez afuera, bajó corriendo la escalinata y le hizo señas a su padre de que se apresurara, obligándolo también a correr.

—Llámame si hay algún problema —gritó Tracy desde el porche.

Kim y Becky saludaron con la mano al subir al auto.

—Mamá vive preocupándose —dijo la niña cuando Kim puso el motor en marcha. Luego señaló por el parabrisas, hacia adelante—: Ese que está ahí es un Lamborghini. Es de Cari, y me resulta imponente.

—Seguramente lo es —afirmó Kim, tratando de no dar la impresión de que le molestaba.

—Tendrías que comprarte uno, papá —agregó Becky, y dobló la cabeza para mirar el vehículo cuando pasaron a su lado.

—Hablemos de comida. Yo había pensado que podíamos pasar a buscar a Ginger e ir los tres a Chez Jean.

—No quiero comer con Ginger —protestó Becky, haciendo pucheros.

Kim hizo tamborilear los dedos contra el volante. La tensión de ese día en el hospital, y hasta el encuentro con Cari, lo habían dejado muy nervioso. Era una pena que no hubiese tenido tiempo de jugar al menos un partido de tenis. Necesitaba alguna forma de descarga física. Lo último que deseaba era que hubiese problemas entre Becky y Ginger.

—Becky, ya esto lo hemos hablado antes. Ginger disfruta con tu compañía.

—Yo quiero estar contigo, no con tu recepcionista.

—Pero estarás conmigo. Estaremos todos juntos. Y Ginger es algo más que mi recepcionista.

—Tampoco quiero comer en ese restaurante viejo y aburrido. Lo odio.

—Bueno, bueno —dijo Kim, tratando de contenerse. ¿Qué te parece si vamos al Onion Ring de la calle Prairie tú y yo solos? No queda lejos de aquí.

—¡Fabuloso! —Becky se reanimó, y pese al cinturón de seguridad, se las ingenió para inclinarse hacia el costado y darle al padre un beso en la mejilla.

Kim se maravilló de la destreza con que su hija podía manejarlo. Se sintió más tranquilo al ver que ella volvía a ser la niña vivaz de siempre, pero pasados unos kilómetros, el comentario anterior comenzó a darle fastidio.

—Te juro que no entiendo —dijo por qué siempre te pones contra Ginger.

—Porque ella hizo que se separaran tú y mamá.

—Dios santo, ¿esa es la versión que te da tu madre?

—No. Ella dice que eso fue sólo una parte del asunto, pero yo creo que fue culpa de Ginger. Ustedes nunca se peleaban hasta que apareció ella.

Kim volvió a hacer tamborilear los dedos sobre el volante. Pese a lo que decía Becky, estaba seguro de que era Tracy quien le había metido esa idea en la cabeza.

Al entrar en la playa de estacionamiento del Onion Ring, Kim miró de reojo a su hija. El rostro de la niña recibía los colores del inmenso cartel del local, y ella sonreía de contento pensando en la cena.

—El motivo por el cual tu madre y yo nos divorciamos es muy complicado —comenzó a decir, y Ginger tuvo muy poco que...

—¡Cuidado! —gritó Becky.

Kim volvió a mirar adelante y captó la imagen borrosa de un chico andando en patineta a la derecha del guardabarros delantero derecho. Clavó los frenos, giró bruscamente hacia la izquierda y el auto se detuvo, pero antes golpeó contra la parte trasera de otro vehículo estacionado. Se produjo el inconfundible ruido a vidrio roto.

—¡Chocaste el auto! —gritó Becky como si fuera una pregunta.

—¡Ya sé que lo choqué! —le contestó Kim, también de viva voz.

—Pero no es culpa mía, ¡así que no me grites!

El chico de la patineta, que se había detenido un instante, pasó luego delante del auto. Kim lo miró, y este, en tono irreverente, le dijo: «Idiota». Kim cerró los ojos un momento para contenerse.

—Perdóname, Becky. Claro que no fue culpa tuya. Yo tendría que haber prestado más atención, y por cierto no debería haberte gritado.

—¿Qué vamos a hacer? —Miró nerviosa la playa de estacionamiento, aterrada de que pudiera

haber por allí alguno de sus compañeros de colegio.

—Voy a fijarme qué pasó —anunció Kim, y se bajó del coche. Al instante volvió y le pidió que le buscara el sobre con los documentos en la guantera.

—¿Qué se rompió? —preguntó Becky cuando le entregaba los papeles.

—El faro delantero nuestro y la luz trasera de ellos. Voy a dejarles una nota.

Ya dentro del restaurante, Becky se olvidó enseguida del incidente. Como era viernes a la noche, el local estaba colmado. La mayoría eran adolescentes vestidos con una ridícula colección de ropa excesivamente grande y peinados estilo *punk*. Pero también había familias con muchos niños pequeños y hasta con bebés. El nivel del sonido era considerable debido al llanto de algunos bebés y los equipos portátiles de audio que tenían algunos clientes.

Los locales de Onion Ring resultaban muy atractivos para los chicos porque allí se les permitía pedir las hamburguesas exactamente a su gusto, y se les podía agregar una sorprendente variedad de condimentos. También podían prepararse sus copas heladas con igual número de agregados y cremas.

—¿No te parece un lugar fantástico? —comentó Becky, cuando ambos se ubicaron en una de las hileras para hacer el pedido.

—Ah, una maravilla —bromeó Kim, sobre todo por la música clásica, tan sedante, que ponen de fondo.

—¡Ay, papá! —protestó Becky, revoleando los ojos.

—¿Alguna vez viniste aquí con Cari? —Kim en realidad no quería oír la respuesta porque algo le decía que ella sí había estado.

—Por supuesto. Nos trajo a mamá y a mí una o dos veces. Fue genial. Él es el dueño de aquí.

—No del todo —la contradujo Kim con cierta satisfacción. De hecho Onion Ring es de propiedad pública. ¿Sabes lo que significa?

—Más o menos.

—Significa que muchas personas son dueñas de las acciones. Hasta yo tengo algunas, o sea que también soy propietario.

—Sí, claro, pero cuando vinimos aquí con Cari no tuvimos que hacer cola.

Kim respiró hondo y fue soltando el aire.

—Cambiemos de tema. ¿Sigues pensando en presentarte al torneo nacional de patinaje? Ya pronto se vence la fecha.

—No me voy a presentar —respondió Becky sin vacilar.

—¿De veras? ¿Por qué no, querida? Tienes tanto talento... Además, el año pasado ganaste muy fácilmente el campeonato juvenil.

—Me gusta patinar, y no quiero arruinarlo.

—Pero podrías ser la mejor.

—No quiero ser la mejor en competición.

—Por Dios, Becky. Te aseguro que estoy un poco desilusionado. Me harías sentir tan orgulloso.

—Mamá me anticipó que ibas a decir algo así.

—¡Ah, qué bien! Tu madre terapeuta y sabelotodo.

—También dice que tengo que hacer lo que me parezca mejor a mí.

De pronto ya habían llegado al frente de la cola. Una cajera muy joven, con cara de aburrida, les

preguntó qué querían.

Becky miró el menú del cartel. Hizo un mohín y se apoyó un dedo en la mejilla.

—Hmmm... No sé lo que quiero.

—Pide una hamburguesa, que es lo que más te gusta.

—De acuerdo. Una hamburguesa, papas fritas y un batido de vainilla.

—¿Normal o grande?

—Normal.

—¿Y usted, señor?

—A ver... —También él se fijó en el menú de la pared—. Sopa y ensalada. Y un té helado.

—Siete dólares con noventa.

Kim pagó y la cajera le entregó un *ticket*.

—Su número es el veintisiete.

Kim y Becky salieron de la zona de pedidos. Después de mucho buscar, encontraron dos asientos vacíos en una de las mesas estilo *picnic* próximas a la ventana. Becky se sentó, no así Kim, que le entregó el *ticket* y le dijo que debía ir al baño. Becky asintió distraídamente; le había echado el ojo a un compañero suyo de colegio, muy atractivo, que por casualidad estaba sentado en la mesa de al lado.

Para Kim fue una suerte de carrera de obstáculos cruzar el restaurante y llegar al hall de entrada donde se hallaban los baños. Había dos teléfonos, ambos ocupados por niñas adolescentes, y detrás de cada uno había una hilera de personas esperando. Sacó entonces su celular, marcó el número y se apoyó contra la pared para hablar.

—Ginger, soy yo.

—¿Dónde diablos estás? ¿Te olvidaste de que habíamos reservado mesa en Chez Jean para las siete y media?

—No podemos ir. Tuve que cambiar de planes. Becky y yo vinimos a comer algo al Onion Ring de la calle Prairie.

Ginger no respondió.

—Hola. ¿Estás ahí todavía?

—Sí, estoy aquí.

—¿Oíste lo que te dije?

—Sí, por supuesto que oí. Yo no he comido todavía y hace horas que estoy esperando. No me llamaste; además, me prometiste que esta noche íbamos a Chez Jean.

—Escucha, no me hagas reproches tú también. No puedo dejar contentos a todos. Llegué tarde a retirar a Becky, y ella estaba muerta de hambre.

—Qué bien. Que te vaya muy bien en la cena con tu hija.

—¡Me estás haciendo enojar, Ginger!

—¿Y cómo crees que me siento yo? Durante un año pusiste el pretexto de tu mujer. Ahora supongo que vas a decir que es tu hija.

—Basta ya, Ginger. No quiero discutir. Becky y yo comemos aquí, y después pasamos a buscarte.

—A lo mejor me encuentras, y a lo mejor no. Estoy cansada de que no piensen en mí.

—Bien. Tú decides.

Kim cortó la comunicación y volvió a guardarse el celular en el bolsillo del saco. Apretó los dientes y maldijo en silencio. La velada no estaba saliendo como lo había planeado. Sus ojos se posaron involuntariamente en el rostro de la adolescente que esperaba uno de los teléfonos. Se había puesto un lápiz labial de un rojo tan oscuro que rayaba en el marrón, y le daba el aspecto de alguien muerto por la inclemencia del tiempo en plena montaña nevada.

Al darse cuenta de que la miraba, la chica dejó de mascar chicle al estilo rumiante y le sacó la lengua. Kim se separó de la pared y entró en el baño de hombres para echarse agua en la cara y lavarse las manos.

El nivel de movimiento que había en la cocina y zona de servicio del Onion Ring estaba en relación directa con la cantidad de clientes en la zona de atención al público. Era un pandemónium, pero bajo control. Roger Polo, el gerente que solía trabajar doble turno los viernes y sábados —los dos días de mayor afluencia de público— era un hombre nervioso de treinta y tantos años largos, muy exigente con el personal y consigo mismo.

Cuando el restaurante estaba tan abarrotado como lo estaba mientras Kim y Becky esperaban su pedido, Roger ayudaba con el trabajo. Él era el que entregaba las hamburguesas y fritas a Paul, el cocinero de platos rápidos; o el que entregaba los pedidos de sopa y ensalada a Julia, la encargada de la mesa térmica y la mesa de ensaladas; o los pedidos de bebidas a Claudia. Todo el trabajo de reposición y limpieza constante la hacía Skip.

—Sale el número veintisiete —anunció Roger. Quiero una sopa y ensalada.

—Sopa y ensalada —repitió Julia.

—Té helado y batido de vainilla.

—Ya sale —dijo Claudia.

—Hamburguesa normal y fritas medianas.

—Entendido —contestó Paul.

Paul era considerablemente mayor que Roger, un hombre de rostro apergaminado, con profundas arrugas, que más parecía granjero que cocinero. Había trabajado durante veinte años como cocinero de platos rápidos en una planta petrolera del Golfo. En el antebrazo derecho tenía tatuado un pozo de petróleo y la palabra «*Eureka!*».

Paul se hallaba frente a la parrilla ubicada dentro de una isleta central, tras la hilera de cajas registradoras. En todo momento él tenía una cantidad de *bifes* de carne picada sobre la plancha, cada uno de ellos colocado allí respondiendo a un pedido. Organizaba su trabajo por rotación, para que todos los *bifes* recibieran el mismo tiempo de cocción. Al recibir una nueva ola de encargos, Paul giró en redondo y abrió una heladera pequeña que tenía a sus espaldas.

—¡Skip! —gritó cuando se dio cuenta de que la caja de hamburguesas estaba vacía. Consígueme una caja de *bifes* del *freezer*.

Skip dejó el lampazo.

—¡Voy!

El *freezer* se hallaba al fondo mismo de la cocina, junto a la cámara frigorífica y frente al depósito. Skip, que hacía apenas una semana que trabajaba en el Onion Ring, notaba que gran parte

de su labor consistía en buscar diversos elementos en depósito y alcanzárselos a los empleados de la cocina.

Abrió la pesada puerta de *freezer* y entró. La puerta contaba con un grueso resorte, y se cerró sola. El interior era de unos tres por seis metros, iluminados por una única lamparita protegida por una rejilla. Las paredes estaban revestidas de un material metálico semejante a chapa de aluminio. El piso era un enrejado de madera.

El espacio estaba ocupado casi en su totalidad por cajas de cartón, salvo un pasillo central. A la izquierda se hallaban las enormes cajas de hamburguesas congeladas. Ala derecha, las de papas fritas, filetes de pescado y presas de pollo, todos congelados.

Skip agitó los brazos para contrarrestar el frío bajo cero. El aliento le salía en nubes heladas. Ansioso por regresar al calor de la cocina, le quitó la escarcha a la etiqueta de la primera caja de mano izquierda para comprobar que fuera carne picada, y comprobó que decía:

FRIGORÍFICO MERCER. BIFES DE CARNE

PICADA. TAMAÑO NORMAL. 50 G. EXTRA MAGROS. LOTE 6. PARTIDA 9-14. FECHA DE ELABORACIÓN: 12 DE ENERO. FECHA DE VENCIMIENTO: 12 DE ABRIL.

Ya tranquilo, abrió una de las cajas más voluminosas y sacó otra más pequeña que contenía quince docenas de hamburguesas. Luego fue y las guardó en la heladera ubicada detrás de Paul.

—Ya puedes seguir trabajando —dijo.

Paul no le respondió, pues estaba muy ocupado entregando hamburguesas cocidas mientras mentalmente llevaba la cuenta de los nuevos pedidos que le había pasado Roger. En cuanto pudo, se dio vuelta, abrió la caja y sacó la cantidad de *bifes* que necesitaba. Cuando estaba por cerrar la puerta, reparó en la etiqueta.

—¡Skip! ¡Ven aquí ya mismo!

—¿Qué pasa? —preguntó Skip. No se había alejado, pero se había agachado para cambiar la bolsa de residuos ubicada bajo la isleta principal.

—Trajiste unas hamburguesas que no correspondían. Estas llegaron hoy.

—¿Y qué tiene de malo?

—Mucho, y te lo demostraré en un instante —dijo Paul. Luego gritó—: Roger, ¿cuántas hamburguesas necesitas después del pedido número veintiséis?

Roger revisó los *tickets*.

—Una para el pedido veintisiete, cuatro para el veintiocho y tres para el veintinueve. En total, ocho.

—Lo que me parecía. —Paul colocó en la plancha los ocho que tenía en la mano y se dio vuelta para sacar la caja de *bifes* nuevos de la heladera. Preocupado como estaba, no se dio cuenta de que el primer *bife* que arrojó terminó tapando parcialmente a otro que estaba allí desde antes.

Le hizo señas a Skip que lo siguiera y fue hablando mientras caminaba.

—Cada quince días recibimos envíos de hamburguesas congeladas —le explicó—, pero siempre tenemos que usar primero las viejas.

Paul abrió la puerta del enorme *freezer* y se topó en el acto con la caja que había abierto Skip.

Volvió a guardar dentro de ella la caja más pequeña que llevaba en la mano y cerró la tapa.

—¿Ves la fecha? —le preguntó a Skip, señalándole la etiqueta.

—Sí, la veo.

—Esas cajas que están más atrás tienen una fecha anterior; por lo tanto, hay que usarlas antes.

—Alguien tendría que habérmelo dicho.

—Te lo estoy diciendo ahora. Vamos, ayúdame a correr estas para atrás y traer adelante las del fondo.

Kim había regresado del baño y conseguido ubicar su metro ochenta y pico de humanidad en el asiento contiguo al de Becky. Había otras seis personas en la misma mesa, incluso un niño de dos años que, con la cara manchada de ketchup, se entretenía golpeando con una cucharita de plástico su hamburguesa a medio comer.

—Becky, por favor, sé razonable —dijo Kim, tratando de no prestar atención al niño de dos años. Le dije a Ginger que al salir de aquí íbamos a pasar a buscarla.

Becky respiró hondo y lanzó el aire, al tiempo que echaba los hombros hacia abajo. Estaba enfurruñada, cosa no muy habitual en ella.

—Hice todo lo que me pediste. Estamos comiendo juntos tú y yo solos, y no en el Chez Jean.

—Bueno, no me preguntaste si quería que fuéramos a buscar a Ginger. Cuando dijiste que veníamos aquí, pensé que a ella no teníamos que verla esta noche.

Kim desvió la mirada y puso tensos los músculos de su mandíbula. Amaba a su hija, pero sabía que ella a veces era muy obcecada. Y como cardiocirujano que era, estaba habituado a que los integrantes de su equipo acataran las órdenes que él daba.

Paul regresó de ordenar las cajas del *freezer* y se encontró con un Roger muy malhumorado.

—¿Dónde te habías metido? Estamos atrasados.

—No te preocupes; está todo bajo control.

Paul tomó su espátula y comenzó a colocar las hamburguesas asadas dentro de los respectivos panes. Corrió hacia un costado la que había quedado apoyada sobre otra para poder sacar la de abajo.

—Pedido treinta —gritó Roger. Dos comunes y una maxi.

—Van marchando —dijo Paul. Sacó la carne de la heladera y la arrojó sobre la plancha. Luego utilizó la espátula para levantar la hamburguesa que había quedado apoyada sobre otra. La ubicó sobre la plancha, pero tampoco esta vez quedó plana sino que volvió a caer sobre otra. Paul estaba a punto de corregir la posición, pero en ese momento Roger volvió a hablarle.

—¡Paul, te equivocaste! ¿Qué te pasa esta noche?

Paul lo miró, sosteniendo la espátula sobre la parrilla.

—El número veinticinco son dos maxis, no dos comunes.

—¡Ay, lo siento! —Se dio vuelta para sacar dos maxis de la heladera. Luego de arrojarlas sobre la plancha, las aplanó con la espátula. Las maxis necesitaban el doble de tiempo sobre el fuego que

las comunes.

—Y ese pedido iba con una porción mediana de papas fritas —continuó Roger, molesto, mientras agitaba el *ticket* del pedido con gesto amenazador.

—Comprendido —repuso Paul, y en el acto llenó con papas fritas un envase mediano.

Roger tomó las papas fritas y las colocó sobre la bandeja veinticinco y acercó esta al mostrador denominado de distribución.

—Bueno —le dijo Roger a Paul, el veintisiete está listo. ¿Dónde están la hamburguesa y las papas? Vamos Paul, apúrate.

—De acuerdo, de acuerdo. —Con la espátula, Paul levantó la hamburguesa que había estado casi todo el tiempo encaramada en otras dos, la metió dentro de un pan y luego la colocó sobre el plato de cartón que Roger le había alcanzado. Le puso también cebollas asadas y llenó otro recipiente de cartón con papas fritas.

A los pocos segundos, la chica del mostrador de distribución anunció por el micrófono:

—Pueden pasar a retirar los pedidos números veinticinco y veintisiete.

Kim se puso de pie.

—Ese es el nuestro —dijo. Voy yo a buscarlo, pero cuando terminemos de comer, pasamos a recoger a Ginger, y no admito protestas. Además, espero que actúes con simpatía, ¿de acuerdo?

—Bueno, de acuerdo —aceptó Becky a regañadientes, y se levantó.

—Yo traigo la bandeja. Quédate aquí.

—Pero quiero ponerle yo misma los agregados.

—Ah, cierto, me olvidaba.

Mientras ella ponía una capa impresionante de agregados diversos, Kim eligió la salsa que le pareció más inofensiva. Después, padre e hija regresaron a su mesa. Kim se alegró de ver que el niño manchado de ketchup se había marchado.

Becky se sintió muy ufana cuando el chico de su escuela le pidió unas papas fritas. Kim tomó la cuchara, y estaba a punto de probar la sopa, cuando el teléfono celular comenzó a sonar contra su pecho. Sacó el aparato y se lo puso al oído.

—Habla el doctor Reggis —dijo.

—Doctor, habla Nancy Warren —dijo la enfermera—. Lo llamo porque la señora de Arnold exige que venga a ver a su marido.

—¿Qué problema hay?

Becky tuvo que usar ambas manos para tomar su hamburguesa, pero así y todo, unas rodajitas de *pickles* cayeron de entre los panes. Impertérrita, abrió grande la boca y dio un mordiscón al gigante. Masticó unos segundos; luego examinó la superficie mordida.

—La señora está muy angustiada —continuó diciendo la enfermera. Y él dice que los calmantes no le hacen efecto.

Becky tironeó el brazo de su padre, tratando de hacerle ver la superficie mordida de la hamburguesa. Kim le hizo gestos de que esperara mientras él seguía hablando por teléfono.

—¿Tuvo muchos latidos ventriculares prematuros?

—No, no muchos, pero sí los suficientes como para que esté prevenido.

—Hágale un dosaje de potasio y duplíquele la dosis de calmantes. ¿Está allí la jefa de terapia intensiva?

—Sí, la doctora Silber está en el hospital. Pero creo que usted debería darse una vuelta por aquí. La señora de Arnold se ha puesto insistente.

—No me cabe duda —respondió Kim con una risita, como restándole importancia. Pero esperemos para ver el nivel del potasio. Fíjese también que no haya una marcada distensión abdominal.

Kim cortó la comunicación. Esa señora se estaba poniendo más fastidiosa de lo que había imaginado.

—Mira mi hamburguesa —dijo Becky.

Kim la miró y vio la franja rosada en la parte del medio, pero se había quedado preocupado, y no muy feliz, con la llamada que acababa de recibir del hospital.

—Hmmm —dijo. Así comía yo las hamburguesas cuando tenía tu edad.

—¿De veras? ¡Qué horrible!

Pensando que lo mejor era que hablara directamente con la jefa de terapia intensiva, Kim marcó el número del hospital.

—Esa era la única forma en que me gustaban las hamburguesas —le comentó a Becky mientras esperaba comunicarse. Muy poco cocidas, con una rodaja de cebolla cruda, no con esas cebollas reconstituidas y asadas, y por cierto, sin todas esas otras porquerías.

Cuando le atendieron, Kim preguntó por la doctora Alice Silber.

Becky miró su hamburguesa, se encogió de hombros y dio otro mordiscón vacilante. Tuvo que reconocer que le resultó sabroso.

Sábado, 17 de enero

A bordo de su auto, Kim dio la curva tras la cual aparecía su casa. Se trataba de una enorme vivienda estilo Tudor, levantada en un lote ampliamente arbolado, de un bello barrio residencial. En una época había sido una hermosa casa, pero actualmente se la notaba abandonada. El otoño anterior nadie había barrido las hojas, que ahora cubrían el jardín formando una capa de restos húmedos, color marrón sucio. Casi todas las molduras del frente estaban descascaradas —necesitaban desesperadamente una mano de pintura— y algunas de las persianas, torcidas. En el techo, varias tejas, después de desprenderse, habían ido a parar a las canaletas.

Eran las nueve de una mañana nublada y ventosa de domingo, y el barrio parecía desierto. Kim no vio signos de vida cuando entró en el sendero de acceso a su casa y estacionó frente a la puerta del garaje. Hasta el diario del vecino de al lado seguía tirado en el jardín, sin que nadie lo hubiese levantado aún.

El interior de la vivienda era un fiel reflejo del exterior. Había perdido casi todas las alfombras, muebles y accesorios cuando Tracy se fue de allí llevándose las cosas que quería. Además, hacía varios meses que no se hacía una limpieza. El *living*, en particular, parecía un salón de baile, con un solo sillón, una alfombra pequeña, el teléfono apoyado en una mesita, y una única lámpara de pie.

Kim arrojó las llaves en una pequeña mesa empotrada que había en el hall; luego cruzó el comedor para llegar a la cocinacuarto de estar. Llamó a Becky, pero no tuvo respuesta. Se fijó dentro de la piletta: no había platos sucios.

Esa mañana se había despertado poco después de las cinco, horario habitual en él; se levantó y fue a hacer las visitas de hospital. Suponía que, al volver, encontraría a su hija ya levantada, lista para partir.

—¿Dónde estás, mi pequeña holgazana? —gritó mientras subía la escalera. Cuando estaba por llegar arriba, oyó que se abría la puerta del cuarto de la niña. Segundos después aparecía ella, todavía en camisón. Su pelo era una mata de rulos revueltos, y sus ojos estaban hinchados.

—¿Qué ocurre? Pensé encontrarte ansiosa por ir a tu clase de patín. Andando.

—No me siento muy bien. —Se restregó los ojos con los nudillos.

—¿Ah no? ¿Qué te pasa?

—Me duele el estómago.

—Bueno, seguramente no es nada. ¿El dolor viene y se va, o te duele todo el tiempo?

—Viene y se va.

—Dime dónde lo sientes con exactitud.

Becky hizo unos imprecisos movimientos circulares sobre su abdomen.

—¿Escalofríos? —preguntó Kim, y le puso la mano sobre la frente.

Becky le contestó un mudo «no».

—Son retortijones, nada más. Probablemente sea tu pobre estómago protestando por la comida de anoche. Date una ducha y vístete mientras yo te preparo el desayuno. Pero apúrate; no quiero que tu madre se queje porque te hago llegar tarde a patinaje.

—No tengo hambre.

—Sí vas a tenerlo después de bañarte. Te espero abajo.

De vuelta en la cocina, Kim sacó cereal, leche y jugo de frutas. Regresó al pie de la escalera, y estaba ya por gritarle algo a Becky, cuando oyó el inconfundible sonido de la ducha. Volvió entonces a la cocina y llamó desde allí por teléfono a Ginger.

—Todos están bien en el hospital —dijo Kim no bien Ginger atendió—. Los tres postoperatorios van muy bien, aunque los Arnold, en particular la mujer, me están volviendo loco.

—Me alegro —dijo Ginger, seca.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Kim. Había tenido otro pequeño mal rato con una de las enfermeras esa mañana, y quería pasar un día sin complicaciones.

—Anoche yo quería quedarme a dormir. Me parece que no es justo...

—¡No sigas! —la interrumpió Kim. No empecemos de nuevo, por favor. Estoy cansado de estas tonterías. Además, esta mañana Becky no se siente muy bien.

—¿Qué tiene? —preguntó Ginger con sincera preocupación.

—No es gran cosa... un dolor de estómago, nada más. —Iba ya a dar explicaciones cuando oyó que Becky bajaba por la escalera—. Aquí viene. Bueno, nos encontramos en la pista de patinaje. ¡Adiós!

Cortó cuando Becky entró en la habitación. Venía vestida con la bata de baño de Kim, que le quedaba tan grande que la arrastraba por el piso, y las mangas le llegaban a media pierna.

—En la mesa hay cereales, leche y jugo. ¿Te sientes un poquito mejor?

La niña le contestó calladamente que no.

—¿Qué quieres comer?

—Nada.

—Algo tienes que comer. ¿Una cucharadita de bismuto?

Becky puso cara de asco.

—Un poco de jugo, nada más.

Las tiendas del centro comercial estaban apenas comenzando a abrir cuando Kim y Becky recorrieron el pasillo que conducía a la pista de patinaje. Kim no había vuelto a preguntarle, pero estaba seguro de que Becky se sentía mejor. Al final había comido algo de cereal, y en el trayecto en auto había estado conversadora como siempre.

—¿Te vas a quedar mientras yo estoy en clase? —preguntó la niña.

—Ese es el plan. Estoy ansioso por ver el triple axel del que me hablabas.

Al aproximarse a la pista, Kim le entregó los patines que traía él en la mano. Se oyó luego un silbato dando por finalizada la clase anterior.

—Calculamos el tiempo a la perfección —comentó Kim.

Becky se sentó y comenzó a desatarse las zapatillas. Kim miró a los demás adultos, en su mayoría mamas. De pronto cruzó la mirada con Kelly Anderson. Pese a lo temprano que era, ella estaba vestida como para un desfile de modas, y parecía recién salida de la peluquería. Esbozó una sonrisa, pero Kim desvió los ojos.

Una niña aproximadamente de la misma edad que Becky se acercó patinando y salió de la pista. Luego fue a sentarse junto a Becky, a quien saludó con un «Hola». Becky retribuyó el saludo.

—¡Ah, mi cardiocirujano preferido!

Kim se dio vuelta, y con gran desagrado se topó con Kelly.

—¿Conoce a mi hija? —dijo Kelly. Kim contestó que no sin abrir la boca—. Caroline, saluda al doctor Reggis.

Pese a los pocos deseos de entrar en conversación con Kelly, Kim saludó a la niña y presentó a Becky a Kelly.

—Qué hermosa coincidencia volver a encontrarme con usted —dijo la periodista cuando se enderezó luego de haber estrechado la mano de Becky—. ¿Vio anoche mi segmento del noticiario de las once, cuando hablé sobre el aniversario de la fusión del hospital? —No, no lo vi.

—Qué lástima. Le habría gustado. Lo pusimos a usted al aire, y todo el mundo opina que la «conclusión» que usted sacó fue lo mejor del programa. Empezaron a sonar los teléfonos, que es lo que le gusta al gerente del canal.

—Hágame acordar de que no quiero volver a conversar más con usted —repuso Kim.

—Tenga cuidado, doctor, porque puede herir mis sentimientos —respondió Kelly, en tono alegre.

—¡Kim! —gritó una voz desde el otro lado de la pista. ¡Kim, aquí!

Ginger había llegado y agitaba vivamente la mano mientras daba la vuelta alrededor de la pista para acercarse hacia ellos. Tenía poco más de veinte años, rasgos de duendecillo, pelo rubio largo y piernas delgadas. Cuando no estaba en la oficina, se preocupaba expresamente por vestirse en un estilo que definía como informal y atrayente. Esa mañana tenía puesto un par de ceñidos vaqueros y camiseta corta que dejaba al descubierto su cintura firme, sumado a una vincha de gimnasia y muñequeras como indicios de su afición por la gimnasia aeróbica. Iba calzada con zapatillas profesionales, y no llevaba abrigo.

—¿A ver, qué tenemos aquí? —dijo Kelly en susurros, mirando llegar a Ginger. Me huele a material para un tabloide: el afamado cardiocirujano y la profesora de gimnasia.

—Es mi secretaria —dijo Kim, tratando de restar importancia a la inminente confrontación.

—Yo no lo dudaría ni un instante. Pero miren esa silueta. Y ese entusiasmo juvenil. Me da la sensación de que ella lo considera un dios.

—Ya le dije que trabaja conmigo —se molestó Kim.

—Le creo. Y eso es lo que me interesa. Hasta mi clínico y mi oculista se divorciaron de su mujer para casarse con la secretaria. Me huelo que aquí puede haber tema para una nota. ¿No le parece la típica crisis del hombre de mediana edad?

—A ella no se le acerque.

—Vamos, doctor. Ustedes, los cirujanos del corazón, se consideran personajes. Siempre ocurren estas cosas, sobre todo si salen con mujeres de la mitad de su edad.

Becky se inclinó hacia Caroline y le habló en voz baja.

—Nos vemos después. Aquí viene la estúpida novia de mi papá. —Se levantó, entró en la pista y rápidamente se alejó patinando.

Ginger enfiló derecho hacia Kim y, sin darle tiempo a reaccionar, le plantó un fuerte beso en la mejilla.

—Perdona, querido. Esta mañana, por teléfono, estuve de muy mal humor. Lo que pasa es que te extrañaba.

—Hmmm. No muy comercial la relación, ¿eh? —comentó Kelly—. Restos de lápiz labial.

Kim se limpió la cara con el dorso de la mano.

—Ay —murmuró Ginger al ver la huella roja de sus labios sobre la piel de Kim—. Déjame que te la saco. —Se pasó la lengua por dos dedos y, de nuevo sin darle tiempo a Kim a reaccionar, le limpió la mancha de rouge.

—Perfecto —comentó Kelly.

Ginger se volvió hacia Kelly y en el acto reconoció a la famosa periodista local.

—¡Kelly Anderson! —exclamó—. Qué maravilla. Me encanta cómo hace los noticiarios.

—Bueno, gracias. Tu nombre es...

—Ginger Powers.

—Encantada, Ginger. Te dejo una tarjeta mía. A lo mejor algún día podemos reunimos.

—Ah, muchas gracias. —Recibió la tarjeta con verdadero alborozo—. Me encantaría encontrarme contigo.

—Bueno. Yo hago notas relacionadas con el tema de la salud, y siempre busco la opinión de la gente que está en el ramo.

—¿Quieres entrevistarme a mí? —Se la notaba sorprendida y halagada.

—¿Por qué no? —Ginger señaló a Kim.

—A él tendrías que entrevistar, no a mí. Él conoce toda la medicina.

—Se ve que tienes una excelente opinión del buen doctor, ¿no?

—Como si se pudiera ponerlo en duda —continuó Ginger, con fingida indignación—. Es el mejor cardiocirujano del mundo. Aparte, el más buen mozo. —Trató de dar un pellizconcito a Kim en la mejilla, pero esta vez él la esquivó.

—Bueno, yo me retiro —anunció Kelly—. Vamos, Caroline. Ponte el abrigo y vamos ya. ¡Ginger, llámame! Kim, créame que entiendo por qué tiene a Ginger de secretaria y compañera.

Kelly y Caroline se alejaron, Kelly llevando la mochila y los patines de su hija. A Caroline en ese momento le estaba dando trabajo ponerse su abrigo largo, relleno de plumas de ganso.

—Es muy simpática —comentó Ginger al ver alejarse a la periodista.

—Es un buitre. Y no quiero que hables con ella.

—¿Por qué no?

—No me ha causado otra cosa que sufrimientos.

—Pero sería divertido.

—Mira, Ginger, hablas con ella y te juro que se termina tu puesto y tu relación conmigo. ¿Entendido?

—¡De acuerdo! Dios mío, qué geniecito. ¿Qué te pasa?

Becky, que había estado haciendo unos ejercicios de precalentamiento, se acercó patinando hasta donde estaban ellos parados.

—No puedo quedarme a la clase —dijo. Salió del hielo, se sentó y comenzó a sacarse los patines.

—¿Por qué? —quiso saber Kim.

—Me siento peor del estómago. ¡Y tengo que ir al baño... urgente!

Domingo, 18 de enero

Kim tomó la carpeta con la historia clínica de Harvey Arnold y la abrió. No eran aún las ocho, y las enfermeras del turno de la mañana estaban recibiendo la información del día. Por consiguiente, Kim era el único ocupante del *office* de enfermeras, salvo por el empleado del sector.

Buscó las anotaciones correspondientes al día anterior, y luego las de la noche, y contuvo una sonrisita. Por lo que se desprendía de los informes, la señora de Arnold estaba causando molestias al personal tanto como a él. También se advertía que el señor Arnold iba logrando una buena recuperación, impresión que confirmaba la planilla de datos sobre sus signos vitales y los análisis de laboratorio del día anterior. Satisfecho, volvió a guardar la hoja en su lugar y se encaminó a la habitación de su paciente.

El señor Arnold se hallaba sentado en la cama desayunando y mirando televisión. Kim se maravilló en silencio de los progresos que había hecho la cirugía cardíaca en las dos últimas décadas, a juzgar por lo que se veía en ese individuo. Se trataba de un hombre de setenta años, que menos de cuarenta y ocho horas antes estaba gravemente enfermo y fue sometido a cirugía de corazón abierto. A su corazón literalmente se lo hizo detener, se lo abrió, se lo reparó, y sin embargo, él estaba relativamente contento, casi no sentía dolor y había mejorado notablemente su calidad de vida. Kim no pudo sino lamentar que semejante milagro resultara desvalorizado dentro del ambiente económico en que se vivía.

—¿Cómo se siente, señor Arnold?

—Muy bien. —Arnold se limpió la barbilla con la servilleta. Si estaba solo, el hombre era muy agradable. Cuando estaban marido y mujer juntos era que comenzaban a volar las chispas.

Kim le interrumpió el desayuno el tiempo mínimo necesario para revisarle el apósito y el drenaje. Todo iba saliendo como debía.

—¿Está seguro de que voy a poder jugar al golf? —Desde luego. Podrá hacer lo que quiera. Al cabo de unos minutos más de bromas, Kim anunció que se marchaba, pero lamentablemente en ese instante se topó con Gertrude Arnold que entraba.

—Ah, doctor, qué suerte que lo encuentre. Quiero que a mi marido le pongan una enfermera las veinticuatro horas, ¿entendido?

—¿Cuál es el problema?

—¿El problema? —repitió ella. Yo le voy a decir cuál es: que las enfermeras de este piso no vienen nunca. A veces pasan horas sin que veamos ni una. Y cuando Harry llama, se toman su tiempo para venir.

—Debe de ser porque creen que su marido está bien, y entonces se dedican a los pacientes que no están tan bien.

—Usted no se ponga a disculparlas. Yo quiero que haya una enfermera aquí todo el tiempo.

—Voy a mandar a alguien a hablar con usted por este tema —dijo Kim.

Tranquilizada por el momento, la mujer hizo un gesto de asentimiento.

—No me haga esperar mucho —agregó.

—Veré qué puedo hacer.

De regreso en el *office* de las enfermeras, Kim le pidió a la jefa que mandara a llamar al administrador de AmeriCare para que fuese a hablar con la señora de Arnold. Kim no pudo dejar de sonreír mientras esperaba el ascensor. Le habría encantado presenciar la conversación. La idea de causar alguna molestia al administrador de AmeriCare le resultaba sumamente placentera.

Llegó el ascensor y Kim subió. Venía muy colmado para ser domingo a la mañana. Kim quedó apretado contra un residente alto y delgado, vestido con el típico guardapolvo blanco, cuyo nombre se leía en la etiqueta que llevaba prendida:

DR. JOHN MARKHAM. PEDIATRÍA.

—Disculpe —le habló Kim, ¿hay algunos virus intestinales dando vueltas estos días en los chicos de edad escolar?

—Que yo sepa, no —respondió John. Hemos tenido una cepa bastante desagradable de gripe, pero con problemas respiratorios. ¿Por qué me lo pregunta?

—Mi hija tiene un problema gastrointestinal.

—¿Cuáles son los síntomas?

—Empezó con retortijones ayer a la mañana, y después diarrea. Yo le di un antidiarreico de venta libre.

—¿La mejoró en algo?

—Al principio me pareció que sí, pero anoche le volvieron los mismos síntomas.

—¿Náuseas y vómitos?

—Náuseas leves pero no vómitos, al menos hasta ahora, pero tampoco tiene mucho apetito.

—¿Fiebre?

—No, nada.

—¿Quién es su pediatra?

—Era George Turner, pero después de la fusión del hospital, se tuvo que ir de la ciudad.

—Recuerdo al doctor Turner. Yo trabajé en el Samaritano. Era un buen hombre.

—Así es. Ahora está de vuelta en el Hospital de Niños de Boston.

—Para nosotros es una pérdida —acotó John. Bueno, en cuanto a su hija, yo casi diría que lo que tiene es una intoxicación, no un virus.

—¿De veras? Yo creía que la intoxicación se presentaba de golpe, como los proverbiales estafilococos en la ensalada de papas de algún *picnic*.

—No necesariamente. Este tipo de intoxicación se produce de innumerables maneras. Pero cualquiera sea el conjunto de síntomas, si su hija tuvo diarrea de comienzo agudo, hay grandes posibilidades de que sea intoxicación alimentaria. En términos estadísticos, es la causa más probable. Para darle una idea de su incidencia, el Centro para el Control de Enfermedades calcula que existen entre doscientos y trescientos millones de casos por año.

El ascensor se detuvo y John se bajó.

—Espero que se componga su hija —dijo, cuando las puertas ya se cerraban.

Kim se volvió hacia otro residente.

—¿Oyó usted lo que dijo? ¡Entre doscientos y trescientos millones de casos anuales! ¡Es una locura!

—Eso significa que prácticamente todos los habitantes del país lo sufren cada año —comentó el residente.

—No puede ser cierto —deslizó una enfermera que dejaba su turno.

—Yo creo que lo es —intervino otro residente. La mayoría de las personas tienen los síntomas y lo atribuyen a un «empacho». Desde luego, el empacho no existe.

—Me resulta asombroso —dijo Kim. Habría que pensarlo dos veces antes de ir a cenar afuera.

—La gente se intoxica con la misma facilidad en su propia casa —sostuvo una mujer que viajaba en el fondo del ascensor. El origen, en gran medida, son las sobras, aunque otra causa importante es un manejo inapropiado del pollo crudo.

Kim asintió. Tenía la desagradable sensación de que todos los que iban en el ascensor sabían más del tema que él.

Cuando llegaron a la planta baja, bajó y se fue del hospital. En el camino de regreso a su casa, no pudo dejar de reflexionar sobre la intoxicación. Seguía asombrándole la horrorosa idea de que en los Estados Unidos hubiera entre doscientos y trescientos millones de casos por año. De ser verdad esa estadística, resultaba increíble que él no hubiera visto nada escrito sobre el tema en sus lecturas médicas.

Seguía meditando toda esta cuestión cuando entró en su casa y arrojó las llaves en la mesita del hall. Tenía la intención de entrar en Internet y ver si podía confirmar las estadísticas sobre intoxicación, pero al oír el sonido de la televisión que llegaba desde la cocina, hacia allí se dirigió.

Ginger estaba luchando con el abrelatas empotrado en la pared. Tenía puesto un enterito de gimnasia que dejaba muy poco librado a la imaginación. Los sábados y domingos religiosamente hacía gimnasia aeróbica. Becky se hallaba tendida en el sofá de la sala, mirando dibujos animados. Estaba envuelta en una frazada hasta el cuello, y su rostro parecía pálido en contraste con la lana color verde oscuro.

La noche anterior no habían salido por el malestar de Becky. Ginger había preparado un pollo, del cual Becky comió muy poco. La niña luego se acostó temprano, y Ginger se quedó a pasar la noche. Kim deseó que ambas se hubiesen llevado bien durante el rato que él estuvo en el hospital. Suponía que las iba a encontrar todavía en la cama cuando él regresara de sus visitas.

—Hola —saludó en voz alta. Ya volví.

Ninguna de las dos le respondió.

—¡Maldición! —exclamó Ginger. Este aparato es una porquería.

—¿Qué problema tiene? —dijo Kim, acercándosele. Ginger había dejado de luchar con el abrelatas y había puesto los brazos en jarras. Se la notaba exasperada.

—No puedo abrir esta lata —respondió, altanera.

—La abro yo —se ofreció Kim. Tomó la lata, pero antes de calzarla en el abridor, miró la etiqueta—. ¿Qué es?

—Caldo de gallina, como dice ahí.

—¿Para qué quieres caldo de gallina a las nueve de la mañana?

—Es para Becky. Mi madre siempre me daba caldo cuando tenía diarrea.

—Yo le dije que no tenía hambre —terció Becky, desde el sofá.

—Mi mamá sabía lo que hacía.

Kim dejó la lata en un sitio apartado y fue hacia la sala. Al llegar al sofá, le apoyó a Becky la mano en la frente, y ella movió la cabeza para poder seguir viendo el televisor.

—¿Te sientes mejor? —La sintió caliente, pero pensó que podía ser que su propia mano estuviera fría.

—Más o menos igual. Y no quiero nada de comer porque me dan más retortijones.

—Tiene que comer —opinó Ginger. Apenas si probó bocado desde la cena.

—Si el cuerpo no le pide comida, no debe comer —sentenció Kim.

—Pero es que vomitó.

—¿Es verdad, Becky? —preguntó Kim. El vómito era un síntoma nuevo.

—Un poquito.

—A lo mejor tendrías que llevarla al médico.

—¿Y yo qué soy? —se enojó Kim.

—Tú me entiendes. Eres el mejor cardiocirujano del mundo, pero no tienes mucho contacto con panzas de niños.

—¿Por qué no subes y me traes el termómetro? —le pidió Kim.

—¿Dónde está?

—En el baño grande. Cajón de arriba, a la derecha.

—¿Cómo andas de los retortijones?

—Todavía tengo algunos —reconoció Becky.

—¿Peores que antes?

—Más o menos iguales. Vienen y se van.

—¿Y la diarrea?

—¿Hay necesidad de hablar de todo esto? Me da un poco de vergüenza.

—Bueno, mi budincito. Seguramente dentro de unas horas te sentirás bien como antes. ¿De veras no vas a comer nada?

—No tengo hambre.

—De acuerdo. Pero cuando quieras algo, avísame.

Ya había oscurecido cuando Kim llegó a la calle de Tracy y estacionó frente a su jardín. Se bajó y dio la vuelta a abrirle la puerta a Becky, que viajaba en el asiento del acompañante. Becky venía envuelta en una frazada, que le formaba una especie de caperuza.

Kim la ayudó a bajar del auto y subir el sendero que conducía a la puerta. Becky había pasado el día entero tendida en el sofá, frente al televisor. Kim tocó el timbre y esperó. Tracy abrió la puerta, y ya había empezado a saludar a su hija cuando de pronto se interrumpió en medio de una oración.

—¿A qué se debe la frazada? —preguntó con gesto preocupado. Sus ojos se posaron en Kim en busca de una explicación, y luego volvieron a su hija—. ¡Pasen!

Becky entró, y lo mismo hizo Kim. Tracy cerró la puerta.

—¿Qué está pasando? —preguntó Tracy, al tiempo que retiraba el borde de la manta para ver el

rostro de su hija. Te noto pálida. ¿Estás enferma?

Unas lágrimas sueltas aparecieron en el rabillo de los ojos infantiles. Al verlas, Tracy en el acto abrazó a su hija con aire protector, mientras buscaba con sus ojos los de Kim.

—Se siente un poco mal —admitió él, a la defensiva.

Tracy alejó un poco a Becky para poder mirarle de nuevo la cara. La niña se secó los ojos.

—Estás muy pálida. ¿Qué te pasa, querida?

—No es más que un trastorno gastrointestinal menor —le informó Kim, y probablemente algo de intoxicación también. Al menos eso opina un residente de pediatría con quien hablé.

—Si es tan menor, ¿por qué está tan pálida? —reaccionó Tracy, y le tocó la frente a su hija.

—No tiene fiebre. Retortijones y diarrea, nada más.

—¿Le diste algo?

—Por supuesto. Le di bismuto, y como no le hizo demasiado efecto, le di Imodium.

—¿Eso la mejoró?

—Un poco.

—Tengo que ir al baño —anunció Becky.

—Bueno, querida —dijo Tracy—. Tú ve arriba, que yo subo enseguida.

Becky alzó el borde de la frazada y subió de prisa la escalera.

Tracy se volvió hacia Kim, con el rostro acalorado.

—¡Por Dios, Kim! La tuviste menos de cuarenta y ocho horas y está enferma. ¿Qué hiciste con ella?

—Nada fuera de lo común.

—Yo no tendría que haberme ido de la ciudad.

—Ah, vamos —repuso Kim, enojándose él también. Becky podría haberse enfermado con independencia de que tú te hubieras ido, o no, de la ciudad. De hecho, si tiene un virus, bien puede ser que lo haya contraído antes del fin de semana, cuando estabas aquí.

—¿No dijiste acaso que era intoxicación alimentaria?

—Eso fue apenas una conjetura estadística hecha por un residente de pediatría.

—¿Ginger cocinó este fin de semana?

—Casualmente, sí. Anoche preparó un sabroso pollo.

—¡Pollo! Tendría que habérmelo imaginado. Seguramente fue eso.

—Ya estás echándole la culpa a Ginger. Cómo se nota que ella te desagrada.

—No, no me desagrada. Ya no. A esta altura me resulta indiferente, pero lo cierto es que se trata de una chica joven, que indudablemente no tiene mucha experiencia en la cocina. Los que sí tenemos experiencia sabemos que hay que tener mucho cuidado con el pollo.

—Te crees que sabes todo. Bueno, para tu información, te cuento que Becky apenas si probó el pollo. Además, se sentía mal desde la mañana del sábado. Eso significa que, si es que tiene algo de intoxicación, se la pescó en el Onion Ring de la calle Prairie, el lugar del cual tu nuevo novio se jactó ante Becky de ser dueño.

Tracy pasó la mano por detrás de Kim y le abrió la puerta.

—Hasta luego, Kim —dijo, molesta.

—Una cosa más te quiero decir. No me gusta que le des a entender a Becky que soy una especie

de ogro porque la aliento a que participe en las competencias nacionales.

—Nunca emití un juicio de valor respecto de las aspiraciones que tienes para nuestra hija. Cuando Becky me informó su deseo de no enfrentar ese tipo de competencia, yo la apoyé. También le dije que quizás tú intentarás hacerla cambiar de opinión. Eso fue todo lo que le dije.

Kim le lanzó dardos con los ojos. Le fastidiaba sobremanera el aire de superioridad psicológica que su exmujer adoptaba cada vez que discutían, máxime en este caso, porque se creyó en la obligación de anticiparle a la hija lo que él podía llegar a decirle.

—¡Hasta luego, Kim! —repitió Tracy, sosteniendo aún la puerta abierta.

Kim giró sobre sus talones y se marchó.

Lunes, 19 de enero

El despertador de Kim estaba puesto a las cinco y cuarto de la mañana, pero casi nunca era necesario. Por lo general, él se despertaba segundos antes de sonar la alarma, lo cual le permitía apagarla sin que esta tuviera tiempo de perturbar la paz del amanecer. Venía despertándose antes del alba desde su primer año de residente de cirugía, y esta mañana en particular no era la excepción. Se levantó de la cama tibia en la oscuridad más absoluta, y se dirigió al baño totalmente desnudo.

Siguiendo una rutina que cumplía sin pensar, corrió la pesada puerta de vidrio de la ducha y abrió el agua al máximo. Kim y Tracy siempre habían preferido la ducha al baño de inmersión, y el baño fue la única habitación que arreglaron cuando compraron la casa, diez años antes. Hicieron sacar la bañera, y en su lugar mandaron construir un amplio recinto de ducha de un metro y medio por tres. Tres paredes eran de mármol; la cuarta era de cristal de media pulgada de espesor, y tenía una puerta de bronce con manijas en forma de U, montadas de forma tal que parecían perforar el grueso vidrio templado. Para Kim, se trataba de una extravagancia digna de salir fotografiada en las páginas centrales de una revista de diseño.

El desayuno fue una taza mitad café, mitad leche y una masa que paró a comprar en un bar próximo a su casa. Comió en el auto mientras atravesaba la penumbra matinal. También usó el tiempo para escuchar grabaciones sobre temas médicos. A las seis ya estaba en su despacho dictando cartas y firmando cheques para varios gastos generales. A las siete menos cuarto se hallaba en el salón de conferencias para la inevitable reunión diaria del hospital. Esa mañana, el tema era las facultades de los hospitales y los privilegios de admisión.

Al concluir la reunión administrativa, Kim se reunió con los integrantes del plantel de cirugía torácica cuya investigación él supervisaba. Como ese encuentro duró más de lo planeado, llegó unos minutos tarde a hacer su recorrida explicativa, en la cual presentó un caso de triple reemplazo de válvula.

A las diez estaba de vuelta en su despacho, y por supuesto atrasado. Se enteró de que Ginger había dado turnos a pacientes de emergencia para las nueve y treinta y las nueve y cuarenta y cinco. Cheryl Constantine, la enfermera, ya había ubicado a los pacientes, cada uno en un consultorio distinto.

La mañana transcurrió atendiendo enfermos uno tras otro. El almuerzo fue apenas un sándwich que Ginger mandó a pedir, y que Kim comió mientras repasaba resultados de cateterismos y radiografías. También se hizo tiempo para contestar un llamado de semiurgencia sobre un paciente de Salt Lake City que un cardiólogo de esa ciudad quería que Kim operara.

La tarde fue un fiel reflejo de la mañana, también con pacientes uno tras otro, incluso varios casos de emergencia que Ginger agregó a los que ya tenían turno. A las cuatro, Kim fue de una disparada hasta el hospital por un problema menor que había surgido en uno de sus internados. Mientras estaba allí, aprovechó para hacer las visitas de la tarde.

De vuelta en su despacho, trató de ponerse al día pero fue en vano. Varias horas y pacientes más tarde, hizo una pausa para recobrar el aliento antes de entrar en el consultorio A, pausa que utilizó

para echar un vistazo a la lista de pacientes. Con alivio comprobó entonces que el próximo era un control de rutina de un operado. El nombre del paciente era Phil Norton, y cuando Kim entró en la habitación, Phil ya se hallaba sentado en la camilla como correspondía, y se había sacado la camisa.

—Felicitaciones, señor Norton —dijo Kim, levantando la vista de la historia clínica. La prueba de esfuerzo le dio normal.

—¡Gracias a Dios!

Y a la moderna cirugía cardíaca, dijo Kim para sus adentros. Se agachó para revisar la incisión que bajaba por el medio del pecho de Phil. Suavemente palpó con la yema de los dedos el borde elevado de la cicatriz. Mediante la observación y el roce de sus dedos Kim podía conocer a ciencia cierta el estado interno de la herida.

—La incisión está perfecta —agregó; luego se enderezó—. Bueno, en lo que a mí respecta, ya puede empezar a entrenarse para el maratón de Boston.

—No creo que ese sea mi futuro —bromeó Phil. Pero cuando llegue la primavera seguramente voy a andar por los *links* de golf.

Kim le dio una palmadita en el hombro y luego le estrechó la mano.

—Diviértase —dijo. Pero acuérdesese de mantener este cambio en su estilo de vida.

—Por eso no se preocupe. Ya leí todo el material que me dio, y me lo tomo muy en serio. Este tipo ya no va a fumar más.

—No se olvide de la dieta y la gimnasia.

—No se aflija. No quiero tener que pasar de nuevo por esto.

—Bueno, tan terrible no fue —bromeó Kim.

—No, pero me dio mucho miedo.

Kim le dio otra palmada, hizo una breve anotación en la historia clínica y se marchó. Cruzó el pasillo para dirigirse al consultorio B, pero advirtió que no había ninguna historia colocada en la bandeja sujeta a la puerta.

—El señor Norton fue el último paciente —dijo Cheryl a sus espaldas.

Kim se dio vuelta, le sonrió a su enfermera y se pasó la mano por el pelo.

—Bien. ¿Qué hora es?

—Las siete pasadas.

—Gracias por haberse quedado.

—De nada —dijo Cheryl.

—Espero que esta costumbre crónica del después de hora no le cause inconvenientes en su casa.

—No hay problema. Ya me estoy acostumbrando, igual que mi marido. Él sabe que tiene que ir a buscar a nuestro hijo a la guardería.

Kim cambió de rumbo y se dirigió a su despacho privado. Se desplomó sobre el sillón de su escritorio y miró la pila de mensajes telefónicos que debía contestar antes de irse. Se restregó los ojos. Estaba agotado, y al mismo tiempo nervioso. Como de costumbre, se le habían acumulado las causas de estrés de todo el día. Le hubiera gustado jugar al tenis, y hasta pensó en pasar por el club de regreso a su casa. A lo mejor podía por lo menos usar un rato un aparato de gimnasia.

En ese momento, se abrió la puerta de su despacho y se asomó Ginger.

—Acaba de hablar Tracy —anunció, con cierto tono de fastidio.

—¿Qué quería?

—No me quiso decir. Quiere que la llames, nada más.

—¿Por qué estás enojada?

Ginger lanzó un suspiro y cambió de posición.

—Es que me habla de mal modo. Yo trato de ser amable. Hasta le pregunté cómo estaba Becky.

—¿Y qué te contestó?

—Lo único que dijo fue que la llamaras.

—Bueno, gracias. —Kim tomó el teléfono y empezó a marcar.

—Yo me voy a clase de gimnasia aeróbica.

Kim le hizo un gesto con la mano dándole a entender que la había oído.

—Lláname más tarde.

Kim asintió. Ginger se marchó y cerró la puerta. Luego Tracy atendió el teléfono.

—¿Qué pasa? —le preguntó Kim, sin preámbulos.

—Becky está peor.

—Cuéntame.

—Los retortijones la hacen sufrir muchísimo, y tiene sangre en la diarrea.

—¿De qué color?

—Por Dios, ¿cómo crees que puede ser el color?

—¿Rojo intenso u oscuro?

—Verde claro —se impacientó Tracy.

—Hablo en serio. ¿Rojo intenso o rojo oscuro, casi marrón?

—Rojo intenso.

—¿Cuánta?

—¡Qué sé yo! Es sangre, es roja y me asusta. ¿No basta con eso?

—No es raro que haya un poco de sangre en la deposición diarreica.

—No me gusta.

—¿Qué quieres hacer?

—¿A mí me lo preguntas? —dijo Tracy, sin poder creerlo. El médico eres tú, no yo.

—Tal vez me convendría llamar a George Turner, a Boston.

—¿Y qué puede hacer él a mil quinientos kilómetros de distancia? ¡Yo quiero que la vean esta misma noche!

—Bueno, bueno. ¡Cálmate!

Kim hizo una pausa para poner en orden sus pensamientos. No estando George, no tenía muchos contactos en el sector de pediatría. Pensó en la posibilidad de pedirle a alguno de sus conocidos de medicina interna que se diera una vuelta para ver a Becky, pero prefería no hacerlo. Le parecía excesivo hacer ir a alguien a la noche sólo por una diarrea leve de dos días de duración, aun cuando viniera mezclada con una pequeña cantidad de sangre color rojo vivo.

—De acuerdo. Nos encontramos en la guardia del Centro Médico Universitario.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo puedes estar ahí?

—Calculo que dentro de media hora.

—Te veo ahí entonces.

Dado que estaba apenas a diez minutos del hospital pues no era la hora pico del tránsito, Kim utilizó los veinte minutos que le quedaban para contestar todos los llamados telefónicos posibles. Cuando llegó a la guardia vio que Tracy no había arribado aún, por lo cual se ubicó en la recepción dispuesto a esperar. Mientras estaba allí, estacionaron varias ambulancias, y el ulular de sus sirenas fue apagándose. Muy de prisa, los camilleros bajaron a dos pacientes que necesitaban atención médica de urgencia. A uno de ellos se le estaba practicando resucitación cardiopulmonar. Kim los vio desaparecer en el interior del edificio, y sintió ciertas nostalgias al recordar sus épocas de residente de cirugía. En aquella época había trabajado con empeño, y tuvo la gratificación de que constantemente se le dijera que había sido uno de los mejores residentes que jamás hubiera tenido la institución. Fue un período de trabajo atroz, pero en muchos sentidos más gratificante que el actual.

Estaba a punto de usar su teléfono celular para volver a llamar a Tracy, cuando de pronto vio que la camioneta Volvo aparecía por la esquina y se detenía. Kim se acercó de prisa al auto al tiempo que alguien se adelantaba a abrir las puertas. Fue directamente al lado del acompañante y ayudó a Becky. La niña le sonrió débilmente al bajar.

—¿Te sientes bien, mi budincito?

—Los retortijones son peores.

—Buenos, vamos a hacer que te los curen —dijo Kim. Miró a Tracy, que había dado la vuelta desde el otro lado del auto, y advirtió que estaba tan fastidiada como la noche anterior.

Kim caminó adelante hacia la plataforma y subió los seis escalones. Empujó las puertas rebatibles, y entraron.

Al igual que todas las guardias de hospitales grandes de ciudades del Medio Oeste, esta en particular estaba tan concurrida que parecía una estación de ómnibus. Los lunes por la noche eran particularmente ajetreados debido al efecto residual del fin de semana.

Rodeando con su brazo los hombros de su hija, Kim la condujo en medio del gentío del primer salón donde se hallaba el mostrador de ingreso, pasando la atestada sala de espera. Ya casi había dejado atrás el mostrador de enfermeras cuando de pronto una de ellas, de contextura robusta, salió de atrás e impidió que Kim pudiera seguir avanzando. En la etiqueta que llevaba puesta se leía: MOLLY MCFADDEN. Era tal su estatura, que prácticamente miraba a Kim a la misma altura de sus ojos.

—Lo siento, pero no puede entrar aquí por sí solo. Tiene que registrarse en mesa de entradas.

Kim intentó seguir de largo, pero Molly no cedió.

—Discúlpeme, pero soy el doctor Reggis, trabajo en este hospital y traigo a mi hija para que la vean.

Molly soltó una risita.

—No me interesa si es el papa Juan Pablo o quien sea. Todos, absolutamente todos, tienen que registrarse en la entrada, salvo que lleguen en una camilla de emergencia.

Kim quedó tan espantado que por un instante no pudo reaccionar. No podía creer que esa mujer no sólo no tuviera una atención con él, sino que además lo desafiara abiertamente. Miró con expresión de incredulidad los ojos audaces de la enfermera, una mujer de aspecto temible, una especie de luchador de sumo vestido de blanco. No dio señales de haber oído que Kim se

identificaba como miembro del personal del establecimiento.

—Cuanto antes registre a su hija, doctor, antes la van a atender.

—No sé si me habrá oído. Dije que soy miembro titular del departamento de cirugía del corazón.

—Desde luego que le oí, doctor. El asunto es: ¿me oyó usted a mí?

Kim le lanzó dardos con la mirada, pero la mujer no se dejó intimidar.

Tracy tuvo la sensación de que estaban en un callejón sin salida, y como sabía perfectamente cómo era el genio de su exmarido, se ocupó de aliviar la situación.

—Vamos, querida —le dijo a Becky—, hagamos lo que nos dicen, así pueden registrarte. —
Ambas recorrieron de vuelta el camino por donde habían entrado.

Kim lanzó una mirada furibunda más a Molly; luego giró sobre sus talones y alcanzó a Tracy y Becky. Juntos se pusieron en la desordenada fila de pacientes que aguardaban para que se les tomaran los datos. Pero Kim seguía echando chispas.

—Voy a quejarme de esa mujer —dijo. Semejante insolencia no puede quedar así. ¡Qué atrevida! No puedo creerlo.

—Cumplía con su trabajo, nada más —replicó Tracy, contenta de que se hubiera terminado el incidente. Para ella fue un alivio que Kim no siguiera provocando una escena.

—¿Ah sí? ¿Te pones de su parte?

—¡Tranquilízate! Evidentemente cumple órdenes. ¿O acaso crees que las reglas las inventa ella?

Kim le contestó que no sin despegar los labios. La cola avanzaba lentamente. En ese momento había una sola empleada registrando a los pacientes. Su tarea consistía en llenar un formulario con los datos de la persona, incluso la cobertura de seguro que ella poseía en caso de no contar con el plan de salud de AmeriCare.

De repente, Becky puso cara de dolor. Con la mano se apretó el vientre, y lanzó quejidos.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el padre.

—¿Qué crees que es? —le respondió Tracy—. Otro retortijón.

La niña se puso pálida, y gotas de sudor aparecieron en su frente. Miró a su madre con ojos suplicantes.

—Ya va a pasar, igual que los demás, querida. —Tracy le acarició la cabeza, y luego le pasó la mano por el rostro para secarle la transpiración—. ¿Quieres sentarte?

Becky le indicó que sí.

—Guárdanos el lugar, Kim.

Kim vio que Tracy acompañaba a la niña hasta una de las sillas de plástico que había contra la pared. Becky se sentó. Se dio cuenta de que Tracy le hablaba a la hija, porque Becky asentía. Poco a poco su rostro recuperó el color. Minutos más tarde, regresó Tracy.

—¿Cómo está? —le preguntó Kim.

—Momentáneamente se siente mejor. —Tracy advirtió lo poco que había avanzado la cola—. ¿Se te ocurre alguna otra alternativa? —preguntó.

—Hoy es lunes. Una noche difícil en cualquier parte.

Tracy exhaló haciendo ruido.

—No te imaginas cuánto extraño al doctor Turner.

Kim hizo un gesto de que él también. Se puso en puntas de pie para ver si veía por qué no

avanzaba la hilera, pero no vio nada.

—Esto es ridículo —exclamó—. ¡Vuelvo enseguida!

Con rostro adusto, Kim pasó por el costado de la gente y llegó hasta el mostrador. De inmediato advirtió por qué no avanzaban: un hombre en estado de ebriedad, vestido con un traje desprolijo, cumplía con esfuerzo el proceso de registrarse. Se le habían caído todas las tarjetas de crédito al piso. En el cuero cabelludo, en la parte posterior de la cabeza, tenía una herida infectada.

—¡Hola! —dijo Kim, tratando de que le prestara atención la recepcionista, una muchacha negra, de veintitantos años. Soy el doctor Reggis; pertenezco al plantel de cardiocirugía. Mi hija...

—Discúlpeme —lo interrumpió la chica, pero no puedo atender a más de uno por vez.

—¡Escúcheme! Yo pertenezco al personal de aquí...

—No importa. Nuestra política es la de igualdad de oportunidades.

—¿Emergencias de rutina? —Eso sí que era un oxímoron ridículo. De repente, tratar de hablar con esa empleada le trajo a la memoria lo frustrante que era tener que explicar cosas a personas sin conocimientos médicos cuando él llamaba a las empresas aseguradoras o a los planes de salud con el fin de tramitar autorizaciones para pacientes. Esa tarea se había convertido en uno de los problemas más desgastantes de la práctica moderna de su profesión.

—Póngase, por favor, al final de la cola —le indicó la recepcionista—. Si no me distrae y puedo registrar a estas personas, demoraré menos en tomarle los datos a usted. —La muchacha dedicó luego su atención al ebrio que, en el ínterin, había logrado juntar todo lo que se le había caído de la billetera.

Kim iba ya a protestar, pero le pareció inútil tratar de hablar con esa mujer. Se le cruzó por la mente que ella a lo mejor ni siquiera sabía lo que significaba la palabra «plantel». Con una sensación mayor de humillación y fastidio, regresó adonde estaba Tracy.

—Yo no sé de dónde sacan a estos empleados —dijo. Son autómatas.

—Me impresiona cómo tu encumbrada posición en este hospital nos ha facilitado las cosas.

—Tu sarcasmo no ayuda en absoluto. Todo esto es producto de la fusión del hospital. A mí aquí no me conocen. De hecho, ni siquiera recuerdo haber estado nunca en esta guardia.

—Si el fin de semana hubieras tomado en serio las quejas de Becky, tal vez hoy no estaríamos aquí.

—Las tomé en serio —respondió él, a la defensiva.

—Sí, claro. Por eso le diste antidiarreicos de venta libre. ¡Eso sí que es un tratamiento intensivo! ¿Pero sabes una cosa? No me sorprende que no hayas hecho nada más, porque nunca tomaste en serio ningún síntoma que alguna vez haya tenido Becky. Ni tampoco mío, para el caso.

—Eso no es cierto —se acaloró Kim.

—Ya lo creo que sí. Sólo una mujer casada con un cirujano me entendería. Desde tu óptica, todo síntoma que no haga necesaria una cirugía de corazón abierto carece de importancia.

—Me ofendes.

—Sí, bueno, yo también me ofendo.

—De acuerdo, *Miss* Sabelotodo. ¿Qué hubieras esperado que hiciera con Becky el fin de semana?

—Que la hicieras ver por alguien, uno de tus muchos colegas. Debes de tener miles de médicos

amigos. No habría sido mucho pedirles.

—Un momento —dijo Kim, tratando de contenerse. Becky no tenía más que una simple diarrea y algunos retortijones, ambos de corta duración. Y era fin de semana. Yo no iba a molestar a nadie con esos síntomas.

—¡Mami! —llamó Becky, que se había acercado a ambos desde atrás. ¡Tengo que ir al baño!

Tracy se dio vuelta, y su enojo rápidamente se disipó al ver el malestar de su hija. Le pasó un brazo por los hombros.

—Sí, mi amor, por supuesto. Ven, busquemos el baño.

—Esperen. Esto podría ser útil. Vamos a necesitar una muestra. Voy y traigo un recipiente para materia fecal.

—Seguramente lo dices en broma... Ella tiene que ir ya mismo.

—Espera un poco, Becky, que vuelvo enseguida. Kim caminó con paso firme hasta el fondo de la sala de guardia. Al no estar con Tracy y Becky, nadie le puso reparos cuando pasó por el mostrador de las enfermeras. En ese instante la gigantesca Molly McFadden no andaba por allí.

El interior de la sala de guardia era una serie de habitaciones de gran tamaño divididas con cortinitas en pequeños compartimientos. Asimismo, había consultorios individuales para traumatología repletos de los más modernos aparatos. Había también un puñado de consultorios que se usaban principalmente para los casos psiquiátricos.

Al igual que la sala de espera, la sala de guardia propiamente dicha estaba colmada de gente, un caos total. Todos los consultorios de traumatología se hallaban ocupados, y médicos, residentes y enfermeras entraban y salían de uno a otro, en constante movimiento.

A medida que avanzaba, Kim se iba fijando a ver si reconocía a alguien. Lamentablemente no encontró a nadie conocido, por lo cual detuvo a un enfermero.

—Disculpe. Necesito un recipiente para materia fecal cuanto antes.

El empleado le echó un vistazo rápido.

—¿Quién es usted?

—El doctor Reggis.

—¿Tiene alguna identificación?

Kim le mostró la credencial del hospital.

—De acuerdo. Enseguida se lo traigo.

Kim vio que el hombre desaparecía por una puerta que no tenía letrero, y que al parecer daba a un depósito.

—Abran paso —pidió una voz.

Kim giró en redondo y alcanzó a ver un equipo portátil de rayos X que se le venía encima. Rápidamente se hizo a un lado cuando la pesada máquina pasó, empujada por un técnico radiólogo. Segundos más tarde regresó el enfermero y le entregó dos bolsitas transparentes, que contenían recipientes de plástico.

—Gracias.

—De nada —respondió el hombre.

Kim regresó de prisa por el mismo camino. Tracy y Becky se hallaban aún en la cola, aunque esta había avanzado algún metro. Becky tenía los ojos fuertemente cerrados, y le corrían lágrimas por el

rostro.

Kim le entregó las bolsitas a Tracy.

—¿Retortijones? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Tracy, quien luego tomó la mano de su hija y la llevó al baño.

Kim les guardó el lugar en la cola. Ahora había dos empleadas en recepción. La otra, según parecía, había estado en su hora de descanso.

A las nueve y cuarto, la sala de guardia rebosaba de gente. Todas las sillas de plástico estaban ocupadas. El resto de las personas se apoyaban contra las paredes, o bien se habían sentado en el piso. Se oían pocas conversaciones. En un rincón, colgaba desde el techo un televisor, sintonizado en la CNN. Una cantidad de niñitos doloridos impedían que se oyera al locutor. Afuera había empezado a llover; el olor a lana mojada impregnaba el aire.

Kim, Tracy y Becky por fin habían conseguido asientos juntos, y no se habían movido de allí, salvo Becky, que tuvo que hacer varios viajes al baño. Kim sostenía los recipientes con la muestra de materia fecal. Si bien al principio había habido unas gotas de sangre color rojo vivo, el contenido parecía ahora de un tono marrón claro uniforme. Becky estaba muy molesta y mortificada. Tracy, llena de fastidio. Kim seguía echando chispas.

—Esto no lo puedo creer —reaccionó de improviso—. No lo puedo creer. A cada instante pienso que nos van a llamar, pero no nos llaman. —Miró su reloj—. Ya llevamos una hora y media aquí.

—Bienvenido al mundo real.

—Sobre este tema tendría que haber hecho su nota Kelly Anderson cuando habló de la fusión. Esto es ridículo. AmeriCare cerró la sala de emergencia del Samaritano para reducir costos y que todo el mundo viniera aquí. Lo hacen nada más que para aumentar sus ganancias. —Y aumentar los trastornos.

—Es verdad. Evidentemente AmeriCare quiere desalentar el uso de la guardia.

—No se me ocurre mejor manera.

—No puedo creer que nadie del personal me reconozca. Es increíble. Si soy probablemente el cardiocirujano más conocido del sector.

—¿No hay algo que puedas hacer? —le imploró Tracy—. Becky se siente muy mal. Kim se puso de pie. —Bueno, voy a intentarlo.

—Pero no pierdas los estribos. Podrías empeorar las cosas. —Imposible que sean peor.

Se alejó de la sala de espera rumbo al mostrador de las enfermeras. Acababa de dar unos pasos cuando el ulular de una sirena de ambulancia resonó del lado de afuera de la entrada principal. Segundos más tarde, se vio una luz roja intermitente a través del vidrio de la puerta. La sirena fue apagándose, y en el acto se abrieron de golpe las puertas. Varias personas ensangrentadas —al parecer, víctimas de un accidente automovilístico— fueron entradas en camillas.

Kim no pudo dejar de pensar si la llegada de estos pacientes no significaría que Becky tendría que esperar mucho más. Se acercó al mostrador. Una vez más buscó con la vista a Molly McFadden, pero no andaba por allí. Las personas que estaban era una empleada al teléfono, que transcribía

resultados de laboratorio, y una enfermera solitaria que se ocupaba de cierta papelería mientras al mismo tiempo bebía un café. En su rótulo se leía:

MONICA HOSKINS. ENFERMERA SECTOR GUARDIA.

Haciendo el esfuerzo de portarse con sensatez, Kim consiguió su atención dando suaves golpecitos sobre el mostrador.

—Buenas noches —dijo, cuando vio que ella lo miraba. Tal vez me reconozca...

Monica lo miró entrecerrando levemente los ojos.

—No, creo que no. ¿Tengo que conocerlo?

—Pertenezco al plantel de cirugía del hospital, pero en este momento he venido aquí con mi hija, y estamos esperando desde hace más de una hora y media. ¿Me podría decir cuándo la van a atender?

—Ha sido una noche muy ajetreada, sobre todo con accidentes de auto —explicó la mujer. ¿Cuál es el nombre?

—Doctor Reggis —respondió Kim, y cuadró los hombros.

—No, el de la paciente.

—Rebecca Reggis.

Monica tomó una pila de hojitas de ingreso. Se humedeció la yema del dedo índice con la lengua y fue pasando rápidamente los papelitos.

—Aquí está —dijo, y sacó uno. Leyó el motivo de la visita y miró a Kim enarcando las cejas—. Diarrea de dos días de duración. No precisamente una emergencia de vida o muerte.

Kim levantó el frasquito con la muestra para que ella lo viera.

—Esta tarde tuvo una leve pérdida de sangre —dijo.

Monica se inclinó hacia adelante.

—No parece sangre —dijo.

—Hace un rato sí parecía. Y esto tiene muy preocupada a la madre.

—Bueno, la vamos a atender no bien podemos —dijo ella, sin comprometerse demasiado—. Es lo único que le puedo decir —agregó, al tiempo que volvía a poner la hojita de Becky en la misma ubicación anterior.

—Mire —dijo Kim, tratando por todos los medios de dominar su voz—, como miembro del personal espero cierta consideración, y dado que ya lleva tanto tiempo de espera, quiero que la atiendan de inmediato. Está claro, ¿no? Mi hija en este momento tiene un gran malestar.

Monica le obsequió una sonrisa a todas luces falsa.

—Como le he dicho, la vamos a atender no bien podemos. El personal no da abasto. Si hace una hora y media que está acá, habrá visto llegar a los accidentados, y ahora la policía nos avisa que viene en camino una persona baleada.

Apenas terminó de pronunciar esas palabras, se oyó el conocido ulular de una ambulancia.

—Apostaría a que son ellos —dijo Monica, y se puso de pie. Fue hasta un intercomunicador, apretó un botón y habló con alguien de traumatología para avisarles que se prepararan. Luego se marchó hacia el fondo, internándose en las profundidades de la sala de guardia.

Habiendo logrado muy poca satisfacción con su último empeño, Kim enfiló de vuelta hacia la

sala de espera. Al pasar frente a la puerta de entrada, un equipo de emergencia entraba empujando de prisa una camilla donde llegaba la persona baleada. El paciente traía una máscara de oxígeno sujeta a su cara con tela adhesiva, y se le estaba administrando suero. El color de su rostro era muy pálido.

—¿Y bien? —preguntó Tracy cuando Kim recuperó su asiento.

—Dicen que la van a atender lo antes que puedan —respondió, y con vergüenza tuvo que relatar el resto de la conversación. Notó que Becky se había acomodado hecha un ovillo en su asiento y tenía los ojos cerrados.

—Eso no es muy concreto que digamos. ¿Qué significa? ¿Quince minutos, una hora, mañana por la mañana?

—Significa exactamente lo antes que puedan. Acaba de entrar un herido de bala, y hace unos minutos, víctimas de un accidente automovilístico. Es una noche de mucho movimiento.

Tracy lanzó un suspiro de frustración.

—¿Cómo está Becky?

—Tuvo otro ataque de retortijones, así que imagínate. El médico eres tú.

Kim apartó la mirada y apretó los dientes. Hacía grandes esfuerzos por no perder los estribos. Y para rematarla, encima tenía hambre.

Durante la hora siguiente mantuvo un hosco silencio. Se quedó cavilando sobre la ridícula experiencia que estaban viviendo en la guardia, ansioso por contársela a sus colegas. Ellos lo iban a comprender. Tracy y Becky parecían más resignadas a la espera.

Cada vez que aparecía alguna enfermera o residente y llamaban un nombre, Kim esperaba que fuese el de su hija, pero nunca era. Por último, Kim miró la hora.

—Esto ya lleva dos horas y media —dijo, y se puso de pie. Honestamente me cuesta creerlo. Si estuviera aunque más no fuese un poco paranoico, pensaría que se trata de una absurda conspiración. Esta vez voy a conseguir que hagan algo. Ya vuelvo.

Tracy miró a su exmarido. En circunstancias más normales, le preocuparía el mal genio de Kim, pero después de haber esperado tanto, no le importaba. Quería que atendieran a Becky, por lo cual no hizo comentarios al verlo marcharse.

Kim enfiló directamente hacia el mostrador de las enfermeras. Había por allí varios integrantes del personal de guardia que participaban de conversaciones remarcadas por risas.

Al llegar al mostrador, Kim paseó la mirada para ver si ubicaba alguna cara. Nadie le resultó conocido ni nadie lo reconoció a él. De hecho, la única persona que pareció notar su presencia fue el empleado, un muchacho que por la edad bien podía ser un estudiante universitario (y muy probablemente lo fuera).

—Soy el doctor Reggis. ¿Qué pasa? —preguntó, señalando a los miembros del personal.

—Están tomándose un respiro, nada más. El baleado y las personas accidentadas acaban de ser trasladados a cirugía.

—¿Quién está al frente de la guardia en el turno noche?

—El doctor David Washington.

—¿Se encuentra aquí en este momento?

El muchacho miró a su alrededor para cerciorarse.

—No. Creo que entró a ocuparse de un caso ortopédico.

—¿Hay alguna jefa o supervisora de enfermeras?

—Sí, Nora Labat. Está con un paciente de psicología.

—Entiendo. Gracias.

Kim avanzó por el mostrador hasta llegar hasta el centro mismo. Levantando una mano, habló en voz alta:

—Disculpen, todos. ¡Buenas noches!

Nadie se dio por aludido.

Durante unos instantes miró en derredor tratando de que sus ojos se encontraran con la mirada de alguien, pero fue imposible. Se estiró sobre el mostrador y tomó de un escritorio una bandeja metálica para entrada y salida de papeles. La alzó sobre su cabeza un instante, pensando que alguien podría notarlo. Nadie se fijó.

Azó la bandeja metálica sobre el mostrador de formica; luego la golpeó dos veces más, cada vez con más fuerza, hasta dejarla convertida en una especie de paralelogramo tridimensional distorsionado.

Con eso consiguió la atención de todos. Se interrumpieron las conversaciones en la mitad de una oración. Residentes, enfermeras y asistentes médicos lo miraron. Un oficial de seguridad, que estaba parado cerca de los ascensores, se acercó corriendo, sosteniendo con la mano el llavero que colgaba de su cinturón.

Como estaba hecho una furia, Kim notó que le temblaba la voz al hablar.

—Sé que todos están ocupados, aunque por cierto en este momento no lo parecen. Yo hace dos horas y media que estoy esperando con mi hija. Como profesional que soy, podría emplear mi tiempo en actividades mucho más provechosas.

—Disculpe, señor —dijo el guardia de seguridad, y lo tomó del brazo.

Kim se soltó de un tirón y giró en redondo.

—A mí no me toque —dijo de viva voz, y el guardia tuvo la sensatez de dar un paso atrás, al tiempo que encendía su radio portátil. Kim no sólo le llevaba quince centímetros de estatura sino que era también notablemente más fornido—. No necesita comunicarse con nadie —le indicó Kim. Sacó su credencial del hospital y se la mostró—. Pertenezco a la planta de esta institución, aunque aquí en la guardia nadie parece reconocerlo.

El custodio entrecerró los ojos para leer la credencial.

—Disculpe, doctor —dijo.

—No se preocupe —le respondió Kim, dominando su voz. Volvió a darse vuelta en dirección al mostrador. Monica Hoskins se había adelantado.

—Quiero hablar con el doctor David Washington —dijo Kim.

—Lamento que haya tenido que esperar —repuso Monica. Estamos haciendo lo más que podemos.

—De todos modos me gustaría hablar con el jefe de turno de la sección.

—El doctor Washington está ocupado con un neumotórax —explicó Monica.

—Quiero verlo ahora —sostuvo Kim, sin levantar la voz—. Tiene que haber por lo menos un residente competente que pueda ocuparse de un neumotórax.

—Un segundito. —Monica se alejó unos pasos para poder conversar con Molly y otros miembros

del personal sin que Kim los oyera. A los pocos instantes regresó donde estaba Kim. Al fondo, una de las enfermeras con las que acababa de conferenciar tomó un teléfono.

—Vamos a llamar a algún encargado para que venga a hablar con usted —dijo Monica.

—Ya era hora.

El pequeño berrinche de Kim había perturbado a enfermeras y residentes, la mayoría de los cuales se habían marchado hacia el interior del sector de guardia. Monica tomó la bandeja de correspondencia que Kim había doblado y trató de restituirle la forma original, pero no pudo.

Kim sentía el pulso acelerado. Una repentina agitación a sus espaldas lo obligó a volverse. Una adolescente entraba acompañada por personal de emergencias de una ambulancia. Venía llorando, y traía ambas muñecas atadas con repasadores ensangrentados: un claro caso de intento de suicidio, sin duda un desesperado pedido de ayuda.

Kim miró expectante hacia el fondo del sector luego de que la adolescente fue llevada adentro. Esperaba ver aparecer en cualquier momento al médico jefe de turno. En cambio, sintió un golpecito en el hombro.

Se dio vuelta y, sorprendido, vio que era Tracy.

—¿Dónde está Becky?

—En el baño. Esta vez es una visita de rutina, pero tengo que volver enseguida. Vine solamente para pedirte que no te dé otra de tus furias narcisistas. Cuando viniste para aquí, me pareció que no me importaba si te daba un ataque de furor o no, pero sí me importa. Pienso que con eso no vas a arreglar una situación de por sí mala. Más aún, tal vez podrías conseguir que Becky tuviera que esperar todavía más.

—No estoy para escuchar tus teorías psicológicas. Lo único que intento es tener una charla sensata pero concreta con la persona que dirige este sector. Esto es inconcebible, sencillamente inconcebible.

—Trata de controlarte, eso sí —dijo Tracy, enojada—. Cuando termines, ya sabes dónde encontrarnos. —Dio media vuelta y regresó a la sala de espera.

Kim hizo tamborilear los dedos sobre el mostrador. Al rato miró su reloj. Habían pasado cinco minutos más. Volvió a asomarse por el pasillo en dirección al fondo. Vio a muchas personas, pero nadie que viniera hacia él. Sus ojos se toparon con los del empleado, quien en el acto desvió la vista. Los demás trataban de no mirar a Kim, y se ocupaban de llenar papeles.

Un leve sonido de campanilla anunció la llegada de un ascensor. Kim vio bajar a un hombre corpulento vestido de traje gris, y con sorpresa comprobó que enfilaba hacia él.

—¿El doctor Reggis? —preguntó el hombre con voz gruesa, dominante.

—Sí, soy yo.

—Yo soy Barclay Bradford, vicedirector del hospital y administrador interino del turno noche.

—Ah, muy conveniente. Lo que le aconsejo es que entre en el sector de guardia, ubique al idiota jefe del departamento y lo traiga aquí. Él y yo tenemos algo de qué hablar. Hace dos horas y media que espero que atiendan a mi hija.

—Doctor Reggis —dijo Barclay como si Kim no hubiese hablado, como miembro de nuestro plantel profesional, particularmente un cirujano, usted debería saber que en una guardia con mucho trabajo es necesario evaluar la urgencia de los distintos casos. Los casos en que hay peligro de

muerte tienen precedencia sobre un simple caso de diarrea juvenil.

—Por supuesto que entiendo el sistema. Hice toda mi capacitación en una guardia. Pero permítame decirle algo: cuando entré aquí hace diez minutos había unos diez o doce integrantes del personal detrás del mostrador bebiendo café y charlando.

—Las apariencias a veces engañan —comentó Barclay, condescendiente, y pestañeó—. Seguro que comentaban algún caso particularmente difícil. Pero sea como fuere, lo cierto es que no se puede tolerar su conducta infantil de golpear un cesto de correspondencia sobre el mostrador. Es sumamente inadecuado que exija usted un trato preferencial.

—¡Trato preferencial! ¡Conducta infantil! —Se le puso el rostro colorado, y le saltaban los ojos. De repente, el administrador que tenía ante sí encarnaba todas las frustraciones que le producía el episodio en la sala de guardia, la fusión del hospital, AmeriCare y la medicina moderna en general. Con un súbito arrebató de furia y perdiendo todo viso de control, le asestó al administrador una trompada en la mandíbula.

Luego sacudió la mano y se la tomó con la otra como reacción ante el repentino dolor en los nudillos. Al mismo tiempo, Barclay se tambaleó y cayó pesadamente al piso. Kim quedó azorado de su propia reacción violenta. Dio un paso adelante, miró a Barclay y sintió el impulso de ayudarlo a levantarse.

El personal reunido tras el mostrador contuvo el aliento. El custodio se acercó corriendo. El empleado tomó el intercomunicador y anunció: «Socorro. Emergencia en el mostrador de enfermeras».

Enfermeras, residentes y ayudantes aparecieron por doquier. Hasta Tracy se acercó luego de oír el anuncio. Un nutrido grupo se juntó alrededor de Kim y Barclay. El vicedirector del hospital se había incorporado, y se hallaba sentado en el piso. Se llevó una mano al labio, y comprobó que este le sangraba.

—¡Qué tontería, Kim! —exclamó Tracy—. ¡Te lo advertí!

—Esto es inaceptable —dijo Monica, y le ordenó al empleado: ¡Llama a la policía!

—¡Un momentito, no llamen a nadie! —gritó una voz gruesa. El grupo se abrió para dar paso a un afronorteamericano de recia contextura, muy apuesto. Se sacó unos guantes de látex mientras se dirigía al centro del círculo. El rótulo que llevaba prendido en la pechera de su uniforme de cirugía decía:

DR. DAVID WASHINGTON. JEFE INTERINO SECTOR DE GUARDIA.

Sus ojos iban de Kim a Barclay.

—¿Qué pasa aquí?

—Este hombre acaba de golpear al señor Bradford —informó Monica, señalando a Kim. Pero primero destrozó el cajón de la correspondencia azotándolo contra el mostrador.

—Aunque parezca mentira —agregó Molly—, es médico de este hospital.

David le dio la mano a Barclay para ayudarlo a levantarse. Al verle el labio partido, le examinó la mandíbula.

—¿Se siente bien? —le preguntó.

—Sí, creo que sí —respondió el administrador. Sacó un pañuelo y se limpió la sangre del labio. David se dirigió entonces a Monica.

—Lleve al señor Bradford a que le limpien la herida. Y que lo vea el doctor Krugger, por si hace falta sacarle una placa.

—De acuerdo. —Monica tomó a Barclay del codo para guiarlo entre el gentío. Antes de marcharse, Barclay miró a Kim con indignación.

—Todos los demás vuelvan a su trabajo —dijo David, palabras que acompañó con un gesto de despedida. Luego se volvió hacia Kim, que había recuperado la compostura.

—¿Cuál es su nombre?

—Soy el doctor Kim Reggis.

—¿Es verdad que le dio una trompada al señor Bradford? —le preguntó David, incrédulo.

—Lamentablemente, sí.

—Dígame, por favor, qué fue lo que lo provocó.

Kim respiró hondo.

—Ese presuntuoso me acusó, en tono condescendiente, de exigir un trato preferencial siendo que mi hija enferma lleva ya dos horas y media esperando.

David le lanzó una miradita incrédula. Le llamaba mucho la atención semejante conducta de un colega.

—¿Cómo se llama la niña?

—Rebecca Reggis.

David le pidió al empleado la hoja de ingreso de Rebecca, y este la buscó en la pila.

—¿De veras pertenece al plantel del Centro Médico Universitario? —preguntó David mientras esperaba que le entregaran la hoja.

—Sí, desde la fusión. Soy uno de los cardiocirujanos, aunque cuesta mucho advertirlo a juzgar por el trato que me dispensaron aquí, en la guardia.

—Hacemos todo lo que está a nuestro alcance.

—Sí, esa excusa ya la escuché varias veces esta noche.

David volvió a estudiar a Kim con la mirada.

—Debería estar avergonzado de sí mismo... Trompear a la gente, golpear bandejas de correspondencia... Se comporta como un adolescente iracundo.

—Váyase al diablo.

—Por el momento prefiero creer que esas palabras son producto del estrés —dijo David.

—No se dé aires de superioridad.

—Aquí tiene —dijo el empleado, y le entregó a David la hoja de ingreso.

David la miró y luego miró su reloj.

—Al menos tiene razón en cuanto a la hora. Ya pasaron casi tres. Eso por cierto no justifica su conducta, pero sí es demasiado tiempo de espera.

David miró a Tracy.

—¿Es usted la señora de Reggis?

—Soy la madre de Rebecca.

—Vaya a buscarla, por favor. Me encargaré personalmente de que la atiendan de inmediato.

—Gracias —dijo Tracy, y enfiló de prisa hacia la sala de espera.

David fue del otro lado del mostrador a buscar una tablita sujetapapeles para la hoja de ingreso. De paso, pidió una enfermera por el intercomunicador. Cuando regresó adelante, Tracy ya había vuelto con Becky a la rastra. Segundos más tarde apareció una enfermera. El rótulo que llevaba en la pechera la identificaba como Nicole Michaels.

—¿Cómo te sientes, jovencita? —le preguntó David a Becky.

—No demasiado bien. Quiero volver a casa.

—Me imagino, pero primero tenemos que ver qué te pasa. Por qué no vas con Nicole, que te va a instalar en una de las salitas de examen.

Tracy, Becky y Kim fueron a adelantarse, pero David estiró un brazo para detener a Kim.

—Prefiero que usted espere aquí afuera, si no le molesta.

—Yo voy con mi hija.

—No, no va. Ya dio muestras de padecer un agotamiento emocional. Se está comportando como un cañón suelto.

Kim vaciló. Aunque no quería reconocerlo, sabía que David tenía razón. Sin embargo, la actitud le pareció denigrante.

—Vamos, doctor. Usted seguramente comprende —insistió David.

Kim miró la imagen de Becky y Tracy que se alejaban. Volvió a posar sus ojos en David, pero este no se dejaba intimidar, ni físicamente ni de ninguna otra manera.

—Pero...

—Nada de peros. No me haga llamar a la policía, cosa que estoy dispuesto a hacer si no colabora.

A regañadientes, Kim dio media vuelta y regresó a la sala de espera. Como allí no quedaban asientos, se apoyó contra la pared, junto a la entrada. Trató de mirar televisión, pero no podía concentrarse. Levantó la mano y se la observó: le temblaba.

Media hora más tarde, Tracy y Becky salieron del sector de tratamiento. Por pura casualidad Kim las vio en el momento en que se retiraban. Se marchaban sin tratar siquiera de buscarlo.

Rápidamente recogió su abrigo y guantes y corrió tras ellas. Las alcanzó justo cuando Tracy ayudaba a Becky a subirse al auto.

—¿Qué haces? ¿Me dejas de lado así no más?

Tracy no dijo nada. Cerró la puerta luego de que subiera Becky y se dirigió al otro lado del auto.

Kim la siguió y apoyó la mano en la puerta como para impedirle que la abriera.

—Por favor, no nos causes más problemas. Ya bastante vergüenza nos hiciste pasar.

Sorprendido por esta nueva e inesperada afrenta, Kim retiró la mano. Tracy subió al auto. Estiró el brazo pero no cerró la puerta. En cambio, miró detenidamente el rostro dolido de Kim.

—Volvemos a casa a dormir. Eso es lo que vamos a hacer.

—¿Qué pasó ahí adentro? ¿Qué dijeron?

—No mucho. Al parecer, el recuento de glóbulos y los electrolitos, sea lo que fuere, están bien. Tengo que darle caldo y otros líquidos, y suspenderle los derivados de la leche.

—¿Eso es todo?

—Es todo. Dicho sea de paso, según opinan ellos, el culpable bien podría ser el pollo de Ginger.

Últimamente tienen muchos casos de intoxicación relacionados con pollos.

—No fue eso. ¡Imposible! ¡Pregúntale a Becky! Ella ya se sentía mal a la mañana, antes de comer pollo. —Kim se inclinó para hablar directamente con su hija—. ¿No es cierto, mi budincito?

—Quiero ir a casa —dijo la niña, mirando fijo por el parabrisas.

—Hasta mañana, Kim —dijo Tracy. Cerró la puerta, puso el motor en marcha y partió.

Kim esperó hasta que el auto había desaparecido dando la vuelta por la esquina del hospital. Sólo entonces enfiló hacia la playa de estacionamiento de los médicos. Se sentía solo, más solo que nunca en la vida.

Martes, 20 de enero

La puerta del quirófano número 20 se abrió de golpe, y Kim y Tom salieron a la zona de los lavabos. En el mismo instante, se desataron los barbijos y los dejaron caer sobre su pecho. Luego se enjuagaron el talco de las manos.

—Gracias por darme una mano habiéndote avisado tan a último momento —dijo Tom.

—Un gusto —respondió Kim, con voz sin matices.

Ambos enfilaron por el pasillo hacia la sala de recuperación.

—Te noto muy abatido —dijo Tom. ¿Qué pasa? ¿Te llamó tu contador porque no te alcanzan los ingresos con los nuevos porcentajes de reintegros del Servicio de Asistencia Social?

Kim no se rio. No demostró reacción alguna.

—¿Te sientes bien? —se preocupó Tom, esta vez en serio.

—Supongo. Un cúmulo de mortificaciones, nada más. —Luego pasó a relatarle lo ocurrido la noche anterior en la sala de guardia.

—¡Qué espanto! —comentó después Tom. ¡Qué experiencia horrible! Pero no te eches tanto en cara por haber golpeado a ese tal Barclay Bradford. Yo mismo tuve un pequeño entredicho con él. ¡Administradores! ¿Sabes una cosa? Anoche casualmente estaba leyendo en una revista especializada que en los Estados Unidos actualmente hay un administrador por cada 1,5 médicos o enfermeras. ¿No te parece increíble?

—No. Es una de las grandes razones por las cuales el costo de nuestros servicios de salud es tan alto.

—Precisamente ese era el tema central del artículo. Bueno, te aseguro que comprendo por qué le pegaste a Bradford.

Yo en tu lugar también me habría indignado. ¡Tres horas! Seguro que también le daba una trompada.

—Gracias, Tom. Te agradezco el aliento. Pero lo peor de todo el episodio es que, después de semejante espera e indignación, ni siquiera tuve la oportunidad de hablar con el médico que examinó a Becky.

—¿Cómo está ella hoy?

—Todavía no sé. Ala hora que me levanté esta mañana era demasiado temprano para llamar, y Tracy no se ha comunicado conmigo. Supongo que está mejor. El recuento de glóbulos le dio bien, y no ha tenido fiebre.

—¡Doctor Reggis! —llamó una voz.

Kim se dio vuelta y vio que Deborah Silverman, la jefa de enfermeras de cirugía, le hacía señas, por lo cual se acercó hasta ella.

—Llamó el doctor Biddle cuando usted estaba en el quirófano. Dejó dicho que, apenas saliera, pasara por su oficina.

Kim tomó el papelito con la anotación del mensaje y vio que estaba resaltado con una serie de signos de admiración. Al parecer, era importante.

—¡Ajá! —comentó Tom, por sobre el hombro de su amigo. Todo parece indicar que el jefe va a aumentar tus motivos de fastidio.

Kim y Tom se separaron frente a la puerta de la sala de recuperación. Kim entró en el vestuario de cirugía. Pese a la supuesta urgencia del mensaje de Forrester Biddle, se tomó su tiempo. No era difícil imaginar por qué lo mandaba a llamar. El problema era que, pasado cierto tiempo, Kim ya ni siquiera estaba seguro de comprender su propia conducta.

Se dio una ducha, y mentalmente fue repasando el episodio de la noche anterior. No pudo sacar ninguna conclusión esclarecedora, salvo reconocer que él se había sentido excesivamente estresado. Se vistió con un pijama de cirugía, y desde el teléfono del salón de cirujanos se comunicó con Ginger para organizar los turnos de la tarde. Sólo después se encaminó al despacho del jefe, ubicado en el sector administrativo.

El doctor Forrester Biddle era la quintaesencia del conservador de Nueva Inglaterra. Tenía el aspecto enjuto del predicador puritano, y el temperamento áspero que hacía juego con la apariencia. La única cualidad que lo redimía es que era un excelente cirujano.

—Pase y cierre la puerta —dijo Forrester, cuando entró Kim en el despacho atestado de publicaciones médicas. Tome asiento.

Lo hizo esperar mientras completaba unos papeles. Kim recorrió con los ojos la habitación y sacó en conclusión que el hombre había tenido una oficina mucho mejor como jefe en el Samaritano.

Luego de agregar su firma con gesto ceremonioso, Forrester apoyó la lapicera sobre su escritorio produciendo un ruido semejante a un disparo lejano de arma de fuego.

—Voy a ir derecho al grano —dijo, adoptando una actitud más estricta que de costumbre. El comportamiento que tuvo usted anoche en la sala de guardia es una vergüenza para este sector, como para todo el plantel médico.

—Mi hija estaba sufriendo —afirmó Kim sencillamente. Fue una explicación, no un pretexto. No tenía por costumbre demostrar remordimientos.

—No hay excusa que justifique la violencia. El señor Bradford está pensando en la posibilidad de demandarlo, y yo no lo culpo.

—Si hay alguien a quien demandar es a AmeriCare. Tuve que esperar más de tres horas fundamentalmente para que AmeriCare pudiese aumentar sus ganancias.

—Atacar físicamente a un administrador no es el mejor modo de realizar un planteo de orden social, como tampoco lo es, permítame agregar, el hecho de apelar directamente a los medios de comunicación. Yo no pensaba decir nada sobre las declaraciones que le hizo a Kelly Anderson en el noticiario del viernes a la noche, hasta que ocurrió este inexcusable episodio de agresión. Decir públicamente que la idea rectora de la fusión entre el Centro Médico Universitario y el Samaritano fue la de priorizar los ingresos económicos de AmeriCare desprestigia la reputación de este hospital.

Kim se puso de pie. El encuentro no iba a ser un simple intercambio de ideas, y de ninguna manera iba a dejarse reprender como un colegial díscolo.

—Si eso es todo, tengo pacientes que atender.

Forrester empujó su sillón hacia atrás y también se levantó.

—Tenga presente, doctor Reggis, que, con anterioridad a la fusión, este sector analizó seriamente la posibilidad de contratar un cirujano a sueldo, de tiempo completo, para reemplazo de válvulas,

que es lo que usted hace. La conducta que ha puesto de manifiesto usted últimamente nos está haciendo reevaluar dicha posibilidad.

Kim giró sobre sus talones y se marchó sin responder. No iba a convalidar semejante comentario. No lo tomó en absoluto como la amenaza que quiso ser. Lo cierto era que, constantemente recibía ofrecimientos para dirigir prestigiosos departamentos de cirugía del país entero. La única razón por la cual todavía se hallaba en el Centro Médico Universitario era por la tenencia compartida de Becky, y porque Tracy no podía mudarse debido a que se había matriculado en una facultad de humanidades.

Pero Kim se había vuelto a enojar. Últimamente ese era su estado de ánimo constante. Salió a grandes trancos del sector administrativo del hospital y prácticamente chocó de frente con Kelly Anderson y Brian, su camarógrafo.

—¡Ah, doctor Reggis! —exclamó Kelly, al parecer muy contenta. Justo el hombre que esperaba ver.

Kim le lanzó una mirada de desagrado y siguió caminando a paso vivo. Kelly dio media vuelta y corrió tras él. Brian trató de ponerse a la par pese a llevar la carga de las cámaras.

—Por Dios, doctor —dijo Kelly, jadeando. ¿Se está entrenando para un maratón? Vaya más despacio, que quiero decirle algo.

—No tengo la menor intención de hablar con usted —dijo Kim.

—Pero quiero oír su versión del episodio de anoche en la guardia.

Kim se detuvo en seco, por lo cual Brian se topó con él. Brian le pidió mil disculpas. Kim no le hizo caso, y observó a Kelly con expresión de asombro.

—¿Cómo diablos hizo para enterarse tan rápido de eso?

—Sorprendido, ¿verdad? —dijo la periodista, con una sonrisa de autocomplacencia. Comprenderá que no puedo revelar mis fuentes. Lo que pasa es que hago tantas notas relacionadas con temas médicos, que cuento con una especie de quinta columna aquí, en el centro médico. Usted se sorprendería si supiera los chismes que me cuentan. Lamentablemente, suelen ser datos muy prosaicos, como por ejemplo quién se acuesta con quién. Pero de vez en cuando me llega alguno valioso, como el episodio suyo de anoche en la guardia. ¡Cirujano del corazón trompea al administrador: eso sí que es noticia!

—No tengo nada que decirle a usted —dijo Kim, y reanudó la marcha.

Kelly lo alcanzó.

—Sin embargo, yo creo que sí. Tener que esperar tres horas en la guardia con una niña enferma constituye una provocación que me gustaría comentar.

—Lo lamento. Acabo de ser reprendido por ese comentario que le hice el otro día. No voy a hablar con usted.

—Veo que a la gerencia no le gusta la verdad. Eso de por sí es muy interesante.

—No voy a hablar con usted —repitió Kim. Ahorre saliva.

—¡Vamos! El hecho de tener que esperar horas en la guardia resultará algo muy conocido a mis televidentes, con el agregado irónico de que esta vez, el que esperaba era un médico. No es necesario que tratemos la parte de la agresión y la trompada, si no quiere.

—Sí, claro, como si se pudiera confiar en su palabra.

—Puede confiar. Yo creo que la causa de haber tenido que esperar tanto rato se origina en el tema de la fusión; es decir, se vincula con el interés económico de AmeriCare. ¿Qué opina usted?

Kim la miró mientras caminaban. Los ojos verde azulados de Kelly lanzaban destellos. Kim tuvo que reconocer que Kelly, pese a ser muy molesta, también era sumamente inteligente.

—Eso lo dijo usted, no yo, así que no cite mis palabras. En este momento, demasiados problemas tengo ya en mi vida como para que encima los aumente. Adiós, señorita Anderson.

Kim traspuso un par de puertas rebatibles que comunicaban con el sector de cirugía. Kelly se detuvo en seco, para alivio de Brian. Ambos estaban casi sin aliento.

—Bueno, al menos hicimos el intento —dijo Kelly—. Esta vez, lo irónico es que honestamente me solidarizo con él. Hace un mes me tocó a mí esperar casi la misma cantidad de tiempo con mi propia hija.

Kim entró en su consultorio por la puerta de atrás. Eso le permitió ingresar en su despacho privado sin tener que pasar por la sala de espera. En el momento en que se sacaba el saco, tomó el teléfono y llamó a Ginger, que se hallaba en recepción.

—Ya estoy de vuelta —le anunció. Con el tubo del teléfono calzado en el hueco del hombro caminó hasta el *placard*. El cable del aparato era largo, y se lo permitía.

—Tienes la sala de espera llena de pacientes —le informó Ginger. Gracias a la cirugía de emergencia de Tom, llevas unas dos horas de atraso.

—¿Algún mensaje telefónico de importancia? —Consiguió colgar su saco y manoteó la chaqueta blanca de médico.

—Nada que no pueda esperar.

—¿No hay noticias de Tracy?

—No.

—Bueno, que Cheryl empiece a llevar a los pacientes a los consultorios.

Luego de ponerse el guardapolvo y de juntar las lapiceras y demás objetos que llevaba en los bolsillos, llamó por teléfono a Tracy. Mientras esperaba comunicarse, se colgó el estetoscopio al cuello.

Tracy atendió al primer campanillazo como si estuviese al lado mismo del teléfono.

—¿Cómo anda la paciente? —preguntó Kim, en un tono que quiso ser optimista.

—No hay mucho cambio.

—¿Fiebre?

—No.

—¿Retortijones?

—Algunos. Pero conseguí hacerle tomar un poco de caldo de gallina.

Kim estuvo tentado de comentar que Ginger había intentado hacerle beber caldo de gallina el domingo, pero no le pareció prudente. En cambio, dijo:

—Se ve que haces progresos. Seguramente se sentirá mejor muy pronto.

—Eso espero.

—Sería lo más lógico. Al no tener fiebre y no habersele aumentado los glóbulos blancos, es

evidente que su propio organismo superó la infección. Pero tenme al tanto.

—Por supuesto —dijo Tracy. Y agregó—: Perdóname por la forma en que te traté anoche.

—No tienes de qué disculparte.

—Tengo la sensación de haberte dicho cosas muy feas. Estaba muy trastornada.

—Por favor. El que estaba fuera de sí era yo, no tú.

—Te llamo si noto algún cambio.

—Voy a estar aquí o en casa.

Kim cortó. Por primera vez en todo el día se sintió relativamente contento. Salió al pasillo, le sonrió a Cheryl y tomó la primera historia clínica.

Cuando Kim apagó los faros del auto frente a la puerta de su garaje, se encontró sumido en la oscuridad más absoluta. Eran apenas las ocho, pero bien podría haber sido medianoche. No había luna, y la única luz era un tenue resplandor en el horizonte, hacia el este, donde las luces de la ciudad se reflejaban en unas nubes bajas. La casa estaba tan a oscuras que semejaba una inmensa roca.

Al abrir la puerta del auto, se encendieron las luces del interior, que le sirvieron para alzar los envases de comida china que había comprado en el camino de regreso desde el hospital. El último paciente se había ido a las siete y cuarto.

Con los brazos cargados de bandejitas de comida y papelería que esperaba terminar esa noche, enfiló hacia la entrada principal de la casa. Tuvo que avanzar al tacto a lo largo del sendero de lajas. Tan oscuro estaba, que costaba comprender que, durante el verano, a esa misma hora de la noche todavía había sol sobre la ciudad.

Oyó el sonido del teléfono antes de llegar siquiera a la puerta. Sonaba insistente en la penumbra. Sin saber por qué, experimentó una punzada de pánico. Al buscar las llaves, se le cayeron los papeles. Después, no pudo encontrar la llave que correspondía, lo cual lo obligó a apoyar las fuentes para poder utilizar ambas manos. Por último, consiguió abrir la puerta y entró de prisa en la casa.

Con la ayuda de la luz del vestíbulo, recorrió la sala cavernosa, casi vacía, y atendió el teléfono. Experimentaba el terror irracional de que, quienquiera que llamase, fuese a cortar sin darle tiempo de atender. Pero eso no ocurrió. Era Tracy.

—Becky está peor —contó, sin ambages. Se la notaba desesperada, al borde de las lágrimas.

—¿Qué pasó? —preguntó Kim, y sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Tuvo una hemorragia. El inodoro quedó lleno de sangre. —¿Está lúcida?

—Sí. La noto más serena que yo. Está tendida en el sofá. —¿Puede caminar? ¿Siente mareos?

—Puede caminar —respondió Tracy, dominándose un poco más. Me alegro de haberte encontrado. Estaba por llamar al 911.

—Súbela al auto y vuelve a la guardia, siempre y cuando estés en condiciones de conducir. De lo contrario, podemos pedir una ambulancia al 911. —Puedo manejar.

—Te encuentro ahí, entonces —dijo Kim y cortó. Corrió luego a la biblioteca, abrió el cajón central de su escritorio. Buscó rápidamente su libreta de direcciones. Cuando la encontró, la abrió en la letra T y fue bajando el dedo hasta llegar a George Turner. Sacó su teléfono celular, marcó el número y apretó el botón de rigor.

Con el teléfono pegado al oído, regresó hasta el auto. Pasó por encima de las bandejas de comida y los papeles, que dejó desparramados sobre el felpudo de entrada.

En el momento en que abría la puerta del auto, lo atendió la señora de Turner. Sin detenerse en muchas introducciones, preguntó por George. Cuando George vino al teléfono, Kim ya estaba dando marcha atrás con el auto.

—Lamento molestarlo —dijo.

—No es molestia —respondió George. ¿Qué ocurre? Espero que nada.

—Me temo que sí. Es decir, no se trata de algo excesivamente problemático... Lo que pasa es que Becky tiene síntomas de disentería: retortijones, diarrea y ahora hemorragia, pero no fiebre. — Qué pena.

—Después que usted se fue, no buscamos otro pediatra —le explicó Kim, con cargo de conciencia. Y los pocos que yo conocía, incluso usted, se fueron de la ciudad. Anoche la llevamos a la guardia del Centro Médico Universitario y tuvimos que esperar tres horas.

—¡Dios mío! Qué espanto.

—Tengo que confesarle que por ese tema le di una trompada a uno de los administradores de AmeriCare. Bueno, a Becky la enviaron a la casa sin nada... ninguna medicación. Tracy acaba de llamarme para decirme que tuvo una hemorragia. No sé cuánto, pero Tracy estaba sumamente nerviosa. Yo voy camino a reunirme con ellas en la guardia. ¿Con quién la hago ver?

—Hmmm. No creo que convenga con un pediatra. Yo le recomendaría con un especialista en enfermedades infecciosas o un gastroenterólogo.

—¿Cuál de los dos? ¿Tiene alguno para recomendar? Los médicos con los que yo me veo no suelen tratar a niños por regla general.

—Hay dos que son excelentes —dijo George. Yo le recomendaría al de enfermedades infecciosas, por lo menos para empezar. Trate de conseguir a Claude Faraday. No va a encontrar a nadie mejor que Claude.

—Gracias, George.

—Un gusto. Lamento no estar yo ahí.

—Yo también lo lamento.

—Téngame al tanto.

—Pierda cuidado.

Kim cortó, y luego usó el discado veloz para llamar al hospital. Le pidió a la operadora que rastreara a Claude Faraday, y con alivio comprobó que el hombre estaba en su casa.

Kim le explicó la situación como lo había hecho con George. Claude escuchó, hizo algunas preguntas pertinentes y luego accedió a ir directamente a la guardia.

Kim se dirigió al predio del hospital. En esta ocasión enfiló derecho al sector reservado para la guardia. Buscó brevemente el Volvo de Tracy; como no lo vio, subió la escalinata y entró.

Tuvo la impresión de que la guardia estaba igual de concurrida que la noche anterior, aunque vio algunas sillas vacías en la sala de espera. Dejó atrás el sector de recepción y enfiló hacia el mostrador de las enfermeras. Al llegar, vio que tanto Molly como Monica se hallaban ahí sentadas. Ambas intercambiaron miraditas nerviosas.

—¿Ya llegó mi hija? —preguntó.

—No la he visto —respondió Molly. Parecía desinteresada y con cierto recelo esta vez.

—Yo tampoco —acotó Monica.

—¿Tenía que venir de nuevo? —preguntó Molly.

Kim no se molestó en contestarle. Se marchó de allí y enfiló a la sala de guardia propiamente dicha.

—¿Eh, adónde va? —le preguntó Molly en tono imperioso. Se levantó con la idea de ir hasta la punta del mostrador e impedirle el paso tal como había hecho la noche anterior, pero Kim ya había pasado. Corrió entonces tras él.

Monica hizo chasquear los dedos para que el oficial de seguridad le prestara atención. Cuando este la miró, señaló con gesto frenético la figura de Kim, que ya desaparecía. El guardia asintió y fue también tras él. En el camino, sacó su radio del estuche.

Kim recorrió todo el primer salón, y fue asomándose en cada consultorio que iba pasando. Molly por fin lo alcanzó.

—¿Adónde va? —le preguntó.

Kim soslayó a la mujer, a la que se había unido también el guardia, y ambos lo siguieron.

—¿Qué debo hacer? —le preguntó el hombre a Molly—. Es un médico...

—No tengo la menor idea —confesó ella.

Kim terminó de revisar los consultorios de un costado y comenzó con los de enfrente, hasta que por fin encontró a David Washington suturando una herida que un niño tenía en una mano. Una enfermera lo ayudaba. David tenía puestos anteojos, y miró a Kim por encima del borde superior.

—Mi hija viene en camino hacia aquí —anunció Kim. Ahora tiene una hemorragia real.

—Cuánto lo lamento. ¿Presión sanguínea y pulso?

—No lo sé. Mi exesposa la trae. Yo todavía no la he visto.

Levantando en el aire las manos dentro de guantes esterilizados, David se volvió hacia Molly y le pidió que preparara una habitación, con un carrito para emergencias y expansores plasmáticos por si acaso hicieran falta. Molly asintió y se marchó.

—Quiero que a mi hija la vean de inmediato —ordenó Kim. Y que se haga una consulta con un especialista en enfermedades infecciosas.

—Doctor Reggis, tratemos de portarnos como amigos. Le agradecería que reconociera que el que manda aquí soy yo.

—Ya hablé con el doctor Claude Faraday, y viene hacia aquí —dijo Kim, como si no lo hubiese oído. Supongo que lo conoce.

—Por supuesto que lo conozco. No es eso. Lo que establece el protocolo es que se pida la consulta si el paciente no tiene un médico de cabecera que pertenezca a AmeriCare. AmeriCare es muy clara a este respecto.

—Quiero que la vea el doctor Faraday.

—De acuerdo. Pero al menos comprenda que se lo hacemos como favor. No es así como se hacen las cosas en este hospital.

—Gracias —dijo Kim. Dio media vuelta y volvió a cruzar todo el largo del salón. Se fijó en el sector de recepción, y al no ver a Tracy y Becky, salió a la plataforma de ingreso, donde se quedó aguardando igual que la noche anterior.

No tuvo mucho que esperar. A los pocos minutos apareció la camioneta de Tracy y llegó prácticamente hasta la plataforma misma. Kim bajó de prisa y ya se había parado junto a la puerta de atrás casi en el instante en que Tracy accionaba el freno de emergencia.

Abrió la puerta y se inclinó. Becky venía tendida de costado, en el asiento trasero. Kim pudo verle la cara gracias a los reflectores que había en la plataforma. Si bien se la notaba pálida, la niña le sonrió, lo cual para él fue un alivio.

—¿Cómo se siente mi budincito?

—Ahora mejor. Se me fueron los retortijones.

—Me alegro. Ven, que te llevo alzada.

—Puedo caminar.

—Te llevo de todos modos.

Le pasó el brazo derecho bajo las rodillas y la hizo deslizar hacia sí, como para pasarle el izquierdo bajo el torso. Luego la levantó. Becky lo abrazó a la altura del cuello y hundió la cara bajo el mentón de su papá.

—Bueno —trató de calmarla Kim, papi te lleva.

—No es muy pesada, ¿verdad? —preguntó Tracy.

—En absoluto.

Kim subió la escalinata y atravesó las puertas rebatibles. Cuando pasaron por la zona de recepción, una de las empleadas les indicó en voz alta que debían registrarse. Kim no le hizo caso, y Tracy, si bien se sintió incómoda, no dijo nada.

Monica estaba sentada al escritorio cuando oyó la indicación de la empleada. Levantó los ojos y vio a Kim que se acercaba. En el acto se puso de pie de un salto para impedirle el paso, pero ella no era Molly.

—No puede hacer esto. No va a entrar a la niña sin una hojita de ingreso.

Kim siguió caminando, y Monica tuvo que dar unos pasos atrás.

—No puede hacer esto —repitió.

Tracy tironeó a Kim del brazo.

—No hagamos una escena —le pidió.

Arrollador como una aplanadora, Kim siguió avanzando. Monica no tenía la robustez de Molly, y por fuerza debió hacerse a un lado.

—La información puede sacarla del ingreso de anoche —le indicó Kim, por sobre el hombro.

Monica volvió de prisa al mostrador para comunicarse con David Washington.

Kim llevó a Becky hasta el primer consultorio vacío, y la dejó sobre la camilla. Tracy se ubicó del otro lado, para sostener la mano de su hija. Kim tomó la abrazadera del tensiómetro y se la puso en el otro brazo. En ese momento reapareció Monica, luego de dar aviso al doctor Washington, e intentó dirigir ella la situación, pero Kim no se dejó vencer. Se puso el estetoscopio en los oídos y comenzó a inflar la abrazadera.

Luego entraron David Washington y Molly McFadden. David se había puesto una chaqueta blanca sobre su uniforme de cirugía. Saludó con la cabeza a Tracy y esperó que Kim terminara de tomar la presión. Luego le hizo señas a Monica de que podía retirarse.

—Usted no demuestra el menor respeto por el protocolo —comentó David cuando Kim se sacó el

estetoscopio del oído.

—Tiene nueve y cinco de presión. Hágle una canalización intravenosa. Quiero que le saquen el tipo sanguíneo y corroboren la compatibilidad por si acaso. Además...

—¡Un momento! —gritó David, levantando la mano para añadir énfasis a sus palabras. Después, con voz algo más serena, añadió—: Doctor Reggis, con el debido respeto, se olvida de que no es usted quien da las órdenes aquí.

—Lo único que hago es prever lo más básico. Señorita McFadden, consiga por favor un catéter de veintiuño de diámetro. También voy a necesitar un torniquete y cinta adhesiva.

David le indicó con un gesto a Molly que no se moviera de su lugar, y él se acercó a Kim y le apoyó una de sus manazas en el antebrazo.

—Se lo voy a pedir una sola vez —afirmó David con su voz calma pero dominante. Quiero que salga de aquí y espere afuera, por el bien de su hija. Estoy seguro de que, si se detiene un momento a pensarlo, comprenderá.

Kim lo miró entrecerrando los ojos, y lentamente fue bajando la cabeza para mirar la mano que lo aferraba del brazo. Hubo un instante en que nadie dijo una palabra. El único sonido provenía de un monitor cardíaco que había en otro compartimiento.

Tracy percibía la electricidad del ambiente como si fuera esa calma explosiva que precede a una repentina tormenta eléctrica estival. Para evitar una escena indudablemente desagradable, dio la vuelta alrededor de la camilla, apoyó un brazo en el hombro de Kim e hizo el gesto de empujarlo.

—¡Por favor, Kim! Dejemos que hagan su trabajo —le imploró.

Poco a poco Kim reaccionó ante la presión de Tracy, y se notó visiblemente que se distendía un poco. David entonces retiró su mano.

Kim miró a Tracy.

—De acuerdo —le dijo. Después, volviéndose hacia Becky, la tomó del bracito—. Papi va a estar afuera, mi budincito.

—No quiero que me pinchen —gimoteó la niña.

—Tienen que pasarte un líquido —le explicó el padre. Pero será apenas un pinchacito, un instante, nada más. Sé que no es nada lindo, pero tienes que ser fuerte para poder componerte pronto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Becky sin muchas ganas.

Tracy le dio un apretón en la mano, le dijo que ella iba afuera con Kim y que ambos volverían a verla momentos después. Becky asintió, pero era evidente su disgusto. Parecía con miedo.

Tracy salió con Kim atravesando la cortinita que rodeaba la camilla. Notó que él tenía la respiración acelerada. Ella nada dijo hasta que dejaron atrás el mostrador de las enfermeras.

—Kim, tienes que serenarte —le pidió, apoyándole una mano suavemente en el brazo. Estás demasiado tenso.

—David Washington me pone histérico.

—Cumple con su trabajo. Si la situación fuera a la inversa y estuvieras tú ocupándote de su hija, estoy segura de que obrarías de la misma forma que él. No te gustaría que él diera órdenes.

Kim reflexionó sobre eso en el momento en que empujó las puertas rebatibles que llevaban afuera. Le hizo bien sentir el aire frío en la cara. Se detuvo en la plataforma y respiró hondo; luego

fue soltando despacio el aire. Tracy seguía apretándole el brazo.

—Creo que tienes razón —dijo, por fin. Me cuesta mucho ver a Becky ahí tendida, tan vulnerable.

—Me imagino. Tiene que ser muy difícil.

Sus ojos se encontraron.

—¿Puedes comprenderlo? ¿De veras me entiendes?

—Totalmente. Eres cirujano, te capacitaron para actuar. Y a quién querrías curar más que a tu propia hija. Para ti, lo más difícil del mundo es ver a Becky necesitada, y no poder hacer algo al menos.

—Tienes razón —repitió Kim.

—Por supuesto. Siempre la tengo.

Kim sonrió, pese a sí mismo.

—Bueno, yo no diría tanto. ¡A menudo puede ser, pero no siempre!

—Acepto, siempre y cuando ahora volvamos adentro —dijo Tracy con una sonrisa. Me estoy congelando.

—Ah, sí, perdona. Lo que pasa es que necesitaba un soplo de aire frío.

—¿Te molesta el suero? —le preguntó Kim a su hija.

Becky levantó la mano izquierda que tenía sujeta con cinta a una tablilla. Un tubito de plástico transparente se introducía por debajo de la gasa que le cubría el dorso de la mano.

—No lo siento en absoluto —dijo la niña.

—Así tiene que ser.

—¿No te da sensación de frío? —preguntó Tracy—. Eso al menos es lo que recuerdo yo de cuando me internaron porque estabas por nacer tú.

—¡Sí, lo siento frío! No me había dado cuenta hasta que me lo dijiste. Siento el brazo entero frío.

David había examinado minuciosamente a Becky, la había hecho canalizar, había ordenado el análisis rutinario de orina y sangre y le hizo sacar una radiografía de abdomen decúbiteo y de pie. Si bien le faltaba ver las placas porque todavía no estaban listas, los resultados del análisis de sangre y de orina eran normales, lo cual daba a entender que la pérdida de sangre había sido mínima. A esa altura, había mandado a buscar a Kim y Tracy para que hicieran compañía a Becky mientras él esperaba al doctor Claude Faraday.

Minutos más tarde llegó Faraday, especialista en enfermedades infecciosas. Se presentó a Kim y Tracy, y luego a Becky. Era un hombre delgado, de tez oscura y personalidad vehemente. Escuchó el relato de cómo se había manifestado el problema, desde los primeros síntomas del sábado hasta el episodio de la hemorragia de esa noche. De vez en cuando hacía gestos de asentimiento, sobre todo cuando Becky misma agregaba algún detalle específico.

—De acuerdo, señorita Reggis —le dijo a Becky—. ¿Me permite que la miremos un poco?

Becky miró a su madre como si realmente tuviera que pedir permiso.

—El doctor Faraday quiere que le digas si dejas que te examine —le tradujo Tracy.

—Está bien —aceptó la niña. Pero eso sí: no quiero más pinchazos.

—No más pinchazos.

Claude comenzó su examen rápida pero minuciosa tomándole el pulso y comprobando la turgencia de la piel. Le miró el interior de la boca y los oídos. Con un oftalmoscopio, le examinó los ojos. Le auscultó el pecho y se fijó si tenía erupciones en la piel. Le apretó suavemente el abdomen, y lo sintió blando. Buscó posibles nódulos linfáticos agrandados.

—Me parece que estás bien, salvo la pancita, que te duele un poco —dijo, por último. Ahora voy a ir afuera a hablar con tus papas.

Becky asintió.

Tracy se agachó y le dio a su hija un beso en la frente antes de salir con Claude y Kim del otro lado de la cortinita. El pasillo estaba concurrido, por lo cual el grupo tuvo que ubicarse a un costado. David en ese momento los vio, y se acercó a ellos. Se presentó a Claude.

—Justo estaba por hacerles un resumen a los padres —le dijo Claude a David.

—¿Puedo escuchar yo también? —preguntó David.

Claude miró a Kim y Tracy.

—No hay problema —respondió ella.

—En general, la encuentro bien —comenzó a decir Claude • Está un poco pálida, desde luego, y con cierto grado de deshidratación. Hay también cierta sensibilidad abdominal generalizada. Por lo demás, el examen físico es normal.

—¿Pero la hemorragia? —preguntó Tracy, con miedo de que el médico abandonara el caso.

—Permítame terminar. Repasé también los estudios de laboratorio. Comparados con los de anoche, hay una leve baja en la hemoglobina. No es estadísticamente importante, pero podría serlo teniendo en cuenta la leve deshidratación y la historia de la hemorragia. También disminuyeron levemente las plaquetas. Todo lo demás está dentro de los parámetros normales.

—¿Cuál es su diagnóstico presuntivo? —quiso saber Kim.

—Yo diría intoxicación alimentaria bacteriana.

—¿No viral?

—No; creo que es bacteriana —repuso Claude. Miró luego a David—. Tengo entendido que esa misma impresión tuvo usted anoche, ¿verdad?

—Sí, efectivamente.

—¿Pero por qué no tiene fiebre? —preguntó Kim.

—El hecho de que no tenga fiebre me hace pensar que esto es más una toxemia que una infección, y eso coincidiría con el recuento leucocitario normal.

—¿Y el cultivo de anoche? —quiso saber Kim. ¿No hay un primer resultado a las veinticuatro horas?

—Yo no vi ningún cultivo —dijo Claude, y miró a David.

—No hicimos un cultivo anoche —confesó David. Kim sacudió la cabeza en gesto de incredulidad.

—¿Qué diablos dice? Si yo hasta le di la muestra.

—Aquí en la guardia no hacemos coprocultivos de rutina para casos simples de diarrea.

Kim se dio una palmada en la frente.

—¡Un momentito! Usted acaba de reconocer que hizo un diagnóstico presuntivo de infección

bacteriana. ¿Por qué entonces no pidió un cultivo? Es una medida lógica, y ni hablar de una buena práctica médica. ¿Qué otra manera sensata hay de tratar un caso así?

—Las normas de AmeriCare proscriben los cultivos de rutina en este tipo de casos por una cuestión de costos.

Kim sintió que se le enrojecía la cara. Tracy, que fue la única en advertirlo, lo tomó del brazo, pero él se soltó.

—¿Los costos! ¡Es una excusa de mierda! ¿Me está diciendo que por unos dólares piojosos dejó de encargar un cultivo?

—Mire, no se haga la diva —le espetó David—. Le acabo de decir que la norma es no hacerlo, ni a usted ni a nadie.

Perdiendo el control como le había sucedido la noche anterior, Kim aferró a David de las solapas de su chaqueta blanca.

—¿Conque soy una diva, eh? ¡Bueno, con su procedimiento de mierda hemos perdido un día entero, qué tanto! —Tracy sujetó a Kim del brazo.

—¡No, Kim! ¡Otra vez, no! —le suplicó.

—¡Sáqueme las manos de encima, hijo de puta pedante! —explotó David.

—¡Tranquilícense! —dijo Claude, interponiéndose entre los dos, ambos más voluminosos que él. Está bien. Pediremos hoy unos cultivos. No es mucho lo que perdimos, porque de todos modos dudo que iniciemos un tratamiento todavía.

Kim soltó a David y este se alisó la chaqueta. Cada uno lanzaba dardos al otro con la mirada.

—¿Qué espera encontrar en un cultivo? —preguntó Tracy con la esperanza de aliviar la tirantez y llevar la conversación a los canales normales. ¿De qué tipo de bacteria cree que se trata?

—Principalmente salmonella, shigella y algunas de las cepas nuevas de E. coli, pero podrían ser muchas otras también.

—La sangre me asustó —dijo Tracy—. A lo mejor parecía más de lo que era. ¿La van a internar? Claude miró a David.

—No sería mala idea —dijo, pero no lo decido yo.

—Creo que es una buena idea —confirmó David—. Ella necesita líquidas. Además, podremos evaluar la posibilidad de anemia y cerciorarnos de que no se produzcan más hemorragias.

—¿No le van a dar antibióticos? —quiso saber Tracy.

—Yo no lo recomendaría en estas circunstancias —respondió Claude, por lo menos mientras no tengamos un diagnóstico definitivo.

—¡Y para eso habría que haberle hecho anoche el maldito cultivo! —acotó Kim, de mala manera.

—¡Por favor, Kim! —quiso tranquilizarlo Tracy—. Tenemos que enfrentar la situación actual. Vendría muy bien que colaboraras.

—De acuerdo —se resignó Kim. Si no tenemos un cultivo, por qué al menos no le damos un antibiótico de amplio espectro, que después se pueda cambiar cuando se conozca el organismo y su sensibilidad.

—No sería recomendable —repitió Claude. Si el microorganismo patógeno intruso resulta ser una de las cepas aberrantes de E. coli, los antibióticos pueden empeorar la situación.

—¿Y eso por qué? —dijo Kim. Es ridículo.

—No vaya a creer —explicó Claude. Los antibióticos pueden llegar a diezmar la flora normal, con lo cual le dan más espacio a la E. coli invasora para desarrollarse.

—¿La internan bajo su dirección? —le preguntó Tracy a Claude.

—No, eso no es posible. AmeriCare exige un médico de cabecera, pero con gusto vendré a verla, máxime si la persona que lleve el caso pide una consulta con un especialista en infecciosas.

—Puesto que Becky no tiene un pediatra del plantel, la internaremos bajo la dirección de Claire Stevens —afirmó David—. Le toca a ella por turno. Puedo llamarla yo.

—No encontrarán a alguien mejor que Claire —comentó Claude.

—¿Usted la conoce?

—Y mucho. Es una suerte que les haya tocado Claire. Ella atiende a mis hijos.

—Por fin algo parece salir bien —acotó Kim.

Miércoles, 21 de enero

Kim entró en la playa de estacionamiento del hospital minutos después de las seis de la mañana. No había pasado por su consultorio, como acostumbraba hacer, pues estaba ansioso por ir a ver a Becky y cerciorarse de que todo anduviera bien.

La noche anterior las cosas habían terminado bien después del desagradable episodio con David Washington. La doctora Claire Stevens llegó a la guardia menos de media hora después de que la llamaran. En el ínterin, Kim llamó por segunda vez a George Turner. Eso le dio la oportunidad de pedirle su opinión sobre el pediatra. George convalidó el parecer de Claude, lo cual dejó aliviados a Kim y Tracy.

Claire era una mujer delgada y alta, casi de la misma estatura que Kim. Tenía unas facciones afiladas que contradecían su manera de ser afable, tranquilizadora. La impresión personal que tuvo Kim concordó con las referencias profesionales sobre su trayectoria. Era una mujer aproximadamente de su misma edad, lo cual implicaba muchos años de experiencia clínica. Y lo que es más, se advertía de inmediato su competencia. Asimismo importante fue el hecho de que en el acto estableció una buena relación con Becky.

Kim entró en la habitación de Becky. Había una lucecita nocturna ubicada cerca del piso, que se reflejaba en el techo y bañaba el cuarto entero de un resplandor tenue. Se acercó calladamente a la cama y observó a su hija, que dormía. El aura de pelo castaño hacía que el rostro pareciera color marfil. Su transparencia le daba a la niña un aspecto frágil, como de porcelana.

Kim sabía que, dadas las circunstancias, convenía que Becky estuviera internada. Al mismo tiempo, el hecho de que estuviera allí le causaba una preocupación adicional. Su amplia experiencia le enseñaba que el hospital constituye un medio donde pueden acechar los horrores.

La respiración de Becky era pareja y profunda. El goteo se deslizaba lentamente. Contento de verla descansar tan bien, se marchó en silencio. No quería causarle trastornos.

Una vez en el *office* de las enfermeras, retiró la historia clínica de su hija. Leyó las notas que había dictado Claude y luego las anotaciones de las propias enfermeras. Se enteró de que Becky se había levantado dos veces por la noche con diarrea. Se hacía mención de sangre, pero eso sólo lo decía Becky. Ninguna de las enfermeras la había visto.

Luego se fijó en la hoja de tratamiento y quedó satisfecho al ver que Claire había cumplido su palabra, es decir, que pidió una consulta con un gastroenterólogo infantil para ese día.

—Esa nena sí que es un amor —dijo una voz cadenciosa. Kim levantó la mirada y por el rabillo del ojo vio a una enfermera robusta, con la cara colorada producto de hacer algún esfuerzo físico. Era rubia, tenía una permanente de rulos muy pequeños y hoyuelos en las mejillas. Su nombre era Janet Emery, según se podía leer en la etiqueta que llevaba prendida.

—¿Usted la fue a mirar? —quiso saber Kim.

—Sí. Su habitación queda dentro de mi sector. Es muy amorosa.

—¿Cómo la nota?

—Bien... supongo —respondió Janet sin mucha convicción.

—Su impresión no es muy alentadora —dijo Kim. Una partícula de miedo le corrió por la espalda produciéndole un involuntario estremecimiento.

—La última vez que se levantó parecía muy débil. Desde luego, puede haber sido porque estaba dormida. Me tocó el timbre para que la ayudara a volver a la cama.

—Según dice aquí, usted no llegó a ver cuánta sangre puede haber despedido.

—No, no vi. Pobrecita, le da mucha vergüenza. Yo le dije que después de ir al baño no apretara el botón, pero igual lo aprieta. ¿Qué puede hacer uno?

Kim se hizo el propósito de conversar con Claire sobre ese problema, y también con Becky. Sería importante saber si se trataba de manchitas de sangre o de algo peor.

—¿Usted es un especialista de consulta en este caso?

—No. Soy el doctor Reggis, el papá de Becky.

—Ay, Dios mío, pensé que era un profesional de consulta. Espero no haber dicho nada inconveniente.

—En absoluto. Me da la impresión de que Becky le cae bien.

—Muchísimo —respondió Janet—. Me encantan los chicos. Por eso trabajo en este piso.

Kim se marchó para hacer las visitas a sus pacientes internados y luego concurrir a las reuniones de hospital planeadas para esa mañana. Al igual que los lunes, los miércoles eran días en los que debía cumplir numerosas responsabilidades administrativas. Por consiguiente, eran casi las diez cuando volvió al piso de Becky. El empleado del piso le informó que habían llevado a la niña a rayos. Además, que había llegado Tracy y estaba con ella.

—¿Qué sabe de la consulta con el gastroenterólogo?

—Se pidió la consulta, si a eso se refiere.

—¿No tiene idea de cuándo será?

—Esta tarde, supongo.

—Le pido un favor: llámeme cuando venga el especialista —dijo Kim, y le entregó una tarjeta suya.

—Cómo no.

Kim le agradeció y se marchó de prisa a su consultorio. Habría preferido ver a Becky y hablar con ella aunque fuera un instante, pero no tenía tiempo. Ya estaba atrasado, cosa que tomó con filosofía, puesto que se estaba convirtiendo en más habitual que de costumbre.

—¿Alguna pregunta que me quiera hacer, señor Amendola? —dijo Kim.

El señor Amándola era un plomero fornido, de poco más de sesenta años. Se sentía intimidado por la medicina moderna, y horrorizado con el veredicto que le daba Kim: que había que reemplazarle una válvula del corazón. Unas semanas atrás, ni se le ocurría pensar siquiera que tuviese válvulas en el corazón. Hoy, en cambio, luego de experimentar ciertos síntomas atemorizantes, sabía que una de ellas le funcionaba mal, y hasta podía llegar a causarle la muerte.

Kim se pasó la mano por el pelo en gesto nervioso mientras el paciente meditaba su respuesta. Luego dirigió sus ojos hacia el pálido cielo invernal que se veía desde la ventana. Se había quedado preocupado porque, una hora antes, Tracy lo llamó y le comentó que no le veía buen aspecto a Becky,

que la notaba con los ojos vidriosos y desanimada.

Como tenía la sala de espera llena de pacientes, lo que hizo Kim fue pedirle a Tracy que llamara a Claire para informarle las novedades. También le pidió que le recordara al empleado del piso que no se olvidara de avisarle no bien llegara el gastroenterólogo.

—Tal vez me convendría hablar con mis hijos —dijo el señor Amendola.

—Perdón... —dijo Kim. Ya no se acordaba de lo que le había preguntado al hombre.

—Con mis hijos. Mejor les pregunto qué quieren que haga el viejo.

—Buena idea —afirmó Kim, y se puso de pie. Chárolelo con su familia. Si tiene alguna pregunta, llámeme, no más.

Acompañó a Amendola a la puerta.

—¿Seguro que los estudios que me hizo son correctos? A lo mejor la válvula no está tan mal.

—Está muy mal. No se olvide de que hubo una segunda opinión.

—Es cierto —aceptó el hombre, resignado. Bueno, vengo en otro momento.

Kim esperó en el pasillo hasta estar seguro de que el hombre fuera ya camino a la recepción. Luego sacó la historia clínica del siguiente paciente de la gaveta instalada en la puerta del segundo consultorio.

Todavía no había tenido tiempo de leer el nombre, cuando apareció Ginger al final del pasillo. Tuvo que hacerse a un lado para dejar pasar al señor Amendola.

—Acaba de llamar el empleado del piso de Becky. Dice que el gastro... no sé cuánto la está revisando en este mismo momento.

—Entonces me voy —se apresuró a decir Kim. Volvió a poner la historia en su gaveta y se dirigió a su despacho. Mientras sacaba el saco del *placard*, entró Ginger.

—¿Adónde te vas? —quiso saber.

—De nuevo al hospital.

—¿A qué hora vuelves?

—No sé. —Se puso también el abrigo de invierno—. Avísale a Cheryl, para que el paciente no se quede esperando.

—¿Qué hago con los demás?

—Diles que se presentó una emergencia. Voy a volver, pero no antes de una hora y media, más o menos.

Tomó las llaves del auto y salió por la puerta de atrás.

Ginger movió la cabeza a derecha e izquierda. Era ella la que tenía que enfrentar a los pacientes, y sabía cuánto se iban a fastidiar, sobre todo los que venían de otras localidades.

—Arréglatelas como puedas —agregó Kim, como si le leyera los pensamientos.

Se encaminó de prisa a su auto, subió, lo puso en marcha y avanzó por la calle congestionada. Iba tocando bocina, entrando y saliendo de su carril. Se sentía desesperado, máxime después de oír el comentario de Tracy, y no quería perder la oportunidad de hablar personalmente con el especialista.

Ya en el hall del hospital, apretó varias veces el botón del ascensor, como si con eso pudiera conseguir que este llegara más rápido. Varias personas lo observaron con aire suspicaz.

Al llegar al piso de Becky, literalmente corrió por el pasillo. Entró jadeante en la habitación. Vio que Tracy estaba parada a un costado, conversando con una mujer de guardapolvo blanco. Un breve

vistazo le bastó para darse cuenta de que Tracy estaba muy afligida.

Becky se hallaba acostada boca arriba, apoyada contra unas almohadas. Sus ojos oscuros miraban fijo hacia adelante. En ese instante, el único movimiento aparente era el incesante goteo endovenoso.

Kim se acercó a la cama.

—¿Cómo está mi budincito? —preguntó. Tomó la mano de su hija y la levantó. Ella no opuso resistencia.

—Cansada.

—No me extraña, querida. —Instintivamente le tomó el pulso. El ritmo cardíaco estaba normal, casi alto. Tirando suavemente de un párpado, le revisó la conjuntiva. La notó pálida, pero no mucho más que antes. Palpó su piel: no estaba demasiado caliente ni húmeda, y el nivel de hidratación parecía mejor que el de la noche anterior.

Kim sintió que su propio pulso comenzaba a acelerarse. Comprendía lo que había querido decir Tracy. Se advertía un cambio en Becky, y la descripción que hizo Tracy de que la notaba con los ojos vidriosos y desanimada era exacta. Era como si su increíble fuerza vital hubiera quedado en suspenso, dejándola aletargada.

—Voy a conversar con mamá —dijo Kim.

—Bueno —respondió la niña.

Kim se acercó a Tracy y reparó en que ella temblaba levemente.

—Esta es la doctora Kathleen Morgan —dijo Tracy.

—¿Es usted la gastroenteróloga?

—Sí, por cierto.

Kim la estudió con la mirada. En muchos sentidos era la antítesis física de Claire Stevens, aunque las dos parecían aproximadamente de la misma edad. Calculó que debía medir poco más de uno cincuenta. Su rostro redondo y sus rasgos eran delicados. Llevaba anteojos con marco de metal, lo cual le daba una apariencia de maestra de escuela. El pelo castaño exhibía unas prematuras hebras plateadas.

—Dice la doctora que para ella, el caso de Becky es grave —consiguió articular Tracy.

—Ah, qué gran comentario —dijo Kim, con evidente sorna. Grave, ¿eh? Eso no necesito que me lo digan. No estaría internada en este maldito hospital si no lo fuera. Lo que necesito es que alguien me diga qué es lo que tiene y cómo tratarlo y curarlo.

—Del laboratorio me van a avisar no bien tengan un resultado positivo —dijo Kathleen con cautela, sorprendida por la reacción de Kim. Mientras no lo recibamos, estamos con las manos atadas.

—¿Ya la revisó?

—Sí. También leí los resultados de los estudios que se le han hecho.

—¿Y? —dijo Kim, impaciente.

—Hasta ahora coincido con el doctor Faraday. Intoxicación alimentaria bacteriana. —Yo la veo peor.

—Yo también —intervino Tracy—. Le noto un cambio desde anoche. No está bien, no está despabilada.

Kathleen lanzó una miradita incómoda en dirección a Becky, y comprobó con alivio que la niña no prestaba atención a la charla. Sin embargo, propuso que salieran a hablar al pasillo.

—Como es la primera vez que la veo, no puedo hablar sobre ningún cambio —dijo Kathleen. Además, tampoco hay anotaciones de las enfermeras en este sentido.

—Quiero que se la supervise más estrechamente. ¿No convendría pasarla a una habitación aislada, en cuidados intensivos?

—A mí me han hecho una consulta, nada más. Becky está oficialmente bajo la atención de la doctora Claire Stevens, la pediatra de cabecera.

—¿Por qué no la convence usted? —planteó Kim. Anoche lo sugerí yo, pero me dio la sensación de que ella se pone de parte de AmeriCare, y se preocupa por los costos.

—No me parece muy de Claire. Pero le soy sincera, no creo que su hija necesite terapia intensiva. Al menos todavía.

—Muy alentadoras sus palabras. En resumidas cuentas, usted supone que ella va a empeorar, y mientras tanto todos se quedan de brazos cruzados, sin hacer nada.

—Eso no es verdad, doctor —repuso Kathleen, ofendida.

—Claro que sí, doctora Morgan —le espetó Kim, y pronunció el apellido con más desprecio del que sentía. Sí lo es, desde mi punto de vista. Yo en mi condición de cirujano hago un diagnóstico, después intervengo y arreglo las cosas. Es decir, hago algo, mientras que ahora tengo la espantosa sensación de que mi hija va rodando cuesta abajo ante mis ojos, y nadie hace nada.

—¡Basta, Kim! —exclamó Tracy, luchando por contener las lágrimas. Pese a lo angustiada que estaba por Becky, no quería tener que lidiar con la belicosidad de Kim.

—¿Basta qué? —reaccionó él, desafiante.

—¡Basta de pelear! Esta pelea constante con médicos y enfermeras no conduce a nada. Me vuelve loca.

Kim la fulminó con la mirada. No podía creer que ella arremetiera contra él siendo que el tema se relacionaba con el cuidado de Becky.

—¡Doctor Reggis, venga conmigo! —dijo de pronto Kathleen. Hizo un movimiento con la mano y enfiló hacia la oficina de las enfermeras.

—¡Ve! —lo alentó Tracy—. Trata de dominarte.

En el momento en que Tracy volvía a entrar en la habitación, Kim alcanzó a Kathleen, que ya se alejaba y, con rostro contraído, avanzaba a un paso muy veloz para sus piernas cortas.

—¿Adónde me lleva? —quiso saber Kim.

—A la salita contigua al *office* de las enfermeras. Quiero mostrarle algo. Además, creo que tenemos que hablar usted y yo solos, de médico a médico.

El *office* bullía de actividad. Las enfermeras diurnas se preparaban para retirarse, y estaban llegando las del turno noche. Kathleen cruzó en medio de la congestión con la soltura que da la práctica. Abrió la puerta de la salita anexa y le hizo señas a Kim de que entrara.

Una vez cerrada la puerta y acalladas las conversaciones, hubo un relativo silencio. La salita era una especie de reducto sin ventanas, con escritorios empotrados y un negatoscopio. En un rincón, se hallaba la cafetera comunitaria.

Sin decir palabra, Kathleen sacó unas radiografías y las colgó del visor. Luego lo encendió. Eran

placas de un abdomen infantil.

—¿Son las de Becky? Kathleen asintió.

Kim se acercó y, con su ojo profesional, se puso a observarlas. Tenía más experiencia en estudiar radiografías de tórax, pero igualmente sabía lo básico.

—El intestino parece uniformemente edematoso —dijo, al cabo de unos instantes.

—Exacto —respondió Kathleen. Se había quedado impresionada. Pensó que iba a tener que señalarle la patología—. La mucosa está edematizada en casi toda su extensión. —Kim se enderezó.

—¿Y eso qué le dice? —preguntó. No le gustaba lo que estaba viendo, pero no tenía manera de relacionarlo con los síntomas clínicos.

—Me hace preocupar concretamente que se trate de E. coli 0157:H7. La radiografía sería casi igual si tuviera disentería producida por shigella, pero el paciente seguramente tendría fiebre. Como usted sabe, Becky no tiene nada de fiebre.

—¿No habría que darle antibióticos? Claude Faraday piensa que no, por miedo a perjudicar la flora normal. ¿Usted está de acuerdo?

—Así es. No sólo perjudicarían la flora, sino que bien podrían resultar inútiles. Al no haber fiebre, existe una gran probabilidad de que los microorganismos patógenos ya se hayan retirado de las entrañas.

—Si esto fuera potencialmente una toxemia, ¿cómo se hace para llegar a un diagnóstico?

—Existe la posibilidad de buscar con un análisis la toxina misma, pero lamentablemente AmeriCare no ha autorizado a nuestro laboratorio a practicar ese estudio.

—No me diga que es una cuestión de presupuesto.

—Tengo que confesar que sí. Es uno de esos estudios que, como no se realizan con suficiente frecuencia, AmeriCare no autoriza. No es eficaz en función de los costos.

—¡Dios santo! —reaccionó Kim, y golpeó el escritorio con el puño en gesto de frustración. Si vuelvo a oír hablar una vez más de la relación costo-eficacia, me da un ataque. Desde que se enfermó Becky, que me siento perseguido por las finanzas de AmeriCare.

—Lamentablemente, este tipo de servicio de salud es una realidad que todos debemos enfrentar. Pero en este caso, yo me permití enviar una muestra al laboratorio Sherring. Tendremos los resultados dentro de las cuarenta y ocho horas.

—¡Aleluya! —exclamó Kim. Le agradezco, y discúlpeme por decir que no estaban haciendo nada. No quiero que el dinero sea un impedimento si está en juego la salud de mi hija.

—¿Qué sabe usted sobre esta E. coli en particular y su toxina? —le preguntó Kathleen. Suponiendo que sea eso lo que tiene Becky.

—No mucho. Ni siquiera sabía que los antibióticos no servían para nada. En mi ejercicio de la profesión nunca me he enfrentado con E. coli. Ahora sí: el enterococo resistente a la vancomicina es otro cantar. Los cardiocirujanos le tenemos pánico.

—Entiendo. Yo no estoy familiarizada con el problema del enterococo, pero sí con E. coli 0157:H7. Quizá demasiado familiarizada. Creo que usted y su mujer deben saber que puede llegar a ser sumamente peligroso.

—¿En qué medida? —preguntó Kim, nervioso. No le gustaba cómo sonaba la voz de Kathleen, ni el corolario de lo que decía. Kim ni siquiera se molestó en corregirla y decirle que Tracy y él ya no

estaban casados.

—Venga, siéntese —dijo Kathleen. Le costaba mucho encontrar la mejor forma de explicarle sus temores sin perturbarlo indebidamente, pues percibía que el dominio que él tenía de sus emociones era mínimo.

Obediente, Kim se sentó en uno de los sillones de escritorio. No se animó a no hacerlo.

—Si el problema de Becky se relaciona con la E. coli —explicó Kathleen, me preocupa la disminución de plaquetas que ha tenido. Anoche hubo una pequeña reducción, pero luego de habérsela rehidratado, la caída es más evidente, y estadísticamente más importante. Me hace temer que se presente un SUH.

—¿Qué diablos es un SUH?

—Un síndrome urémico hemolítico, al que se lo vincula con las toxinas tipo shigella que la E. coli 0157:H7 es capaz de producir. Este tipo de toxina puede causar una coagulación intravascular diseminada, como también hemolisis severa. Y eso, a su vez, puede llevar a un fallo multiorgánico. Los riñones suelen ser los más afectados, y de ahí el nombre de síndrome urémico.

Lentamente la mandíbula de Kim iba bajando. Estaba azorado. Durante un momento lo único que pudo hacer fue mirar a Kathleen con la vana esperanza de que ella de pronto sonriera y le dijera que todo era un chiste. Pero no lo hizo.

—¿Cree usted que Becky tiene un SUH? —preguntó por fin, con una serenidad que no sentía.

—Digamos que es una preocupación que tengo —respondió ella, tratando de aliviar el impacto. Todavía no hay pruebas. Por el momento, es eso lo que me sugiere mi intuición clínica.

Kim tragó saliva. La boca se le había secado.

—¿Qué podemos hacer? —dijo.

—Lamentablemente, no mucho. Yo ya envié una muestra al laboratorio y les pedí que busquen esa toxina. Entretanto, voy a sugerir una consulta con un hematólogo y un nefrólogo. No creo que sea prematuro tener sus opiniones.

—¡Hagámoslo!

—No se apure, doctor. Recuerde que yo aquí no soy más que una especialista de consulta. El llamado a cualquier otro profesional tiene que hacerlo Claire Stevens. La decisión es de ella. AmeriCare es muy claro en este sentido.

—Bueno, llamemos a Claire, por Dios. Pongámonos en marcha.

—¿Quiere que la llame en este mismo instante?

—Desde luego —contestó Kim. Tomó el teléfono y se lo acercó.

Mientras la doctora hablaba, Kim se llevó ambas manos a la cabeza. Se sentía débil de tanta angustia. El episodio que era una simple molestia —una molestia que hacía sufrir a Becky y había hecho necesaria su internación— ahora se convertía en algo totalmente distinto. Por primera vez en su vida se ponía del lado del paciente en medio de un problema médico importante, problema sobre el que no tenía muchos conocimientos. Iba a tener que aprender, y de prisa. Rápidamente pensó en maneras de hacerlo.

—Claire coincide en un todo —anunció Kathleen luego de cortar. Usted tiene suerte de que le haya tocado Claire. Ella y yo hemos tratado varios casos de SUH en el pasado.

—¿Cuándo verán a Becky los especialistas?

—Apenas Claire los consiga.

—Los quiero ya. ¡Esta misma tarde!

—Doctor Reggis, tiene que serenarse. Por eso lo hice venir aquí, para que pudiéramos hablar con calma, de profesional a profesional.

—No puedo serenarme —reconoció Kim, y exhaló ruidosamente. ¿Con qué grado de frecuencia se presenta el SUH?

—Lamentablemente se está volviendo relativamente común. Suele causarlo la E. coli 0157:H7, de la cual hay unos veinte mil casos por año. Se está volviendo habitual, hasta el punto de ser actualmente el mayor causante de insuficiencia renal aguda en niños.

—¡Santo cielo! —Con gesto nervioso, Kim se frotó el cuero cabelludo—. ¡Veinte mil al año!

—Ese es el cálculo que hace el CDC sobre casos de E. coli 0157:H7. Sólo un porcentaje de ellos presentan luego un SUH.

—¿El SUH alguna vez es fatal? —se sintió obligado Kim a preguntar.

—¿Le parece que tenemos que estar hablando de ese aspecto? —lo interrogó Kathleen a su vez—. Recuerde que el diagnóstico de E. coli todavía no se confirmó. Yo sólo quería prepararlo para tal posibilidad.

—¡Responda mi pregunta, maldita sea! —se acaloró Kim.

Kathleen suspiró, resignada. Supuso que Kim sería sensato, y que preferiría no enterarse de detalles tan perturbadores. Como evidentemente sí quería enterarse, no le dejaba otro camino. Carraspeó.

—Todos los años, mueren entre doscientas y quinientas personas, principalmente niños, a causa de la E. coli O157:H7, y por lo general, con SUH.

Gotas de transpiración asomaron en la frente de Kim. Estaba azorado una vez más.

—Entre doscientas y quinientas muertes anuales —repitió—. Increíble, en especial porque yo nunca había oído hablar del SUH.

—Como le dije, son estimaciones que hace el CDC.

—Con semejante índice de mortalidad, ¿cómo es que esto no es más conocido? —preguntó Kim, una persona que siempre había recurrido a la intelectualización como mecanismo para superar las cargas emocionales de la medicina.

—Eso no se lo puedo responder. Ha habido uno o dos episodios con esta cepa de E. coli que tuvieron gran trascendencia, como el sorprendente brote que hubo en el 92 y el del Frigorífico Hudson que hubo en el verano del 97. Por qué estos y otros episodios no han despertado la conciencia del público, no sé. Me sorprende mucho.

—Recuerdo esos dos casos. Seguramente yo di por sentado que el gobierno y el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos se ocuparían del problema.

Kathleen lanzó una risita burlona.

—Eso es lo que el Departamento de Agricultura y la industria de la carne querían que usted creyera.

—¿Es un problema que se da principalmente con las carnes rojas?

—Con la carne picada, para ser más precisos, cuando no se la cocina el tiempo necesario. Pero también es cierto que algunos casos fueron provocados por algo tan simple como el jugo de

manzanas, y hasta por la leche no pasteurizada. El problema principal es el contacto con heces vacunas infectadas.

—No recuerdo que este problema haya existido cuando yo era niño. Yo comía hamburguesas crudas todo el tiempo.

—Es una situación relativamente nueva que se originó a fines de la década del 70, tal vez en la Argentina. Se cree que la bacteria shigella le dio a la E. coli el ADN necesario para crear una toxina tipo shigella.

—Por conjugación bacteriana, supongo.

—Tal cual. La conjugación es el equivalente a la reproducción sexual, un método de entrecruzamiento genético. Pero si hubo fusión, es extraño, porque eso suele darse dentro de una especie. Pero el aspecto verdaderamente asombroso es que, una vez que se formó esta nueva capa de E. coli, se difundió de manera sumamente veloz por todo el planeta. Hoy en día existe en alrededor del tres por ciento de los intestinos de bovinos.

—¿Las vacas infectadas se enferman?

—No necesariamente. Si bien puede causar diarrea bovina, las vacas suelen ser inmunes a la toxina, al menos, sistémicamente.

—¡Qué extraño! ¡Y qué irónico! Cuando la biología molecular estaba en pañales, se avizoraba un panorama funesto que asustaba a todo el mundo: un investigador le iba a otorgar a la bacteria E. coli la capacidad de producir la toxina del botulismo, y luego, en forma inadvertida, se liberarían bacterias que ingresarían en la naturaleza.

—Es una buena analogía, sobre todo teniendo en cuenta que el surgimiento de la E. coli O157:H7 no se puede atribuir únicamente a la naturaleza. El hombre ayudó.

—¿De qué manera? —preguntó Kim.

—Creo que esta E. coli es una consecuencia de las técnicas de cultivo intensivo que se usan hoy en día. La necesidad de proteínas baratas para alimentar a los animales lleva a soluciones creativas pero espantosas. A las vacas se las alimenta con menudos y restos de animales procesados, incluso de ellos mismos. Es muy habitual que hasta se utilicen excrementos de gallina.

—¡Lo dice en broma!

—Ojalá fuera en broma. Y encima, a los animales se les administran antibióticos. Eso crea dentro de sus intestinos un caldo que cría nuevas cepas. De hecho, la E. coli O157:H7 surgió cuando el ADN de la toxina de la shigella original fue transferido junto con el ADN necesario para una forma particular de resistencia a los antibióticos.

Kim sacudió la cabeza, en gesto de incredulidad. Estaba informándose sobre un tema de gran interés, pero de improviso recordó el tema central: la situación de Becky. Eso lo trajo de vuelta a la realidad.

—Aquí lo principal es la presencia de materia fecal bovina principalmente en la carne picada —dijo Kim, en un tono de voz que volvía a su anterior ansiedad.

—Pienso que eso se puede afirmar.

—Entonces creo que sé dónde se lo pescó Becky —prosiguió, enojado. El viernes a la noche comió una hamburguesa cruda en el restaurante Onion Ring.

—Parecería coherente, si bien el período de incubación de la E. coli O157:H7 suele ser más

largo, a veces hasta de una semana.

La puerta de la habitación se abrió de golpe, sobresaltando a Kim y Kathleen. Una de las enfermeras se asomó, con cara de preocupación.

—¡Doctora Morgan! —dijo, en tono imperioso. ¡Se ha presentado una emergencia con la paciente Rebecca Reggis!

Kim y Kathleen salieron presurosos y corrieron por el pasillo rumbo a la habitación de Becky.

Miércoles 21 de enero, primeras horas de la tarde

Cuando Kim entró en la habitación, vio a una enfermera a cada lado de la cama de su hija. Una le tomaba la presión sanguínea, y la otra, la temperatura. Becky se retorció de dolor y lloriqueaba. Tenía una palidez fantasmal. Tracy estaba a un costado, apoyada contra la pared, tapándose la boca con una mano. Estaba casi tan pálida como Becky.

—¿Qué pasó? —preguntó Kim.

Kathleen entró detrás de él.

—No sé —respondió Tracy, con voz dolida. Becky y yo estábamos charlando cuando de repente lanzó un grito. Dijo que sentía un dolor espantoso en el estómago y en el hombro izquierdo. Después le entraron unos temblores.

La enfermera que le tomaba la presión anunció que tenía seis y nueve y medio.

Kathleen fue hasta el otro lado de la cama y le tomó el pulso.

—¿Le avisaron a la doctora Stevens? —preguntó.

—Sí, de inmediato —respondió una de las enfermeras.

—La fiebre le subió a cuarenta y uno —dijo la otra, consternada. Se llamaba Lorraine Phillips. El nombre de su colega era Stephanie Gragoudos.

Kim hizo correr a Lorraine del lado derecho de la cama. Estaba hecho un manojo de nervios. Ver sufrir a su hija le hacía sentir como que lo apuñalaban en el corazón.

—Becky, ¿qué sientes?

—Me duele el estómago, papá —consiguió articular la niña en medio de gemidos. Me duele mucho. ¡Papi, ayúdame, por favor!

Kim le retiró las mantas y, horrorizado, notó una hemorragia subcutánea en el pecho. Buscó con la mirada a Kathleen.

—¿Había visto usted esta púrpura?

Kathleen asintió.

—Sí, la vi.

—Anoche no la tenía —agregó Kim, y luego volvió a dirigirse a Becky—. Dile a papá dónde te duele.

Becky señaló el bajo vientre levemente hacia la derecha. Trató expresamente de no tocarse.

Kim apoyó suavemente los dedos índice, medio y anular sobre el sitio que ella había señalado, y apretó mínimamente. Becky se retorció entera.

—No me toques, papá, por favor —imploró. Kim retiró en el acto la mano. Becky abrió de pronto los ojos, y dejó escapar un grito de dolor de sus labios reseca. Semejante reacción era un signo que Kim no deseaba ver. Se llamaba sensibilidad a la descompresión, y era un claro indicador de peritonitis, o sea, una inflamación de la membrana que tapiza la cavidad abdominal. Y había una sola cosa que podía ocasionar tal catástrofe. Kim se enderezó.

—¡Tiene un abdomen agudo! ¡Está perforada! Sin un instante de vacilación, fue hasta la cabecera de la cama y destrabó las ruedas.

—Que alguien se ocupe de las otras ruedas —gritó—. Usaremos la cama misma como transporte. Hay que llevarla a cirugía.

—Yo creo que habría que esperar a la doctora Stevens —sugirió Kathleen, serena. Le indicó a Stephanie con un gesto que se alejara de la cama y luego se acercó a Kim.

—Al diablo con la doctora Stevens. Esto es una emergencia quirúrgica. Basta ya de palabras. Tenemos que actuar.

Kathleen le apoyó una mano en el brazo, sin prestar atención a la expresión alocada de sus ojos.

—Doctor Reggis, no es usted quien está a cargo aquí. Tiene que serenarse...

En su estado mental alterado, Kim percibía a Kathleen como un obstáculo, no como una colega. Decidido a llevar a Becky cuanto antes al quirófano, literalmente empujó a un costado a Kathleen. Debido a la fuerza que él tenía, y a la poca estatura de ella, sin darse cuenta la arrojó contra la mesa de luz.

Kathleen se aferró de la mesa en un vano intento por mantener el equilibrio, con lo cual lo único que consiguió fue voltear las cosas que había arriba —jarra de agua, vaso, florero y termómetro— todo lo cual fue a parar al piso.

Stephanie salió corriendo al pasillo a gritar pidiendo ayuda, mientras Lorraine trataba de mantener la cama en su ubicación. Pese a que las ruedas de atrás estaban trabadas, Kim había conseguido empujar la cama un trecho hacia la puerta.

Tracy se repuso del *shock* inicial y tironeó a Kim de un brazo para que soltara la cama.

—¡Kim, basta ya! —le pidió, llorando. Por favor, basta.

Llegaron varias enfermeras, incluso la jefa y un enfermero fornido. Todos convergieron sobre Kim, quien al principio seguía empeñado en empujar la cama hacia el pasillo. Hasta Kathleen se levantó del piso para dar una mano. Cuando vio que lo superaban, Kim soltó la cama, pero no estaba conforme. A los gritos decía que, si alguien no entendía que el estado de Becky era una emergencia quirúrgica, era un incompetente.

—¿Cómo me van a dormir? —preguntó Becky, con voz ya adormilada.

—Van a poner un remedio en el goteo —le contestó Kim. No te preocupes, que no vas a sentir nada. Cuando menos te des cuenta, vas a estar despierta, sintiéndote mucho mejor.

Becky se hallaba en una camilla en el sector de preanestesia. Le habían puesto una cofia en la cabeza, y se la había premedicado, de modo que el dolor y el malestar no eran tan intensos, pero igual le causaba ansiedad la idea de la operación.

Kim se hallaba parado al lado de la camilla, en medio de otras camillas con otros tantos pacientes que aguardaban ser llevados a los respectivos quirófanos. Estaba vestido con el ambo de cirugía, con gorro y botas que le cubrían los zapatos. Había recobrado la compostura luego de la escena que armó en la habitación de Becky una hora y media antes. Le pidió muchísimas disculpas a Kathleen, y ella tuvo la gentileza de decir que comprendía. Claire llegó enseguida, y de inmediato pidió una consulta quirúrgica.

—¿Me voy a curar, papá?

—¿Pero qué dices? —preguntó a su vez Kim, queriendo hacer como que la pregunta era ridícula.

Por supuesto que te vas a componer. Ahora te van a abrir como si fuera con un cierre de cremallera, te cosen un pequeño agujerito adentro y eso es todo.

—A lo mejor esto es un castigo porque no quise anotarme en el torneo nacional. Ahora me arrepiento de no haberlo hecho. Tú querías que me inscribiera.

A Kim se le atragantaron unas lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos. Hubo un momento en que tuvo que desviar la mirada para recuperar el dominio de sí y tratar de hallar una respuesta. Le resultaba difícil hablarle a su hija del destino cuando él mismo no le encontraba una explicación. Apenas unos días atrás, ella era el compendio de toda la lozanía juvenil; ahora, en cambio, estaba haciendo equilibrio al borde del precipicio. ¿Por qué? —se preguntó.

—Le voy a decir a mamá que me traiga la solicitud. —No te preocupes por el torneo nacional. No me interesa. Lo único que me importa eres tú.

—Bueno, Becky —se oyó que decía una voz alegre. Hora de que te arreglemos.

Kim levantó la cabeza. Jane Flanagan, la anestesista, y James O'Donnell, el cirujano gastrointestinal, habían aparecido desde las profundidades del quirófano y se acercaron a la camilla. Jane fue hasta una punta y destrabó las ruedas.

Becky aferró la mano de su padre con sorprendente fuerza, teniendo en cuenta la cantidad de premedicación recibida.

—¿Me va a doler, papi?

—No, si la que te atiende es Jane —dijo James, que había oído la pregunta. Es la mejor hechicera que conozco.

—Hasta voy a dar órdenes de que tengas un sueño lindo —bromeó Jane.

Kim conocía y admiraba a ambos profesionales. Con Jane había trabajado en numerosos casos, y junto con James había integrado múltiples comisiones hospitalarias. James había estado en el Samaritano junto con Kim, y tenía fama de ser el mejor cirujano gastrointestinal de la ciudad. Kim se sintió aliviado cuando él aceptó dejar todos los compromisos que tenía esa tarde para ir a operar a Becky.

James aferró la camilla desde los pies. Jane, que iba caminando para atrás, y James que guiaba, empujaron a Becky hacia las puertas rebatibles que llevaban al pasillo de los quirófanos.

Kim caminaba al costado. Becky seguía apretándole la mano. Jane empujó con las nalgas para abrir las puertas. Cuando la camilla ingresó, James estiró un brazo y sujetó a Kim para impedirle que pasara. Las puertas se cerraron tras Becky y Jane.

Kim miró esa mano que lo sujetaba del brazo y luego posó sus ojos en la cara de James. Este no era tan alto como Kim, pero sí más corpulento. Tenía pecas en el puente de la nariz.

—¿Qué haces? Suéltame el brazo, James.

—Me enteré de lo que pasó abajo. Creo que lo mejor es que no entres en el quirófano.

—Pero yo quiero entrar.

—Tal vez, pero no vas a entrar.

—Mierda que no voy a entrar. Esta es mi hija, mi única hija.

—Precisamente. Te quedas aquí, en la sala; si no, no la opero. Así de sencillo.

Kim notó que su rostro se enrojecía. Le daba pánico estar acorralado, sin saber bien qué hacer. Ansiaba desesperadamente que la intervención la hiciera James, pero le aterraba separarse de Becky.

—Tienes que decidirte. Cuanto más te demores, peor es para Becky.

Airadamente Kim soltó su brazo y, sin decir una palabra más, se alejó hacia el vestuario de cirugía.

Al atravesar la sala, no miró los rostros de las personas que allí había. Estaba demasiado trastornado. Pero no pasó inadvertido.

Ya en el vestuario, fue derecho al lavabo y lo llenó de agua fría que se echó abundantemente sobre la cara. Luego se enderezó y se miró en el espejo. Por sobre su hombro alcanzó a ver la cara adusta de Forrester Biddle.

—Quiero hablar con usted —dijo Forrester, con su voz cortante.

—Hable —respondió Kim. Sacó una toalla y se secó la cara, pero no se dio vuelta.

—Después de que le imploré que no expresara sus opiniones en los medios, veo con consternación que Kelly Anderson una vez más cita sus palabras en el noticiario de las once.

Kim soltó una risita que nada tenía de alegre.

—Muy curioso, teniendo en cuenta que me negué a hablar con ella.

—Según dice, usted opina que AmeriCare cerró el servicio de guardia del Samaritano para reducir costos y aumentar las ganancias obligando a todo el mundo a utilizar el sobresaturado servicio de guardia que tenemos aquí, en el Centro Médico Universitario.

—Eso no lo dije yo sino ella. —Ella citó palabras suyas.

—Una situación muy extraña —comentó Kim como restándole importancia. Dado su estado de ánimo alterado, le producían un placer perverso la indignación y los aires de superioridad de Forrester. Por ende, no se sentía propenso a defenderse, aunque el incidente aumentó en él la decisión de no volver a hablar nunca más con la periodista.

—Se lo vuelvo a advertir —anunció Forrester—. A la administración, y a mí mismo, se nos está acabando la paciencia.

—Bien. Considéreme advertido.

La boca tensa de Forrester se convirtió apenas en una línea crispada.

—Usted puede llegar a ser muy irritante —dijo. Permítame recordarle que, por el solo hecho de que haya dirigido el departamento en el Samaritano no debe suponer que va a recibir igual tratamiento aquí.

—Eso es evidente —dijo Kim. Arrojó la toalla en el cesto y se marchó, sin dirigir ni una mirada más a su interlocutor.

Usando el teléfono que había en una de las cabinas de dictado para evitar a Forrester, llamó a Ginger y le avisó que no volvería al consultorio. Ella le dijo que ya se lo había imaginado, razón por la cual había enviado de vuelta a sus casas a todos los pacientes.

—¿Se fastidieron mucho? —quiso saber Kim.

—¿Es muy importante que te lo conteste? Por supuesto que se fastidieron, pero cuando les dije que se trataba de una emergencia, comprendieron. Espero que no te moleste que les haya dicho que el problema era con tu hija. Sabía que así ellos se iban a solidarizar.

—Supongo que está bien —respondió Kim, aunque no le gustaba mezclar su vida privada con su vida profesional.

—¿Cómo está Becky?

Kim le explicó lo que había pasado, y le contó que en esos momentos la estaban operando.

—Cuánto lo siento. ¿Hay algo que pueda hacer yo? —se ofreció Ginger.

—No se me ocurre nada.

—Lláname. Después de hacer aerobics voy a estar en casa.

—Bueno —aceptó Kim, y cortó.

Como se conocía bien y sabía que no era capaz de quedarse de brazos cruzados mientras Becky se hallaba en cirugía, fue a la biblioteca del hospital. Tenía mucho que leer. Se había propuesto saber todo lo posible sobre la E. coli O157 y el SUH.

Kim miró la hora. Era casi medianoche. Volvió a mirar a su hija y se estremeció. La imagen de Becky resultaba distorsionada por una sonda nasogástrica, un tubito transparente que le salía de una fosa nasal para succión a baja presión. El pelo oscuro y levemente ondulado de la niña enmarcaba su rostro por lo demás angelical. Tracy había estado casi una hora entera peinándoselo. Eso a Becky siempre le había gustado, y vino muy bien que lo hiciera. Becky dormía profundamente, y por el momento parecía la imagen de la tranquilidad.

Kim estaba parado a un costado de la cama. Iluminaba la habitación el reflejo tenue de la lucecita nocturna, igual que a primera hora de la mañana. Kim se sentía mental y físicamente agotado.

Tracy se hallaba del otro lado de la cama, sentada en uno de los dos sillones con tapizado plástico que allí había. Tenía los ojos cerrados, pero Kim sabía que no estaba dormida.

La puerta se abrió sin producir ruido. Janet Emery, la robusta enfermera nocturna, entró con su pelo rubio que brillaba bajo la media luz. No dijo ni una palabra, sino que se acercó al costado de la cama, del lado de enfrente de Kim. Las suelas de sus zapatos eran de goma, de modo que sus pisadas resultaban inaudibles. Valiéndose de una linternita, tomó la presión, el pulso y la temperatura de Becky. La niña se agitó un poco, pero en el acto volvió a dormirse.

—Todo sigue normal —dijo Janet, en voz baja.

Kim hizo un gesto de asentimiento.

—Tal vez les convendría volver a su casa —prosiguió Janet—. Yo me encargo de cuidar bien a este angelito.

—Gracias, pero prefiero quedarme —dijo Kim.

—Me da la impresión de que les vendría bien un poco de descanso. Ha sido un día muy largo.

—Usted ocúpese de lo suyo, no más —murmuró Kim.

—Eso desde luego —agregó ella, en tono jovial. Se encaminó a la puerta, y calladamente se marchó.

Tracy abrió los ojos, miró a Kim y lo notó sumamente tenso, todo despeinado y con la barba algo crecida ya. La luz nocturna ubicada cerca del piso acentuaba lo demacrado de sus mejillas, y hacía que las cuencas de sus ojos parecieran agujeros vacíos.

—¡Kim! ¿No te puedes dominar? Tu actitud no ayuda a nadie, ni siquiera a ti mismo.

Tracy esperaba una respuesta, pero no la recibió. Kim parecía una estatua que simbolizaba el frenesí de la angustia. Tracy lanzó entonces un suspiro y se desperezó.

—¿Cómo está Becky? —quiso saber.

—Resistiendo. La operación solucionó por lo menos el problema más inmediato.

La operación en sí no había sido demasiado larga. De hecho, James le informó a Kim que lo que había insumido más tiempo era una concienzuda irrigación del abdomen de Becky para disminuir las posibilidades de infección. Luego de la cirugía, dejaron a la niña un rato en la sala de recuperación antes de llevarla de vuelta al piso. Kim volvió a pedir que la pusieran en terapia intensiva, pero una vez más se lo negaron.

—Hablemos de nuevo sobre la colostomía, Kim. Dijiste que podían cerrarla dentro de dos o tres semanas.

—Más o menos. Si todo sale bien.

—Para Becky fue una impresión terrible —continuó Tracy—. Lo mismo que el tubo de la nariz. Le cuesta mucho aceptar todo esto. Y para peor, se siente traicionada porque nadie le advirtió que podían pasar estas cosas.

—No se lo pudo evitar —se apresuró a justificar Kim. Luego se sentó en un sillón similar al de Tracy. Con los codos en los apoyabrazos de madera, hundió el rostro en sus manos. Lo único que Tracy alcanzaba a verle era la parte superior de la cabeza que sobresalía de la cama. Él no se movía. La escultura de frenesí angustiado había asumido otra pose, incluso más expresiva.

Al mirar esa pose de desánimo no tuvo más remedio que pensar en la situación desde la óptica de Kim. Ella, como terapeuta, se daba cuenta de lo difícil que debía de ser para él, teniendo en cuenta no sólo su profesión de cirujano sino, más importante aún, su narcisismo. En ese instante, todo el enojo que él le inspiraba se derritió.

—Kim, tendrías que irte a tu casa. Creo que necesitas poner un poco de distancia, y también descansar. Además, mañana tienes pacientes que atender. Yo puedo quedarme. Falto a clase, no más.

—Aunque me fuera a casa no podría dormir —respondió él, sin levantar la cara de las manos. Ahora sé demasiado.

Todo el tiempo que Becky estuvo en cirugía, Kim se lo había pasado en la biblioteca del hospital, investigando sobre el SUH.

—Estoy empezando a apreciar lo difícil que es esto para ti más allá de tu profesión de médico —expresó Tracy, sincera.

Kim dejó de taparse la cara y la miró.

—Por favor, no me des una de tus típicas conferencias psicológicas. ¡Ahora no!

—Llámalo como quieras. Pero me estoy dando cuenta de que esta es quizás la primera vez en la vida en que te enfrentas con un problema importante que no puedes solucionar con tu fuerza de voluntad ni con tu gran pericia médica. Y esto te lo hace mucho más difícil.

—Y me imagino que a ti todo esto no te afecta.

—Muy por el contrario; me afecta terriblemente. Pero es distinto en tu caso. Tienes que plantearte la posibilidad de nuevos límites, nuevos escollos que te impiden hacer algo por Becky. Y eso te afecta mucho.

Kim parpadeó. Toda la vida había odiado las teorizaciones psicológicas de su mujer, pero en ese momento tenía que reconocer que lo que ella decía tenía cierto grado de sensatez.

Jueves, 22 de enero

Kim terminó yéndose a su casa, pero tal como suponía, no pudo dormir mucho, y el poco rato de descanso se vio alterado por sueños perturbadores. Algunos le resultaron incomprensibles; por ejemplo, unos sueños en los que se sentía ridiculizado por haber obtenido bajas calificaciones en exámenes de la universidad. Pero en la pesadilla más horrible, por lejos, Becky se caía de un muelle a un mar impetuoso. Si bien Kim estaba en el muelle, hacía todo lo posible pero no lograba alcanzar a su hija. Al despertarse, estaba bañado en transpiración.

Pese a que no pudo descansar demasiado, el hecho de ir a su casa le permitió darse una ducha y afeitarse. Con un aspecto al menos algo mejorado, volvió a subir a su auto apenas pasadas las cinco de la mañana y recorrió las calles casi desiertas, cubiertas con una pátina de fina nieve.

En el hospital encontró a Becky tal como la había dejado. Dormida, parecía engañosamente serena. Tracy también estaba muy dormida, hecha un ovillo en el sillón de vinilo y tapada con una manta del hospital.

En el *office* de las enfermeras, Kim se encontró con Janet Emery, que estaba completando debidamente datos en historias clínicas.

—Discúlpeme si anoche estuve grosero con usted —dijo Kim, y se ubicó en el asiento de al lado de Janet. Sacó del estante la historia clínica de Becky.

—No me ofendí. Sé lo angustiante que es tener un niño internado. Yo misma lo experimenté con mi propio hijo.

—¿Cómo anduvo Becky anoche? ¿Hay algo que deba saber?

—Estuvo estable. Pero lo más importante es que la temperatura sigue normal.

—Gracias a Dios —dijo Kim. Encontró la nota dictada por James, que había sido incluida esa noche en la historia clínica. La leyó, pero no halló en ella nada que no supiera ya.

Como no había nada más que hacer, fue a su consultorio y se entretuvo con la montaña de papeles que se le habían acumulado. A medida que trabajaba, miraba a cada rato el reloj. Cuando consideró que era una hora prudente tomando en cuenta la diferencia horaria con la costa Este, llamó por teléfono a George Turnen.

George se condolió enormemente al enterarse de la perforación y la cirugía que fue preciso hacer. Kim le agradeció la preocupación y rápidamente fue al grano: quería su opinión respecto de lo que convenía hacer si se confirmaba la presencia de un SUH producido por E. coli O157:H7. En particular le interesaba saber si no habría que trasladar a Becky a algún otro centro.

—Yo no lo recomendaría. Claire Stevens y Kathleen Morgan constituyen un equipo excelente. Tienen mucha experiencia en este síndrome... como el que más.

—¿Y usted tiene experiencia en SUH?

—Una sola vez —respondió George.

—¿Es tan peligroso como lo describen? He estado leyendo todo lo que pude encontrar sobre el tema, incluso lo que sale en Internet. Lo que pasa es que no hay mucho material.

—El caso que tuve yo fue muy desalentador —reconoció George.

—¿En qué sentido?

—Fue impredecible e implacable. Ojalá lo de Becky sea otra cosa.

—¿Puede darme algún detalle más específico?

—Prefiero que no. Es un síndrome proteiforme. Si se confirma que Becky lo tiene, lo más probable es que no se parezca al caso que me tocó atender. Fue deprimente.

Al cabo de unos minutos, Kim dio por terminada la conversación. Antes de cortar, George le pidió que lo mantuviera al tanto sobre los progresos de Becky, cosa que prometió hacer.

Luego de hablar con George, llamó al *office* de las enfermeras del piso de Becky. Cuando atendió Janet, le preguntó por Tracy.

—Ya se levantó. La vi la última vez que fui a tomar los signos vitales de Becky.

—¿Me la podría poner al teléfono?

—Sí, cómo no.

Mientras esperaba, pensó en las palabras de George. No le gustó eso de «impredecible e implacable», y el hecho de que el caso que le tocó hubiese sido deprimente. Esas descripciones le hicieron recordar su pesadilla, y eso a su vez lo hizo transpirar.

—¿Eres tú, Kim? —preguntó Tracy cuando vino a atender.

Conversaron unos minutos sobre cómo había pasado cada uno las horas anteriores. Ninguno de los dos había dormido bien. Después llegaron al tema de Becky.

—La noto un poquito mejor que anoche. Está más lúcida. Creo que ya se le fue todo el efecto de la anestesia. De lo que más se queja es de la sonda nasogástrica. ¿Cuándo se la pueden sacar?

—Apenas empiece a funcionar bien su sistema gastrointestinal.

—Espero que sea pronto.

—Esta mañana hablé con George.

—¿Qué dijo?

—Dijo que Claire y Kathleen son un buen equipo, en especial si se confirma el ureico hemolítico. Según él, no hay en otra parte un equipo mejor.

—Eso es reconfortante.

—Mira, Tracy, yo pensaba quedarme aquí y atender unos pacientes, incluso los preoperatorios de mañana, si no te molesta.

—En lo más mínimo. Más aún, me parece una buena idea.

—Me cuesta mucho quedarme ahí sentado sin hacer nada.

—Te entiendo perfectamente. Haz tus cosas. No te aflijas, que yo no me muevo de aquí.

—Cualquier cambio que haya, llámame.

—¡Por supuesto! Serás el primero en enterarte.

Cuando llegó Ginger, poco antes de las nueve, le pidió que cancelara a la mayor cantidad posible de pacientes, porque quería volver a la tarde al hospital.

Ginger se interesó por Becky y lamentó que Kim no la hubiera llamado la noche anterior. Se había quedado preocupada la noche entera, sin atreverse a llamar ella.

Kim le contó que, después de la operación, Becky estaba mejor. También le explicó que había llegado a su casa pasada la medianoche, y le pareció demasiado tarde para llamar.

Tener que atender a los pacientes en esas circunstancias le resultó, al principio, muy difícil, pero

hizo el esfuerzo de concentrarse. Poco a poco el esfuerzo dio sus frutos. Al mediodía, se sentía algo más distendido, aunque cada vez que sonaba el teléfono el corazón comenzaba a latirle aceleradamente.

Como no tenía hambre, el sándwich que Ginger le había llevado seguía sobre su escritorio, sin tocar. Kim prefirió sumergirse por completo en los problemas de sus pacientes, así no tenía que pensar en los propios.

A media tarde, se hallaba hablando por larga distancia con un cardiólogo de Chicago cuando de pronto Ginger se asomó en la puerta. A juzgar nada más que por la expresión de su rostro, se dio cuenta de que algo andaba mal. Tapó entonces el tubo del teléfono.

—Llamó Tracy por la otra línea. Estaba muy alterada. Dice que Becky repentinamente se puso peor y que la trasladaron a terapia intensiva.

Kim sintió que se le aceleraba el pulso. Rápidamente terminó la conversación con el médico de Chicago y cortó. Se cambió la chaqueta, manoteó las llaves del auto y corrió hacia la puerta.

—¿Qué hago con los demás pacientes? —le preguntó Ginger.

—Mándalos de vuelta a su casa —respondió él, conciso.

Condujo de prisa, a menudo avanzando por la banquina para evitar los congestionamientos del tránsito. Cuanto más se acercaba al hospital, más ansioso estaba. Si bien él había insistido en que llevaran a Becky a terapia intensiva, ahora que de hecho la habían trasladado sentía terror. Como conocía perfectamente la política de AmeriCare de ahorrar costos, estaba seguro de que la decisión no se había tomado simplemente por profilaxis; tenía que tratarse de una emergencia grave.

Evitando la zona de estacionamiento reservada para médicos, condujo directamente hasta la marquesina del hospital. Se bajó de un salto y le arrojó las llaves al sorprendido guardia de seguridad.

Fue muy nervioso en el ascensor que subía lentamente hacia el piso de cuidados intensivos. Una vez en el pasillo repleto de visitas, avanzó lo más rápido que pudo. Cuando llegó a una sala de espera destinada especialmente para familiares de pacientes en terapia intensiva, divisó a Tracy. Ella se levantó al verlo y salió a su encuentro. Lo rodeó con los brazos, inmovilizándole los suyos a los costados del cuerpo. Durante unos instantes no lo soltó, y Kim tuvo que hacer el esfuerzo de soltarse y separarla suavemente. La miró a los ojos, que notó rebosante de lágrimas.

—¿Qué pasó? —le preguntó, temeroso de oír la respuesta.

—Se puso peor —consiguió responder Tracy—. Mucho peor, y todo ocurrió de improviso, igual que con la perforación.

—¿Qué fue? —preguntó Kim, alarmado.

—La respiración. De pronto se quedaba sin aire.

Kim trató de desprenderse, pero Tracy seguía sosteniéndolo de la chaqueta.

—Prométeme que te vas a controlar. Tienes que hacerlo, por Becky.

Kim se soltó y salió de prisa de la sala.

—¡Espera! —le gritó ella, y corrió tras él.

Sin hacerle caso, Kim entró en el sector de terapia intensiva. Apenas traspuso la puerta se detuvo un instante y recorrió con sus ojos el ambiente. La mayoría de las camas estaban ocupadas con pacientes gravemente enfermos. Había enfermeras trabajando junto a la mayoría de las camas.

Diversos equipos electrónicos de monitoreo exhibían datos sobre signos vitales.

La mayor actividad se advertía en una pequeña habitación aparte que había a un costado. Allí adentro, médicos y enfermeras atendían un caso grave. Kim se acercó y se paró en la puerta. Vio el respirador y oyó su ciclo rítmico.

Judy Carlson, una enfermera a quien Kim conocía, lo vio y pronunció su nombre en voz alta, y todas las personas que rodeaban la cama de Becky silenciosamente dieron un paso atrás para que Kim pudiera ver. Becky había sido entubada: un grueso tubo le salía de la boca y estaba pegado con cinta adhesiva a su mejilla. Estaba conectada a un respirador.

Kim se acercó a la cama, y su hija lo miró con ojos aterrados. La habían sedado, pero aún seguía consciente. También le habían atado los brazos para que no se arrancara el tubo endotraqueal.

Kim sintió que se le estrujaba el corazón. Estaba reviviendo la pesadilla de la noche anterior, sólo que esta vez era real.

—Bueno, mi budincito, papá está aquí —dijo, tratando de dominar sus emociones. Se desesperaba por decir algo que pudiera tranquilizarla. Le tomó el brazo. Ella intentó hablar, pero no podía por el tubo que tenía en la garganta.

Kim fue mirando a las personas presentes, y centró la atención en Claire Stevens.

—¿Qué pasó? —preguntó, conservando la calma.

—Mejor vamos afuera —sugirió ella.

Kim asintió. Dio un apretón a Becky en la mano y le dijo que volvía enseguida. Becky hizo el intento de hablar pero no pudo.

Los médicos salieron a la sala propiamente dicha de cuidados intensivos y formaron un grupo a un costado. Kim cruzó los brazos para disimular que le temblaban.

—¡Díganme algo! —ordenó.

—Primero, permítame presentarle a todos —dijo Claire—. A la doctora Kathleen Morgan por supuesto la conoce. Este es el doctor Arthur Horowitz, nefrólogo; el doctor Walter Ohanesian, hematólogo y Kevin Blanchard, especialista en asistencia respiratoria mecánica. —Fue señalando a cada uno. Todos lo saludaron con un movimiento de la cabeza, y Kim correspondió de la misma manera.

—Cuéntenme qué pasó.

—Primero, tengo que decirle que se confirmó que se trata de E. coli O157:H7 —respondió Claire. La cepa en particular la conoceremos mañana, luego de la electroforesis de campo variable.

—¿Por qué la entubaron?

—La toxemia le está afectando los pulmones. Sus gases sanguíneos empeoraron de repente.

—También tiene insuficiencia renal —dijo Arthur—. Hemos iniciado la diálisis peritoneal. —El nefrólogo era un hombre totalmente calvo, de barba tupida.

—¿Por qué no una máquina de hemodiálisis? —preguntó Kim. ¿Acaso no es más eficaz?

—Ella no tendría que tener problemas con la diálisis peritoneal.

—Pero acaba de ser intervenida quirúrgicamente por una perforación.

—Eso se tomó en cuenta —prosiguió Arthur, pero el problema es que AmeriCare sólo posee máquinas de hemodiálisis en el Hospital Suburbano. Tendríamos que trasladar allí a la paciente, cosa que por cierto no recomendamos.

—El otro problema importante es el recuento de plaquetas —acotó Walter, el hematólogo, un hombre canoso que debía andar por los setenta años, según calculó Kim. Las plaquetas descendieron a pique hasta el punto de hacernos pensar que debe reponérselas pese a los riesgos inherentes. De lo contrario, podríamos tener que lidiar con una hemorragia.

—También está el problema del hígado —dijo Claire. Las enzimas hepáticas han subido en forma alarmante, lo cual sugiere...

Kim sintió que su mente se sobresaturaba. Tan aturdido estaba, que ya no absorbía la información que le iban dando. Veía a los médicos que hablaban, pero no oía nada. Era la pesadilla una vez más, y Becky luchando a brazo partido en medio del proceloso mar.

Media hora más tarde, salió a los tumbos de terapia intensiva y se dirigió a la salita de espera. Tracy se levantó apenas lo vio llegar, con aspecto de hombre destruido.

Durante un momento se miraron a los ojos. Le tocó entonces el turno a Kim de llorar. Tracy le tendió los brazos y ambos se estrecharon con una mezcla de miedo y de dolor.

Viernes, 23 de enero

Kim se detuvo un instante para recuperar el aliento. Levantó la vista y se fijó en el reloj de pared que había en el quirófano. Eran casi las dos de la tarde. Iba bien con el horario. Ese era el último de los tres pacientes que tenía.

Volvió a posar los ojos en lo profundo de la herida. El corazón estaba totalmente a la vista. Kim se hallaba a punto de conectar al paciente a la bomba de circulación extracorpórea. Apenas terminara, el corazón podría ser detenido y abierto, para luego reemplazar en él la válvula defectuosa.

El paso siguiente era sumamente crítico: colocar la cánula arterial en la aorta para perfundir las arterias coronarias. A través de dicha cánula se introduciría la solución cardiopléjica que, con su alta dosis de potasio, detendría el corazón, lo enfriaría y lo alimentaría durante el procedimiento. El problema era que había que ocuparse de la presión arterial.

—Bisturí —pidió.

La instrumentadora le colocó en la mano el bisturí con la hoja adecuada.

Kim introdujo el afilado instrumento en la herida y lo dirigió hacia la aorta. Sintió que le temblaba en la mano, y se preguntó si Tom lo habría notado.

Hizo una rápida incisión en la aorta y luego la cubrió con la yema de su dedo índice izquierdo. Lo hizo de prisa para que no hubiera mucha pérdida de sangre. Tom se ocupó de limpiar la poca sangre que apareció.

—Cánula arterial —pidió luego.

El instrumento le fue colocado en la mano que tendía. Luego lo introdujo en la herida y lo ubicó junto a su dedo, y ocluyó la incisión en la aorta. Haciendo deslizar la punta bajo su dedo, trató de empujarla y hacerla entrar en el vaso pulsante. Por 3 motivos que no alcanzaba a comprender, la cánula no conseguía penetrar la pared del vaso, y al instante comenzó a surgir sangre arterial.

Kim se dejó dominar por el pánico, cosa poco común en él. Al ver que la herida se llenaba de sangre, empujó el instrumento con excesiva fuerza y desgarró la aorta, agrandando la abertura. La incisión, en consecuencia, ya era demasiado grande como para que se cerrara alrededor de la punta de la cánula. La sangre brotaba tan alto que llegó a salpicarle hasta la escafandra. Se había producido una emergencia quirúrgica. En vez de dejarse dominar más por el pánico, Kim sacó a relucir toda su experiencia. Recobró rápidamente la compostura. Metió la mano izquierda en la herida. A ciegas, su dedo encontró el orificio en el vaso pulsante y lo apretó, con lo cual detuvo parcialmente la hemorragia. Rápidamente Tom succionó una cantidad de sangre suficiente como para permitirle a Kim una visión parcial.

—¡Sutura!

En la mano le colocaron un portaaguja con un trozo de hilo de seda negro. Con gran pericia introdujo la punta de la aguja en la pared del vaso, operación que repitió varias veces hasta que terminó de cerrar el orificio.

Luego de haber dominado la emergencia, Kim y Tom se miraron, uno a cada lado del paciente.

Tom hizo un movimiento de cabeza, y Kim asintió. Para sorpresa de todo el equipo, ambos se apartaron del campo quirúrgico. Mantuvieron las manos con los guantes esterilizados apretadas contra el pecho.

—Kim, ¿por qué no me dejas terminar este caso? —susurró Tom, para que no lo oyera nadie más—. Sería una manera de devolverte el favor que me hiciste hace dos semanas, cuando me engripé. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo.

—Estás agotado, y es comprensible. Era verdad: se sentía exhausto. Había pasado casi toda la noche en la sala de espera de terapia intensiva, con Tracy. Cuando ella supo que el estado de Becky se había estabilizado, lo convenció de que se tirara a descansar unas horas en las habitaciones de los residentes de guardia. Ella también fue quien lo convenció de que no suspendiera las operaciones, argumentando que sus pacientes lo necesitaban. Insistió en que eso era lo mejor para Becky puesto que él nada podía hacer por ella salvo esperar. El argumento más convincente fue que él iba a estar en el hospital, y si se lo necesitaba se lo podía llamar enseguida.

—¿Cómo hacíamos esto en nuestra época de residentes?

—Vivíamos sin dormir.

—Éramos jóvenes —respondió Tom. El problema es que ya no lo somos.

—Eso es muy cierto. —Kim hizo una pausa. Tomar la decisión de pasarle el caso a un colega, incluso a alguien tan calificado como Tom, le costaba muchísimo.

—De acuerdo —aceptó por fin—. Tú te haces cargo. Pero te juro que voy a estar controlando como un buitre.

—No me extraña en absoluto —bromeó Tom. Conocía mucho a Kim, y estaba habituado a su estilo de humor.

Ambos cirujanos regresaron a la mesa de operaciones, pero esta vez, Tom se ubicó a la derecha del paciente.

—Bueno, vamos a introducir esta cánula —anunció—. ¡Bisturí, por favor!

Estando Tom al mando, la operación se reanudó sin problemas. Si bien Kim se hallaba en el costado izquierdo del paciente, fue él quien ubicó la válvula y se encargó de las suturas iniciales. El resto lo hizo Tom. No bien estuvo cerrado el esternón, Tom sugirió que Kim se marchara.

—¿No tienes problema? —le preguntó Kim.

—No, por Dios. Ve a ver cómo anda Becky.

—Gracias. —Kim se alejó, y se quitó el camisolín y los guantes.

Cuando estaba abriendo la pesada puerta del quirófano, Tom le dijo en voz alta:

—Entre Jane y yo vamos a redactar las órdenes postoperatorias. Si necesitas que te ayude en algo, avísame.

—Te lo agradezco. —Kim se dirigió presuroso al vestuario, donde tomó un guardapolvo blanco largo para ponerse encima del ambo de cirugía. Estaba ansioso por llegar a terapia intensiva, y no quería demorar más tiempo en volverse a poner la ropa de calle.

Kim había visitado la unidad de cuidados intensivos en el intervalo entre cada una de sus operaciones. Becky había tenido cierta mejoría, y hasta se llegó a hablar de desconectarle el respirador. Kim no quiso alentar demasiadas esperanzas, sabiendo que había estado conectada menos

de veinticuatro horas.

Antes de intervenir a su primer paciente, hasta se hizo tiempo para llamar a George y preguntarle si se le ocurría algo que pudieran hacer por Becky. Lamentablemente George no podía sugerir nada, salvo la plasmaféresis, cosa que no recomendaba.

En la biblioteca, mientras operaban a Becky, Kim había leído sobre la posibilidad de usar plasmaféresis para la toxemia producida por E. coli O157:H7. El método consistía en reemplazar el plasma del paciente con plasma congelado. Sin embargo, era un tratamiento muy polémico y experimental, con un enorme riesgo de que el enfermo contrajera Hiv puesto que el plasma nuevo provenía de centenares de donantes distintos.

Se abrieron las puertas del ascensor, y Kim no tuvo más remedio que quedar rodeado por un grupo de integrantes del personal que alegremente se retiraban luego de terminado su turno. Sabía que era algo irracional en él, pero no pudo dejar de sentir fastidio ante al alegre parloteo.

Al bajar del ascensor, recorrió el pasillo. Cuanto más se acercaba a terapia intensiva, más nervioso se ponía. Casi estaba empezando a tener una premonición.

Se detuvo ante la puerta de la sala de espera para ver si Tracy estaba allí. Sabía que había planeado volverse a su casa a bañarse y cambiarse de ropa.

La vio sentada en un sillón cerca de la ventana. Ella lo divisó casi en el mismo momento, y se levantó. Al verla aproximarse, Kim le notó huellas de lágrimas recientes que le corrían por los lados de la cara.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó, consternado. ¿Hubo algún cambio?

Tracy demoró unos segundos en poder hablar. La pregunta de Kim le hizo saltar nuevas lágrimas que trataba de contener.

—Está peor —consiguió articular. La doctora Stevens habló de un efecto en cascada de fallos multiorgánicos. No entendí mucho, pero me advirtió que debíamos prepararnos. ¡Creo que lo que me quería decir era que Becky podía llegar a morirse!

—¡Becky no se va a morir! —sentenció Kim con una vehemencia rayana en la ira. ¿Qué pasó que le haya hecho decir semejante cosa?

—Tuvo un accidente cerebral. Creen que está ciega.

Kim cerró los ojos con fuerza. La idea de que su hijita de diez años sufriera un ataque de apoplejía le parecía totalmente imposible. Sin embargo, comprendía muy bien que su evolución clínica había ido en pendiente hacia abajo desde el principio. Por lo tanto, no le sorprendía demasiado que hubiese llegado hasta el punto del no retorno.

Dejó a Tracy en la sala de espera, cruzó el pasillo y entró en cuidados intensivos. Al igual que el día anterior, un puñado de médicos se hallaban apiñados en la pequeña habitación de Becky. Kim entró y vio una cara nueva: el doctor Sidney Hampton, neurólogo.

—Doctor Reggis —lo saludó Claire, la pediatra.

Kim no le prestó atención. Con esfuerzo se abrió paso hasta el borde de la cama y miró a su hija. Le pareció una sombra de lo que era antes, perdida en medio de tubos y cables, de tanta tecnología. Monitores y exhibidores de cristal líquido titilaban brindando información que aparecía con caracteres digitales o bien en forma de cursores móviles.

Becky tenía los ojos cerrados. Su piel era transparente, de un tono blanco azulado.

—Becky, soy yo, papá —le susurró Kim al oído. Estudió su rostro congelado. La niña no dio la menor muestra de haberlo oído.

—Lamentablemente no responde —dijo Claire.

Kim se enderezó. Sus propias respiraciones eran breves, poco profundas.

—¿Creen que tuvo un accidente cerebral?

—Todo parece indicar que sí —respondió Sidney.

Kim tuvo que hacer el esfuerzo de no echar la culpa al portador de malas noticias.

—El problema fundamental es que la toxina parece estar destruyendo las plaquetas al mismo ritmo que nosotros se las suministramos —dijo Walter.

—Es cierto —continuó Sidney—. No hay forma de saber si fue una hemorragia intracraniana o un émbolo plaquetario.

—O una combinación de ambos —acotó Walter.

—Esa es una posibilidad —reconoció Sidney.

—De una u otra forma —agregó Walter, la rápida destrucción de las plaquetas debe de estar formando un sedimento en su microcirculación. Estamos ante la cascada de fallos multiorgánicos que no querríamos ver.

—El funcionamiento renal y hepático está declinando decididamente —explicó Arthur. La diálisis peritoneal no alcanza.

Kim hizo el esfuerzo de contener la indignación que le producía semejante dialéctica que, evidentemente, no ayudaba a su hija. Trató de pensar con racionalidad.

—Si la diálisis peritoneal no da resultado —dijo con voz engañosamente serena, a lo mejor habría que trasladar a Becky al Hospital Suburbano y conectarla a una máquina de hemodiálisis.

—Eso de ninguna manera —se opuso Claire. Su estado es tan crítico que no se la puede mover.

—Bueno, me parece que algo hay que hacer —le espetó Kim, sacando a flote todo su enojo.

—Hacemos todo lo posible —se defendió Claire. Estamos asistiendo activamente su función respiratoria y renal, y reemplazando las plaquetas.

—¿Qué me dice de la plasmaféresis?

Claire miró a Walter.

—AmeriCare es reacia a autorizarla —explicó Walter.

—Al diablo con AmeriCare. Si hay alguna posibilidad de algo que usted cree que puede servir, hagámoslo.

—Un momento, doctor Reggis —dijo Walter, y cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna. Era evidente que se sentía incómodo con ese tema—. AmeriCare es el dueño de este hospital. Nosotros no podemos burlarnos de sus normas. La plasmaféresis es cara y se halla en etapa experimental. Yo ni siquiera estoy autorizado a proponerla.

—¿Cómo se hace para conseguir que la autoricen? La pago yo de mi bolsillo si es que puede servir de algo.

—Yo tendría que hablar con el doctor Norman Shapiro —dijo Walter, presidente del directorio de AmeriCare.

—¡Llámelo ya mismo! —gritó Kim.

Walter miró a Claire, y esta se encogió de hombros.

—Supongo que nada se pierde con llamar.

—Yo no tengo problema —dijo Walter. Salió de la habitación para usar el teléfono de terapia intensiva.

—Doctor Reggis, la plasmaféresis es un manotazo de ahogado —dijo Claire. Creo que no me equivoco si digo que usted y su exmujer deben prepararse para cualquier eventualidad.

Kim se puso furioso. No estaba con ánimo para «prepararse», como eufemísticamente sugería Claire. En cambio, sentía deseos de trompear a los responsables de que Becky estuviera como estaba, y por el momento, los que se hallaban más cerca eran los médicos de esa habitación.

—Comprende lo que le digo, ¿no? —insistió Claire.

Kim no respondió. En un momento repentino de clarividencia, comprendió lo absurdo que era culpar a esos médicos por el calvario de su hija, sobre todo cuando él sabía de quién era la culpa.

Sin decir palabra, se apartó de Claire y salió corriendo de terapia intensiva. Estaba fuera de sí de la furia, la frustración y la humillante sensación de impotencia.

Tracy todavía se hallaba en la sala de espera. Vio la rápida retirada de Kim, en el acto se dio cuenta de que iba echando chispas y tuvo miedo de lo que podía llegar a hacer.

—¡Kim, detente! ¿Adónde vas? —Lo tironeó de la manga.

—Salgo —respondió él, soltándose.

—¿Adónde?

Tracy tuvo que correr nada más que para ir al mismo paso que él. La expresión del rostro masculino la asustaba; tanto, que por un momento se olvidó de su propia pena.

—Tengo que hacer algo. No puedo quedarme aquí sentado, lamentándome. Ya que no puedo ayudar a Becky en lo médico, pienso averiguar cómo fue que se enfermó.

—¿Cómo vas a averiguarlo? Kim, tienes que calmarte.

—Kathleen dice que el problema con E. coli lo produce principalmente la carne picada.

—Eso lo sabe todo el mundo.

—Sí, bueno, yo no lo sabía. ¿Te acuerdas que te conté que hace una semana llevé a Becky al Onion Ring de la calle Prairie? Comió una hamburguesa, y estaba cruda. Ahí seguramente fue cuando se enfermó.

—¿O sea que piensas irte ya al Onion Ring? —preguntó Tracy, incrédula.

—Obviamente. Si fue ahí donde se enfermó, ahí es donde voy.

—Ahora no importa dónde contrajo la enfermedad. Lo que importa es que está enferma. Del cómo y el por qué podemos ocuparnos después.

—A lo mejor no te importa a ti, pero a mí, sí.

—Kim, estás descontrolado. Por una vez en la vida, ¿puedes pensar en alguien que no sea en ti?

—¿Qué diablos dices? —le retrucó él, sintiéndose más indignado.

—Esto lo haces por ti, no por Becky. Por ti y tu orgullo profesional.

—Qué diablos dices. No estoy con ánimo para escuchar tus divagaciones psicológicas. ¡No ahora!

—No beneficias a nadie yéndote de esta manera. Eres un peligro hasta para ti mismo. Si no tienes más remedio que irte, al menos espera hasta haberte serenado.

—Me voy precisamente para ver si esto me serena un poco. Y tal vez me dé una pizca de

satisfacción.

Llegó el ascensor, y Kim subió.

—Pero ni siquiera te sacaste la ropa de cirugía —dijo Tracy, esperando encontrar alguna forma de demorarlo por su propio bien.

—Me voy. Ya mismo. ¡Nadie me va a detener!

Entró en la playa de estacionamiento del Onion Ring a cierta velocidad, y mordió el borde del sendero de acceso. Se produjo un ruido ahogado del motor, y el auto se estremeció entero, pero a Kim no le importó. Se ubicó en el primer espacio libre que encontró.

Puso el freno de mano, apagó el motor y se quedó un instante sentado, mirando el restaurante por el parabrisas. Estaba tan concurrido como la semana anterior.

El viaje en auto le había hecho pasar lo más áspero de su enojo, pero no su determinación. Pensó en lo que haría una vez que estuviera adentro, y luego se bajó. No bien entró, comprobó que las colas ante las cajas llegaban casi hasta la puerta. Como no estaba dispuesto a esperar, se acercó al mostrador. Algunos de los clientes protestaron, pero Kim no les hizo caso.

Al llegar allí, le dirigió la palabra a una de las cajeras, que llevaba prendida una etiqueta donde decía:

¡HOLA! MI NOMBRE ES DEBBIE.

Era una adolescente de aspecto indefinido, pelo decolorado y facciones congeladas en una expresión de aburrimiento total.

—Disculpe —dijo Kim tratando de parecer sereno aunque era evidente que no lo estaba, quiero hablar con el gerente.

—Tiene que hacer cola, señor —respondió Debbie. Miró brevemente a Kim, pero no captó en lo más mínimo su estado de ánimo.

—No quiero hacer un pedido —pronunció Kim modulando cada palabra. Quiero hablar con el gerente.

—En este momento está muy ocupado. —La muchacha volvió a prestar atención a la primera persona de la hilera, y le dijo que repitiera el pedido.

Kim entonces golpeó el mostrador con tanta fuerza que varios servilleteros vibraron y cayeron ruidosamente al piso. El sonido semejó un disparo de rifle. Al instante, el restaurante entero se acalló, como una imagen detenida de una película. Debbie se puso pálida.

—No quiero tener que pedirlo de nuevo. Quiero ver al gerente.

Un hombre, que estaba parado detrás de la hilera de cajas, se acercó. Tenía puesto el uniforme bicolor de Onion Ring. Su etiqueta decía:

¡HOLA! MI NOMBRE ES ROGER.

—Yo soy el gerente —dijo. La cabeza se le sacudía levemente en gesto de nerviosismo—. ¿Qué

problema tiene?

—Se trata de mi hija, que en estos momentos se halla en coma, luchando por salvar la vida, y todo por haber comido una hamburguesa aquí, la semana pasada.

Kim habló en voz bien alta para que se lo oyera en todo el local. Los clientes que estaban comiendo lo miraron con desconfianza.

—Lamento lo de su hija, pero acá es imposible que se haya enfermado, y mucho menos con una de nuestras hamburguesas.

—Este es el único sitio donde ingirió carne picada. La enfermedad se la produjo una E. coli, y eso viene de las hamburguesas.

—Bueno, lo siento —respondió Roger, enfático, pero nuestras hamburguesas están muy bien cocidas, y tenemos normas muy estrictas de higiene. El Departamento de Salud nos inspecciona regularmente.

De la misma manera brusca con que el local se había acallado, retornó su nivel habitual de ruido. Se reanudaron las conversaciones, como si el criterio de todos los asistentes fuese que, cualquiera fuese el problema de Kim, nada tenía que ver con ellos.

—La que comió mi hija no estaba bien cocida. Estaba cruda.

—Imposible —negó Roger, haciendo una expresión de fastidio.

—Yo mismo la vi. Estaba rosada en el medio. Lo que quiero pedir es que...

—No puede haber estado rosada —lo interrumpió Roger, y con un gesto le restó importancia al asunto. Imposible. Ahora, si me permite, tengo que seguir trabajando.

Roger hizo amagos de darse vuelta pero Kim reaccionó aferrándolo de la camisa. Con sus potentes brazos, acercó al sorprendido gerente por encima del mostrador de modo que su rostro quedó a escasos centímetros del de Kim. Al instante, el hombre empezó a enrojecer: la fuerza férrea de Kim restringía la circulación sanguínea en su cuello.

—No vendría mal que demostrara un poco de remordimiento —le espetó Kim, y no me diera una negativa general, producto de la ignorancia.

Roger emitió sonidos incomprensibles mientras en vano forcejeaba para que Kim lo soltara.

Kim lo empujó bruscamente por encima del mostrador y lo soltó, y el hombre cayó al piso. Las cajeras, el resto del personal de la cocina y la gente que esperaba en la cola, todos contuvieron el aliento, pero quedaron petrificados, sin reaccionar.

Kim dio la vuelta por la punta del mostrador, con la intención de hablar directamente con el cocinero.

Roger consiguió ponerse de pie, y al ver que Kim entraba en el sector cocina, trató de hacerle frente.

—Usted no puede entrar aquí. Sólo pueden ingresar los empleados...

Kim no le dio tiempo de terminar, pues simplemente lo sacó de un empujón de su camino y lo hizo chocar contra el mostrador. El golpe repercutió sobre la máquina juguera; esta se cayó sobre las baldosas, y en el acto el jugo comenzó a desparramarse formando un amplio charco en el piso. Los que estaban más cerca dieron un salto para apartarse. Una vez más el restaurante se acalló. Algunos clientes se marcharon de prisa, llevándose la comida.

—¡Llama a la policía! —le ordenó Roger a la cajera más próxima mientras se levantaba con

esfuerzo.

Kim siguió avanzando para enfrentarse con Paul. Reparó en el rostro apergaminado, en los tatuajes que este tenía en el brazo, y puso en duda su higiene personal.

Al igual que todos los de la cocina, Paul no se había movido desde el momento en que Kim golpeó el mostrador. Algunas de las hamburguesas sobre la parrilla estaban echando humo.

—Mi hija comió aquí una hamburguesa cruda hace una semana, más o menos a esta hora. Quiero que me expliquen cómo pudo haber pasado.

Roger se acercó a Kim desde atrás y le tocó el hombro.

—Va a tener que retirarse, señor —le advirtió.

Kim giró en redondo. Ya se había hartado del molesto gerente.

Roger tuvo el tino de dar un paso atrás, y levantó ambas palmas.

—Bueno, bueno —farfulló.

Kim volvió a dirigirse a Paul.

—¿Alguna idea?

—No —respondió este. En los pozos petrolíferos había visto enloquecer a algunas personas, y los ojos de Kim le recordaron los de aquellos hombres.

—Vamos, usted tiene que haber sido el cocinero. Seguramente tiene alguna idea.

—Como le explicó Roger, no puede haber estado cruda —afirmó Paul. Yo las hago a todas bien cocidas. Es la norma.

—No me hagan indignar. Yo les digo que estaba cruda. No me lo contó nadie. Estuve aquí con mi hija; la vi con mis propios ojos.

—Pero yo controlo el tiempo —dijo Paul, y señaló con su espátula los *bifes* que se estaban ahumando en la parrilla.

Kim manoteó una hamburguesa, de entre seis ya cocidas que Paul había colocado sobre un estante, listas para que Roger las pusiera en las bandejas. Sin muchos miramientos la partió en dos y revisó el interior de la carne. Estaba bien cocida. Repitió tres veces la operación, y luego volvió a soltar cada hamburguesa en su plato.

—Ya ve —intervino Roger. Todas están bien cocidas. Ahora, si tiene la bondad de retirarse de la cocina, podemos conversar esto con más tranquilidad.

—Les damos una temperatura interior más alta que la que propone la FDA —explicó Paul.

—¿Cómo hace para saber la temperatura?

—La medimos con un termómetro especial de cinco puntas —afirmó Roger. Se la toma varias veces al día al azar, y siempre da lo mismo: arriba de setenta y cinco grados.

Paul dejó su espátula y se puso a buscar dentro de un cajón que había bajo la parrilla. Sacó el instrumento en cuestión y se lo entregó a Kim.

Kim hizo caso omiso del termómetro. Tomó otra hamburguesa y la partió: estaba bien cocida.

—¿Dónde almacenan los *bifes* antes de cocinarlos? —Paul se dio vuelta y abrió la heladera. Kim espió el interior y se dio cuenta de que allí había apenas una pequeña cantidad de la carne que seguramente Onion Ring tenía a mano—. ¿Dónde está el grueso?

—En el cuarto frigorífico.

—¡Muéstreme! —Paul miró a Roger.

—De ninguna manera —se opuso este. La cámara frigorífica es zona vedada.

Kim dio un fuerte empujón con ambas manos a Paul en el pecho, llevándolo hacia el fondo de la cocina. Paul se tambaleó hacia atrás. Luego dio media vuelta y empezó a caminar seguido de Kim.

—Usted no va allí —dijo Roger. Había alcanzado a Kim y lo tironeaba del brazo—. Únicamente los empleados pueden entrar en la cámara frigorífica.

Kim trató de desprenderse de Roger, pero este no lo soltaba. Frustrado, le asestó un fuerte revés en la cara con mucha más fuerza de la que quería emplear. El impacto obligó a Roger a girar la cabeza hacia un lado, le partió el labio superior y lo envió por segunda vez al piso.

Sin dedicarle ni una mínima mirada al gerente caído, Kim fue tras Paul, que ya tenía la puerta del *freezer* abierta, y entró.

Lleno de miedo ante el tamaño de Kim y su iracundia, Paul trató de no acercársele. Se dio vuelta para mirar a su gerente, quien en ese momento estaba sentado sobre la alfombra de goma de la cocina limpiándose la sangre del labio. Como no sabía bien qué hacer, entró tras Kim en el *freezer*.

Kim estaba observando las cajas apiladas sobre el lado izquierdo. Sólo la primera estaba abierta. En las etiquetas decía:

FRIGORÍFICO MERCER.

BIFES DE CARNE PICADA. TAMAÑO NORMAL. 50 G. EXTRA MAGROS. LOTE 2. PARTIDA 1-5. FECHA DE ELABORACIÓN: 29 DE DICIEMBRE. FECHA DE VENCIMIENTO: 29 DE MARZO.

—¿Una hamburguesa del viernes pasado puede haber venido en esta caja?

Paul se encogió de hombros.

—Probablemente. O de una similar.

Kim entró más al fondo de la cámara frigorífica y vio otra caja abierta en medio de las demás, cerradas. La abrió y espió adentro. Notó que ya se había roto la envoltura de una de las cajas más pequeñas que había en su interior.

—¿Por qué esta caja está abierta?

—Fue por error —explicó Paul. Tenemos que usar siempre los *bifes* más viejos, así no hay que preocuparse nunca por la fecha de vencimiento.

Kim se fijó en la etiqueta. Era igual que la anterior, salvo por la fecha de elaboración. Esta decía «12 de enero» en vez de «29 de diciembre».

—¿El viernes pasado pudo haberse usado un *bife* de esta caja?

—Es posible. No recuerdo el día en que la abrimos por error.

Kim sacó una lapicera y un papelito del bolsillo de su guardapolvo blanco y anotó la información que figuraba en los rótulos de ambas cajas abiertas. Luego sacó un *bife* de adentro de cada una, cosa que no le resultó sencilla porque venían congelados en pilas, separados por hojas de papel encerado. Luego se guardó la carne y el papel.

Cuando salió de la cámara, tuvo una vaga conciencia de sentir el ulular de una sirena que se apagaba. Tan preocupado estaba, que no le prestó atención.

—¿Qué es Frigorífico Mercer? —le preguntó a Paul.

Paul cerró la puerta de la cámara.

—Es una planta procesadora de carne que nos provee los *bifes* de carne picada. Abastece a toda la cadena Onion Ring.

—¿Queda en este estado?

—Sí, claro. Apenas saliendo de Bartonville.

—Muy conveniente.

En el momento en que Kim regresaba a la cocina, se abrió de improviso la puerta del local y entraron dos policías uniformados apoyando cada uno la mano sobre la cartuchera de su revólver. Traían una expresión severa. Roger venía tras ellos, y con gestos indignados señalaba a Kim con la mano derecha, mientras con la izquierda sostenía una servilleta ensangrentada sobre su boca.

Sábado, 24 de enero

El débil sol de primera hora de la mañana se filtraba en haces oblicuos por el aire lleno de partículas de polvo de la sala del tribunal y creaba un círculo iluminado en el piso. Kim estaba parado en el haz de luz y parpadeaba por el reflejo. Frente a él, el juez Harlowe, vestido con su toga negra, presidía la audiencia. Tenía unos anteojos de lectura colocados en forma precaria sobre su nariz angosta y afilada. Para Kim, tenía el aspecto de un enorme cuervo.

—Después de más de veinte años en los tribunales —decía en ese momento el juez mientras miraba a Kim por sobre sus anteojos, lo que veo y oigo ya no debería sorprenderme. Pero esta sí que es una historia extraña.

—Se debe al estado en que se encuentra mi hija —dijo Kim. Todavía estaba vestido de guardapolvo blanco sobre el uniforme de cirugía, y aún tenía el barbijo alrededor del cuello. Pero el guardapolvo ya no estaba planchado y limpio. Por haber dormido con él durante toda la noche en la cárcel, estaba arrugado y sucio. Debajo del bolsillo izquierdo había una mancha de color marrón rojizo.

—Doctor, me conduele profundamente que su hija esté tan enferma —dijo el juez Harlowe. Lo que no consigo comprender es por qué usted no está en el hospital acompañándola.

—Debería estar allí —contestó Kim, pero su estado es tan grave que ya no puedo hacer nada. Además, sólo tenía la intención de ausentarme una hora más o menos.

—Bueno, no es mi función emitir juicios de valor, pero sí lo es evaluar su conducta en cuanto a los cargos de violación de domicilio, lesiones ocasionadas al gerente de un restaurante de comidas rápidas y, tal vez lo más grave de todo, resistencia y atentado contra la autoridad. Doctor, este comportamiento es inaceptable en cualquier circunstancia.

—Pero, Su Señoría, yo...

El juez levantó una mano para acallarlo.

—No importa que sospeche que la enfermedad de su hija pueda haber sido originada en el Onion Ring de la calle Prairie. Usted más que nadie debería saber que tenemos un Departamento de Salud cuya función es investigar este tipo de casos, y además existen los tribunales de justicia. ¿Me explico?

—Sí, Su Señoría —respondió Kim, resignado.

—Espero que busque ayuda, doctor —prosiguió el juez—. Su conducta me ha dejado totalmente azorado, sabiendo que es un renombrado cardiocirujano. Casualmente usted operó a mi suegro, y él todavía se deshace en alabanzas cuando lo nombra. De todas formas, lo dejo en libertad bajo palabra. Deberá presentarse ajuicio dentro de treinta días a partir de la fecha. Vea al secretario del juzgado.

El juez Harlowe bajó el mazo y pasó al caso siguiente.

Cuando salía del edificio de tribunales, Kim divisó un teléfono público. Vaciló un momento, tratando de decidir si llamar al hospital o no. La noche anterior había intentado llamar a Tracy pero no había logrado comunicarse con ella. Ahora, con un teléfono a su disposición, titubeó. Se sentía

culpable por haber estado afuera durante tanto tiempo, y también avergonzado de lo sucedido. Además tenía miedo de lo que podían decirle sobre Becky. Decidió ir en lugar de llamar.

En una parada de taxis que había frente al tribunal, tomó un coche que lo llevó al Onion Ring. El restaurante desierto parecía completamente diferente por la mañana, antes de abrir. El viejo auto de Kim era el único vehículo en la playa de estacionamiento, y no se veía ni un alma.

Subió a su auto y se dirigió al hospital. Camino hacia allí, pasó por el laboratorio Sherring.

Entró, se acercó al mostrador de recepción y tocó un timbre de acero inoxidable. Segundos después apareció una mujer vestida de guardapolvo.

Kim extrajo las dos hamburguesas, ya descongeladas, de su bolsillo izquierdo y se las entregó.

—Quiero que analicen estas hamburguesas para ver si tienen E. coli O157:H7 —dijo. También la toxina.

La técnica echó un cauteloso vistazo a la carne descolorida.

—Hubiera sido mejor que conservara las muestras en la heladera —dijo. Cuando la carne ha permanecido a temperatura ambiente durante más de una o dos horas, genera gran cantidad de bacterias.

—Sí, ya lo sé —contestó Kim, pero no me importan las otras bacterias. Sólo quiero saber si hay E. coli O157:H7.

La mujer salió un momento y volvió con unos guantes de goma puestos. Tomó la carne y colocó cada muestra en un recipiente separado. Luego tomó los datos para la facturación. Kim utilizó la cuenta de su consultorio.

—¿Cuándo estará listo? —preguntó.

—El resultado final va a estar dentro de cuarenta y ocho horas.

Kim le agradeció, se lavó las manos en un baño y volvió a su auto.

A medida que se aproximaba al hospital, se ponía cada vez más nervioso. Comenzó a temblar cuando estacionaba el auto; los temblores se intensificaron mientras subía en el ascensor. Prefirió enfrentar a Tracy luego de verificar el estado de Becky, por lo que se dirigió a la unidad de terapia intensiva por la parte de atrás para evitar la sala de espera de ese sector. Cuando pasaba por los pasillos, la gente lo miraba con curiosidad. Kim podía entender por qué, considerando su aspecto. Además de tener la ropa sucia, necesitaba ducharse, afeitarse y peinarse.

Dentro de la unidad de terapia intensiva, saludó al empleado del sector con una inclinación de cabeza, pero no le dio ninguna explicación. Cuando se acercaba a la habitación, iba haciendo un trato con Dios. Si le salvas la vida a Becky...

Se acercó al costado de la cama. Una enfermera estaba de espaldas a él, cambiando el frasco de suero intravenoso. Kim miró a su hija. Cualquier mínima esperanza de mejoría que hubiera alentado se desvaneció al instante. Era obvio que todavía se hallaba en coma. Le habían vendado los ojos, y aún seguía entubada y conectada al respirador artificial. Lo nuevo era unas grandes manchas color púrpura oscuro producidas por hemorragias subcutáneas en el rostro que le daban un aspecto cadavérico.

—Ay, Dios mío, me asustó —dijo la enfermera cuando lo vio. Se llevó una mano al pecho—. No lo oí.

—No tiene buen aspecto —dijo Kim, manteniendo un tono de voz sin inflexiones en un intento

por ocultar la pena, la ira y la humillante impotencia que sentía.

—Es cierto —convino la enfermera, mirándolo con cierto recelo. El pobre angelito lo ha estado pasando muy mal.

El oído experto de Kim desvió su atención hacia la pantalla del monitor cardíaco. El sonido era irregular, al igual que las señales del cursor.

—¡Tiene una arritmia! ¿Cuándo se presentó?

—Hace relativamente poco —contestó la mujer. Empezó anoche. Tuvo un derrame cardíaco que rápidamente generó síntomas de taponamiento. Hubo que intervenir.

—¿Cuándo? —preguntó Kim. Ahora se sentía aún más culpable por no haber estado allí. Tratar un derrame cardíaco era algo que conocía bien.

—Minutos después de las cuatro de la mañana.

—¿Todavía se encuentra aquí alguno de sus doctores? —preguntó Kim.

—Creo que sí —contestó la enfermera. Me parece que están hablando con la mamá de la paciente en la sala de espera.

Kim salió con rapidez. No podía soportar ver a su hija en ese estado. En el pasillo se detuvo para recuperar el aliento y recobrar un poco de compostura. Luego se dirigió a la sala de espera. Encontró a Tracy hablando con Claire Stevens y Kathleen Morgan. No bien vieron a Kim, la conversación se interrumpió.

Durante un momento siguió el silencio.

Tracy estaba a todas luces perturbada. Su boca era una línea sombría. Tenía las rodillas apretadas y las manos entrelazadas con fuerza. Miró a Kim con una expresión triste y confundida, que reflejaba tanto preocupación como desprecio. Meneó la cabeza.

—Tienes puesta la misma ropa. Estás hecho un desastre. ¿Dónde diablos estuviste?

—Mi visita al Onion Ring fue más larga de lo que esperaba. —Miró a Claire—. De manera que Becky ahora presenta pericarditis.

—Lamentablemente, sí —contestó Claire.

—¡Dios mío! ¿Qué vendrá después?

—A esta altura, cualquier cosa —dijo Kathleen. Hemos confirmado que esta es una cepa particularmente patógena de la E. coli que produce no una sino dos toxinas de extraordinaria potencia. Lo que estamos viendo es un urinario hemolítico con todas las letras.

—¿Y la plasmaféresis? —preguntó Kim.

—El doctor Ohanesian la pidió encarecidamente al presidente de la Junta de Revisión de AmeriCare —dijo Claire. Pero, tal como habíamos hablado, lo más probable es que no nos den el visto bueno.

—¿Por qué no? —preguntó Kim. Tenemos que hacer algo, y yo dije que estaba dispuesto a pagarlo.

—No importa si está dispuesto a pagar o no —explicó Claire. Desde el punto de vista de ellos, sentaría un peligroso precedente. Luego se verían forzados a ofrecérselo a familias que no pudieran o no quisieran pagarlo.

—Entonces llevemos a Becky a un lugar donde sí lo ofrezcan —dijo Kim, irritado.

—Doctor Reggis —dijo Claire, compasiva, hoy Becky está más delicada que ayer, y ayer ya no

estaba en condiciones de ser trasladada. Pero no descartamos del todo la plasmaféresis. Todavía hay esperanzas de que den luz verde. Sólo hay que esperar.

—Esperar sin hacer nada —dijo Kim, malhumorado.

—Eso no es cierto —reaccionó Claire acaloradamente. Luego se contuvo y suspiró; hablar con Kim no era una tarea que le agradara—. Estamos apoyándola de todas las maneras posibles.

—Lo que significa que están sentadas de brazos cruzados tratando complicaciones.

Claire se puso de pie y miró a Tracy y a Kathleen.

—Tengo que ir a hacer las visitas a mis otros pacientes internados, pero estaré a su disposición si me necesitan. Cualquier cosa, avísenme al radiomensaje.

Tracy asintió con la cabeza. Kathleen respondió que ella haría lo mismo en unos minutos más. Claire se alejó.

Kim se desplomó en el sillón que Claire había dejado libre y enterró la cabeza entre las manos. Luchaba contra un torbellino de emociones: primero ira, luego tristeza, luego ira otra vez. Ahora había vuelto la tristeza. Trató de contener las lágrimas. Sabía que debería estar atendiendo a sus propios pacientes pero por el momento era incapaz de hacerlo.

—¿Por qué te llevó tanto tiempo visitar el Onion Ring? —preguntó Tracy. Pese a lo molesta que estaba por el comportamiento de Kim, no podía evitar sentirse preocupada. Su exmarido daba pena.

—En realidad, estuve preso.

—¡Preso!

—Si quieres que admita que tenías razón, tenías razón —dijo Kim. Debería haberme calmado antes de ir.

—¿Por qué estuviste preso?

—Perdí los estribos. Fui allí a averiguar sobre la posibilidad de que hubiera carne en mal estado. La negativa hipócrita del gerente me sacó de quicio.

—No creo que sea culpa de la industria de comidas rápidas —opinó Kathleen. Con este problema de la E. coli, este tipo de restaurantes sufre las consecuencias tanto como los clientes que resultan infectados. Ellos reciben hamburguesas contaminadas.

—Así me lo imaginaba —dijo Kim, con el rostro aún enterrado entre las manos. Mi próxima visita será al Frigorífico Mercer.

—Con Becky en este estado, se me hace difícil pensar —dijo Tracy—, ¿pero cómo puede haber carne contaminada? ¿No se inspecciona continuamente esos lugares? Es decir, ¿el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos no certifica la carne?

—La certifican —contestó Kathleen, pero hoy en día es ingenuo suponer que no está contaminada.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Tracy.

—Por muchas razones —respondió Kathleen, la principal de las cuales es que el Departamento de Agricultura tiene un grave conflicto de intereses.

Kim levantó la cabeza.

—¿Cómo es eso?

—Es debido a la función que debe cumplir el Departamento —dijo Kathleen. Por un lado, es el organismo oficial defensor de la agricultura de los Estados Unidos, que incluye a la poderosa

industria de la carne. Esa es en realidad la principal tarea del Departamento. Por otro lado, tiene obligaciones de inspección. Obviamente, las dos funciones no son compatibles. Es el típico caso de pedirle al zorro que vigile el gallinero.

—Suena increíble —comentó Kim. ¿Es algo que usted sabe con certeza o algo que ha oído y simplemente está transmitiendo?

—Lamentablemente lo sé de primera fuente —aseguró Kathleen. Me he pasado más de un año investigando el problema de la intoxicación alimentaria. Me interesé en él a través de unos grupos de consumidores que están librando una difícil batalla para combatirla.

—¿Cómo fue que se metió en eso? —quiso saber Tracy.

—Hubiera sido difícil mantenerme al margen. La intoxicación alimentaria y la enfermedad que causa se han convertido en parte fundamental de mi especialidad. La gente por lo general quiere meter la cabeza bajo la tierra con respecto a todo esto, pero es un problema que empeora día a día.

—¡Qué increíble! —exclamó Kim, a medida que la ira iba superando de nuevo a la tristeza.

—Aún hay más —dijo Kathleen—. No sólo existe un conflicto de intereses con el Departamento de Agricultura sino que, por lo que he visto, el Departamento de Agricultura y la industria de la carne están demasiado ligados.

—¿Qué está queriendo decir? —preguntó Kim.

—Exactamente lo que dije. En particular en puestos gerenciales intermedios hay cierto tipo de gente que tiende los hilos en diferentes direcciones para conseguir que se interfiera lo menos posible con la industria.

—Sin duda, todo eso es por un beneficio económico —dijo Kim.

—Seguro. La industria de la carne es un negocio multimillonario. Su objetivo es maximizar las ganancias, no lograr el bienestar de la población.

—Un momento —intervino Tracy—. ¿Cómo puede ser verdad todo esto? En el pasado, el Departamento de Agricultura ha descubierto problemas y ha tomado medidas para solucionarlos. Me refiero a que no hace mucho con los Alimentos Hudson...

—Perdón —la interrumpió Kathleen. No fue el Departamento de Agricultura el que descubrió la contaminación con E. coli en los Alimentos Hudson. Fue un atento funcionario de salud pública. Por lo general lo que ocurre es que, cuando se produce uno de estos episodios, el Departamento de Agricultura se ve obligado a montar un espectáculo. Entonces hacen mucha bambolla ante la prensa para dar la impresión de que están cumpliendo con sus funciones de proteger a la población, pero desafortunadamente nunca se llega a hacer nada sustancial. Lo que es muy irónico es que el Departamento de Agricultura ni siquiera tiene el poder para retirar la carne que encuentra en mal estado. Sólo puede hacer una recomendación. Nada de lo que decide tiene fuerza de ley.

—¿Quiere decir que es como pasó con Alimentos Hudson? —preguntó Tracy—. Al principio, recomendaron que se retiraran sólo doce mil kilos de carne.

—Exacto —afirmó Kathleen. Fueron los grupos de consumidores los que obligaron al Departamento a aumentar esa cifra a más de cuatrocientos cincuenta mil kilos. El impulsor no fue el Departamento.

—No tenía idea de nada de esto —dijo Tracy—, y eso que me considero una persona razonablemente informada.

—Tal vez lo peor —siguió diciendo Kathleen es que cuando el Departamento de Agricultura habla de contaminación al llevar a cabo sus servicios de inspección, por lo general se refiere a la contaminación gruesa, con materia fecal visible a simple vista. La industria ha luchado contra cualquier inspección microscópica o bacteriológica durante años. Ahora se supone que se hacen algunos cultivos, pero como para decir que hacen algo, no más.

—Cuesta creerlo —dijo Tracy—. Yo siempre di por sentado que la carne estaba en buen estado.

—Es una situación lamentable —dijo Kathleen, con consecuencias trágicas.

Durante un momento, nadie habló.

—Que bien conocemos —agregó Tracy, como si de repente se hubiera dado cuenta de que esa no era una simple conversación retórica. Su hija no era ninguna abstracción. Una nueva lágrima rodó por su mejilla.

—Bueno, esto me ha terminado de decidir —dijo Kim, y se paró de golpe.

—¿A qué? —logró decir Tracy—. ¿Ahora a dónde vas?

—A Bartonville. Quiero hacer una rápida visita al Frigorífico Mercer.

—Pienso que deberías quedarte aquí —dijo Tracy, exasperada. Sabes mejor que yo que el estado de Becky es grave. Las doctoras Stevens y Morgan me han dejado entrever que podría ser necesario tomar algunas decisiones difíciles.

—Por supuesto que sé que el estado de Becky es grave —dijo Kim de mala manera. Es por eso que me cuesta tanto quedarme aquí sentado sin hacer nada. Me vuelve loco. Me cuesta incluso mirarla, sabiendo que no hay nada que pueda hacer como médico para ayudarla. Además, oír todo esto sobre la industria de la carne y el Departamento de Agricultura me pone furioso. Dije que iba a averiguar cómo se enfermó Becky. Voy a seguir el rastro de esta E. coli a dondequiera que me lleve; al menos puedo hacer eso por mi hija.

—¿Y si te necesitamos?

—Tengo el teléfono celular en el auto —contestó Kim. Me pueden llamar. De todas formas, no tardaré mucho.

—Sí, igual que ayer —dijo Tracy.

—Ya escarmenté. No voy a perder la paciencia.

Tracy no parecía convencida.

—Ve, si no hay más remedio —le dijo, molesta.

Kim salió como una tromba de la sala de espera de terapia intensiva. No sólo pesaba sobre él el estado declinante de Becky sino también la hostilidad de Tracy. Apenas el día anterior, su exesposa había dicho que comprendía sus frustraciones. Ahora parecía como si se hubiera olvidado de que alguna vez dijo algo.

Ya en la autopista, Kim utilizó su teléfono celular para localizar a Tom. Intentó en varios lugares antes de encontrarlo en su laboratorio del hospital.

—Tengo que pedirte otro favor —dijo Kim.

—¿Cómo está Becky? —le preguntó Tom.

—Para ser sincero, muy mal. Me he estado negando la gravedad de su estado pero no puedo seguir haciéndolo. El panorama no es nada alentador. Yo no tenía idea de que esta E. coli fuera tan patógena e imposible de tratar cuando la toxina entra en el sistema. Bueno, lo cierto es que no soy

optimista. —Hizo una pausa, luchando contra las lágrimas.

—Lo siento mucho. Qué tragedia. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Podrías controlar a mis pacientes internados durante unos días? —logró decir Kim. Estoy deshecho.

—Ningún problema —le contestó Tom amablemente. Haré mis propias visitas dentro de unos minutos, cuando termine aquí, y agrego las tuyas. También les diré a las enfermeras que me avisen si se presenta algún problema.

—Gracias, Tom. Quedo en deuda contigo.

—Me gustaría poder hacer algo más.

—A mí también —replicó Kim.

Bartonville estaba a menos de cuarenta minutos de la ciudad. Kim recorrió la calle principal y luego siguió las indicaciones que le habían dado en una estación de servicio, a la salida de la autopista. Encontró el Frigorífico Mercer sin inconvenientes.

La planta era muchísimo más grande de lo que suponía. El edificio era todo blanco y de aspecto moderno, pero sin otra característica particular. Los jardines estaban bellamente decorados con senderos de piedra y grupos de árboles en el sector de estacionamiento. Todo el complejo transmitía una impresión de alto poder económico.

Kim estacionó relativamente cerca de la puerta principal, en uno de los espacios reservados para «visitas». Bajó del auto y se dirigió hacia la entrada. Cuando iba hacia allí, se hizo el propósito de no descontrolarse. Luego de la experiencia en el Onion Ring, sabía que perder los estribos sólo le traería problemas.

La recepción parecía propia de una compañía de seguros, no de un frigorífico. Una alfombra de pared a pared cubría el piso, el mobiliario tenía costosos tapizados y había cuadros con reproducciones en las paredes. Únicamente el tema central de las reproducciones daba una pista sobre la naturaleza del negocio: eran láminas de diversas razas de ganado.

Una mujer regordeta con un auricular inalámbrico estaba sentada frente a un escritorio circular, ubicado en el centro de la habitación.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó.

—Espero que sí —respondió Kim. ¿Quién es el presidente del Frigorífico Mercer?

—El señor Everett Sorenson.

—¿Podría llamar al señor Sorenson y decirle que el doctor Kim Reggis desea hablar con él?

—¿Puedo informarle al señor Sorenson por qué asunto es? —preguntó la mujer, mirando a Kim en forma escéptica. Por el aspecto, parecía casi un vagabundo.

—¿Es necesario?

—El señor Sorenson es una persona muy ocupada.

—En ese caso —respondió Kim, dígame que se trata de las hamburguesas contaminadas que el Frigorífico Mercer le vendió a la cadena de restaurantes Onion Ring.

—¿Cómo dijo? —exclamó la mujer. Había oído a Kim pero no podía creerlo.

—O mejor aún —prosiguió Kim, que ya comenzaba a olvidarse de su propósito de mantener la compostura, dígame que me gustaría discutir el hecho de que mi única hija está luchando por su vida luego de consumir una hamburguesa de este frigorífico.

—Tome asiento, por favor. —La mujer tragó saliva nerviosamente. Kim se había inclinado sobre su escritorio, apoyado sobre sus nudillos—. Le transmitiré su mensaje al presidente.

—Gracias —dijo Kim. Le dirigió una sonrisa forzada y retrocedió hasta uno de los sofás.

La mujer habló por su auricular, al tiempo que lanzaba nerviosas miradas en dirección a Kim, que volvió a sonreír. No podía oír lo que ella decía pero, por la forma en que lo miraba, sabía que hablaba de él.

Kim se cruzó de piernas. Sacudió un pie. Lentamente transcurrieron cinco minutos. Cuanto más esperaba, más volvía a inundarlo la ira. Cuando ya pensaba que no podía seguir sentado ahí ni un minuto más, apareció un hombre de guardapolvo blanco muy parecido al suyo, salvo que estaba limpio y planchado. En la cabeza tenía una gorra de béisbol azul con la leyenda FRIGORÍFICO MERCER bordada arriba de la visera. Traía una carpeta con sujetapapeles en la mano.

Se dirigió directamente a Kim y le tendió la mano. Kim se puso de pie y estrechó la mano del hombre, aunque no tenía pensado hacerlo.

—Doctor Reggis, soy Jack Cartwright. Encantado de conocerlo.

—¿Dónde está el presidente? —preguntó Kim.

—En este momento está ocupado —contestó Jack—, pero me pidió que viniera a hablar con usted. Soy uno de los vicepresidentes y, entre otras cosas, estoy a cargo de las relaciones públicas.

Jack era un hombre corpulento, de tez pálida, y con una nariz de porcino ligeramente respingada. Sonrió como queriendo congraciarse.

—Quiero hablar con el presidente.

—Escuche —dijo Jack, sin perder un segundo, siento de verdad que su hija esté enferma.

—Está más que enferma —respondió Kim. Está al borde de la muerte, luchando por su vida contra una bacteria llamada E. coli O157:H7. Me imagino que la han oído mencionar.

—Lamentablemente sí —dijo Jack. Su sonrisa desapareció—. Todo el mundo en el negocio de la carne la conoce, en especial después de la requisa que se hizo en Frigoríficos Hudson. En realidad, estamos tan paranoicos con este tema, que nos esforzamos en exceder ampliamente todas las reglas y recomendaciones del Departamento de Agricultura. Y como prueba de nuestros esfuerzos, nunca hemos sido citados por ninguna deficiencia.

—Quiero visitar el área de producción de las hamburguesas —pidió Kim. No le interesaba la cháchara que obviamente Jack tenía aprendida de memoria.

—Bueno, eso es imposible. Como comprenderá, restringimos el acceso para evitar la contaminación. Pero...

—Un momento —intercaló Kim, con el rostro enrojecido. Soy médico. Comprendo lo de la contaminación. Estoy dispuesto a ponerme cualquier vestimenta que normalmente se use en el sector. Haré todo lo que haya que hacer. Pero no voy a aceptar que me lo impida.

—Eh, cálmese —dijo Jack de buena manera. No me dejó terminar. No puede ingresar en el sector de producción pero tenemos una pasarela de observación vidriada, así que puede ver todo el proceso. Lo que es más, no tiene necesidad de cambiarse de ropa.

—Bueno, al menos es algo.

—¡Excelente! Por aquí, por favor.

Jack lo condujo por un pasillo.

—¿Está interesado únicamente en la producción de hamburguesas? —preguntó—. ¿No quiere ver otros productos derivados de la carne, como por ejemplo, salchichas?

—Sólo hamburguesas —contestó Kim.

—Estupendo.

Llegaron a una escalera y comenzaron a subir.

—Quiero asegurarle que aquí, en el Frigorífico Mercer, somos los reyes de la limpieza —señaló Jack—. Qué diablos, toda el área de producción se limpia a diario, primero con vapor de alta presión y luego con un compuesto de amonio. Quiero decir, uno podría comer del suelo.

—Ahá —murmuró Kim.

—Todo el sector de producción se mantiene a un grado y medio de temperatura —dijo Jack cuando llegaron a lo alto de la escalera. Puso la mano sobre el picaporte de una puerta de emergencia—. Es duro para los obreros, pero más para las bacterias. ¿Entiende a qué me refiero? —Jack se rio; Kim no dijo nada.

Pasaron por la puerta e ingresaron en un pasillo vidriado que se hallaba un piso por encima del área de producción y corría todo a lo largo del edificio.

—Muy impresionante, ¿no le parece? —dijo Jack, orgulloso.

—¿Dónde está el área de las hamburguesas? —preguntó Kim.

—Ya vamos a hablar de eso, pero primero déjeme explicarle lo que hacen todas estas máquinas.

Debajo de ellos, Kim vio a obreros que se ocupaban de sus tareas. Todos estaban vestidos con uniformes blancos y gorras blancas parecidas a las gorras de baño. También tenían puestos guantes y protectores de calzado. Kim tuvo que reconocer que la planta parecía nueva y limpia. Estaba sorprendido. Había esperado algo mucho menos impresionante.

Jack tuvo que hablar fuerte debido al ruido de las máquinas. El vidrio que bordeaba la pasarela era de hoja simple.

—No sé si está al tanto de que la hamburguesa es por lo general una mezcla de carne fresca y congelada —explicó—. Allí se hace el picado grueso. Por supuesto, a la carne congelada primero se la descongela.

Kim asintió con la cabeza.

—Luego del picado grueso, se coloca la carne fresca y la congelada en el mezclador de preparación que ve allá abajo, para hacer una partida. Luego se le hace el picado fino en esas grandes moledoras —dijo, y señaló.

Kim volvió a asentir.

—Hacemos cinco partidas por hora —siguió diciendo Jack—. Luego las partidas se combinan para formar un lote.

Kim señaló un gran recipiente de goma o de plástico, con ruedas.

—¿La carne fresca viene en esos contenedores? —preguntó.

—Sí —confirmó Jack—. Se llaman «tambores maestros», y tienen capacidad para novecientos kilos. Somos muy puntillosos en el tratamiento de la carne fresca. Tiene que utilizarse dentro de los cinco días, y debe ser mantenida a una temperatura inferior a los tres grados. Seguramente sabe que tres grados es una temperatura más baja que la de una heladera común.

—¿Qué se hace con el lote?

—No bien sale de la picadora fina, va por esta cinta transportadora que tenemos a nuestros pies hasta la máquina preparadora de hamburguesas, que está allá, del otro lado.

Kim asintió. La máquina preparadora se hallaba en otra sala, separada del resto del área de producción. Caminaron por el pasillo vidriado hasta que estuvieron directamente sobre ella.

—Una máquina impresionante, ¿no le parece? —comentó Jack.

—¿Por qué está en una habitación separada? —quiso saber Kim.

—Para mantenerla en óptimas condiciones de limpieza y que esté más protegida. Es el equipo más costoso del piso, y el más importante de la planta. Fábrica hamburguesas comunes de cincuenta gramos, o las de tamaño especial, de ciento veinticinco gramos.

—¿Qué sucede con las hamburguesas cuando salen de la máquina?

—Una cinta transportadora las lleva directamente al túnel de enfriado. Luego se las coloca a mano dentro de cajas pequeñas, y estas a su vez van dentro de cajas grandes.

—¿Se puede rastrear el origen de la carne? Es decir, sabiendo el número de lote y de partida, y la fecha de elaboración.

—Por supuesto —contestó Jack—. Eso está todo asentado en nuestros registros.

Kim sacó del bolsillo el papelito donde había escrito los datos de las cajas que había encontrado en la heladera del Onion Ring. Lo desplegó y se lo mostró a Jack.

—Quiero saber de dónde provino la carne correspondiente a estas dos fechas y lotes —dijo.

Jack echó un vistazo al papel pero luego meneó la cabeza.

—Lo siento, pero no puedo darle ese tipo de información.

—¿Por qué diablos no puede? —preguntó Kim en forma brusca.

—Le digo que no puedo. Es confidencial, no para divulgarla al público.

—¿Cuál es el secreto? —preguntó Kim.

—No hay ningún secreto. Es la política de la empresa, nada más.

—Entonces, ¿para qué llevan registros? —Porque lo exige el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos.

—A mí me suena sospechoso —dijo Kim, pensando en algunos de los comentarios de Kathleen que un organismo público exija registros cuya información no está a disposición del público.

—Yo no soy el que hace las reglas —se defendió Jack débilmente.

Kim recorrió con sus ojos el impresionante sector de elaboración, con sus lustrosos equipos de acero inoxidable y sus relucientes pisos de baldosas. Había tres hombres y una mujer ocupados en las máquinas.

Vio que la mujer llevaba una carpeta con sujetapapeles en la cual iba anotando cosas. A diferencia de los hombres, ella no tocaba la maquinaria.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó.

—Marsha Baldwin —contestó Jack—. Una belleza, ¿eh?

—¿Qué es lo que hace?

—Inspecciona. Es la inspectora del Departamento de Agricultura que nos asignaron. Pasa por aquí tres, cuatro y hasta cinco veces por semana. Es muy estricta. Mete la nariz en todo.

—Supongo que ella puede averiguar el origen de la carne —dijo Kim.

—Por supuesto —respondió Jack—. Cada vez que viene verifica los registros.

—¿Ahora qué está haciendo? —quiso saber Kim. Marsha estaba inclinada hacia adelante, observando el interior de la enorme boca de una máquina preparadora de hamburguesas.

—No tengo la más mínima idea —contestó Jack—. Probablemente comprobando que se la haya limpiado como corresponde, como seguramente se lo hizo. Lo único que sé es que es una obsesiva de los detalles. Al menos nos obliga a estar siempre alertas.

—De tres a cinco veces por semana —repitió Kim. Impresionante.

—Vamos —indicó Jack, haciéndole una seña con la mano para que lo siguiera. Lo único que no ha visto aún es cómo se colocan las cajas pequeñas dentro de las grandes, y cómo a estas se las lleva en cámaras de frío antes de despachárselas.

Kim sabía que más de lo que había visto no le iban a mostrar. Estaba convencido de que no lograría hablar con Everett Sorenson.

—Si tiene alguna otra pregunta —dijo Jack cuando volvieron a la recepción— llámeme. —Le entregó una tarjeta y esbozó una sonrisa cordial. Luego le estrechó la mano, le dio una palmadita en la espalda y le agradeció la visita.

Kim salió del edificio del Frigorífico Mercer y subió a su auto. En lugar de poner el motor en marcha, encendió la radio. Luego de asegurarse de que su teléfono celular estuviera encendido, se reclinó y trató de relajarse. Unos minutos después, bajó un poco la ventanilla. No quería quedarse dormido.

El tiempo transcurría muy lentamente. Varias veces estuvo a punto de renunciar e irse. Se sentía cada vez más culpable por haber abandonado a Tracy en la sala de espera de terapia intensiva. Pero poco más de una hora después, su actitud paciente tuvo su recompensa: Marsha Baldwin salió del Frigorífico Mercer. Llevaba puesto un abrigo de color caqui, y en la mano, algo que parecía ser un maletín de los que da el gobierno.

Preocupado porque quería alcanzarla antes de que ella subiera a su auto, Kim forcejeó con la puerta del suyo. De vez en cuando se trababa: herencia de una vieja abolladura en el paragolpes. La golpeó varias veces con la palma de la mano y logró abrirla. Se bajó de un salto y corrió en dirección a la mujer. Para cuando llegó a su lado, ella ya había abierto la puerta trasera de su Ford amarillo. Se estaba enderezando luego de acomodar el maletín en el piso. Kim se sorprendió de lo alta que era. Calculó que medía por lo menos un metro ochenta.

—¿Marsha Baldwin?

Un poco sorprendida de que alguien la abordara en la playa de estacionamiento llamándola por su nombre, Marsha se volvió hacia Kim y le echó un vistazo con sus ojos color verde esmeralda. Por reflejo, se quitó de la frente un mechón de pelo rubio y se lo acomodó detrás de la oreja. Le llamó la atención el aspecto de Kim, y al oír su tono imperioso de voz de inmediato se puso en guardia.

—Sí, soy Marsha Baldwin.

Mentalmente Kim tomó nota de todos los detalles, incluso la calcomanía de «Salvemos a los manatíes» en el paragolpes del auto (sin duda un vehículo oficial) y la imagen de la mujer que, según palabras de Jack Cartwright, era «una belleza».

Calculó que no podía tener mucho más de veinticinco años, y reparó en su piel color coral y rasgos de camafeo. Su nariz era prominente pero aristocrática. Sus labios parecían esculpidos.

—Tenemos que hablar —afirmó Kim.

—¿Ah, sí? ¿Y usted quién es, un cirujano sin trabajo o acaso se escapó de una fiesta de disfraces?

—En otras circunstancias, pensaría que su comentario es ocurrente —dijo Kim—. Me dijeron que es inspectora del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos.

—¿Quién le dio esa información? —preguntó ella con cautela. Durante su etapa de capacitación le habían advertido que ocasionalmente podría tener que tratar con gente rara. Kim hizo un gesto indicando la entrada de la planta.

—Un hipócrita encargado de las relaciones públicas del Frigorífico Mercer llamado Jack Cartwright.

—¿Y qué si soy inspectora del Departamento de Agricultura? —preguntó Marsha. Cerró la puerta trasera del auto y abrió la delantera. No tenía intenciones de dedicarle mucho tiempo a ese ser tan extraño.

Kim sacó del bolsillo el papel con los detalles de las cajas de hamburguesas que había conseguido en el Onion Ring. Lo sostuvo por uno de los extremos superiores, bien alto.

—Quiero que averigüe de dónde provino la carne con que se hicieron estos dos lotes. Marsha miró el papel.

—¿Para qué diablos? —preguntó.

—Porque creo que uno de estos lotes ha enfermado de muerte a mi hija con una cepa maligna de E. coli. No sólo quiero saber de dónde salió la carne, sino que también necesito saber a dónde se enviaron esos lotes.

—¿Cómo sabe que fue uno de estos lotes?

—No lo sé con seguridad, al menos todavía.

—¿En serio? —comentó Marsha en forma desdeñosa.

—Sí, en serio —se acaloró, ofendido por el tono con que ella le contestaba.

—Lo siento, no le puedo conseguir ese tipo de información.

—¿Por qué no? —quiso saber Kim.

—No es mi trabajo darle ese tipo de datos al público —respondió Marsha. Estoy segura de que va contra las reglas. Hizo ademán de subirse al auto. Imaginándose a su hija enferma de muerte en la cama del hospital, Kim tomó a Marsha del brazo con fuerza para impedirle que subiera.

—Mande las reglas al diablo, burócrata de mierda —dijo, furioso. Esto es importante. Se supone que usted debe proteger a la población. Aquí tiene una oportunidad de hacer precisamente eso.

Marsha no se asustó. Bajó la vista hacia la mano que le aferraba el brazo; luego miró el rostro indignado de Kim.

—Suélteme o me pongo a gritar, imbécil.

Convencido de que era una mujer de palabra, Kim la soltó. Quedó desconcertado por la inesperada seguridad de Marsha.

—Ahora pórtese bien —dijo ella, como si le estuviera hablando a un niño. Yo no le hice nada.

—Por supuesto que sí —respondió Kim. Si ustedes, los del Departamento de Agricultura, no estuvieran engañándonos, si inspeccionaran de veras la industria de la carne, mi hija no estaría enferma, y tampoco morirían quinientos niños por año.

—Un momento —replicó Marsha. Yo me esfuerzo mucho, y me tomo mi trabajo muy en serio.

—Mentiras —dijo Kim con desprecio. Me han contado que ustedes lo único que hacen es simular como que se interesan. Hasta me han dicho que están en connivencia con la industria que se supone deben inspeccionar.

Marsha quedó boquiabierta. Estaba exasperada.

—No voy a convalidar ese comentario con una respuesta —dijo. Se subió al auto y cerró la puerta. Puso la llave en el arranque.

Kim dio unos golpecitos en la ventanilla.

—Espere un segundo —gritó—. Discúlpeme. ¡Por favor! —Preocupado, se pasó una mano por el pelo despeinado—. Necesito su ayuda desesperadamente. No lo tome como algo personal en contra de usted. Es obvio que no la conozco.

Luego de deliberar unos segundos, Marsha bajó el vidrio de su ventanilla y lo miró. Lo que un momento antes le había parecido el semblante de un demente, ahora le parecía el rostro de un hombre torturado.

—¿De veras es médico? —le preguntó.

—Sí. Cardiocirujano, para ser preciso.

—¿Y su hija realmente está enferma?

—Muy, muy enferma —dijo Kim, con voz quebrada. Tiene una cepa extremadamente maligna de E. coli. Estoy casi seguro de que se la pescó comiendo una hamburguesa medio cruda.

—Lo siento muchísimo —repuso Marsha, pero mire, no soy yo la persona con quien debería hablar. Hace muy poco que trabajo para el Departamento de Agricultura, y mi cargo es el más bajo en el escalafón del servicio de inspecciones.

—¿Con quién cree que debería contactarme? —preguntó Kim.

—Con el gerente de distrito. Se llama Sterling Henderson. Si quiere, le doy su número de teléfono.

—¿Es un directivo de nivel intermedio? —quiso saber Kim. En la cabeza le retumbaba la voz de Kathleen.

—Creo que sí.

—Entonces no me interesa. Me han dicho que hay muchos problemas con los servicios de inspección del Departamento de Agricultura en términos de conflictos de intereses, en especial en los puestos gerenciales intermedios. ¿Sabe algo sobre eso?

—Bueno, sé que hay problemas —reconoció Marsha. Está todo muy relacionado con la política.

—Lo que significa que una industria multimillonaria como la de la carne puede ejercer mucha influencia.

—Algo así —admitió Marsha.

—¿Me ayudará por el bien de mi hija? Yo no puedo hacer nada por ella en el plano médico, pero tenga la seguridad de que voy a averiguar cómo y por qué se enfermó, y tal vez al mismo tiempo pueda hacer algo para solucionar el problema. Quiero evitarles el mismo destino a otros niños. Supongo que uno de los lotes anotados en este papel tiene que estar contaminado con una cepa particularmente peligrosa de E. coli.

—Dios mío, no sé qué decirle —respondió Marsha. Le dio unos golpecitos al volante mientras debatía consigo misma. La idea de salvar niños de una enfermedad grave era muy tentadora, pero

tenía sus riesgos.

—No creo que me sea posible conseguir este material sin su ayuda —siguió diciendo Kim. Al menos no lo suficientemente rápido como para que valga la pena.

—¿Y si llama al Departamento de Salud Pública? —sugirió Marsha.

—Es una buena idea. Estoy dispuesto a intentar también eso el lunes pero, para serle franco, no tengo demasiadas esperanzas por ese lado. Sería ponerme a lidiar con otra burocracia, y probablemente me llevaría demasiado tiempo. Además, esto lo quiero hacer yo mismo. Es para compensar el hecho de no ser capaz de ayudar a mi hija como médico.

—A mí me significaría arriesgar mi empleo —dijo Marsha. Aunque a lo mejor podría conseguir la adhesión de mi jefe inmediato. Lo que pasa es que él y yo nunca hemos tenido lo que yo llamo una buena relación laboral.

—¿Se refiere al gerente de distrito que mencionó antes? —le preguntó Kim.

—Exacto. Sterling Henderson.

—Preferiría que esto quedara entre usted y yo, nada más.

—Eso es fácil decirlo. El problema es que se trata de mi empleo, no del suyo.

—Permítame preguntarle una cosa —dijo Kim, con una idea repentina. ¿Alguna vez ha visto a un niño enfermo con esta toxina E. coli? Se lo pregunto porque yo nunca había visto uno hasta que mi propia hija se enfermó, y eso que soy médico. Es decir, había leído sobre el tema, pero siempre fue una abstracción, una estadística.

—No, nunca he visto un niño enfermo con E. coli.

—Entonces venga conmigo a ver a mi hija. Usted véala, y después decide qué hacer. Aceptaré cualquier decisión que tome. Por lo menos, eso le dará más significado a su trabajo.

—¿Dónde está?

—En el Centro Médico Universitario, el mismo hospital donde yo trabajo. —Kim señaló el teléfono celular que veía entre los dos asientos delanteros—. Llame al hospital si duda de lo que le digo. Soy el doctor Kim Reggis. Mi hija se llama Becky Reggis.

—Le creo —dijo Marsha. Vaciló—. ¿Cuándo le parece que la visite?

—Ahora mismo. Vamos. Tengo el auto ahí. —Kim señaló a sus espaldas—. La llevo yo. Después la traigo de vuelta aquí para que busque su auto.

—No puedo hacer eso. Usted es un perfecto extraño.

—Está bien —aceptó Kim, a quien comenzaba a agradarle la idea de que Marsha viera a Becky—. Sígame. Sólo me preocupaba dónde podrá estacionar allá en el hospital, pero qué diablos. Sígame y entre conmigo en el sector reservado para los médicos. ¿Qué le parece?

—Me parece que usted es persistente y persuasivo.

—¡Bien! —exclamó Kim, levantando un puño cerrado para darles más énfasis a sus palabras. Giro en redondo aquí mismo, y usted me sigue.

—De acuerdo —dijo Marsha cautelosamente, sin saber dónde se había metido.

Jack Cartwright había permanecido con la nariz pegada al vidrio de la ventana. No le había sacado los ojos de encima a Kim, y presencié toda la confrontación entre Kim y Marsha Baldwin. Por

supuesto que no oyó lo que dijeron, pero sí vio cómo Marsha salía del estacionamiento y lo seguía en su auto luego de que aparentemente ambos llegaron a algún acuerdo.

Jack salió de la recepción y caminó apresuradamente por el pasillo central, pasando frente a la escalera por la que había subido con Kim para ir a la plataforma de observación. En el otro extremo del pasillo se hallaban las oficinas de administración.

—¿El jefe está en su despacho? —le preguntó a una de las secretarias.

—Por supuesto que sí —respondió ella, sin interrumpir su trabajo en la computadora.

Jack golpeó a la puerta cerrada de la oficina del presidente. Una voz retumbante le indicó: «Pase, qué diablos».

Everett Sorenson venía dirigiendo con éxito el Frigorífico Mercer desde hacía casi veinte años. Bajo su dirección, la empresa había sido adquirida por Foodsmart y se había construido la nueva planta. Sorenson era un hombre corpulento, aún más robusto que Jack, de tez colorada, orejas pequeñas para su tamaño y una calva lustrosa.

—¿Qué te tiene tan nervioso? —le preguntó Everett al verlo entrar. Everett tenía un sexto sentido con respecto a su protegido, a quien él personalmente había hecho ascender desde un puesto en la planta de elaboración de hamburguesas hasta la máxima jerarquía de la empresa.

—Tenemos un problema.

—¡Ah! —Sentado en su sillón, Sorenson se inclinó hacia adelante para apoyar su voluminoso torso sobre los codos—. ¿Qué sucede?

Jack se sentó en una de las dos sillas que había frente al escritorio.

—¿Recuerdas el artículo que me señalaste en el diario de esta mañana, el del médico loco que hizo un escándalo sobre la E. coli y luego fue detenido en el restaurante Onion Ring de la calle Prairie?

—Por supuesto. ¿Y qué pasa?

—Acaba de irse de aquí.

—¿El médico? —preguntó Everett, incrédulo.

—El mismo —confirmó Jack—. Es el doctor Reggis. Y te lo digo sin rodeos, ese tipo está chiflado. Está fuera de sí, y convencido de que su hija se contagió la E. coli con una de nuestras hamburguesas.

—¡Mierda! Justo lo que nos hacía falta.

—Y aquí viene lo peor —siguió diciendo Jack—. Acabo de verlo mantener una conversación con Marsha Baldwin en nuestra playa de estacionamiento. Después se fueron en auto uno detrás del otro.

—¿Quieres decir que se fueron juntos? —preguntó Everett.

Jack asintió con la cabeza.

—Así parecía. Antes de irse, hablaron un buen rato en el estacionamiento.

—¡Por Dios! —exclamó Everett, golpeando la superficie de su escritorio con una de sus manos, grande como una pala. Alejó su sillón del escritorio, se puso de pie y comenzó a pasearse de un lado a otro—. ¡Esto no nos hace nada bien! ¡De ninguna manera! Esa reverenda puta de Baldwin es una espina que tengo clavada en el costado desde el día que la contrataron. Se lo pasa enviando esos estúpidos informes sobre deficiencias. Gracias a Dios, Sterling Henderson ha podido retenerlos.

—¿Sterling no puede hacer nada, como por ejemplo que la despidan o algo así?

—Ojalá pudiera. Yo he elevado miles de quejas.

—Con todo el dinero que le estamos pagando como si aún trabajara aquí, uno pensaría que por lo menos podría conseguir que la trasladaran a otro lado.

—En su defensa, puedo decir que se trata de una situación difícil —sostuvo Everett—. Aparentemente, el padre de ella tiene conexiones en Washington.

—Lo que nos deja en una situación complicada —resumió Jack—. Ahora tenemos a una inspectora en extremo celosa de su trabajo, que no respeta las reglas del juego, y que se alió con un médico tan pasado de revoluciones, que se deja detener en un restaurante de comidas rápidas sólo para demostrar que tiene razón. Tengo miedo de que este tipo pueda ser una especie de *kamikaze*. Irá al sacrificio, pero está decidido a arrastrarnos con él.

—No me gusta esto —dijo Everett nerviosamente. Otro episodio con E. coli sería devastador. La gerencia de Frigoríficos Hudson no sobrevivió a su pulseada con la toxina. Pero ¿qué podemos hacer?

—Tenemos que evitar los perjuicios, y rápido. Me parece que este es el momento perfecto para poner en marcha el Comité de Prevención recién constituido. Quiero decir, fue creado precisamente para este tipo de problemas.

—¿Sabes una cosa? Tienes razón. Sería perfecto. Me refiero a que nosotros ni siquiera nos veríamos involucrados.

—¿Por qué no llamamos a Bobby Bo Mason? —sugirió Jack.

—Lo llamo —respondió Everett, a quien comenzaba a agradarle la idea. Esa capacidad para el razonamiento y la toma de decisiones tácticas eran el motivo por el cual había hecho ascender a Jack a la vicepresidencia.

—Cuanto antes mejor —aconsejó Jack.

—Ya mismo lo llamo.

—A lo mejor podemos aprovechar la fiesta que da Bob esta noche para acelerar el trámite. Me refiero a que va a estar todo el mundo ahí.

—¡Buena idea! —exclamó Everett mientras alargaba la mano para tomar el teléfono.

Kim estacionó con rapidez. Se bajó del auto y tuvo tiempo justo para hacer ubicar a Marsha en uno de los espacios reservados para médicos que seguramente no se usarían un día sábado. Le abrió la puerta en el momento en que ella detuvo el auto.

—¿Está seguro de que conviene hacer esto? —preguntó Marsha cuando bajó. Miró la imponente fachada del hospital. El trayecto hasta la ciudad le había dado tiempo para pensar en el plan, y ahora tenía algunas dudas.

—Creo que es una idea magistral. No sé cómo no se me ocurrió antes. ¡Vamos!

La tomó del brazo y la guio hacia la entrada. Al principio ella opuso una simbólica resistencia, pero luego se resignó a la situación. Muy pocas veces había pisado un hospital, y no sabía cuál sería su reacción. Tenía miedo de que la afectara más de lo que había imaginado allá en la playa de estacionamiento del Frigorífico Mercer. Para su sorpresa, mientras esperaban el ascensor en el hall,

notó que el que temblaba era Kim, no ella.

—¿Se siente bien? —le preguntó.

—Para ser sincero, no. Obviamente, he estado entrando y saliendo de los hospitales desde mis épocas de estudiante, y nunca me afectó, ni siquiera al principio. Pero ahora con la situación de Becky, siento una horrible ansiedad cada vez que cruzo la puerta. Creo que este es el motivo principal por el cual no me quedo aquí esperando el día entero. Distinto sería si yo pudiera contribuir en algo, pero no puedo.

—Me imagino que es terrible.

—No se da una idea.

Subieron a un ascensor repleto de gente y no hablaron hasta llegar al pasillo que conducía a la unidad de terapia intensiva.

—No quisiera ser entrometida —dijo Marsha, pero ¿cómo está sobrellevando su esposa la enfermedad de su hija?

—Estamos divorciados, pero unidos en nuestra preocupación por Becky. Tracy, mi exesposa, sufre muchísimo, pero tengo la sensación de que lo sobrelleva mejor que yo. Estoy seguro de que se encuentra aquí. Venga, que se la presento.

Marsha sintió un escalofrío. Tener que compartir la angustia de una madre iba a hacer mucho más perturbadora la experiencia. Comenzó a cuestionarse por qué se había dejado arrastrar a esa situación.

Después, para peor, vio carteles que indicaban el camino hacia la unidad de terapia intensiva señalando en la misma dirección en que iban ellos.

—¿Su hija está en terapia intensiva? —preguntó, deseando recibir una respuesta negativa.

—Lamentablemente, sí.

Marsha suspiró. La cosa iba a ser aún peor de lo que temía.

Kim se detuvo en la entrada de la sala de espera. Vio a Tracy y le hizo una seña a Marsha para que lo siguiera. Cuando llegó a su lado, su exesposa se había puesto de pie.

—Tracy, quiero presentarte a Marsha Baldwin. Marsha es inspectora del Departamento de Agricultura, y espero que me ayude a rastrear el origen de la carne que comió Becky.

Tracy no respondió de inmediato y, al ver su expresión, Kim supo al instante que había pasado algo más. Parecía que cada vez que él volvía, Becky había empeorado. Era como una película mala que pasaban una y otra vez.

—¿Ahora qué ocurre? —preguntó con expresión sombría.

—¿Por qué no atendiste el teléfono? —replicó Tracy con cansada exasperación.

—No sonó.

—Traté de llamarte. Varias veces.

Kim se dio cuenta de que había dejado el teléfono en el auto durante el rato en que visitó el frigorífico, y luego, cuando estuvo hablando con Marsha.

—Bueno, ahora estoy aquí —respondió, desconsolado. ¿Qué pasó?

—El corazón dejó de funcionarle, pero lograron hacerlo arrancar de nuevo. Yo estaba en la habitación cuando ocurrió.

—Tal vez yo debería irme —terció Marsha.

—¡No! —dijo Kim enfáticamente. ¡Quédese, por favor! Déjeme ir a ver qué pasa.

Giró sobre sus talones y salió de la sala corriendo. Tracy y Marsha se miraron, incómodas.

—Siento mucho lo de su hija —dijo Marsha.

—Gracias —respondió Tracy. Se secó los ojos con un pañuelo de papel. Había llorado tanto durante las últimas cuarenta y ocho horas que casi se le habían acabado las lágrimas—. Es una niña tan maravillosa.

—Yo no sabía que su hija estaba tan enferma. Debe de ser una experiencia terrible.

—No se lo imagina.

—Me siento muy mal por entrometerme en un momento como este. Lo siento mucho. Tal vez convenga que me vaya.

—Por mí no tiene que hacerlo —aseguró Tracy—. Kim pareció muy categórico cuando dijo que prefería que se quedara. Cómo puede siquiera pensar en rastrear carne en un trance como este, es algo que no alcanzo a comprender. A mí hasta respirar se me hace difícil.

—Debe de ser porque es médico —contestó Marsha. Me dejó en claro que le interesaba tratar de evitar que otros niños tuvieran el mismo problema.

—Supongo que no lo había pensado desde ese ángulo. Tal vez no debería apresurarme a juzgarlo.

—El teme que haya una partida de carne contaminada en el mercado —prosiguió Marsha.

—Creo que es bastante probable, pero lo que no entiendo es por qué la trajo a usted aquí. No quiero con esto ser descortés.

—Comprendo. Me pidió que lo ayudara a rastrear la carne de determinados lotes en particular. Yo no estaba dispuesta a hacerlo, sobre todo porque no me compete. En realidad, revelar ese tipo de información puede costarme el puesto si se llega a enterar mi jefe. El doctor Reggis pensó que, al ver a su hija y ser testigo directo de los estragos que causa la E. coli, yo podría cambiar de opinión. Pensó que, como mínimo, le daría un nuevo sentido a mi labor de inspectora de la industria de la carne.

—Ver sufrir a Becky podría convertirla en la inspectora más concientizada del mundo. ¿Todavía le interesa cómo está de grave? Necesitará mucha entereza.

—No lo sé —reconoció Marsha sinceramente. Y como dije, no quiero entrometerme.

—No se está entrometiendo —aseguró Tracy con repentina determinación. Venga, vamos adentro.

Salieron de la sala de espera y recorrieron el pasillo. Tracy se detuvo frente a la puerta de terapia intensiva.

—No se aleje de mí —indicó—. Se supone que no debemos estar entrando y saliendo de aquí solas, por nuestra cuenta.

Marsha asintió con la cabeza. El corazón le latía acelerado, y estaba transpirando.

Tracy abrió la puerta y ambas entraron. Tracy se dirigió con rapidez hacia la habitación de Becky, seguida de Marsha. Varias enfermeras las vieron, pero no dijeron nada. Tracy se había convertido en una figura permanente en la sala de terapia intensiva durante las últimas cuarenta y ocho horas.

—No sé si podrá llegar a ver algo —dijo Tracy cuando se aproximaron a la puerta pues, además de Kim, había seis médicos más y dos enfermeras agolpados en el diminuto cuarto. Pero era la voz de Kim la que sobresalía.

—Entiendo que ha tenido varios paros cardíacos —gritaba. La combinación de miedo y exasperación lo ponía furioso. Su vasta experiencia clínica le decía que su hija estaba al borde de la muerte, pero nadie le daba una respuesta directa, y nadie estaba haciendo otra cosa como no fuera quedarse parado sin hacer nada, acariciándose pensativamente la barbilla en sentido figurado—. Lo que quiero saber es por qué está pasando.

Miró a Jason Zimmerman, el cardiólogo infantil que le acababan de presentar. El hombre desvió la mirada, simulando estar absorto en el monitor cardíaco que indicaba un ritmo errático. Algo no andaba nada bien.

Kim se dio vuelta para mirar a Claire Stevens. Por sobre su hombro, divisó a Tracy y Marsha.

—No sabemos qué está pasando —admitió Claire. No hay líquido pericárdico, así que no es un taponamiento cardíaco.

—A mí me parece que es algo inherente al miocardio mismo —opinó Jason. Necesito un electrocardiograma real.

Las palabras acababan de salir de boca del cardiólogo cuando sonó la alarma del monitor. El cursor se disparó por la pantalla describiendo una línea recta. Becky tenía otro paro cardíaco.

—¡Emergencia! —gritó una de las enfermeras para alertar a las que estaban fuera, en el sector propiamente dicho de terapia intensiva.

Jason reaccionó apartando a Kim de la cama de un empujón. Comenzó de inmediato con el masaje cardíaco externo, juntando ambas manos y haciendo presión sobre el frágil pecho de Becky. Jane Flanagan, la anesthesióloga que había acudido cuando se presentó el problema inicial y que aún estaba allí, se cercioró de que el tubo endotraqueal se mantuviera en la posición correcta. También aumentó el porcentaje de oxígeno suministrado por el respirador.

Las enfermeras de terapia intensiva trajeron a toda velocidad el carrito de emergencias cardíacas. Casi chocaron con Tracy y Marsha, que tuvieron que hacerse rápidamente a un lado.

La habitación desbordaba de actividad, ya que todos los médicos presentes daban una mano. Era obvio para ellos que no sólo se había detenido totalmente el corazón, sino que también había cesado toda actividad eléctrica.

Tracy se llevó una mano al rostro. Quería huir pero no podía. Era como si estuviera petrificada en su lugar, condenada a observar cada torturante detalle.

Lo único que Marsha pudo hacer fue ponerse detrás de Tracy para no estorbar.

En un primer momento, Kim retrocedió, incrédulo y horrorizado. Sus ojos iban y venían de la pantalla del monitor al pobre cuerpo de su hija que estaba siendo salvajemente golpeado por el cardiólogo infantil.

—¡Epinefrina! —gritó Jason, sin detener sus esfuerzos.

Las enfermeras respondieron adecuadamente llenando una jeringa con la medicación y entregándola. Luego de pasar por varias manos, la jeringa llegó a Jason, quien detuvo el masaje el tiempo suficiente para hundir la aguja directamente en el corazón de Becky.

Tracy se cubrió los ojos y soltó un gemido. Por instinto, Marsha la abrazó, pero no pudo quitar su propia vista del espantoso drama que se desenvolvía ante sus ojos.

Jason reinició el masaje mientras observaba el monitor. No se producía ningún cambio en la inexorable línea recta que cruzaba la pantalla.

—¡Traigan las paletas! —gritó Jason. Veamos si podemos generar algo de actividad eléctrica con un *shock* eléctrico. Si no da resultado, habrá que ponerle un marcapasos, así que prepárense.

Las experimentadas enfermeras ya habían cargado el defibrilador. Le tendieron las paletas a Jason, que interrumpió el masaje para tomarlas.

—¡Retírense! —gritó mientras las ponía en posición. Cuando todos se alejaron y las paletas estuvieron ya ubicadas, apretó el botón de descarga.

El pálido cuerpo de Becky se sacudió, y sus brazos blancos se agitaron. Todos los ojos se dirigieron al monitor, con la esperanza de ver algún cambio. Pero el cursor no cooperaba. Insistía con su línea recta.

Kim se adelantó a los empujones. No le gustaba la forma en que Jason estaba haciendo el masaje.

—No le está dando la suficiente. Déjeme a mí.

—No —objetó Claire, acercándose a Kim por atrás y tironeándolo para que se alejara. Doctor Reggis, esto no es lo correcto. Nosotros nos ocupamos. Usted espere afuera, por favor.

Kim se desprendió de la pediatra de un empujón. Tenía las pupilas dilatadas y la cara enrojecida. No iba a irse a ningún lado.

Jason le hizo caso a la queja de Kim. Como no era muy alto, le costaba ejercer mucha presión estando de pie. Para que le fuera más fácil, se subió a la cama y se arrodilló, con lo cual pudo lograr una mejor compresión del pecho. Fue tanto mejor, que los presentes pudieron oír cómo crujían varias costillas de Becky.

—¡Más epinefrina! —gritó Kim.

—¡No! —logró decir Jason entre jadeos. ¡Quiero calcio!

—¡Epinefrina! —repitió Kim. Tenía los ojos pegados al cursor del monitor. Al ver que no le alcanzaban ninguna jeringa, se dio vuelta para mirar el carrito—. ¿Dónde está la epinefrina?

—¡Calcio! —repitió Jason. Tendría que haber algo de actividad eléctrica. Seguramente hay un desequilibrio electrolítico.

—Aquí está el calcio —dijo Claire.

—¡No! —gritó Kim. Se abrió paso entre el grupo hasta llegar al carrito y miró furioso a la enfermera.

La mujer contempló el rostro enrojecido de Kim y luego a Claire. No sabía qué hacer.

Acostumbrado a que lo obedecieran, Kim manoteó un paquete de jeringas y lo abrió. Luego tomó un frasquito de epinefrina y le quebró la tapa. Los dedos le temblaban tanto que se le cayó la aguja, y tuvo que tomar otra.

—¡Doctor Reggis, no! —exclamó Claire. Tomó a Kim del brazo. Walter Ohanesian, el hematólogo, trató de ayudarla sujetándolo del otro brazo.

Kim se los sacó de encima con facilidad y llenó la aguja sin que nadie pudiera impedirselo. Sobrevino el pandemónium cuando trató de acercarse nuevamente a la cama. Tanto Kathleen como Arthur, el nefrólogo, salieron a ayudar a Claire y Walter. La escena degeneró en una serie de empujones, gritos y amenazas.

—¡Ay, Dios! —gimió Tracy—. ¡Qué pesadilla!

—¡Un momento, todo el mundo! —gritó Jane de viva voz para captar la atención de todos. El

forcejeo se detuvo. Luego Jane agregó con premura pero a un volumen más normal—: Está pasando algo muy raro. Jason está haciendo una buena compresión, yo he aumentado el oxígeno al ciento por ciento, ¡y sin embargo se están dilatando las pupilas! Por algún motivo, no hay circulación.

Kim se liberó de las manos que lo inmovilizaban. Nadie se movió ni habló, salvo Jason que seguía con el masaje. Los médicos estaban paralizados. Se encontraban momentáneamente perdidos, sin saber qué hacer.

Kim fue el primero en reaccionar. Su experiencia de cirujano no le permitía demorar ni un momento más. Sabía lo que tenía que hacer. Al no haber circulación pese a los masajes, quedaba un solo camino. Se dio vuelta para enfrentar a las enfermeras encargadas del carrito.

—¡Bisturí! —gritó.

—¡No, no! —exclamó Claire.

—¡Bisturí! —repitió Kim con más insistencia.

—¡No puede hacer eso! —gritó Claire.

—¡Bisturí! —volvió a gritar Kim. Arrojó la jeringa de epinefrina a un lado y pasó frente a los demás como un rayo en dirección al carrito.

Se apoderó del tubo de vidrio que contenía el bisturí. Desenroscó la tapa con dedos temblorosos y extrajo el instrumento esterilizado. Arrojó a un lado el tubo de vidrio, que se hizo añicos contra el piso de cerámica. Tomó un paquete de gasas impregnadas en alcohol y lo abrió con los dientes.

Para entonces, Claire era la única que intentaba impedirle el paso. Pero sus esfuerzos eran en vano. Él la hizo a un lado con un empujón suave pero firme.

—¡No! —gritó Tracy. No era médica, pero por intuición sabía lo que Kim estaba por hacer. Se adelantó unos pasos, y Marsha no se lo impidió.

Kim llegó al borde de la cama y literalmente derribó a Jason de allí arriba. Limpió el pecho de Becky con alcohol. Luego, antes de que Tracy pudiera llegar a su lado, abrió el tórax de su hija practicándole una única incisión firme, decidida.

Todos los presentes soltaron una exclamación, salvo Tracy. Su respuesta se asemejó más a un gemido. Se alejó a los tumbos de la pasmosa escena, y se habría desplomado si no hubiera sido por Arthur, el nefrólogo, que la sostuvo.

Del otro lado de la cama, Jason se puso trabajosamente de pie. Cuando vio lo que estaba pasando, él también retrocedió.

Kim no perdió tiempo. Sin prestar atención a nadie, el consumado cirujano utilizó ambas manos para abrir las frágiles costillas de Becky, quebrándolas en forma decidida. Luego introdujo la mano desnuda dentro del pecho abierto de su hija y comenzó a comprimirle el corazón a un ritmo regular.

Su hercúleo esfuerzo tuvo una breve duración. Luego de unas pocas compresiones, sintió al tacto que el corazón de Becky estaba perforado y su textura distaba de ser normal. Era como si no se tratara de un músculo sino de algo mucho más blando que parecía escurrírsele entre los dedos. Azorado por la inesperada situación, retiró la mano. Al hacerlo, también arrancó parte de ese tejido extraño. Confundido porque no sabía qué podía ser, acercó el material ensangrentado a su rostro para inspeccionarlo.

Un penetrante gemido agónico escapó de sus labios cuando se dio cuenta de que estaba sosteniendo jirones necrosados del corazón y el pericardio. La toxina había sido despiadada. Era

como si su hija hubiera sido devorada desde adentro.

La puerta de la unidad de terapia intensiva se abrió de golpe, e irrumpieron en la sala dos guardias de seguridad del hospital llamados por la jefa de enfermeras luego del forcejeo por la epinefrina.

En cuanto los hombres captaron la escena, se detuvieron en seco. Becky aún estaba conectada al respirador; sus rosados pulmones se expandían intermitentemente y llenaban la incisión. Kim estaba parado junto a ella, con las manos ensangrentadas y los ojos desencajados de dolor. Con suavidad, trató de volver a colocar el tejido necrótico en el pecho de Becky. Cuando terminó con ese gesto fútil, echó la cabeza hacia atrás y soltó un gemido de angustia distinto de todo lo que se hubiera oído nunca en terapia intensiva.

Tracy se había recuperado mínimamente y pudo acercarse. El angustioso grito de Kim le llegó hasta lo más vivo. Quería consolarlo, y sentirse también ella consolada.

Pero Kim estaba ciego a todos y a todo. Salió a los empujones de la habitación y cruzó el sector general de terapia intensiva. Antes de que nadie pudiera reaccionar, había cruzado la puerta.

En el pasillo, se lanzó a correr a toda velocidad. La gente que lo veía venir se apartaba de su camino. Un enfermero no se corrió con la suficiente rapidez; Kim lo embistió, y lo hizo volar por el aire.

Cuando salió del hospital, corrió hacia su auto. Arrancó a toda marcha y salió del estacionamiento de los médicos como un rayo, dejando marcas de los neumáticos en el pavimento.

Condujo como loco hacia la calle Prairie. Por suerte para él, no se cruzó con ningún patrullero policial. Cuando dobló para ingresar en la playa de estacionamiento del Onion Ring, mordió el borde del sendero de acceso como le había pasado la vez anterior. El auto rebotó violentamente, hasta que Kim lo detuvo haciendo chirriar los frenos justo frente al restaurante repleto de gente. Puso el freno de mano, y cuando ya estaba por bajarse, dudó. Un destello de racionalidad se filtró por los rincones de su mente sobrecargada de emociones. La multitud del sábado a la tarde disfrutando de sus hamburguesas, refrescos y papas fritas, ajena a su dolor psíquico, lo trajo de vuelta a la realidad.

Kim había ido en busca de un chivo expiatorio, pero estando ahí, no se bajó del auto.

En cambio, levantó la mano derecha y se quedó mirándola. La sangre oscura y seca de su hija le confirmó la horrible realidad: Becky había muerto. Y él no había podido hacer nada para salvarla. Comenzó entonces a sollozar. Lo único que pudo hacer fue desplomarse, impotente, sobre el volante.

Tracy sacudía la cabeza sin poder creer todo lo ocurrido. Se pasó la mano por el pelo enredado mientras Marsha Baldwin le palmeaba el hombro. Para colmo, costaba creer que la estaba consolando una persona extraña.

Tracy reaccionó de manera contraria a Kim. En lugar de escapar presa de una furia ciega, se quedó paralizada, incapaz siquiera de llorar.

Luego de la precipitada huida de Kim, Claire y Kathleen la acompañaron a la sala de espera de terapia intensiva. Marsha fue también, aunque en ese momento Tracy no se percató de su presencia. Claire y Kathleen se quedaron un rato con ella para ofrecerle sus condolencias y explicarle lo que había pasado. Respondieron las preguntas de Tracy sin omitir ningún detalle, incluyendo cómo la

toxina E. coli obviamente había atacado tanto el músculo del corazón como al pericardio, o sea el tejido que lo recubre.

Claire y Kathleen se ofrecieron para ayudarla a volver a su casa, pero Tracy les contestó que había ido con su auto y que estaba en condiciones de conducir. Sólo cuando las dos médicas se marcharon Tracy se dio cuenta de que Marsha aún estaba allí; ambas iniciaron entonces una larga conversación.

—Le agradezco que se haya quedado conmigo todo este tiempo —dijo Tracy—. Me ha brindado un apoyo extraordinario. Espero no haberla aburrido con todas estas historias sobre Becky.

—Parece haber sido una niña maravillosa.

—La mejor —afirmó Tracy con añoranza. Luego respiró hondo para darse ánimo y se irguió más en su silla. Estaban sentadas en el rincón más alejado de la sala, junto a la ventana, donde habían llevado dos sillas. Afuera, las sombras largas de última hora de una tarde invernal se deslizaban bien hacia el este.

—Hace un rato largo que estamos charlando y no hemos mencionado a mi exmarido, el responsable de que usted esté aquí.

Marsha asintió con la cabeza.

—La vida siempre depara sorpresas —comentó Tracy suspirando. Aquí estoy yo, que acabo de perder a mi hijita adorada, el centro de mi vida, y sin embargo me preocupo por él. Espero que la muerte de Becky no lo lleve a cometer algún acto desesperado.

—¿Qué quiere decir?

—No estoy segura. Creo que me aterroriza pensar en lo que podría hacer. Ya estuvo detenido por golpear al gerente del restaurante donde él sospecha que Becky se intoxicó. Espero que no cometa una locura y termine causando daño a alguien, o a sí mismo.

—Parecía muy enojado —comentó Marsha.

—Eso es para decirlo en forma suave. Siempre ha sido muy perfeccionista. Lo que solía pasar era que la mayor parte de su furia estaba dirigida hacia sí mismo. Le servía como estímulo para alcanzar objetivos, pero durante los últimos años eso ha ido cambiando. Es uno de los principales motivos por los que terminamos divorciándonos.

—Lo siento mucho.

—Es, fundamentalmente, un buen hombre. Egoísta y egocéntrico, pero aun así un muy buen médico. Sin duda uno de los mejores cirujanos en su especialidad.

—No me sorprende. Una de las cosas que me impresionó de él fue que, en medio de todo esto, aún pensara en otros niños.

—¿Usted tiene ganas de ayudarlo después de lo que vio aquí esta tarde? Sería muy bueno que toda esta furia que él siente por lo de Becky pudiera canalizarla hacia algo positivo.

—Me gustaría mucho darle una mano, pero le confieso que me asusta un poco. No lo conozco tanto como usted, y me cuesta poner sus actos en perspectiva.

—Entiendo —replicó Tracy—, pero espero que lo considere. Le doy su dirección. Conociéndolo como lo conozco, sé que se va a quedar metido en su casa hasta que su indignación y su sentido de justicia lo lleven a hacer algo. Lo único que espero es que, con su ayuda, la energía de mi exesposo pueda traducirse en una acción valiosa.

Marsha se subió a su auto. No lo puso en marcha de inmediato sino que meditó sobre los acontecimientos de ese extraño día. Todo había comenzado cuando impulsivamente decidió hacer unas horas extra en el Frigorífico Mercer.

Se preguntaba cómo conseguir la información que quería Kim. La procedencia de la carne que formaba los diversos lotes estaba asentada en los registros, pero leer asientos específicos no estaba dentro de sus funciones habituales. Su trabajo era simplemente constatar que se llevara el registro. Sabiendo que había alguien que siempre la observaba, se preguntaba cómo podría hacerlo sin levantar sospechas. El problema era que no quería que su propio jefe se enterara de lo que estaba tramando, y eso iba a ser difícil porque el Frigorífico Mercer tenía una estrecha relación con sus superiores, a quienes informaba respecto de todo lo que ella hacía.

La respuesta era obvia. Iría después de hora cuando sólo quedara el personal de limpieza. En realidad, el sábado era un día ideal para intentarlo pues habría menos gente que de costumbre.

Sacó la dirección que Tracy le había dado y consultó el mapa de la ciudad que tenía en el auto. La casa de Kim quedaba relativamente cerca; decidió hacerle una visita para ver si aún estaba interesado en que lo ayudara.

No le llevó mucho tiempo encontrar la casa pero, cuando llegó, se desanimó al ver que no había ni una sola luz que cortara la penumbra reinante. La casa era una enorme sombra negra cuya silueta se recortaba contra la densa arboleda que la circundaba.

Estaba a punto de irse cuando divisó el auto de Kim estacionado en las oscuras sombras frente al garaje. Decidió bajarse e ir hasta la puerta principal pensando en la posibilidad, aunque remota, de que él estuviera adentro.

Tocó el timbre. La sorprendió el volumen y la claridad del sonido hasta que descubrió que la puerta no estaba cerrada del todo. Como Kim no respondió al timbre, tocó de nuevo. Tampoco tuvo respuesta.

Desconcertada y preocupada al encontrar la puerta entreabierta en pleno invierno, Marsha se animó y la abrió un poco más. Se asomó al hall de entrada y llamó a Kim. Nadie le contestó.

Sus ojos se adaptaron a la penumbra de manera que, desde donde estaba parada, pudo ver la escalera, como también el comedor y todo el camino hasta la cocina. Volvió a llamar a Kim pero tampoco recibió respuesta.

Sin saber qué hacer, pensó en irse. Pero luego le volvió a la mente el comentario de Tracy sobre la posibilidad de que Kim se infligiera algún daño. Pensó si no debería llamar a la policía, pero le pareció una decisión demasiado extrema fundamentada en tan pocos indicios. Decidió entonces averiguar un poco más antes de decidir qué hacer.

Haciendo acopio de coraje, pasó al vestíbulo con la intención de avanzar hasta el pie de la escalera. Pero no llegó lejos. En la mitad del hall se detuvo en seco. Kim estaba sentado en una gran butaca, el único mueble de la habitación, a unos tres metros de distancia. Parecía un espectro en la semioscuridad. Su guardapolvo blanco parecía refulgir como el cuadrante de un viejo reloj pulsera.

—¡Dios mío! —exclamó Marsha. ¡Me asustó!

Kim no abrió la boca. Ni siquiera se movió.

—¿Doctor Reggis? —Durante un momento fugaz se preguntó si no estaría muerto.

—¿Qué quiere? —dijo él, con voz monocorde y cansada.

—Tal vez no debí haber venido. Sólo quería ofrecerle ayuda.

—¿Y cómo piensa colaborar?

—Haciendo lo que usted me pidió hoy a la tarde. Sé que no le devolverá a su hija, pero me gustaría ayudarle a rastrear la carne de esos lotes que, según dice, podrían estar contaminados. Desde luego, podría resultar inútil. Tiene que entender que, hoy en día, la carne de una sola hamburguesa puede provenir de un centenar de vacas distintas, de diez países distintos. Pero, sea como fuere, estoy dispuesta a intentarlo si usted aún quiere que lo haga.

—¿A qué se debe el cambio de opinión?

—Principalmente a que usted tenía razón en cuanto al efecto que produce ver un niño enfermo. Pero también porque, hasta cierto punto, tenía razón con respecto al Departamento de Agricultura. Yo no se lo quise reconocer, pero sé que hay negligencia por parte de mis superiores y demasiada connivencia entre el Departamento y la industria de la carne. Mi jefe de distrito ha eliminado todos los informes sobre deficiencias que yo elevé a raíz de violaciones a las normas. Me ha dado a entender casi con todas las letras que tengo que hacer la vista gorda cuando encuentro algún problema.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—No sé; tal vez por lealtad a mis superiores. Lo que pasa es que yo creo que el sistema podría funcionar. Sólo necesita más gente como yo, que quiera hacerlo funcionar.

—Y mientras tanto la carne se contamina y la gente se enferma. Y los niños como Becky se mueren.

—Lamentablemente es cierto —convino Marsha, pero los que estamos en el negocio sabemos dónde está el problema: en los mataderos. Lo que interesa es ganar dinero, no la pureza de la carne.

—¿Cuándo está dispuesta a ayudar?

—Cuando quiera. Ahora mismo, si quiere. En realidad, esta noche sería un buen momento para intentarlo porque será menos riesgoso. En este momento, las únicas personas que hay en el Frigorífico Mercer son las encargadas de la limpieza que trabajan por la noche. No creo que vayan a sospechar nada si hojeo los registros de anotaciones.

—De acuerdo —aceptó Kim. Cuento con usted. Vamos.

Sábado 24 de enero, al atardecer

Tracy se sentía aturdida. Su divorcio había sido difícil, sobre todo la lucha por la tenencia de su hija, pero eso no era nada comparado con lo que estaba padeciendo ahora. Gracias a su experiencia como terapeuta reconocía los síntomas con claridad: estaba al borde de caer en una grave depresión. Por el hecho de haber trabajado con pacientes que habían atravesado por circunstancias similares sabía que no iba a ser fácil, pero estaba dispuesta a pelear. Por otra parte, también sabía que tenía que elaborar el duelo.

Al tomar la última curva en el camino y aproximarse a su casa, alcanzó a ver estacionado el Lamborghini amarillo de Cari. No sabía si le alegraría verlo o no.

Llevó el auto hasta la entrada del garaje y apagó el motor. Cari descendió los escalones con un ramo de flores en la mano y fue a su encuentro. Ella bajó del auto y corrió directo a sus brazos. Permanecieron unos instantes en silencio, Cari abrazándola simplemente en la oscuridad del crepúsculo.

—¿Cómo te enteraste? —preguntó sin despegar su rostro del pecho de Cari.

—Como estoy en la dirección del hospital me entero de todo. Lo lamento tanto...

—Gracias. Estoy deshecha.

—Me imagino. Ven, vamos adentro.

Enfilaron hacia la puerta.

—Me contaron que Kim perdió la cabeza. Eso debe hacerlo aún más difícil para ti.

Tracy sólo asintió con un gesto.

—Este hombre está claramente fuera de sí. ¿Quién se cree que es? ¿Acaso Dios? Te aseguro que ha alborotado todo el hospital.

Tracy abrió la puerta sin responder. Ambos entraron.

—Kim está pasando por un mal momento —comentó ella.

—¡Ja! —exclamó Cari. Tomó el saco de Tracy y lo colgó junto con el suyo en el armario del hall—. Eso es poco decir. Como de costumbre estás siendo muy generosa. Yo, como ves, no soy tan caritativo. De hecho, me dan ganas de trompearlo por la forma en que se comportó anoche en el Onion Ring y andar diciendo que Becky se había enfermado allí. ¿Viste el artículo del diario? Produjo una baja importante en el precio de las acciones de la empresa. No tienes idea de lo que perdí por culpa de su locura.

Tracy entró en el *living* y se desplomó sobre el sofá. Estaba exhausta, pero a la vez exaltada e inquieta. Cari la siguió.

—¿Te sirvo algo? —se ofreció Cari. Un trago, algo de comer.

Tracy le indicó que no con la cabeza, y Cari se sentó frente a ella.

—Estuve hablando con algunos otros miembros del directorio de Foodsmart —le comentó—. Estamos pensando seriamente en hacerle juicio si sigue bajando la cotización de las acciones.

—No fue una acusación infundada. El día anterior a enfermarse, Becky comió una hamburguesa medio cruda en ese lugar.

—Oh, vamos —reaccionó Cari haciendo un gesto descalificador. Becky no se enfermó ahí. Se hacen cientos de miles de hamburguesas en nuestros locales y nadie se enferma. Las cocinamos a muerte.

Tracy no pronunció palabra. Cari se dio cuenta rápidamente de lo que acababa de decir.

—Lo siento. Dadas las circunstancias creo que elegí mal las palabras.

—No te preocupes —dijo ella, agotada.

—Sabes, lo que más me molesta de todo esto es que las hamburguesas se han llevado la peor parte con todo este asunto de la E. coli —añadió Cari. Y ahora hay una especie de asociación refleja: E. coli y hamburguesas. Demonios, mucha gente ha contraído este mismo mal a través del jugo de manzana, la lechuga, la leche y hasta por nadar en aguas contaminadas. ¿No crees que es injusto que las hamburguesas tengan que cargar con toda la culpa?

—No lo sé. Lamento no poder responder. Me siento aturdida. No puedo pensar.

—Por supuesto, amor —convino Cari. Soy yo quien debe disculparse por seguir hablando así. Creo que deberías comer algo. ¿Cuándo fue la última vez que probaste bocado?

—No me acuerdo.

—Ahí tienes. ¿Por qué no vamos a algún lugar tranquilo? —Lo miró sin poder creerlo.

—Se acaba de morir mi hija. No quiero salir. ¿Cómo se te ocurre siquiera sugerirlo?

—Está bien —sostuvo Cari alzando la mano como defendiéndose. Era sólo una idea. Tienes que comer. Si quieres, compro comida hecha. ¿Qué te parece?

Tracy bajó la cabeza y se tapó la cara con las manos. Cari no la estaba ayudando.

—No tengo apetito. Además creo que va a ser mejor que me quede sola esta noche. No soy buena compañía.

—¿En serio? —preguntó Cari algo herido.

—Sí, en serio —contestó Tracy levantando la cabeza. Seguro has de tener algún asunto que atender.

—Bueno, está la cena en la casa de Bobby Bo Mason. Recuerdas que te lo comenté.

—No, no me acuerdo —le respondió, cansada. ¿Quién es Bobby Bo?

—Uno de los magnates ganaderos de la zona. Hoy celebra su asunción a la presidencia de la Junta de Ganaderos de los Estados Unidos.

—Parece muy importante —dijo Tracy. Sus palabras contrastaban con lo que en verdad pensaba.

—En efecto. Es la organización nacional más poderosa en el rubro.

—Entonces no quiero retenerte —agregó Tracy.

—¿No te molestaría? —le preguntó—. Llevo mi teléfono celular. Cualquier cosa, me llamas y estoy aquí en veinte minutos como máximo.

—No me molesta en lo más mínimo —insistió—. Más aún, me sentiría mal si te perdieras la reunión por culpa mía.

El tablero del auto proyectaba su luz sobre el rostro de Kim. Marsha, que iba conduciendo, echaba miradas furtivas a su acompañante. Ahora que había tenido oportunidad de observarlo, tenía que admitir que era muy apuesto, aun con su barba de dos días.

Anduvieron un buen trecho en silencio. Finalmente Marsha logró que hablara de Becky. Tenía el presentimiento de que a él le haría bien hablar de su hija, y no se equivocó. Kim la deleitó con historias sobre las proezas de Becky en el patín, cosa que Tracy no había mencionado.

Cuando ya no se habló más de la niña, Marsha le contó un poco acerca de sí misma. Le explicó que había estudiado veterinaria. Luego dijo que, junto con una amiga, se habían interesado por el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, el USDA, y se propusieron ingresar en ese organismo para cambiar las cosas. Después de su graduación, descubrieron que había obstáculos que les impedían entrar en el sector de veterinaria del USDA, que las únicas vacantes para el personal nuevo estaban en el sector de inspección. Por último, solamente ingresó ella. La amiga decidió que era mucho sacrificio tener que esperar un año y pico para que le dieran el traslado, y prefirió entonces ejercer la profesión en forma particular.

—¿Veterinaria? —dijo Kim. Jamás lo hubiera dicho.

—¿Por qué?

—No lo sé exactamente. Quizás porque usted es tan... —Kim hizo una pausa mientras se esforzaba por encontrar la palabra. Finalmente dijo—: ...demasiado elegante, supongo. A lo mejor soy un poco injusto, pero esperaría a alguien más...

—¿Más qué? —preguntó Marsha al ver que Kim volvía a hacer una pausa. Disfrutaba verlo en esa situación un tanto incómoda.

—Supongo que algo masculina. —Lanzó una risita—. Sé que es una tontería.

Marsha también rio. Al menos él se daba cuenta de lo ridículas que sonaban sus propias palabras.

—Si no te molesta —dijo Kim, ¿puedo preguntarte la edad? Sé que es una pregunta inapropiada, pero a menos que seas una especie de niña prodigio, no tienes veintiuno ni veintidós como imaginaba.

—¡Cielos, no! —dijo Marsha. Veintinueve para treinta.

Marsha se inclinó hacia adelante y puso en funcionamiento los limpiaparabrisas. Había comenzado a llover. Ya era noche cerrada aunque apenas pasaban las seis de la tarde.

—¿Cómo vamos a hacer esto? —preguntó Kim.

—¿Hacer qué?

—Que yo pueda entrar en el Frigorífico Mercer.

—Ya te dije que no sería problema —repuso Marsha. Los empleados y supervisores se habrán ido mucho antes de que llegemos. Sólo va a estar el personal de limpieza que se queda después de turno, y el guardia de seguridad.

—Bueno, el guardia no va a estar muy feliz de dejarme pasar. A lo mejor me convendría esperar en el auto.

—El guardia no nos va a ocasionar problemas —le aseguró Marsha. Tengo mi credencial del Departamento de Agricultura y del frigorífico.

—Sí, el problema voy a ser yo.

—No te aflijas. A mí me conocen. Jamás me han pedido la credencial. Si me la piden, les digo que eres mi supervisor... o que te estoy entrenando —dijo y rio.

—Con esta ropa no parezco del USDA.

Marsha le echó un vistazo y volvió a reír.

—¿Qué sabe un custodio de seguridad nocturna? Creo que tu aspecto es tan raro que puedes pasar por cualquier cosa.

—No se te nota muy preocupada —comentó Kim.

—Bueno... ¿qué es lo peor que podría pasar? A lo sumo, que no nos dejen entrar.

—Y que eso te cause inconvenientes —agregó Kim.

—Ya lo había pensado —dijo Marsha. Bueno, que pase lo que pase.

Bajaron de la autopista y atravesaron Bartonville. Tuvieron que detenerse ante el único semáforo del pueblo, en la intersección de las calles Mercer y Main.

—Al pensar en hamburguesas me cuesta creer que haya personas que las puedan comer. Antes de obtener este empleo era vegetariana a medias, pero ahora lo soy a ultranza.

—Viniendo de una inspectora del USDA eso no me deja muy tranquilo —confesó Kim.

—Se me revuelve el estómago de sólo pensar con qué las hacen.

—A ver, dime. —Es tejido muscular vacuno, ¿no?

—Tejido muscular y muchas cosas más. ¿Alguna vez oíste hablar del sistema avanzado de recuperación de carne?

—No.

—Se trata de un dispositivo de alta presión con el cual se desprende hasta el último resto de carne de los huesos del ganado —le explicó—. Lo que se obtiene es una pasta aguada de color gris que tiñen de rojo y mezclan con la carne con la que hacen las hamburguesas.

—Ay, qué repugnante.

—Eso y el tejido nervioso central —agregó Marsha, como por ejemplo, la médula espinal. Se mezcla en la hamburguesa todo el tiempo.

—¿De veras? —preguntó Kim.

—De veras —respondió ella. Y es peor de lo que parece. ¿Has oído hablar de la enfermedad de la vaca loca?

—¿Quién no? A mí me aterra. Me parece tremendo que al comer carne ingieras una proteína resistente al calor y eso te mate. Gracias a Dios no la tenemos en este país.

—Aún no —convino Marsha. Al menos hasta ahora no la hemos detectado. Pero para mí, es cuestión de tiempo, no más. ¿Sabes qué es lo que se cree originó la peste de la vaca loca en Inglaterra?

—Creo que fue por haber alimentado a las vacas con vísceras de ovejas infectadas —contestó—. Ovejas que padecían un mal equivalente, pero ovino.

—Exactamente —dijo Marsha. Se supone que en este país hay una ley que prohíbe que se las alimente de esta manera. Pero te cuento que eso no se cumple, y sé, por personas que están en este negocio, que por lo menos el veinticinco por ciento de los productores admiten en privado que no respetan esta prohibición.

—¿O sea que las mismas circunstancias que generaron la propagación de la peste de la vaca loca en Inglaterra están presentes en nuestro país?

—Así es —repuso Marsha. Y ahora que rutinariamente se incorpora en la hamburguesa la médula espinal y otras tantas cosas, los humanos somos el próximo eslabón de la cadena. Es por eso que

digo que no falta mucho para que veamos los primeros casos.

—¡Dios mío! —exclamó Kim. Cuanto más escucho sobre este sucio negocio, más me aterro. No tenía idea de todo esto.

—La mayor parte de la población tampoco.

La mole blanca del Frigorífico Mercer apareció de pronto, y Marsha se dirigió a la playa de estacionamiento. Había pocos autos en comparación con la cantidad que había más temprano. Estacionó en el mismo lugar donde lo había hecho esa mañana, y apagó el motor.

—¿Listo? —le preguntó.

—¿Estás segura de que debo ir?

—¡Vamos! —Marsha abrió la puerta y se bajó.

La puerta de entrada estaba cerrada con llave. Marsha golpeó. Adentro, el guardia de seguridad estaba leyendo una revista, sentado tras el escritorio circular de la recepción. Respondiendo al llamado, se puso de pie y caminó hacia la puerta. Era un hombre entrado en años, de fino bigote. El uniforme de custodio era varios talles más grande que su medida.

—Está cerrado —les informó a través del vidrio.

—Marsha mostró la credencial del Frigorífico Mercer. El hombre la miró sin prestar mucha atención y abrió la puerta. Marsha se apresuró a entrar.

—Gracias —dijo.

Kim la siguió. Sabía que el guardia lo miraba con desconfianza, pero el hombre no dijo nada. Se limitó a cerrar la puerta.

Kim tuvo que correr para alcanzar a Marsha, que ya había pasado el escritorio de la recepción y caminaba presurosa por el pasillo.

—¿Qué te dije? —dijo ella. No hubo ningún problema.

El guardia de seguridad caminó hasta el extremo de la recepción y observó a Kim y Marsha desaparecer en el vestuario que había antes del sector de producción. Volvió a su escritorio y levantó el tubo del teléfono. El número que necesitaba estaba anotado en un papelito y pegado cerca del borde del mostrador.

—Señor Cartwright —dijo, cuando le atendieron, usted me pidió que estuviera atento por si llegaba la señorita Baldwin, del USDA. Bueno, acaba de entrar con otro hombre.

—¿El acompañante está de guardapolvo blanco, como los que usan los médicos?

—Sí —respondió el guardia.

—Cuando se retiren, que firmen el registro de salida —ordenó Jack—. Quiero tener pruebas de que estuvieron ahí.

—De acuerdo, señor.

Sin dejar el tubo del teléfono, Jack pulsó un botón del discado automático y esperó. Instantes más tarde escuchó la voz estentórea por la línea.

—Marsha Baldwin y el médico están de nuevo en la planta —informó.

—¡Por Dios! —protestó Everett—. Eso no es lo que quería oír. ¿Cómo demonios te enteraste?

—Dejé dicho a los de seguridad que me avisaran si volvían a aparecer —repuso Jack—. Por si

acaso.

—Bien pensado —opinó Everett—. Quién sabe qué andan haciendo ahí.

—Si tuviera que adivinar diría que intentan rastrear la procedencia de alguna carne. Eso es lo que él me pidió que hiciera esta mañana.

—Dejémonos de adivinanzas —dijo Everett—. Regresa allá inmediatamente y averigua qué se proponen. Luego vuelve a comunicarte conmigo. No quiero que esto me arruine la noche.

Jack cortó. Tampoco quería que se le arruinara a él la noche. Hacía un mes que esperaba ansioso la cena en lo de Bobby Bo, y por cierto no había previsto tener que volver a la planta. Tomó su abrigo y, de muy mal humor, se dirigió al garaje para buscar su auto.

Kim sacudía los pies y los brazos. No podía entenderlo, pero los cuatro grados de la sala de armado de hamburguesas parecían más bien cuatro grados bajo cero, y hasta menos también. Se había puesto uno de los delantales del Frigorífico Mercer sobre el que ya traía puesto, pero ambas prendas eran de algodón y, debajo, sólo llevaba el pijama de cirugía. Las tres cosas no lograban protegerlo del frío, en especial porque estaba mayormente quieto. La gorrita blanca estilo gorra de baño tampoco servía de mucho.

Marsha revisaba el libro de anotaciones que encontró en la sala, cosa que venía haciendo desde hacía más de un cuarto de hora. Localizar el lote, las partidas y las fechas específicas le estaba llevando más tiempo del esperado. Al principio Kim miraba por sobre el hombro de Marsha, pero cuanto más frío sentía más perdía el interés.

Había además otras dos personas en la sala. Estaban moviendo mangueras de un lado a otro mientras limpiaban con vapor a alta presión la máquina de cortar hamburguesas. Ya estaban ahí cuando ellos llegaron, pero no habían intentado entablar ningún tipo de conversación.

—Ah, acá está —dijo Marsha, victoriosa. 29 de diciembre.

Siguió la lectura con el dedo hasta encontrar el lote 2. Luego, lo movió horizontalmente hasta llegar a las partidas apropiadas: de la 1 a la 5.

—Ah —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntó Kim, y se acercó para poder ver.

—Lo que me temía —respondió—. Las partidas 1 a 5 se hicieron con una mezcla de carne vacuna fresca y deshuesada que proveyó Higgins y Hancock, y carne picada congelada, importada. La importada es imposible de rastrear, salvo quizás averiguar el país de origen. Claro que ese dato no sirve para lo que tú quieres.

—¿Qué es Higgins y Hancock?

—Es un matadero local. Uno de los más grandes.

—¿Y el otro lote?

—Veamos —dijo Marsha, y dio vuelta la página. Encontré la fecha. ¿Cuáles eran los números de partida?

—Lote seis, partidas de nueve a catorce —dijo Kim después de consultar sus anotaciones.

—Bueno, acá está. Tendremos suerte si el problema está en el producto del día 12 de enero. En estas partidas solamente se utilizó carne de Higgins y Hancock. Echa un vistazo.

Kim miró donde le indicaban. Todo el lote había sido elaborado con carne fresca de la producción de Higgins y Hancock correspondiente al día 9 de enero.

—¿No hay forma de determinar si es uno u otro lote?

—Según me dijo el cocinero del Onion Ring, no —contestó Kim— pero mandé a analizar muestras de las dos. Los resultados van a estar para el lunes.

—Hasta entonces tendremos que suponer que es la de enero, porque es la única que podemos rastrear. Con suerte podremos llegar más allá de Higgins y Hancock.

—¿En serio? ¿Quieres decir entonces que podremos rastrear la procedencia de la carne hasta antes de que esta llegue al matadero?

—Así se supone que funciona el sistema, al menos en teoría. El problema es que esos novecientos kilos de carne deshuesada de los tambores maestros provienen de una gran cantidad de vacas distintas, pero la idea es que, a través de las boletas de compra, se pueda rastrear los animales y llegar hasta las granjas y establecimientos de donde provienen. Bueno, el próximo paso es ir a Higgins y Hancock.

—Denme ese libro —gritó Jack Cartwright.

Kim y Marsha se sobresaltaron. Jack se abalanzó sobre Marsha y le quitó el preciado libro. Con el ruido que hacía el vapor de alta presión no lo habían oído entrar.

—Finalmente ha sobrepasado sus límites, señorita Baldwin —reclamó Jack en tono triunfante y despectivo, mientras le apuntaba a la cara con un dedo acusador.

Marsha se enderezó y trató de recobrar la compostura.

—¿A qué se refiere? —preguntó tratando de que su voz denotara autoridad—. Tengo todo el derecho de revisar los libros.

—De ninguna manera. Usted tiene derecho a constatar que se lleven libros de registro, pero el contenido de los mismos es propiedad privada de una empresa privada. Y lo que es aún más importante, no tiene derecho a hacer uso de la autoridad que le confiere el Departamento de Agricultura para traer a un particular a ver los registros.

—Ya es suficiente —sostuvo Kim, e interponiéndose entre ambos agregó—: Si alguien tiene la culpa de todo, soy yo.

Jack no le prestó atención.

—Una cosa que puedo asegurarle, señorita Baldwin, es que el gerente regional del USDA, el señor Sterling Henderson, se va a enterar de inmediato sobre esta violación perpetrada por usted.

Kim apartó de un golpe el índice amenazador de Jack y aferró al hombre por el guardapolvo.

—Hijo de puta...

Marsha lo sujetó del brazo.

—¡No! —exclamó—. Déjalo. No compliquemos las cosas.

Kim lo soltó, aunque de mala gana.

Jack se acomodó las solapas.

—Los quiero a ambos fuera de aquí —dijo, imperioso, o llamo a la policía y los hago detener.

Kim miró indignado al vicepresidente del Frigorífico Mercer. Por un instante vio en ese hombre la encarnación de toda su rabia. Marsha tuvo que tironearlo de la manga para ponerlo en marcha.

Jack los observó marcharse. No bien se cerró la puerta levantó los libros hasta la altura de su

pecho y los depositó en los estantes correspondientes. Después, fue tras Marsha y Kim hasta el vestuario, pero ellos ya se habían ido. Una vez en el hall, enfiló hacia el área de recepción. Llegó justo en el momento en que el auto de Marsha abandonaba el estacionamiento y se alejaba luego por la calle.

—No me hicieron caso —informó el guardia. Traté de decirles que tenían que llenar la planilla de salida.

—No importa. No cambia en nada las cosas —dijo Jack.

Jack volvió a su oficina y telefoneó a Everett.

—¿Y? ¿Qué averiguaste?

—Tal como lo sospechaba —respondió Jack—. Estaban en la sala de armado de hamburguesas, revisando los libros.

—¿No revisaron los registros de preparación?

—El guardia dijo que no estuvieron en ninguna otra sala, o sea que no pueden haber visto otros registros.

—Al menos algo bueno... —comentó Everett—. Lo último que desearía es que se enteraran de que estamos reciclando hamburguesas congeladas, pasadas en su fecha de vencimiento. Y eso podría ocurrir fácilmente si a alguien se le ocurre mirar en los libros de la sala de elaboración.

—Eso es apenas una trivialidad en medio de toda esta crisis —opinó Jack—. Lo que sí es un gran problema es que a estos dos se les ocurra presentarse en Higgins y Hancock. Oí que estaban hablando sobre Higgins y Hancock en el momento en que los sorprendí. Creo que habría que avisarle a Daryl Webster.

—Excelente idea —convino Everett—. Se lo decimos esta noche, cuando lo veamos. Pensándolo bien, mejor le hago ya mismo un llamadito de teléfono.

—Cuanto antes mejor. Quién sabe lo que pueden llegar a hacer estos dos, con lo loco que está ese médico.

—Te veo en lo de Bobby Bo —le dijo Everett.

—Tal vez llegue un poco tarde. Antes tengo que pasar por casa a cambiarme.

—Bueno, date prisa. Te quiero allí para la reunión del Comité de Prevención.

—Haré lo que pueda.

Everett cortó y buscó el número de teléfono de Daryl Webster. Everett se hallaba en su escritorio de la planta alta, a medio vestir. En el momento en que Jack lo llamó, estaba luchando con los gemelos de su camisa. Vestirse de esmoquin no era algo que tuviera que hacer con frecuencia.

—¡Everett! —oyó que lo llamaba Gladys, su mujer, desde el dormitorio. Gladys y Everett llevaban muchísimos años de casados—. Apresúrate. Tenemos que estar donde Mason dentro de media hora.

—Tengo que hacer un llamado rápido —gritó Everett, a modo de respuesta.

Encontró el número y lo marcó en seguida. Le atendieron casi de inmediato.

—Daryl, habla Everett Sorenson.

—¡Qué sorpresa! —respondió Daryl. Ambos habían tenido una carrera laboral muy pareja; no sólo eso, sino que además se parecían físicamente. Daryl también era corpulento, de cuello grueso, manos grandes y un rostro regordete, de tez rosada. La única diferencia era que Daryl tenía más pelo

y orejas de tamaño normal—. Ya estábamos saliendo donde Mason —agregó.

—Gladys y yo también estábamos a punto de hacer lo mismo, pero surgió algo. ¿Supiste lo de Marsha Baldwin, la joven inspectora que tantos problemas me está trayendo?

—Sí, Henderson me puso al tanto. Una verdadera picapleitos, según parece.

—Sí. Para colmo, se juntó con ese médico desquiciado que anoche fue detenido en el Onion Ring. ¿Lo leíste en el diario de hoy?

—Imposible perderselo. Me puso muy nervioso que siguiera machacando con lo de la E. coli.

—A mí también —dijo Everett—. Y ahora las cosas se han puesto peor. Hace unos instantes Baldwin fue a mi planta con el médico. No sé cómo él la convenció para que lo ayudara a rastrear la carne.

—Probablemente buscando la E. coli.

—Sin duda.

—Esto es alarmante.

—Totalmente de acuerdo —sostuvo Everett—. Máxime ahora que Jack Cartwright los oyó hablar acerca de Higgins y Hancock. Nos preocupa que también puedan aparecer en tu planta.

—Es lo último que necesito.

—Esta noche trataremos de buscar una solución permanente. ¿Me entiendes?

—Sí —dijo. Ya me llamó Bobby Bo.

—Mientras tanto deberías tomar ciertas precauciones, Daryl.

—Gracias por pasarme el dato. Ya mismo llamo a seguridad y los pongo sobre aviso.

—Eso es exactamente lo que te hubiera sugerido. Te veo dentro de un rato.

Daryl colgó, y levantando el dedo índice le dio a entender a Hazel, su mujer, que tenía un llamado más que hacer. Hazel, elegantemente vestida, esperaba impaciente en la puerta de entrada. Mientras su mujer hacía sonar una y otra vez la punta del pie en el piso, Daryl marcó el número principal del matadero.

Marsha condujo el auto en la entrada del garaje de Kim, y lo detuvo detrás del de Kim. Dejó el motor y los faros encendidos.

—Te agradezco mucho lo que has hecho —dijo Kim. Tenía la mano en la puerta pero aún no la abría—. Lamento que las cosas no salieran tan bien.

—Podría haber sido peor —dijo Marsha, vivaz—. Y quién sabe qué ocurrirá. Tenemos que esperar a ver cómo termina.

—¿Quieres entrar? Mi casa está hecha un desastre, pero me vendría bien un trago. ¿Qué dices?

—No, gracias; yo me vuelvo —respondió Marsha. Gracias a ti empecé algo que quiero terminar. Cuando el lunes recibas los resultados del laboratorio, yo ya querría haber avanzado lo más posible en el rastreo de la carne. De ese modo, estaremos mucho más adelantados cuando planteemos la necesidad de retirar el producto.

—¿Estás pensando en hacer algo ahora mismo?

—Sí —dijo Marsha, asintiendo con la cabeza, al tiempo que miraba la hora. Me voy directo a Higgins y Hancock. A lo mejor esta es mi única oportunidad. Como te dije, no me llevo bien con el

gerente regional del USDA. El lunes, cuando se entere de nuestro pequeño altercado con Jack Cartwright, tal vez me quede sin trabajo. Por supuesto, eso significaría perder también mi credencial del Departamento de Agricultura.

—Cielos, si pierdes el empleo me voy a sentir muy mal. No es eso lo que yo pretendía.

—No tienes por qué echarte la culpa —sostuvo Marsha. Yo sabía el riesgo que corría. Así y todo creo que valió la pena. Como dijiste, mi obligación es proteger al público.

—Si vas a ir al matadero ahora, te acompaño —dijo Kim. No voy a dejarte ir sola.

—Lo siento, pero eso está fuera de toda discusión. Creí que no iba a haber ningún problema en el Frigorífico Mercer, y lo hubo. Con Higgins y Hancock es otra historia: sé que habrá problemas. Probablemente me sea difícil entrar aún con la credencial del Departamento.

—¿Cómo es posible? —preguntó Kim. ¿No es que, como inspectora del USDA, puedes entrar en cualquier frigorífico?

—No, si no me fueron asignados. Y en especial, no a un matadero. Tienen sus propios representantes del USDA trabajando con ellos en horario completo. Para que te des una idea, los mataderos son similares a las plantas de energía nuclear en lo que respecta a los visitantes. No los necesitan y no los quieren. Sólo les traen problemas.

—¿Qué es lo que esconden? —quiso saber Kim.

—Sus métodos, principalmente. No es algo lindo de ver ni en las mejores circunstancias, pero después de la desregulación de los años 80, todos los mataderos han incrementado su velocidad de producción; es decir, procesan más animales por hora. Algunos llegan a procesar entre doscientos cincuenta y trescientos por hora. A esa velocidad no se puede evitar la contaminación; es inevitable. De hecho, tan inevitable es, que la industria demandó al USDA cuando este consideró la posibilidad de declarar contaminada la carne que tenía E. coli.

—No puedes estar hablando en serio.

—Créeme —dijo Marsha. No te miento.

—¿Dices que la industria sabe que hay E. coli en la carne y dice que no lo pueden evitar?

—Exacto —contestó Marsha. No en toda la carne, sino en alguna.

—Es una atrocidad. La población debe enterarse. Esto no puede continuar. Me has convencido de que tengo que ver un matadero en funcionamiento.

—Ese es justo el motivo por el cual no les gustan las visitas, y por eso es que nunca te dejarían entrar. Bueno, no es totalmente cierto. Los mataderos son empresas con uso intensivo de mano de obra, y uno de los grandes dolores de cabeza que tienen es la constante falta de mano de obra. Así que supongo que si estás cansado de ser cirujano cardiovascular, podrían darte trabajo. Por supuesto, vendría muy bien si fueras un extranjero ilegal, ya que entonces podrían pagarte menos del sueldo mínimo.

—No me pintas un panorama alentador.

—Así es la realidad. Es un trabajo pesado e indeseable, y la industria siempre ha dependido en buena medida de los inmigrantes. La única diferencia es que ahora la mayoría de ellos provienen de Latinoamérica, en especial de México, mientras que en el pasado provenían del este de Europa.

—Esto me suena cada vez peor. No sé cómo jamás me había puesto a pensar en estas cosas. Es decir, si yo como carne, en cierta medida soy responsable.

—Es el lado malo del capitalismo. No quiero parecer socialista ni extremista, pero este es un ejemplo particularmente llamativo de cómo se pone el lucro económico por sobre la ética: la codicia de la mano de un desinterés absoluto por las consecuencias. En parte, por esto es que ingresé en el Departamento de Agricultura, porque creí que ese organismo podía cambiar las cosas.

—Si es que los funcionarios en el poder consideran necesario el cambio —agregó Kim.

—Muy cierto.

—Poniendo las cosas en perspectiva, estamos hablando de una industria que explota a sus obreros y no siente remordimiento alguno por matar a cientos de niños al año. La falta total de ética que todo esto pone en evidencia me hace temer aún más por ti.

—¿A qué te refieres? —preguntó Marsha.

—Me refiero a tu idea de presentarte ya mismo en Higgins y Hancock con una excusa falsa. Si utilizas tu credencial del Departamento de Agricultura creerán que vas por motivos oficiales.

—Claro. Es la única forma de que me dejen entrar.

—Con lo cuidadosos que son en cuanto al tema de la seguridad, ¿no crees que te estás arriesgando demasiado? Y no hablo de tu situación laboral.

—Sé a qué te refieres —respondió Marsha. Te agradezco el interés, pero no hay de qué preocuparse. Lo peor que podría pasar es que fueran con quejas a mi jefe, como dijo Cartwright que haría.

—¿Estás segura? —insistió Kim. No me gustaría que fueras si hay algún peligro. A decir verdad, después del episodio en el Frigorífico Mercer, me preocupa que sigas haciendo esto por mí. Quizás sea mejor que me dejes hacer lo que yo pueda. Si vas esta noche, estaré nervioso todo el tiempo.

—Me halaga tu preocupación, pero creo que debería ir y ver lo más posible. Nadie me va a hacer daño, ni tendré más problemas de los que ya tengo. A lo mejor, ni siquiera puedo entrar. Y como te dije, tú no podrías hacer nada porque no existe la más mínima posibilidad de que te dejen pasar.

—Quizás logre que me contraten como empleado, como sugeriste.

—Te lo dije en broma, no más. Era un ejemplo que ponía.

—Estoy dispuesto a hacer lo que tenga que hacer.

—Escucha, ¿qué te parece si llevo mi teléfono celular y te llamo cada quince o veinte minutos? Así no vas a estar tan preocupado y te voy manteniendo al tanto de lo que averiguo.

¿Qué opinas?

—Algo es algo —dijo Kim, sin demasiado entusiasmo. Pero cuanto más pensaba en esta última propuesta, mejor le parecía. La idea de tener que trabajar en el matadero para poder investigar no le atraía en lo más mínimo. Más importante aún era el hecho de que Marsha estaba absolutamente convencida de que no había riesgo alguno.

—Esta visita no me llevará mucho tiempo así que, cuando termine, vuelvo aquí y tomamos la copa que me ofreciste. Eso siempre y cuando la invitación siga en pie.

—Por supuesto. —Kim fue repasando el plan por última vez. Luego le dio a Marsha un leve apretón en el antebrazo y bajó del auto. En lugar de cerrar la puerta, volvió a asomarse hacia adentro.

—Sería bueno que lleves mi número.

—Buena idea —dijo ella, y buscó a tientas lapicera y papel.

Kim le dio el número.

—Estaré esperando al lado del teléfono, así que no dejes de llamar.

—No te preocupes —le aseguró Marsha.

—Buena suerte.

—Te llamo pronto.

Kim cerró la puerta de un golpe. Marsha dio marcha atrás, giró y se alejó por la calle. Kim permaneció allí, mirándola, hasta que la noche se tragó las luces traseras y su reflejo en el suelo mojado por la lluvia.

Se dio vuelta y miró su casa, oscura y desierta. Ni una sola luz daba un poco de vida a la sombría silueta. Se estremeció. Ahora que de repente se encontraba solo, caía sobre él la dura realidad de la muerte de Becky. La melancolía agobiante que había sentido antes volvía a aflorar. Kim movió la cabeza en gesto de desesperanza al pensar en lo frágil que había resultado su mundo. Su familia y su carrera le habían parecido siempre muy sólidas, y ahora, en un abrir y cerrar de ojos, todo se había desintegrado.

La casa de Bobby Bo tenía tantas luces que se asemejaba a un casino de Las Vegas. Para crear el ambiente de gala apropiado para su cena inaugural había contratado a un especialista en iluminación escénica. Y para darle un toque aún más festivo, consiguió una orquesta de mariachis que tocaba en el jardín del frente, bajo un toldo de lona. La llovizna de ninguna manera iba a estropearle el acontecimiento.

Bobby Bo era uno de los magnates ganaderos más importantes del país. En armonía con su imagen y con su lugar en la industria, había mandado a construir una casa cuyo estilo recargado era un monumento a todo lo kitsch del Imperio Romano. Pórticos con columnas se extendían en asombrosas direcciones. En los jardines había por doquier estatuas en yeso blanco de tamaño natural, imitando las griegas y romanas. Algunas hasta estaban pintadas en tonos muy reales de color piel.

Un grupo de mucamos uniformados formaba fila junto al camino de ingreso, a la espera de la llegada de los invitados. Unas antorchas de casi dos metros de alto chisporroteaban flanqueando el camino.

El Mercedes Benz de Everett Sorenson llegó apenas unos segundos antes que el Lexus de Daryl Webster. Parecía que lo hubieran planeado. Al bajar de los automóviles, ambos se abrazaron, y lo mismo hicieron sus mujeres.

Mientras los mucamos se llevaban rápidamente los vehículos, otros empleados acompañaban a los invitados con grandes sombrillas de golf. Los cuatro comenzaron a subir las escalinatas hacia la puerta de doble hoja de la entrada.

—Me imagino que habrás avisado a tu personal de seguridad —murmuró Everett.

—No bien terminé de hablar contigo. —Bien. Cualquier precaución es poca, sobre todo ahora que el mercado de la carne está volviendo a recuperarse.

Terminaron de subir la escalinata y tocaron el timbre. Mientras esperaban, Gladys se acercó a Everett y le acomodó la corbata moño.

Las puertas se abrieron de golpe. La luz proveniente del interior se reflejaba en el mármol blanco

del vestíbulo y encandiló a los recién llegados. Frente a ellos estaba Bobby Bo, rodeado del imponente marco y dintel de mármol.

Bobby Bo era corpulento, bastante parecido a Everett y a Daryl y, al igual que sus colegas, confiaba tanto en lo que vendía, que solía comerse *bifes* de gran tamaño. Tenía una imponente mandíbula, y torso semejante a un barril. Impactaba con su esmoquin hecho a medida, corbatín ribeteado en hilo dorado y gemelos de brillantes.

—Bienvenidos, amigos —dijo, alegre. Al sonreír, se le veían unas cuantas muelas de oro—. Denle sus sacos a la muchacha y sírvanse *champagne*.

De la sala principal emanaban risas y música; los Sorenson y los Webster no habían sido los primeros en llegar. A diferencia de la música de los mariachis, la que se oía en el interior era más lenta y provenía de un cuarteto de cuerdas.

Una vez entregados los abrigos, Gladys y Hazel caminaron del brazo hacia donde estaba la mayoría de los invitados. Bobby Bo retuvo a Everett y Daryl.

—El único que no ha llegado es Sterling Henderson —dijo. En cuanto llegue, haremos una pequeña reunión en la biblioteca. Ya les avisé a los demás.

—Jack Cartwright también se ha retrasado un poco —dijo Everett—. Me gustaría que él participara.

—No tengo ninguna objeción —repuso Bobby Bo. Adivina quién más está aquí.

Everett miró a Daryl. Ninguno de los dos quería arriesgar una respuesta.

—Cari Stahl —dijo Bobby Bo con expresión triunfante.

Una sombra de miedo embargó a ambos invitados.

—Esto me hace sentir incómodo —expresó Everett.

—Tengo que decir lo mismo —agregó Daryl.

—Vamos, muchachos —se burló Bobby Bo, y riendo agregó—: Lo peor que puede pasar es que los despida.

—La posibilidad de perder mi empleo no es algo que me dé ganas de bromear.

—A mí tampoco —convino Everett—. Pero pensándolo bien es la razón más importante por la cual tenemos que erradicar el problema antes de que sea demasiado tarde.

Sábado 24 de enero, por la noche

Los limpiaparabrisas se deslizaban sobre el vidrio a un ritmo monótono cuando Marsha salió de la última curva y alcanzó a divisar el establecimiento de Higgins y Hancock. Era una planta de poca altura y muy extendida, con un amplio corral cercado en la parte de atrás. Tenía una apariencia ominosa bajo la fría lluvia.

Marsha entró en la playa de estacionamiento inmensa y desierta. Los pocos autos que allí había estaban muy desparramados por el lugar. A las tres de la tarde, hora en que llegaba el personal de limpieza que trabajaba hasta las once, el estacionamiento había estado abarrotado de vehículos pertenecientes a los trabajadores de horario diurno de la planta.

Dado que ya había visitado las instalaciones en una ocasión, Marsha sabía que debía doblar y detenerse al costado. Reconoció de inmediato la puerta sin identificación por donde entraban los empleados. Sobre ella había una única lámpara, protegida con una rejilla, que brindaba apenas una iluminación tenue.

Marsha estacionó, puso el freno de mano y apagó el motor, pero no se bajó del auto. Durante unos minutos permaneció sentada procurando fortalecer su confianza. Tras la conversación que había tenido con Kim, se sentía nerviosa por lo que estaba a punto de hacer.

Antes de que Kim se lo dijera, ella nunca había pensado que corriera riesgo de sufrir una agresión física. Ahora ya no estaba tan segura. Había oído muchas historias sobre el uso de tácticas violentas por parte de la industria para con sus asalariados inmigrantes y los simpatizantes del sindicato. Por ende, no podía evitar preguntarse cómo podían reaccionar ante el peligro que sin duda significarían los actos que ella llevaba a cabo sin autorización.

—Te estás poniendo demasiado melodramática —se dijo en voz alta.

Con repentina resolución, desenganchó el teléfono celular del soporte del automóvil y le revisó la batería.

—Bueno, allá vamos —dijo al descender.

La lluvia era más intensa de lo que pensaba, así que debió correr hasta la entrada del personal. Al llegar, intentó abrir la puerta de un tirón, pero la encontró cerrada con llave. Al lado de la puerta había un botón con una pequeña placa que decía:

FUERA DE HORARIO.

Lo apretó.

Al cabo de medio minuto sin que nadie viniera a atender, volvió a tocar el timbre e incluso golpeó la puerta maciza con el puño. Cuando ya pensaba regresar al auto y llamar desde su celular, se abrió la puerta. Un hombre que vestía uniforme de seguridad marrón y negro la miró desconcertado. Las visitas eran, obviamente, algo fuera de lo común.

Mostrando apenas su credencial del USDA, Marsha enseguida trató de abrirse paso para entrar en el edificio. El hombre no se movió de su lugar, lo que la obligó a permanecer bajo la lluvia.

—Permítame ver eso —ordenó el guardia.

Marsha le entregó la credencial. El hombre la inspeccionó detenidamente y hasta examinó el dorso.

—Soy inspectora del USDA —se identificó, fingiendo irritación. Dígame, ¿le parece correcto dejarme parada aquí afuera bajo la lluvia?

—¿Qué hace aquí?

—Lo mismo que hacemos siempre los inspectores. Cerciorarnos de que se cumplan las disposiciones federales.

Finalmente, el hombre retrocedió lo necesario como para permitirle entrar. Marsha se pasó la mano por la frente, y luego la agitó para que se secara.

—En este momento, no hay nadie más que el personal de limpieza.

—Entiendo. ¿Me podría devolver mi documento, por favor?

—¿Adónde va? —quiso saber el guardia, luego de darle la credencial.

—Voy a estar en la oficina del Departamento de Agricultura —dijo ella por sobre el hombro, pues ya iba en camino. Siguió adelante con paso firme y sin detenerse a mirar atrás pese a que la reacción del guardia la había sorprendido, contribuyendo a aumentar su preocupación.

Bobby Bo Mason cerró la puerta de caoba de la biblioteca. El eco de risas y música provenientes del resto de la casa se interrumpió en forma abrupta. Bobby Bo se dio vuelta y quedó de cara a sus colegas de esmoquin que se hallaban repartidos por el interior de la biblioteca. Allí se encontraban representadas la mayoría de las actividades de la ciudad vinculadas a la industria de la carne vacuna y sus derivados: ganaderos, directores de mataderos, presidentes de empresas elaboradoras de carne y gerentes de firmas distribuidoras de carne. Algunos de esos hombres estaban sentados en sillones de terciopelo verde oscuro; otros permanecían de pie y sostenían sus copas de *champagne* cerca del pecho.

La biblioteca era una de las habitaciones preferidas de Bobby Bo. En circunstancias normales, todos los invitados eran conducidos hasta ella para que pudieran admirar sus proporciones. Las paredes estaban completamente revestidas en una añosa caoba de Brasil. La alfombra era una gruesa Tabriz antigua. Extrañamente, esta «biblioteca» no contenía ni un solo libro.

—Seamos breves así podemos retornar a cosas más importantes, como comer y beber —arrancó diciendo Bobby Bo. Su comentario provocó algunas risas. A Bobby Bo le agradaba ser centro de atención, y esperaba ilusionado el año en que fuera elegido presidente de la Junta de Ganaderos de los Estados Unidos.

—El tema que nos convoca es la señorita Marsha Baldwin —continuó Bobby Bo una vez que contó con la atención de todos.

—Perdón —interrumpió una voz—. Me gustaría decir algo. Bobby Bo observó a Sterling Henderson que se levantaba de su asiento. Era un hombre corpulento, de rasgos toscos y un grueso mechón de pelo asombrosamente blanco.

—Antes que nada, quiero pedir disculpas —dijo, con voz pesarosa—. Desde el primer día traté de frenar a esta mujer, pero nada de lo que hice dio resultado.

—Todos comprendemos que tenías las manos atadas —dijo Bobby Bo. Te aseguro que esta pequeña e improvisada reunión no es para encontrar un culpable sino, más bien, para solucionar un problema. Hasta el día de hoy, estábamos totalmente satisfechos de que te ocuparas de este asunto. Lo que ha transformado el tema de la señorita Baldwin en una crisis es su repentina vinculación con ese doctor chiflado que atrajo la atención de todos los medios con el escándalo que armó por la E. coli.

—Esa dupla va a traer problemas —previno Everett—. Hace una hora los encontramos a los dos en la sala de elaboración de hamburguesas revisando nuestros registros diarios.

—¿Hizo entrar a ese médico a la planta? —preguntó Sterling, con una mezcla de horror y sorpresa.

—Lamentablemente, sí —respondió Everett—. Eso da una idea de con qué nos enfrentamos. Es una situación crítica, y si no hacemos algo, vamos camino a otro fiasco por culpa de la E. coli.

—Este disparate de la E. coli ya me tiene hartó —reaccionó Bobby Bo. ¿Saben qué es lo que más me saca de quicio de todo esto? La maldita industria avícola lanza al mercado un producto que nada en un ciento por ciento en salmonella o campylobacter, y nadie abre la boca. Ahora bien, nosotros tenemos este pequeño problema de E. coli con un... ¿un qué?, apenas un dos o tres por ciento de nuestra producción y nos quieren comer vivos. No me van a decir que eso es justo. ¿Qué es lo que pasa? ¿O será que ellos saben presionar mejor donde hay que presionar?

El eco apagado de la campanilla de un teléfono celular retumbó en medio del silencio que se había impuesto tras la apasionada filípica de Bobby Bo. La mitad de los allí presentes llevaron la mano al bolsillo del esmoquin. El aparato de Daryl vibraba en sincronía con el sonido. Daryl se alejó hacia un rincón para atender el llamado.

—No sé cómo hace el sector avícola para lograr salirse con la suya —dijo Everett—. Pero eso no debería distraernos en este momento. Lo que sí sé es que ninguno de los directores de Hudson Meat sobrevivió al escándalo de la E. coli. Debemos hacer algo y ya. Yo voto por eso. Al fin y al cabo, ¿para qué diablos fue que creamos el Comité de Prevención?

Daryl cerró el teléfono y lo guardó de nuevo en el bolsillo interno de la chaqueta. Volvió a unirse al grupo. Su rostro estaba más enrojecido de lo habitual.

—¿Malas noticias? —preguntó Bobby Bo.

—Por cierto que sí —afirmó Daryl. Era el guardia de seguridad de Higgins y Hancock. Ahora mismo, Marsha Baldwin está en la planta revisando los archivos del Departamento de Agricultura. Entró mostrando su credencial del USDA, diciendo que era su deber cerciorarse de que se cumplieran las disposiciones federales.

—Ni siquiera tiene autorización para estar allí —se quejó Sterling, indignado, y mucho menos para husmear ningún archivo.

—Ahí tienen —dijo Everett—. Pienso que ya no queda nada más por discutir. Creo que nos vemos obligados a tomar cartas en el asunto.

—Yo estaría de acuerdo contigo —convino Bobby Bo. Miró fijo a los demás—. ¿Qué piensa el resto?

Se escuchó un murmullo generalizado de aprobación.

—Muy bien —dijo Bobby Bo—. Denlo por hecho.

Quienes estaban sentados se pusieron de pie. Todos se dirigieron hacia la puerta que abrió el dueño de casa. Una bocanada de risas, música y olor a ajo entró en la habitación.

Salvo Bobby Bo, los demás salieron y fueron en busca de sus esposas. Bobby Bo fue hasta el teléfono e hizo una breve llamada interna. Apenas acababa de cortar cuando Shanahan O'Brian se asomó a la puerta de la biblioteca.

Shanahan llevaba puesto un traje oscuro y corbata de tonos apagados. Ostentaba un sofisticado auricular, más propio, quizás, de un agente del servicio secreto. Era un irlandés negro y alto, un refugiado de la agitación política de Irlanda del Norte. Hacía ya cinco años que Bobby Bo lo había contratado como jefe de seguridad. Ambos se llevaban muy bien.

—¿Me llamó? —preguntó Shanahan.

—Entra y cierra la puerta —ordenó Bobby Bo. Shanahan obedeció.

—El Comité de Prevención quiere asignar su primera tarea.

—Excelente —respondió Shanahan, con su suave acento gaélico.

—Siéntate y te cuento de qué se trata.

Cinco minutos más tarde, ambos salieron de la biblioteca. Se separaron en el hall de entrada. Bobby Bo fue hasta el umbral del *living* en desnivel y contempló a la gente allí reunida.

—¿Qué pasa que hay tanto silencio por aquí? —gritó—. ¿Qué es esto? ¿Un funeral? ¡Vamos, a divertirse!

Desde el vestíbulo, Shanahan bajó al garaje subterráneo. Se subió a su Cherokee negra y partió rumbo a la oscuridad de la noche. Tomó el camino de circunvalación que rodeaba la ciudad y condujo a la mayor velocidad posible. Salió de la autopista y avanzó en dirección oeste. Veinte minutos más tarde, arribó al transitado estacionamiento de ripio de un concurrido club nocturno llamado El Toro. Arriba del edificio, se erigía una silueta de neón rojo y tamaño natural de un toro. Shanahan estacionó en el sector más alejado, dejando un amplio espacio entre su vehículo y los demás, en su mayoría destartalados. No quería que alguien, al abrir la puerta de su coche, le abollara su flamante camioneta.

Ya antes de aproximarse a la entrada del bar, alcanzó a oír el ruido ensordecedor de la música hispánica; adentro, el ruido era poco menos que insoportable. El popular punto de reunión estaba repleto de gente y humo. Los clientes eran, en su mayoría, hombres, si bien había también algunas mujeres de brillante pelo negro y ropa de vivos colores. De un lado, había un mostrador largo; del otro, una serie de reservados. En el medio, había mesas y sillas, así como también una reducida pista de baile. Una anticuada y luminosa máquina tragamonedas se hallaba contra la pared. En el fondo, detrás de una arcada, alcanzaba a verse una serie de mesas de billar.

Shanahan observó detenidamente a quienes se encontraban agolpados contra el mostrador. No vio a la persona que estaba buscando. Recorrió los reservados sin mejor suerte. Dándose por vencido, se acercó a la bulliciosa barra. Tuvo que, literalmente, meterse a presión entre los demás para lograr que el barman le prestara atención.

Agitando un billete de diez dólares finalmente consiguió lo que los gritos no conseguían. Le dio el billete al hombre.

—Busco a Carlos Mateo —dijo, a los gritos.

El dinero desapareció como por arte de magia. El barman no habló. Simplemente señaló la parte de atrás del club e hizo los gestos propios de alguien jugando al billar.

Shanahan atravesó la pequeña pista de baile esquivando a las parejas. En la parte de atrás no había tanta gente como adelante. Encontró al hombre que buscaba inclinado sobre la segunda mesa.

Shanahan había invertido mucho tiempo y esfuerzo seleccionando gente para el propuesto Comité de Prevención. Después de rastrear múltiples pistas y entrevistar a muchas personas, se decidió por Carlos. Carlos se había fugado de una cárcel mejicana y estaba prófugo. Seis meses antes había logrado cruzar la frontera a los Estados Unidos en su primer intento. Cuando llegó a Higgins y Hancock, estaba desesperado por conseguir trabajo.

Lo que a Shanahan le había impresionado de ese hombre era su actitud altiva hacia la muerte. Aunque Carlos se rehusaba a entrar en detalles, Shanahan se enteró de que el motivo por el cual había sido condenado a prisión en México era que había matado a cuchillazos a un conocido suyo. En Higgins y Hancock, Carlos intervenía en el sacrificio de más de dos mil animales por día. Emocionalmente, la actividad de asesinar a alguien para él parecía estar a la misma altura que la de lavar su camioneta.

Shanahan dio unos pasos hasta quedar dentro del cono de luz que iluminaba la segunda mesa de billar. Carlos se hallaba en medio de la preparación de un tiro, por lo que no respondió a su saludo. Shanahan tuvo que esperar.

—¡Mierda! —exclamó Carlos cuando la bola se negó a caer. Dio una fuerte palmada al borde de la mesa y se enderezó. Sólo entonces miró a Shanahan.

Carlos era un hombre fibroso, de tez morena, pelo oscuro, con múltiples y llamativos tatuajes en ambos brazos. Su rostro se caracterizaba por tener cejas tupidas, bigote del grosor de una línea y mejillas hundidas. Los ojos eran como dos canicas negras. Sobre el torso, llevaba puesto un chaleco de cuero negro que le permitía exhibir orgulloso su fina musculatura, así como también los tatuajes. No tenía camisa.

—Te tengo un trabajo —dijo Shanahan. Un trabajo como aquel del que hablamos. ¿Te interesa? Eso sí, tiene que ser ya mismo.

—Si me paga, me interesa —respondió Carlos. Tenía un marcado acento español.

—Acompáñame —ordenó Shanahan. Señaló la puerta de entrada.

Carlos entregó el taco, le dio un par de billetes arrugados a su disgustado rival, y fue tras Shanahan.

Ninguno de los dos intentó decir nada hasta no haber salido del bar.

—No sé cómo puedes aguantar ese ruido durante más de cinco minutos —remarcó Shanahan.

—¡Pero qué dice, hombre! Es buena música.

Bajo una lluvia firme, Shanahan condujo a Carlos hasta la Cherokee y ambos se subieron a ella.

—Vayamos al grano —dijo Shanahan. Se llama Marsha Baldwin. Es una rubia alta y atractiva de unos veinticinco años.

El rostro de Carlos se transformó al tiempo que dibujaba una mueca de placer que hizo que su bigote se semeajara a dos rayas bajo su nariz afilada.

—La razón por la que tienes que moverte rápido —explicó Shanahan es que en este preciso

momento ella está en donde trabajas.

—¿En Higgins y Hancock?

—Exacto. En el sector administrativo, metiendo las narices en archivos que no tiene por qué mirar. No hay modo de que no la veas. En caso de que tengas problemas para encontrarla, pregúntale al guardia. Se supone que la está vigilando.

—¿Cuánto es la paga?

—Más de lo que habíamos acordado, siempre y cuando sea ahora. Quiero que vayas ya mismo.

—¿Cuánto?

—Cien ahora y cien después si la haces desaparecer sin dejar rastro —explicó Shanahan. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un billete nuevo de cien dólares. Lo levantó para que Carlos pudiera verlo bien. La luz roja del toro de neón bañó el papel.

—¿Y qué hay de mi trabajo? —preguntó Carlos.

—Tal como te prometí, te saco del sector matanzas a fin de mes. ¿Adónde quieres ir, a la sala de deshuesado o a alguna otra?

—A la de deshuesado.

—¿Trato hecho?

—Sí —respondió Carlos. Tomó el billete, lo dobló y se lo guardó en el bolsillo del *jeans*. Para él, era como si le hubieran pedido que barrierá las hojas secas o limpiara la nieve de la calle. Iba ya a bajarse del vehículo, cuando Shanahan agregó:

—No quiero que falles.

—Va a ser fácil teniéndola en Higgins y Hancock.

—Eso fue lo que supusimos.

Elevando los brazos por sobre la cabeza, Marsha se desperezo. Había estado tanto tiempo inclinada sobre el cajón abierto del armario, que tenía la espalda dura. Con la cadera cerró el cajón, que hizo un ligero clic al volver a su lugar. Recogiendo su teléfono celular, se encaminó hacia la puerta de la oficina del USDA. Mientras caminaba, marcó el número de teléfono de Kim.

Al tiempo que esperaba la comunicación, abrió la puerta y miró a un lado y a otro del silencioso pasillo. Le agradó no ver a nadie. Mientras había estado revisando los archivos, oyó al guardia pasar por delante de la puerta e incluso detenerse en vanas ocasiones. Si bien no la había molestado, el hecho de que estuviera merodeando por allí había aumentado su nerviosismo. Sabía que si él la encaraba, se sentiría prisionera entre las paredes de ese edificio aparentemente desierto. Hasta el momento, no se había cruzado ni con uno solo de los empleados de limpieza que supuestamente debía de haber allí.

—Más te vale que seas tú —respondió Kim, sin decir hola.

—Extraña manera de contestar el teléfono —dijo Marsha, con una risa nerviosa. Cerró la puerta de la oficina del Departamento de Agricultura y comenzó a caminar por el pasillo desierto.

—Ya era hora de que llamas.

—Todavía no tuve suerte —dijo Marsha, haciendo caso omiso de la queja de Kim.

—¿Por qué tardaste tanto en llamar?

—Tranquilízate. Estuve ocupada. No te das una idea de la cantidad de papelerío que exige la USDA. Hay informes diarios de sanidad e higiene, registros de destino final, informes de matanza de ganado, registros sobre defectos en el proceso y facturas de compra. Tuve que revisar uno por uno todos los documentos correspondientes al 9 de enero.

—¿Encontraste algo?

—Nada en especial —respondió Marsha. Llegó a una puerta con panel de vidrio esmerilado. Sobre el vidrio estaba escrita la palabra ARCHIVO. Intentó abrir la puerta. No estaba trancada, por lo cual entró, cerró y le echó llave.

—Bueno, al menos lo intentaste. Ahora haz el favor de salir de ahí.

—No me voy sin antes ver los archivos de la empresa.

—Son las ocho y cuarto. Me dijiste que iba a ser una visita breve.

—No creo que vaya a demorar mucho más. Ahora estoy en la oficina de archivos. Te vuelvo a llamar dentro de una media hora.

Cortó antes de que Kim tuviera tiempo de objetar nada. Apoyó el celular sobre una larga mesa de biblioteca y se ubicó frente a una fila de armarios ubicada a lo largo de una de las paredes. En la pared contraria, había una sola ventana, contra cuyos vidrios golpeteaba la lluvia. Las gotas sonaban como granos de arroz. En el extremo opuesto de la oficina, había una segunda puerta. Marsha fue hasta ella y comprobó que estuviera cerrada.

Sintiéndose relativamente a salvo, retornó a los armarios y abrió de prisa el primer cajón.

Después de varios minutos, Kim terminó retirando la mano del teléfono. Había abrigado la esperanza de que Marsha lo volviera a llamar enseguida. La conversación había terminado de forma tan abrupta que pensó que se había cortado. Finalmente, no le quedó más remedio que aceptar que la que cortó fue ella.

Estaba sentado en el mismo sillón donde lo había encontrado Marsha. La lámpara de pie ubicada a su lado era la única luz encendida en toda la casa. Sobre la mesita del costado, reposaba un vaso de *whisky* puro que se había servido un momento antes y que, después, no había ni probado.

Kim nunca antes se había sentido peor. Las imágenes de Becky seguían inundando su mente y arrancándole nuevas lágrimas. Al rato, se encontró negando por completo la horrible experiencia, como si se tratara de una prolongación de la pesadilla en la que Becky se caía al mar.

El sonido de la heladera poniéndose en marcha en la cocina le hizo pensar que debía tratar de comer. No recordaba cuándo había sido la última vez que había mandado algo a su estomago. El problema era que no tenía la más mínima gana de probar bocado. También pensó en la posibilidad de subir a ducharse y cambiarse de ropa, pero la sola idea parecía exigirle demasiado esfuerzo. Por último, optó por quedarse ahí sentado y esperar que sonara el teléfono.

La vieja camioneta Toyota no tenía calefacción, por lo que Carlos estaba temblando de frío para cuando salió del camino pavimentado y entró en la senda de ripio que rodeaba el corral de Higgins y Hancock. Apagó el único faro delantero que funcionaba y avanzó de memoria, echando alguno que

otro vistazo a los sombríos postes de la cerca a su derecha. Dio toda la vuelta hasta llegar al punto donde el corral se estrechaba en forma de embudo para conectarse con la manga que llevaba al interior de la planta. Durante el día, por ahí entraban los animales desafortunados.

Estacionó la camioneta a la sombra del edificio. Se quitó los gruesos mitones que usaba para conducir y los reemplazó por unos ajustados guantes negros de cuero. Introdujo la mano por debajo de su asiento y extrajo una cuchilla de degüello curva y larga, del mismo tipo que empleaba en su trabajo. En un acto reflejo, examinó el filo con el pulgar. Incluso con los guantes puestos, pudo comprobar que estaba sumamente filosa.

Se bajó de la cabina de un salto. Pestañeando a causa de la lluvia, trepó rápidamente la cerca y cayó en el pisoteado fango del corral. Sin importarle el estiércol de los animales, se lanzó a toda velocidad por la manga y desapareció en la oscuridad de su interior.

Con un tenedor de ostras en una mano y un vaso de *whisky* de cristal tallado en la otra, Bobby Bo se trepó en la mesa de patas bajas y, ya arriba, se irguió muy ufano. En el proceso, tiró al piso una fuente de entremeses de langostinos, para deleite de sus dos caniches peinados por peluquero.

Una y otra vez, Bobby Bo golpeó el tenedor contra el vaso. Nadie se dio cuenta hasta que terminó de tocar el cuarteto.

—¡Atención todo el mundo! —gritó, por sobre las cabezas de los invitados. La cena está servida. Vamos a pasar al comedor. No se olviden de traer el número que sacaron del balde. Esa será su mesa. Para quienes todavía no sacaron un número, el balde se encuentra en el hall de entrada.

La multitud comenzó a abandonar el salón en masa. Bobby Bo logró bajarse de la mesa sin más contratiempos que el de asustar a los perros, que ladraron y huyeron a la cocina.

Bobby Bo iba rumbo al comedor cuando alcanzó a ver a Shanahan O'Brian. Pidió disculpas y fue a reunirse con su jefe de seguridad.

—¿Y bien? —le preguntó—. ¿Cómo te fue?

—Sin problemas —dijo Shanahan.

—¿Va a ser esta noche?

—Tal como lo hablamos. Creo que Daryl Webster debería estar al tanto, así le ordena a su guardia de seguridad que no interfiera.

—Buena idea —dijo Bobby Bo. Sonrió contento, le dio una palmada en el hombro y se apresuró a alcanzar a los invitados.

El timbre sacudió a Kim del melancólico estupor en el que se encontraba sumido. En el momento, no pudo identificar con precisión la procedencia del ruido. Hasta amagó con levantar el tubo del teléfono. En realidad, esperaba que sonara el teléfono, no que llamaran a la puerta. Cuando se dio cuenta de que era el timbre, miró la hora: las nueve menos cuarto. No podía creer que alguien llamara a la puerta un sábado, a las nueve de la noche.

La única persona que se le ocurrió que podía llegar a ser era Ginger, sólo que ella nunca venía sin avisar antes por teléfono. Luego, recordó que no había escuchado los mensajes del contestador

automático, de modo que quizás sí lo había llamado y le había dejado un mensaje. Mientras Kim continuaba considerando las distintas posibilidades, el timbre volvió a sonar.

Aunque no tenía ganas de ver a Ginger, al oír el tercer timbrazo seguido de unos golpes a la puerta, se levantó del sillón. Justo estaba pensando qué decir cuando, para su total sorpresa, vio que quien lo visitaba no era Ginger, sino Tracy.

—¿Estás bien? —preguntó Tracy. Hablaba con voz serena.

—Supongo que sí —dijo Kim. Estaba estupefacto.

—¿Puedo entrar?

—Por supuesto. —Se hizo a un lado para dejarla pasar—. Perdona. Tendría que haberte hecho pasar de inmediato. Es que me sorprende mucho verte aquí.

Tracy entró en el hall apenas iluminado. Vio que la única luz encendida en toda la casa estaba en la sala, al lado de un sillón. Se quitó rápidamente el abrigo y el sombrero de lluvia. Kim los tomó.

—Espero que no te moleste que haya venido sin avisar. Reconozco que fue un poco impulsivo de mi parte.

—No hay problema —dijo él, y colgó las cosas de Tracy.

—No quería estar con nadie —explicó Tracy. Suspiró—. Pero después me puse a pensar en ti y me empecé a preocupar, especialmente por lo perturbado que te vi cuando saliste corriendo del hospital. Pensé que, como los dos perdimos la misma hija, somos los únicos que podemos tener una verdadera idea de cómo nos sentimos. Lo que quiero decir es que necesito ayuda y me imagino que tú también.

Las palabras de Tracy arrancaron los últimos vestigios de negación que Kim guardaba para sí. Sintió que lo invadía la intensa ola de amargura de la que tanto se había esforzado por escapar. Exhaló apesadumbrado y tragó saliva al tiempo que contenía las lágrimas. Por un momento, no pudo hablar.

—¿Estabas sentado aquí en la sala? —preguntó Tracy. Kim asintió con la cabeza—. Voy a buscar una silla del comedor.

—Voy yo —se ofreció Kim. Agradecía tener una tarea física que realizar. Alcanzó la silla y la ubicó dentro del cono de luz de la lámpara de pie.

—¿Quieres algo de beber? Yo estaba tomando *whisky*.

—Te agradezco, pero no —respondió Tracy. Se dejó caer pesadamente en la silla; luego se inclinó hacia adelante, con el mentón entre las manos y los codos apoyados sobre las rodillas. Kim se hundió en el sillón y miró a su exmujer. El pelo oscuro, siempre ondulado y abundante, lo tenía aplastado, desgredado. El poco maquillaje que acostumbraba usar se le había corrido. Era evidente que se encontraba abatida; sin embargo, sus ojos irradiaban el mismo brillo y la misma chispa que Kim atesoraba en su memoria.

—Hay algo más que quería decirte —dijo Tracy—. Lo pensé mejor y llegué a la conclusión de que hace falta mucho valor para hacer lo que hiciste hoy con Becky. —Hizo una pausa mientras se mordía el labio—. Sé que yo nunca hubiera podido hacerlo, ni aun cuando fuera cirujana.

—Te agradezco que me lo digas. Gracias.

—Al principio, estaba horrorizada —admitió Tracy.

—El masaje a corazón abierto es un acto desesperado en cualquier circunstancia. Hacerlo con la

propia hija es... bueno, seguramente en el hospital no lo ven con los mismos ojos que tú.

—Lo hiciste por amor. No de presumido, como creí al principio.

—Lo hice porque para mí era obvio que el masaje externo no estaba dando resultado. No podía permitir que Becky se nos fuera de esa forma. Nadie podía explicarse por qué tenía paros cardíacos. Ahora sí entiendo por qué, y también entiendo por qué no funcionaba el masaje externo.

—No tenía idea de que la E. coli pudiera ser una enfermedad tan horrible.

—Yo tampoco.

La campanilla del teléfono los sobresaltó. Kim se abalanzó sobre el aparato.

—Hola —dijo de viva voz.

Tracy notó que su rostro denotaba confusión primero e irritación después.

—Aguarde un momento —interrumpió Kim furioso—. Termine con la perorata. No me interesa en absoluto la tarjeta Visa de su empresa y quiero que desocupe la línea ahora mismo. —Cortó con violencia.

—Parece que estás esperando una llamada —dijo Tracy, en tono insidioso. Se puso de pie—. Estoy molestando. Va a ser mejor que me vaya.

—No —dijo Kim. Pero luego se apresuró a corregirse—. Mejor dicho, sí espero una llamada, pero no por eso tienes que marcharte.

Tracy ladeó la cabeza.

—Estás actuando de un modo extraño. ¿Qué sucede?

—Estoy deshecho. Pero...

El teléfono interrumpió la explicación. Una vez más Kim se apresuró a levantar el tubo y dijo un frenético «hola».

—Soy yo otra vez —contestó Marsha. Y ahora sí encontré algo.

—¿Qué? —preguntó Kim. Con un ademán, le pidió a Tracy que se sentara.

—Algo potencialmente interesante. Hay discrepancias entre la documentación del Departamento de Agricultura y la de Higgins y Hancock del 9 de enero. —¿Cómo es eso?

—Sacrificaron una res adicional al concluir la jornada. En los archivos de la empresa figura como lote treinta y seis, res cincuenta y siete.

—¿Ah sí? ¿Eso de un animal adicional es importante? —Yo diría que sí, pues significa que entonces no fue revisado por el veterinario del USDA.

—¿Quiere decir que pudo haber estado enfermo?

—Existe una gran posibilidad de que sí. Y está sustentada por la factura de compra pertinente. Ese último animal no era un novillo criado para dar carne. Era una vaca lechera comprada a un tal Bart Winslow. —No termino de entender.

—Veamos. Las vacas lecheras suelen ser utilizadas para las hamburguesas. Eso por un lado. Por otro lado, he oído nombrar a Bart Winslow. Es un tipo de la zona, de los que denominamos «de las 4M». Eso quiere decir que va de un sitio a otro recogiendo aquellos animales que ya no les son útiles a los granjeros. Es decir, los animales muertos, maltrechos, moribundos e inútiles. Los lleva a plantas procesadoras para que los conviertan en fertilizante o alimento para animales.

—No estoy seguro de querer escuchar el resto. No me digas que en vez de vendérselos a esas plantas a veces se los venden a los mataderos.

—Al parecer, eso es lo que pasó con este último animal. La res cincuenta y siete del lote treinta y seis debe de haber sido un animal enfermo. —Eso es repugnante.

—Y falta lo peor. Encontré un informe sobre defectos en el proceso emitido por la empresa referido al mismo animal, un registro que nada tiene que ver con que haya estado enfermo o no haya sido visto por el veterinario. ¿Estás preparado para escuchar lo que sigue? Te va a hacer revolver el estómago.

—¡Adelante! —exclamó Kim con tono imperioso.

—¡Uy! Alguien anda en la puerta. ¡Tengo que volver a poner estos papeles en el archivo!

Kim oyó un golpe seco. Luego, alcanzó a percibir el ruido de fondo de papeles seguido del característico sonido de un cajón que se cierra con fuerza.

—¡Marsha! —gritó Kim.

Marsha no volvió a ponerse al teléfono. En cambio, Kim oyó el sonido de un vidrio haciéndose añicos. Fue tal el estruendo que lo hizo sobresaltar. Por una fracción de segundo, apartó involuntariamente el tubo de la oreja.

—¡Marsha! —gritó otra vez, pero ella no respondió. En lugar de su voz, oyó el inconfundible sonido de muebles puestos patas para arriba y derrumbándose contra el piso. Luego, un silencio sepulcral.

—¿Qué sucede? —preguntó Tracy alarmada. ¿Era Marsha Baldwin?

—¡Creo que corre peligro! —dijo Kim abruptamente. ¡Dios mío!

—¿Peligro de qué? —demandó Tracy, percibiendo su desesperación.

—¡Me tengo que ir! ¡Es culpa mía!

—¿Qué cosa es culpa tuya? Por favor, ¿qué está pasando?

Kim no respondió, sino que giró sobre sus talones y salió como un rayo de la casa. En medio del apuro, dejó la puerta de entrada entreabierta. Tracy corrió tras él, queriendo averiguar adónde se dirigía.

—Quédate aquí —le gritó él, justo antes de subirse al auto.

Enseguida vuelvo.

La puerta del lado del conductor se cerró de un portazo. Un momento más tarde, se oyó el rugido del motor que se encendía. Kim aceleró a fondo y salió dando marcha atrás hacia la calle. Luego partió raudamente en medio de la noche.

Tracy se pasó la mano por el pelo enmarañado. No tenía noción de lo que sucedía ni de qué hacer. Al principio, pensó en subirse al auto y regresar a su casa. Pero el frenesí de Kim la había dejado preocupada y quería saber a qué se debía. Además, estar en su casa no le hacía mucha gracia; ya había escapado de allí un rato antes.

La fría lluvia finalmente la ayudó a decidirse. Se dio vuelta y volvió a la casa. Tal como le había sugerido Kim, esperaría ahí.

La persecución se había iniciado con el estruendo del vidrio de la puerta haciéndose añicos. Una mano enguantada se había introducido a través de los bordes cortantes y había girado, la llave. Luego, la puerta se abrió, golpeando contra la pared. Marsha había dejado escapar un leve chillido.

Estaba en presencia de un hombre delgado y de tez oscura que blandía un largo cuchillo. Al verlo avanzar hacia ella, se dio vuelta y emprendió la huida, volcando las sillas que dejaba a su paso con la esperanza de hacerle más difícil la tarea a su perseguidor. Instintivamente, supo que él había ido a matarla.

Con desesperación, abrió la puerta trasera. A sus espaldas, oía todo tipo de maldiciones en español y sillas tumbándose estrepitosamente. No se atrevió a mirar atrás. Una vez en el pasillo, corrió a toda prisa en busca de alguien, aunque más no fuera el atemorizante guardia. Intentó gritar pidiendo ayuda pero, debido al esfuerzo puesto en la fuga, la voz le salía ronca. Pasó zumbando por las oficinas vacías. Al final del pasillo, arremetió hacia el interior de un comedor. Sobre una de las tantas largas mesas, había una pequeña cantidad de cajas de almuerzo y termos, pero por ninguna parte se alcanzaba a ver a sus dueños. A sus espaldas oía, cada vez más cerca, las fuertes pisadas que corrían para alcanzarla.

En el extremo opuesto del comedor, había una puerta abierta. Al otro lado, un tramo de escalera que terminaba en una pesada puerta contrafuego. Sin mucho para elegir, Marsha atravesó el salón corriendo, desparramando a su paso cuanta silla le fue posible. Trepó los escalones de a dos. Cuando llegó a la puerta contrafuego, le faltaba el aire. A sus espaldas, oía a su perseguidor maniobrando con las sillas dadas vuelta.

Marsha abrió la puerta de un tirón y se abalanzó hacia el interior de una sala amplia y fría. Ese era el piso de matanza; sumido en la semipenumbra que creaban las espaciadas lamparillas de noche, tenía una apariencia tan espectral como extraña, máxime porque no hacía mucho que acababa de ser limpiado a vapor. Un velo de niebla gris y helada envolvía las fantasmales pasarelas metálicas, los siniestros ganchos que colgaban de los rieles del techo y los equipos de acero inoxidable del matadero.

El laberinto de máquinas trababa su avance. La veloz carrera se transformó en un simple caminar. Gritaba desesperadamente pidiendo auxilio, pero sólo oía su propia voz retumbar contra las frías y solitarias paredes de cemento.

Detrás, la puerta contrafuego se abrió bruscamente. Estaba tan cerca de su perseguidor que alcanzaba a oírlo jadear.

Marsha se refugió tras un monstruoso equipo y se acurrucó de forma de quedar oculta bajo las sombras que proyectaba una escalera con peldaños de enrejado metálico. En vano trataba de dominar su respiración.

No se oía ni un solo ruido, salvo el lento gotear de agua en algún lugar cercano. Los empleados de limpieza tenían que estar por alguna parte. Sólo tenía que encontrarlos.

Se arriesgó y echó un vistazo a la puerta contrafuego. Estaba cerrada. Al hombre no lo vio.

El repentino sonido seco de la llave de un interruptor la estremeció. Al instante, el recinto se vio inundado por una luz inclemente. Marsha sintió que el corazón corría dentro de su pecho. Con las luces encendidas, tarde o temprano la iban a encontrar.

Un nuevo vistazo a la puerta la ayudó a decidirse. Su única posibilidad era escapar por el mismo camino que había venido.

Salió entonces de su escondite y se lanzó, a la carrera, hacia la puerta contrafuego. Sujetando la manija, tiró de ella con fuerza.

La pesada puerta se entreabrió, pero casi en el acto Marsha no pudo moverla más. Alzó la vista. Sobre su hombro, había un brazo tatuado apuntalando la puerta para que no se abriera.

Marsha se dio vuelta y apretó la espalda contra la puerta. Con un miedo atroz, miró fijo a los fríos ojos negros del hombre. El monstruoso cuchillo estaba ahora en la mano izquierda.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —gritó Marsha.

Carlos no respondió. En cambio, esbozó una sonrisa fría. Jugueteaba con el cuchillo, pasándoselo de una mano a la otra.

Marsha trató de escapar de nuevo pero, en medio de su desesperada prisa, se resbaló y cayó en el cemento húmedo y manchado. Quedó tendida sobre el piso helado. En un abrir y cerrar de ojos, Carlos ya se encontraba encima de ella.

Rodando por el piso, Marsha intentó arrebatarse el cuchillo con ambas manos, pero el filo cortante de la hoja le hizo un tajo que le atravesó la palma, llegándole hasta el hueso. Intentó gritar, pero Carlos le tapó la boca con la mano izquierda.

Mientras Marsha luchaba por librarse de la mano de su atacante, él enseguida levantó su arma en el aire y le asestó un golpe terrible en la cabeza con el grueso mango. El cuerpo de la joven se aflojó en el acto.

Carlos se puso de pie y respiró profundo un par de veces. Después, cruzó los brazos de Marsha de modo que las manos cortadas reposaran sobre su vientre. Levantándole los pies, la arrastró por todo el piso del sector matanza hasta la rejilla que se encontraba al final de la manga del ganado. Se acercó a una caja de conexiones eléctricas y activó el interruptor, con lo cual puso en funcionamiento las maquinarias.

Kim conducía como un loco, sin hacer caso del pavimento resbaladizo a causa de la lluvia. Lo mortificaba pensar qué suerte habría corrido Marsha en la oficina de archivos de Higgins y Hancock. Se encontró deseando que hubiera sido sorprendida por un guardia de seguridad, aun cuando eso significara su arresto. No quería considerar ninguna otra posibilidad peor.

Al llegar a la playa de estacionamiento ubicada al frente de la inmensa planta, advirtió que había muy pocos vehículos estacionados dispersos por el lugar. Alcanzó a ver el auto de Marsha en un extremo, lejos de la entrada.

Estacionó frente justo a la entrada principal del edificio. Se bajó de un salto. Intentó abrir la puerta. Estaba cerrada con llave. Golpeó fuerte con el puño. Ahuecando las manos alrededor de la cara, escudriñó el interior. Lo único que llegaba a divisar era un pasillo desierto y apenas iluminado. No había ningún guardia de seguridad a la vista.

Kim aguzó el oído. No se oía sonido alguno. Su preocupación se acentuó. Alejándose de la puerta, inspeccionó la fachada del edificio. Había varias ventanas que daban al estacionamiento.

Se bajó de la losa de hormigón de la entrada y se encaminó hacia el norte, bordeando el costado del edificio. Examinó cada una de las ventanas que aparecía en su camino e intentó abrirlas. Todas estaban trancadas.

Al mirar por la tercera de ellas, se encontró con armarios, sillas dadas vuelta y, lo que supuso era el celular de Marsha sobre la mesa. Al igual que las anteriores, esta también estaba cerrada. Sin

dudarlo un segundo, se agachó a recoger una de las pesadas piedras que marcaban el límite de la playa de estacionamiento. Levantándola hasta la altura de los hombros, la arrojó a la ventana. Luego del sonido del vidrio haciéndose añicos se oyó un tremendo estruendo cuando la piedra rebotó en el piso de madera y fue a golpear contra varias de las sillas volcadas.

Carlos interrumpió lo que estaba haciendo para detenerse a escuchar. Desde donde él se encontraba, en la sala de deshuesado —el sitio donde se corta la mejilla y la lengua de la cabeza del animal— el sonido de la pedrada de Kim se oyó apenas como un golpe sordo. Sin embargo, siendo un ladrón experimentado, sabía muy bien que no podía pasar por alto ningún ruido inesperado, pues invariablemente presagiaban problemas.

Después de cerrar la tapa del tambor, apagó la luz. Se quitó el ensangrentado guardapolvo blanco y los guantes de goma amarillos de tamaño industrial que tenía puestos. Acomodó esos artículos debajo de una pileta. Recogiendo su cuchillo, salió silenciosa pero velozmente del recinto y se dirigió al sector de matanza. También allí apagó la luz. Una vez más, se detuvo a escuchar. Habría emprendido la retirada hacia la manga si no fuera que aún no había terminado del todo.

Kim entró de cabeza por la ventana. Hizo todo lo posible para no caer sobre los fragmentos de vidrio roto que estaban esparcidos por el piso, pero no lo logró del todo. Al ponerse de pie, tuvo que sacarse, con sumo cuidado, algunas astillas de las palmas de las manos. Luego examinó detenidamente la oficina. Advirtió una luz roja intermitente en un detector de movimiento ubicado en un rincón del techo, pero no le prestó atención.

El celular abandonado, las sillas volcadas, sumado al vidrio destrozado en la puerta que daba al pasillo principal lo convencieron de que se hallaba en la misma oficina en que había estado Marsha cuando lo llamó por teléfono. Reparó, además, en la puerta abierta en la parte trasera de la oficina y supuso que, tras ser sorprendida, había huido por allí.

Salió de prisa por esa segunda puerta y miró todo el largo de un pasillo posterior desierto. Se detuvo un instante. No se oía el más mínimo ruido, lo que no hizo más que contribuir a avivar su creciente preocupación.

Echó entonces a correr por el pasillo abriendo rápidamente cada una de las puertas que encontraba a su paso. Echó un vistazo a depósitos, armarios con elementos de limpieza, un vestuario y varios baños. Al final del pasillo, llegó a un comedor. Se detuvo en la entrada. Lo que atrajo poderosamente su atención fue el tendal de sillas volcadas que conducía a una puerta del fondo. Kim siguió la huella dejada por las sillas, pasó por la puerta y ascendió un tramo de escalones. Abrió la puerta contrafuego de un tirón y dio un paso adentro.

Se detuvo una vez más. No sabía qué hacer. Se hallaba en un recinto totalmente cubierto por un laberinto de máquinas y plataformas aéreas de metal que proyectaban sombras grotescas.

Sintió un poderoso hedor que le resultó vagamente conocido. Su mente trataba de hacer memoria. En cuestión de segundos, hizo la asociación: el olor le traía a la memoria una autopsia que había observado cuando cursaba el segundo año de medicina. Un escalofrío le recorrió el cuerpo tras

desenterrar ese desagradable recuerdo casi totalmente reprimido.

—¡Marsha! —gritó con desesperación. ¡Marsha!

No hubo ninguna respuesta. Lo único que alcanzó a oír fueron los numerosos ecos de su propia voz frenética.

Inmediatamente a la derecha había un puesto de incendio equipado con un extinguidor, una linterna profesional y una vitrina que contenía una manguera de lona para incendios y un hacha de bombero de mango largo. Kim arrancó la linterna de su lugar y la encendió. El haz de luz concentrado iluminaba angostas secciones cónicas del recinto y proyectaba formas aún más grotescas sobre las paredes.

Kim se adentró en ese mundo extraño, y con el haz de luz describía arcos veloces. Procedió en el sentido de las agujas del reloj, bordeando las máquinas y yendo más allá para hacer una inspección más minuciosa.

Después de unos minutos, se detuvo y volvió a llamar a gritos el nombre de Marsha. Además de los ecos de su propia voz, lo único que alcanzaba a oír era agua que goteaba.

Hacia adelante, el haz de luz iluminó de pasada una rejilla. Volvió la linterna hacia ella. En el centro, se veía una mancha oscura. Avanzando hacia la rejilla, se inclinó y dirigió la luz de lleno sobre la mancha. Vacilante, extendió el dedo índice y la tocó. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¡Era sangre!

Carlos se había arrinconado contra la pared de la sala de deshuesado, justo en el borde de la abertura sin puerta que conducía al sector de matanza. Se venía replegando ante el inexorable avance de Kim. Carlos lo había visto por primera vez cuando recorrió el pasillo posterior en clara misión de búsqueda.

Carlos ignoraba por completo la identidad del desconocido y, al principio, supuso que el hombre se daría por satisfecho con algunas vueltas por el sector de oficinas de la planta. Sin embargo, no bien entró en el sector de matanza y gritó el nombre de Marsha, comprendió que tendría que asesinarlo.

Sin embargo, eso no lo desanimó. Las eventualidades eran un factor habitual en ese tipo de trabajo. Por otra parte, imaginó que le pagarían más, quizás hasta el doble. Tampoco le preocupaba el tamaño del desconocido ni su probable fuerza. Carlos contaba con toda su experiencia y el beneficio de la sorpresa, además de lo más importante, su cuchillo favorito, que en ese preciso instante sostenía con la mano derecha, cerca de su cabeza.

Con suma cautela, se asomó por la abertura a fin de poder ver lo que acontecía en el piso de matanza. Ahora era fácil ver por dónde venía el sujeto, todo gracias a la linterna. Vio que se enderezaba luego de observar la rejilla ubicada en su puesto de trabajo.

De repente, la linterna iluminó en dirección a él. Se alejó del haz de luz, tomando los recaudos para evitar que la hoja del cuchillo fulgurara en la oscuridad. Contuvo la respiración al ver que el sujeto se le aproximaba paulatinamente, escudriñando el sector de piso de matanza con amplios movimientos del haz de luz.

Carlos se agazapó contra la pared y tensó los músculos. El desconocido se dirigía a la sala de

deshuesado, tal como suponía. La luz de la linterna revoloteaba por la sala con un resplandor cada vez más intenso. Carlos sintió que su pulso se aceleraba al tiempo que la adrenalina le corría por el cuerpo. Adoraba esa sensación. Era como una velocidad creciente.

Kim sabía que el matadero había funcionado durante el día, y por eso la presencia de sangre no debería haberlo sorprendido. Sin embargo, esa sangre estaba sin coagular y parecía fresca. No quería ni pensar que pudiera pertenecer a Marsha; la posibilidad de que así fuera revivió en él su habitual furia. Ahora deseaba encontrarla hasta con más urgencia que antes, y si de hecho estuviera herida, quería hallar al responsable.

Luego de haber registrado el sector de matanza, Kim decidió ampliar la búsqueda en otras áreas de la gigantesca planta. Se dirigió hacia el único pasadizo que había visto abierto, alerta ante la o las personas que ya habían derramado sangre.

Esa cautela fue la que lo salvó en el instante siguiente. Por el rabillo del ojo, percibió un movimiento repentino que venía del costado y se dirigía hacia él. Reaccionando por reflejo, saltó hacia adelante, protegiéndose con la larga linterna contra algo que, en apariencia, era un golpe.

Carlos se había abalanzado desde las sombras, con la esperanza de clavarle una rápida puñalada en el costado, extraer el cuchillo y alejarse unos instantes. Su plan era acabar con él una vez que se hubiera debilitado. Sin embargo, el arma erró su objetivo y sólo hizo un corte superficial en la mano de la víctima.

Mientras Carlos intentaba recuperar el equilibrio, Kim le pegó con la linterna. Sólo le dio en el hombro, y el golpe fue tan indirecto que no llegó a lastimarlo, aunque le hizo perder el equilibrio y lo tiró al suelo. Kim huyó antes de que atinara a levantarse. Atravesó corriendo la sala de deshuesado de cabeza e ingresó en el sector central de deshuesado. Este recinto tenía casi el mismo tamaño que el de matanza, y era un poco más oscuro. Había allí un laberinto de largas mesas de acero inoxidable y cintas transportadoras. Arriba se extendía una telaraña de pasarelas metálicas que usaban los supervisores para vigilar cómo se realizaba el típico faenamamiento de las reces en las mesas de abajo.

Kim buscaba desesperado algún tipo de arma con que poder enfrentarse al imponente cuchillo. Como había apagado la linterna y temía volver a encenderla, lo único que podía hacer era tantear entre las mesas como ciego. No encontró nada.

Un enorme barril vacío para basura se cayó al tropezar Kim con él. Extendió los brazos desesperado y lo detuvo para que no empezara a rodar y delatara su ubicación. Dirigió la mirada al pasadizo y notó la silueta del hombre del cuchillo. La luz le dio de atrás por un instante, antes de que se deslizara entre las sombras.

Kim tembló de miedo. Lo estaba persiguiendo un hombre, sin duda un asesino, armado con un cuchillo en un entorno totalmente desconocido y oscuro, y no tenía manera de protegerse. Sabía que debía permanecer oculto. No podía permitir que el hombre se le acercara. Aunque había logrado eludir la primera cuchillada, era inteligente y sabía que la suerte no lo acompañaría tanto una segunda vez.

De pronto se sobresaltó con el súbito chirrido que anunciaba el arranque de la maquinaria. A su alrededor, la madeja de cintas transportadoras comenzó su ruidoso funcionar. Al mismo tiempo, el

recinto quedó inundado con una luz intensa y fluorescente. A Kim el corazón le saltó a la boca. Se había esfumado toda posibilidad de permanecer escondido en el recinto laberíntico.

Se agachó lo mejor que pudo detrás del barril de plástico. Miró por debajo de las mesas de deshuesado y vio al hombre tatuado que lo venía persiguiendo. El extraño avanzaba con lentitud por el pasillo del fondo con las dos manos levantadas. En la derecha sostenía el cuchillo que, según observó Kim, tenía más o menos el tamaño de un machete.

Kim entró en pánico. Carlos estaba a sólo un corredor de distancia. Sabía que lo vería no bien mirara hacia el pasillo donde se había escondido. Era cuestión de segundos.

Siguiendo un impulso, Kim se puso de pie de un salto, asiendo el barril de plástico con ambas manos. Lanzó un alarido como el de un guerrero celta al inicio de una batalla, y se abalanzó contra su enemigo. Escudándose tras el barril, Kim chocó con el mejicano, que aún blandía el cuchillo.

Lo había derribado. Pero a pesar del *shock* del ataque inesperado y el fuerte impacto, Carlos conservaba tal presencia de ánimo que no soltaba su arma.

Gracias a ese ataque, Kim logró alejarse bastante. Echó el barril a un lado y, a toda velocidad, cubrió la extensión de la sala. Sabía que no había logrado más que derribar momentáneamente a su contrincante; de ninguna manera lo había sacado de juego. Intuyó que la mejor posibilidad que tenía era huir de nuevo y, atravesando otra abertura sin puerta, entró en un bosque de reses, frío, brumoso y sombrío. Las reses estaban cortadas en mitades y colgaban de unos ganchos conectados a un sistema de rodillos adosado al techo. No había otra luz que la de los tubos muy espaciados, colocados a lo largo de un pasillo central que separaba las extensas filas de reses en refrigeración.

Se lanzó por el corredor central buscando desesperado un lugar donde ocultarse. Hacía tanto frío en la cámara frigorífica que se veían los vahos de su respiración agitada. No era mucho lo que había avanzado cuando llegó a un pasillo perpendicular en donde percibió la anhelada luz verde de una señal de salida. Se dirigió derecho a ella, pero en ese instante descubrió que la puerta estaba asegurada con cadena y un robusto candado.

Kim oyó luego el sonido distante pero inconfundible de los pasos del perseguidor sobre el piso de cemento. Se dio cuenta de que estaba acercándose y, nuevamente, entró en pánico. Con la mayor celeridad posible, recorrió el contorno de la sala buscando otra salida. Cuando la encontró, vio que por desgracia también estaba cerrada con cadena.

Kim continuó su curso, desalentado. El recinto era descomunal. Deslizándose por el pequeño espacio que quedaba entre la pared externa y las reses que pendían del techo, llegó luego al cabo de unos minutos a un rincón, donde giró noventa grados. Allí su avance se tornó más fácil. Justo antes de llegar al corredor central que iba de un extremo al otro del lugar dio con una puerta interna. Intentó abrirla y, tras el alivio de descubrir que no estaba cerrada, accedió a una habitación oscura. Junto a la puerta había un interruptor de luz, que Kim accionó. La habitación era un enorme depósito con estanterías de acero.

En medio de su desesperación, enfiló hacia adentro abrigando la esperanza de hallar algo que pudiera usar como arma. Hizo una veloz inspección del lugar, en vano. No encontró más que repuestos pequeños de los cojinetes empleados en el sistema de rodillos del techo y una caja de cartón con sellos que usaban los inspectores para clasificar la carne como «seleccionada», «de calidad» y «de primera calidad». El único objeto relativamente grande era una escoba.

La tomó, pensando que una escoba era mejor que nada. Regresó a la parte delantera del cuarto con la intención de salir, y en ese momento oyó las pisadas de su perseguidor. El hombre estaba cerca, a una distancia no mayor de seis metros, y caminaba por el pasillo central, aproximándose cada vez más.

Nuevamente dominado por el pánico, cerró la puerta del depósito con la mayor rapidez y el menor ruido posibles. Sosteniendo la escoba por la punta del mango con ambas manos, se aplastó contra la pared, a la derecha de la puerta.

Las pisadas se detuvieron. Kim oyó al hombre que maldecía. Las pisadas revivieron y aumentaron su intensidad hasta detenerse justo frente a la puerta.

Kim contuvo la respiración. Tomó el palo de la escoba con más fuerza aún. Durante un instante de sufrimiento total, no sucedió nada. Luego notó que el picaporte de la puerta empezaba a girar. ¡Estaba entrando!

El corazón empezó a latirle acelerado. La puerta se abrió de golpe. No bien Kim percibió que el hombre entraba, apretó los dientes y arremetió con la escoba a la altura del pecho con toda la fuerza de su alma. La casualidad hizo que golpeará a su contrincante directamente en la cara y lo tirara más allá de la puerta. El efecto de lo inesperado y la fuerza del impacto hicieron que el cuchillo se le escapara de las manos y cayera al piso.

Sin soltar la escoba que sostenía en la mano izquierda, Kim se lanzó a recoger el arma del asesino. Cuando la tomó, sin embargo, descubrió que en vez de un cuchillo era una linterna.

—¡No se mueva! —ordenó una voz.

Kim se enderezó y miró hacia la luz enceguecedora de otra linterna. Para protegerse del fulgor, se llevó la mano instintivamente hacia los ojos. En ese momento descubrió quién era el individuo tirado en el piso. No se trataba del mejicano, sino de un hombre vestido con una camisa con el logotipo de Higgins y Hancock. Era un guardia de seguridad y se estaba tapando la cara con ambas manos. Le salía sangre de la nariz.

—Suelte la escoba —ordenó una voz detrás de la luz.

Kim soltó la escoba y la linterna, que cayeron al suelo con un estrépito.

El potente rayo de la linterna menguó, y Kim observó con absoluto alivio que ante él había dos policías uniformados. El que no estaba sosteniendo la linterna asía un revólver con ambas manos y apuntaba directamente a él.

—¡Gracias a Dios! —logró pronunciar, aunque estaba frente al caño de un arma que lo apuntaba a menos de tres metros de distancia.

—¡Cierre la boca! —exigió el policía del revólver. ¡Venga para acá y póngase contra la pared!

Kim estaba más que feliz de poder obedecerlo. Salió del depósito y puso las manos contra la pared, como había visto que se hacía en las películas.

—Regístrelo —ordenó el policía.

Kim sintió cómo lo palpaban en los brazos, piernas y torso.

—Está limpio. —¡Dese vuelta!

Kim obedeció, con las manos en alto para evitar cualquier malentendido respecto de sus intenciones. Estaba tan cerca de los agentes que podía leer los nombres en sus insignias. El del revólver se llamaba Douglas Poster. El otro era Leroy McHalverson. El guardia de seguridad se

había puesto de pie y se estaba llevando un pañuelo a la nariz que recién le habían torcido. La parte metálica del mango de la escoba lo había golpeado con tanta fuerza que se la había quebrado.

—Póngale las esposas —dijo Douglas.

—¡Eh, no, espere! —exclamó Kim. Yo no soy al que tiene que esposar.

—¡No me diga! —respondió Douglas con sorna. ¿A quién sugiere que esposemos, entonces?

—Hay alguien más acá. Un hombre fibroso y morocho con tatuajes y un cuchillo gigantesco.

—Y con un casco de hockey, seguro —agregó Douglas, burlón. Y se llama Jason.

—Hablo en serio —dijo Kim. Yo vine a este lugar por una mujer que se llama Marsha Baldwin.

Los dos policías se miraron.

—¡Créanme! —se defendió Kim. Marsha Baldwin es inspectora del USDA. Estaba cumpliendo unas tareas aquí. Yo estaba hablando con ella por teléfono cuando alguien la sorprendió. Oí que se rompían unos vidrios y había un forcejeo. Cuando llegué acá para buscarla y ayudarla, me atacó un hombre armado con un cuchillo, supuestamente el mismo que atacó a la señorita Baldwin.

Los policías seguían sin creerle.

—Miren, soy cirujano del Centro Médico Universitario —explicó Kim. Metió la mano en el bolsillo de su saco blanco todo manchado y se puso a buscar torpemente en su interior. Douglas apretó el revólver aún más. Kim extrajo una tarjeta plastificada con su identificación del hospital y se la ofreció a Douglas, quien le hizo un gesto a Leroy para que la tomase.

—Parece auténtica —comentó Leroy después de un breve escrutinio.

—Cómo no va a ser auténtica —respondió Kim.

—¿Qué les pasa a ustedes, los médicos, renunciaron a la higiene personal? —preguntó Douglas.

Kim se pasó la mano por la barba descuidada y echó un vistazo a su saco sucio y sus raspones. No se había duchado, afeitado ni cambiado de ropa desde la mañana temprano del viernes.

—Ya sé que mi apariencia no es la mejor —reconoció—. Hay una explicación, sin embargo. Pero por el momento lo que más me preocupa es la señorita Baldwin y saber dónde está el hombre del cuchillo.

—¿Qué nos puede decir, Curt? —le preguntó Douglas al guardia de seguridad—. ¿Estuvieron por acá una inspectora del USDA o un hombre raro, morocho y con tatuajes?

—Que yo sepa, no —respondió Curt—. Por lo menos no entraron mientras yo estuve de guardia. Hoy entré a trabajar a las tres de la tarde.

—Qué lástima, hombre —se dirigió Douglas a Kim. Fue un buen intento.

Luego se dirigió a Leroy y agregó:

—Espóselo.

—Espere un segundo —dijo Kim. Hay sangre en la otra habitación, y puede ser que sea de la señorita Baldwin.

—¿Dónde? —preguntó Douglas.

—Sobre una rejilla. Venga que le muestro.

—Esto es un matadero —señaló Curt—. Siempre hay sangre.

—Pero esta sangre parecía fresca.

—Póngale las esposas y vayamos a ver —decidió Douglas.

Kim permitió que le colocaran las esposas con los brazos tras la espalda. Luego lo hicieron

caminar delante de ellos por la cámara frigorífica. En la sala de deshuesado, Curt pidió a los policías que esperaran a que apagara las luces y las cintas transportadoras.

—Esta maquinaria la encendió el hombre del cuchillo —señaló Kim.

—Ah, por supuesto —respondió Douglas.

Kim no intentó discutir y se abstuvo de señalar el barril de basura que había tirado contra una de las mesas de deshuesado. Estaba seguro de que la sangre convencería a los policías de que no estaba mintiendo.

Los condujo a la rejilla en cuestión. Cuando Curt dirigió la linterna hacia allí, Kim notó desilusionado que no quedaban huellas de la sangre que había visto.

—¡Acá había sangre! —discutió, negando con la cabeza. Alguien la lavó con una manguera.

—Seguro que fue el hombre del cuchillo, ¿no? —comentó Leroy con una risita.

—¿Y quién más? —agregó Douglas, jocoso.

—Esperen —pidió, desesperado. Tenía que hacer que le creyeran—. ¡El teléfono! Ella estaba hablando conmigo por su celular. Tiene que estar en la oficina de archivos.

—¡Pero qué original! —comentó Douglas—. La verdad es que hay que reconocer que es muy creativo. —Miró a Curt—. ¿Qué le parece si echamos un vistazo? De todos modos nos queda de paso para salir.

—Cómo no.

Mientras Curt mostraba el camino hacia la oficina de archivos, seguido por Kim y Douglas, Leroy se dirigió al patrullero a comunicarse con la seccional. Al llegar a la puerta de la oficina de archivos, el guardia dio un paso al costado y dejó que los otros dos entraran. La frustración invadió a Kim no bien ingresaron en el recinto. Alguien había ordenado las sillas; y lo peor era que ya no estaba el teléfono celular.

—Lo vi acá, se lo juro —insistió—. Y algunas sillas estaban patas arriba.

—Yo no vi ningún teléfono cuando vine a investigar quién había entrado —comentó Curt—. Y las sillas estaban igual que ahora.

—¿Y qué puede decirme del vidrio destrozado de la puerta? —preguntó Kim alterado. Señaló la puerta que daba al pasillo principal—. No tengo dudas de que ese fue el ruido de vidrios que oí que se rompían cuando hablaba con ella.

—Supuse que el destrozo de la ventana era parte de los daños causados por el intruso —dijo Curt—. Igual que con la ventana.

—Imposible. Yo fui el que rompió la ventana, pero el panel de la puerta ya estaba roto cuando llegué. Fijese, el vidrio que cayó del panel de la puerta estaba del lado de adentro. El que lo rompió tuvo que haber estado en el pasillo.

—Hmm —murmuró Douglas. Observó detenidamente el vidrio roto al pie de la puerta—. En eso tiene razón.

—¡Su auto! —exclamó Kim, con una nueva idea en mente. Todavía tiene que estar afuera. Es un Ford sedan amarillo y está estacionado en la parte de atrás del edificio.

Antes de que Douglas pudiera responder ante esta nueva sugerencia, Leroy había regresado del patrullero. Su carota se había iluminado con una sonrisa mordaz.

—Acabo de hablar con la seccional —comentó—. Hicieron unas rápidas averiguaciones sobre el

doctorcito, ¿y adivinen lo que me dijeron? No tiene un expediente limpio. Fue detenido anoche, sin ir más lejos, por intrusión, resistencia a la autoridad, ataque a un oficial de policía y agresión física a un gerente de una empresa de comida rápida. Ahora está en libertad bajo fianza.

—¡Pero qué tenemos acá! —comentó Douglas. ¡Un reincidente! Muy bien, doctor, ya basta. Viene con nosotros.

Domingo 25 de enero, cerca del mediodía

Para Kim era una experiencia de *Déjà vu*. De vuelta en la misma sala de tribunal, con el mismo juez. La única diferencia real era el clima: esta vez no brillaba el sol sino que estaba nublado con nevadas intermitentes, y el humor del juez Harlowe hacía juego con el mal tiempo.

Kim estaba sentado a una deteriorada mesa de biblioteca junto a Tracy. Parado delante de ellos se hallaba Justin Devereau, abogado y viejo amigo de Kim. Era un hombre de aspecto aristocrático, egresado de Harvard, que siguió el viejo consejo de ir a radicarse al Oeste y fundó uno de los estudios jurídicos más prósperos de la ciudad. Su índice de asuntos ganados era incomparable. Sin embargo, esa mañana en particular, parecía preocupado. Había estado librando una batalla nada fácil contra la furia del juez Harlowe.

Kim tenía peor aspecto que nunca después de haber pasado otra noche preso, con la misma ropa. Todavía no se había afeitado ni bañado. Además, se le notaba una gran preocupación por el desenlace de ese trámite judicial. No tenía el menor deseo de volver a la cárcel. Justin carraspeó.

—Permítame reiterar que el doctor Reggis ha sido un auténtico pilar de la sociedad hasta la trágica enfermedad de su hija.

—La enfermedad de su hija fue la causa de que tuviera que presentarse ayer ante este tribunal, doctorrespondió el juez, impaciente. No me gusta ver la misma cara dos veces en el fin de semana que estoy de turno. Es un agravio a mi decisión de haber permitido que este individuo saliera en libertad después de su primera infracción.

—La muerte reciente de la niña lo ha perturbado enormemente, Su Señoría —insistió Justin.

—Eso se ve. Lo que hay que evaluar es si, en el estado en que está, constituye, o no, una amenaza para la sociedad.

—Fueron episodios aberrantes que no volverán a repetirse —afirmó Justin. Como he dicho, el doctor Reggis está sumamente arrepentido de su comportamiento imprudente.

El juez jugueteaba con sus anteojos. Sus ojos se posaron luego en los de Kim. Debía admitir que en efecto, el hombre parecía arrepentido. También triste. El juez miró a Tracy, cuya presencia y testimonio lo habían impresionado.

—Está bien —aceptó—. Podrá salir bajo fianza, pero lo que me convenció no fue su florida retórica propia de universidades elegantes sino el hecho de que la exesposa del doctor Reggis haya consentido amablemente en acercarse a este tribunal y certificado la personalidad de este señor. Por la experiencia que tengo en estos casos, su testimonio me resulta convincente. Se fija una fianza de cinco mil dólares, y fecha del juicio dentro de cuatro semanas. ¡Siguiente caso!

El juez golpeó el mazo y tomó el siguiente grupo de hojas.

—Discúlpeme, Su Señoría —interrumpió Justin. Aquí no hay riesgo de fuga, por lo cual cinco mil dólares es una suma a todas luces excesiva.

El juez lo miró por encima de sus anteojos de lectura y arqueó las cejas.

—Voy a hacer de cuenta que no oí esto último, y le aconsejo que no arriesgue innecesariamente la suerte de su cliente, doctor. ¡Siguiente caso, por favor!

Justin se encogió de hombros y emprendió presuroso la retirada hacia donde estaban Kim y Tracy. Recogió sus cosas, y les indicó con una seña que salieran tras él del recinto.

Con la ayuda de Justin, pagaron la fianza con rapidez. En menos de media hora el grupo salió de tribunales y se internó en la nublada mañana invernal. Hicieron un alto al pie de las escalinatas del edificio. Alguno que otro copo de nieve caía en forma aislada desde el cielo.

—Al principio temí que Harlowe no autorizara la fianza —comentó Justin. Por lo que dio a entender el juez, creo que puedes considerarte afortunado.

—Dadas las circunstancias, me es muy difícil considerarme afortunado —respondió Kim con poco entusiasmo. Pero gracias por tu ayuda. Lamento haberte molestado un domingo a la mañana.

—Con todo gusto —dijo Justin. Lamento mucho lo de Becky. Mi más sentido pésame para ambos. Kim y Tracy le agradecieron.

—Bueno, me tengo que ir —dijo Justin tocando el ala de su sombrero. Nos vemos. Les deseo lo mejor en este trance tan difícil.

Le dio un beso a Tracy en la mejilla y estrechó la mano de Kim antes de partir. Había caminado sólo unos pasos, cuando se detuvo.

—Un consejo para ti, Kim. Que no te vuelvan a detener, porque en tal caso te aseguro que no podrás salir bajo fianza. Los arrestos reiterados como los que has tenido te ponen obviamente en una categoría especial.

—Entiendo —respondió Kim. Tendré cuidado. Kim y Tracy observaron alejarse a Justin hasta estar seguros de que no pudiera oírlos. Entonces se volvieron el uno hacia el otro.

—Ahora quiero que me cuentes qué fue de veras lo que ocurrió —dijo Tracy.

—Te voy a contar todo lo que sé —respondió él, pero primero tengo que recoger mi auto. ¿Te molesta llevarme hasta Higgins y Hancock?

—En lo más mínimo. Ya había pensado en ello.

—Hablamos en el auto —sugirió él. Cruzaron la calle para dirigirse al estacionamiento.

—Estoy viviendo una pesadilla —confesó Kim.

—Como te dije anoche, los dos necesitamos ayuda. Y quizás seamos las únicas personas que podemos brindárnosla. —Kim suspiró.

—Pensarás que estoy loco por meterme de cabeza en esta cruzada contra la E. coli. Acaba de morir nuestra hija, y lo único que se me ocurre hacer es andar de un lado para el otro como si fuera un investigador de capa y espada. —Meneó la cabeza y agregó—: Todos estos años me enorgullecía de ser el fuerte, pero ahora me doy cuenta de que en realidad eres tú quien tiene fuerza interior. Sé que no puedo negar eternamente la muerte de Becky, pero en este momento no puedo enfrentarla. Espero que comprendas que no estoy en condiciones de hacerlo.

Tracy permaneció largo rato en silencio. Luego estiró una mano y la apoyó sobre el brazo de Kim.

—Te entiendo —dijo. Y no quiero presionarte. Inclusive voy a ayudarte en tu investigación, pero no podrás negar eternamente la muerte de Becky.

Kim asintió con la cabeza.

—Lo sé —susurró—. Y gracias.

El viaje fue rápido. Kim le contó todos los detalles, desde el momento en que Marsha llamó a su

puerta hasta que la policía lo detuvo. Cuando describió cómo había sido atacado con un cuchillo, Tracy se horrorizó. Kim hasta le mostró el tajo que le habían hecho en el dorso de la mano.

—¿Qué aspecto tenía el hombre? —preguntó ella, estremecida. No podía imaginarse el espanto de ser atacado en la oscuridad del matadero.

—Todo ocurrió tan rápido, que no podría describírtelo muy bien.

—¿Viejo, joven? —insistió Tracy—. ¿Alto, bajo? —Por alguna razón inexplicable quería formarse una imagen del sujeto.

—Moreno —respondió Kim. Piel morena, pelo oscuro. Creo que era mejicano, o por lo menos latinoamericano. Delgado pero de buena musculatura, y tenía muchos tatuajes.

—¿Por qué no se lo dijiste a Justin?

—¿De qué habría servido?

—Podría haberle dicho algo al juez —insistió ella.

—No habría cambiado nada. A lo mejor hasta empeoraba las cosas. Es decir, suena muy poco creíble, y además yo lo único que quería era salir de ahí para pensar qué hacer.

—¿Así que crees que Marsha Baldwin todavía está en Higgins y Hancock? ¿Y que la retienen contra su voluntad?

—Eso, o algo peor. Si lo que vi fue sangre humana, hasta podría ser que la hubieran asesinado.

—No sé qué decir —admitió Tracy.

—Ni yo —dijo Kim. Sigo teniendo la esperanza de que haya escapado. Mejor llamo a casa, para escuchar los mensajes grabados en el contestador. Tal vez se haya comunicado.

Tracy descolgó el teléfono de la horquilla del auto y se lo entregó a Kim. Él marcó el número, y luego de unos instantes volvió a poner el aparato en su lugar.

—¿Y? —preguntó Tracy.

Kim movió la cabeza desanimado.

—Nada. Llamó Ginger, no más.

—Cuéntame de nuevo qué fue exactamente lo que oíste la última vez que hablaste con ella.

—Oí que se rompían vidrios —repitió Kim. Fue justo después de que me dijera que había alguien en la puerta. Luego oí una serie de golpes, como de sillas que se caían al piso. Supongo que quien entró la persiguió, obligándola a huir de la habitación.

—¿Y todo esto se lo contaste a la policía?

—Por supuesto. ¡Pero para lo que sirvió! Pero es comprensible. Piensan que estoy loco. Cuando traté de mostrarles la sangre, ya no estaba. Cuando intenté mostrarles el celular de Marsha, también había desaparecido. Ni siquiera su auto estaba en la playa de estacionamiento donde se hallaba cuando llegué.

—¿Podría ser que Marsha hubiera tomado el teléfono y huido de allí con el auto?

—Tengo la esperanza de que haya sido así. Me desespera pensar en cualquier otra posibilidad, y además me siento tan responsable... Ella fue ahí por mí.

—No la forzaste a hacer nada que no quisiera hacer —sostuvo Tracy—. En el poco tiempo que estuvimos juntas me di cuenta de que no es una persona que se dejara influir. La decisión la tomó ella.

—Me gustaría encarar al guardia de seguridad. Él tiene que haber sabido que Marsha estaba ahí,

aunque lo haya negado.

—Si fue capaz de mentirle a la policía seguramente no va a decirte nada.

—Bueno, pero tengo que hacer algo.

—¿Qué sabes sobre ella? Dónde vive, de dónde es, si tiene algún familiar en la zona...

—No sé casi nada —admitió Kim, salvo que tiene veintinueve años y que estudió veterinaria.

—Qué pena. Sería una gran ayuda saber con certeza si está o no desaparecida. Si de veras lo está, la policía tendría que hacerte caso.

—Acabas de darme una idea —dijo Kim. Enderezó la postura—. ¿Qué te parece si voy a ver a Kelly Anderson y la convenzo de que nos ayude?

—No es mala idea. Pero el asunto es: ¿lo haría?

—No lo sabremos a menos que vaya —dijo Kim.

—Ya te ha causado bastantes dolores de cabeza. Me parece a mí que está en deuda contigo.

—La prensa sí que sería de gran ayuda —aseguró Kim. No sólo con el problema de Marsha, sino con todo este asunto de la contaminación de la carne.

—Cuanto más lo pienso, más me agrada la idea. A lo mejor puedo ayudarte a convencerla.

Kim miró a su exesposa agradecido. Con el resentimiento que sobrevino al divorcio y el rencor producido por el tema de la tenencia de Becky, había olvidado lo atractiva que era.

—Sabes, Trace, te agradezco que vinieras hoy al juzgado, y no sólo porque te esforzaste en conseguir la fianza, sino porque estás conmigo después de todo lo que ha pasado.

Tracy lo miró. Ese tipo de comentario era inusitado en él, pero al ver sus ojos se dio cuenta de que era sincero.

—Esto que dices es muy lindo.

—Lo digo de corazón.

—Bueno, te lo agradezco. No recuerdo cuándo fue la última vez que me hayas dado las gracias por algo. De hecho, tiene que haber sido incluso antes de casarnos.

—Lo sé —tuvo que admitir Kim. Tienes razón. Anoche, en la cárcel, tuve tiempo para pensar, y te confieso que los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, en particular lo de Becky, me han abierto los ojos.

—¿Con respecto a qué?

—A las cosas realmente importantes de la vida —contestó Kim. Tal vez suene a melodramático, pero me doy cuenta de que he cometido un terrible error. Puse demasiadas energías en mi trabajo y mi carrera, a expensas de mi familia... y de nosotros dos.

—Me conmueve oírte decir semejante cosa. —Ese no parecía ser el Kim de quien se había divorciado.

—Creo que he sido muy egoísta durante toda mi vida adulta —continuó Kim. Es un poco irónico, ya que todo el tiempo me escondía tras la fachada de médico caritativo y desinteresado. Como una criatura, necesitaba recibir constantemente elogios y aprobación, y la profesión de cirujano me venía perfecta. Todo esto me entristece y me avergüenza, y también me dan ganas de pedirte perdón. Ojalá pudiera recuperar una cantidad de años desperdiciados.

—Estoy sorprendida y anonadada —dijo Tracy—, pero acepto. Me impresiona tu actitud.

—Gracias —dijo él, simplemente. Miró por el parabrisas.

Ya estaban llegando a Higgins y Hancock. El edificio parecía tranquilo y limpio bajo la nieve fina.

—¿Es acá? —preguntó Tracy.

Kim le indicó que sí con la cabeza.

—Pronto veremos la entrada al estacionamiento. Mi auto debe estar justo frente a la puerta principal. Al menos ahí fue donde lo dejé.

Tracy dobló donde le indicaban, y en el acto apareció el auto de Kim. Estaba ahí, en la soledad total. Había solamente dos vehículos más, pero en la otra punta de la playa.

—El auto de Marsha estaba donde ahora están esos otros —comentó Kim. A lo mejor allá hay una entrada para el personal.

Tracy estacionó al lado del auto de Kim y puso el freno de mano. Kim señaló la ventanilla de la oficina de archivos que había roto para poder ingresar en el edificio. Ya la habían cubierto con unas maderas. Le explicó a Tracy que para romperla había usado una de las piedras que había a lo largo del estacionamiento.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Tracy cuando él hizo una pausa.

Kim suspiró.

—Tengo que ir al hospital. Tom aceptó pasar a ver a mis pacientes, pero yo también tengo que visitarlos. Después iré a ver a Kelly Anderson. Sé dónde vive.

—Debemos tomar algunas decisiones con respecto a Becky —dijo Tracy.

Kim asintió, pero desvió la mirada y la fijó en la distancia.

—Sé que es difícil —prosiguió ella, pero tenemos que arreglar lo del sepelio. Quizás eso hasta nos ayude a aceptar el hecho de su muerte.

Kim se mordió el labio.

—La rabia y la negación son parte del proceso de duelo —dijo Tracy al ver que él no respondía. Yo también recorro a esos mecanismos como tú, pero lo cierto es que tenemos responsabilidades.

Kim se volvió para mirarla, con lágrimas en los ojos.

—Tienes razón —reconoció—. Pero como te dije, necesito un poco más de tiempo por las cosas que pasaron. ¿Sería mucho pedirte que te encargaras tú de organizar todo? Sé que es un gran favor el que te pido. Estaré de acuerdo con todo lo que decidas y, por supuesto, voy a estar presente en la ceremonia. Lo que pasa es que quiero ir ya mismo a ver si consigo algo con Kelly Anderson.

Tracy hizo tamborilear los dedos contra el volante mientras observaba a Kim y analizaba su pedido. Su primer impulso fue decirle que no, que otra vez se estaba comportando como un egoísta, pero después lo pensó mejor. Si bien no le hacía gracia la idea de tener que organizar las cosas sola, sabía que la ceremonia era mucho más importante que los preparativos, y además se daba cuenta de que en ese momento, ella estaba en mejores condiciones que él.

—¿No me vas a poner problemas con el día que elija, o con el lugar de la ceremonia?

—En lo absoluto. Lo que tú decidas.

—De acuerdo, pero prométeme que me llamarás apenas llegues a tu casa.

—Te prometo.

Kim estiró su mano y le dio un apretoncito en el brazo antes de bajarse.

—Espero unos instantes hasta cerciorarme de que te arranca el auto —dijo Tracy.

—Buena idea. Y gracias.

Cerró la puerta y la saludó con la mano antes de dirigirse hacia su propio auto. Tracy lo saludó también con la mano, y se preguntó si estaría haciendo lo correcto.

Kim abrió la puerta de su auto, pero no subió de inmediato. Miró el edificio de Higgins y Hancock y se estremeció ante el recuerdo de lo sucedido la noche anterior. El terror que había sentido mientras escapaba de aquel hombre con el cuchillo volvió a embargarlo. Era una experiencia que sabía que nunca iba a olvidar.

Estaba ya por subirse al auto, pero volvió a dudar. Por unos momentos acarició la idea de hablar con el guardia de turno para preguntarle cómo podía contactarse con Curt, el custodio de la noche anterior. Pero recordó lo que había dicho Tracy, y le pareció que ella tenía razón. Si Curt estaba dispuesto a mentirle a la policía con respecto a Marsha, seguramente a él no le iba a contar la verdad. Y el hecho de que probablemente estuviera mintiendo implicaba que había algo más en torno a ese asunto que lo que se veía a simple vista.

El automóvil arrancó sin dificultad. Kim saludó a Tracy con la mano; ella lo saludó a su vez, y salió del estacionamiento delante de él. Kim la siguió a cierta distancia, analizando la conversación que acababan de tener. Le parecía que los horribles acontecimientos de los últimos días —la muerte de Becky y el haber estado él mismo a punto de ser asesinado— lo hubieran hecho sentir más cerca de Tracy de lo que había estado en años, quizás más que nunca.

Ya en la autopista tomaron rumbos distintos. Kim tocó la bocina para despedirse. Tracy hizo lo mismo, y aceleró rumbo a su barrio. Él bajó en la salida que llevaba al centro médico.

Los domingos, el estacionamiento para los médicos estaba casi vacío, por lo que pudo dejar el auto cerca de la entrada. Cuando se bajaba, se dijo que lo primero que debía hacer era ir hasta el vestuario de cirugía. Quería lavarse, afeitarse y ponerse la ropa de calle que había dejado ahí el viernes por la mañana.

Martha Trumbull y George Constantine tenían alrededor de setenta años. Puesto que desde hacía muchos años eran fieles voluntarios del Centro Médico Universitario, se les habían entregado los prestigiosos distintivos de servicio que los identificaban como Amigos del Hospital. Martha lo llevaba con orgullo en la pechera de su guardapolvo rosado de voluntaria, mientras que George lo usaba en la solapa de su blazer azul.

Una de las tareas que más disfrutaban Martha y George era encargarse de la mesa de informaciones, en el hall de entrada. Les gustaba trabajar allí sobre todo los domingos, cuando tenían el sector para ellos solos. El resto de la semana, quedaba a cargo de un empleado a sueldo.

Como tomaban su trabajo muy en serio, no sólo conocían el plano del hospital con igual lujo de detalles que el de su propia casa, sino que también conocían el nombre de todos y cada uno de los profesionales que trabajaban allí. Cuando Kim entró y se dirigió al ascensor, ambos creyeron reconocerlo, pero no estaban del todo seguros. Martha miró a George.

—¿Ese es el doctor Reggis? —murmuró.

—Creo que sí —respondió George, pero no sé qué habrá andado haciendo con ese guardapolvo blanco, a menos que haya tenido que cambiar una rueda del auto.

—Peor que el guardapolvo me parece la barba. Alguien debería decírselo, porque es tan buen mozo.

—Espera un momento —dijo George. ¿No teníamos que avisar al doctor Biddle si veíamos al doctor Reggis?

—Eso fue ayer —le informó Martha. ¿Será hoy también?

—Para qué arriesgarnos —contestó George mientras tomaba el teléfono.

Para alivio de Kim, el ascensor estaba vacío cuando lo tomó en la planta baja, y pudo subir sin compañía hasta el piso de cirugía. No tuvo tanta suerte cuando atravesó la sala de cirujanos, ya que había algunas enfermeras y anestesistas de guardia tomando café. Aunque nadie dijo nada, todos lo miraron con curiosidad.

Kim se alegró de entrar en el vestuario y escapar de las miradas inquisidoras. Felizmente estaba vacío, por lo cual no perdió tiempo. Después de rescatar de los bolsillos su credencial del hospital, unos papeles, una lapicera y un rollo de cinta quirúrgica, se quitó el guardapolvo, el pijama y hasta la ropa interior. Todo fue a parar al cesto de ropa sucia.

Ya completamente desnudo, se espantó al ver su imagen reflejada en el espejo. Su aspecto era peor de lo que suponía. Tenía barba crecida, no un simple tono oscuro en las mejillas. Además, el pelo estaba hecho un desastre, pegado a la frente y parado en la parte de atrás, como si acabara de levantarse de la cama.

Abrió la cerradura de combinación, tomó los artículos de tocador que guardaba en el armario y se afeitó rápidamente. Luego entró en la ducha con un frasco de champú.

Cuando estaba con la cabeza bajo el chorro de agua le pareció oír que lo llamaban. Se inclinó un poco fuera del agua para poder escuchar, pero con los ojos bien cerrados para que no les entrara espuma. Alguien repitió su nombre. La voz parecía autoritaria más que amistosa.

Kim se enjuagó y dirigió la mirada hacia la entrada. Estaba en un compartimiento único con cuatro duchadores. Parados en el umbral de baldosas se hallaban el doctor Forrester Biddle, jefe de Cardiología, y el doctor Robert Rathborn, jefe interino del Personal Médico. Constituían un dúo singular. En oposición a la ascética delgadez de Forrester, Robert era la imagen de la obesidad desenfrenada.

—Doctor Reggis —repitió Robert cuando estuvo seguro de que Kim lo atendía, como jefe actual del personal médico es mi deber informarle que el hospital le revoca provisoriamente sus privilegios.

—Me resulta una conversación muy extraña para mantener mientras estoy en la ducha —dijo Kim. ¿O acaso era su intención pescarme desnudo?

—Su desparpajo nunca fue más fuera de lugar —le espetó Forrester—. Ya se lo había advertido, doctor Reggis.

—¿No podían esperar cinco minutos?

—Dada la importancia del tema, nos pareció conveniente informárselo cuanto antes.

—¿De qué se me acusa?

—De conducta obstructiva durante el intento de resucitación cardíaca de su hija —respondió Robert—. Tres médicos y dos enfermeras presentaron quejas formales aduciendo que la intimidación física de su parte les impidió hacer su trabajo.

—Y a mí me horroriza su decisión de practicarle masaje cardíaco a pecho abierto a su propia hija —agregó Forrester. En mi opinión, ha traspasado usted los límites de la conducta profesional.

—Se estaba muriendo, Robert —dijo Kim. El masaje convencional no daba resultado. Sus pupilas se dilataban.

—Había otras personas capacitadas en esa habitación —contestó Robert, pagado de sí mismo.

—¡No estaban haciendo nada! Nadie sabía lo que pasaba. Yo tampoco hasta que pude ver su corazón. —Se le quebró la voz, y tuvo que desviar un momento la mirada.

—Se lo va a citar a declarar. Aquí la cuestión es determinar si usted constituye una amenaza para los pacientes o para sí mismo. Tendrá oportunidad de presentar su versión de este lamentable episodio. Entre tanto, se le prohíbe ejercer la medicina dentro de estas paredes, y concretamente practicar ningún tipo de cirugía.

—Caballeros, muy amable de su parte el haberse acercado a mi consultorio para traerme tan gratas noticias.

—Yo en su lugar no sería tan suelto de lengua —le aconsejó Forrester.

—Yo tampoco —agregó Robert—. Este incidente, y las medidas que se tomen, se comunicarán al Colegio de Médicos. Bien podría ser que hasta le revocaran su matrícula profesional.

Kim se dio vuelta para poder presentar ante sus visitantes la parte de su anatomía que le pareció más apropiada. Inclinandose hacia adelante, siguió enjabonándose.

El bar El Toro parecía un lugar totalmente distinto a la luz del día. Sin el brillo rojo del toro de neón, y sin el ritmo vivaz de la música hispana, el destartalado edificio parecía abandonado. Lo único que probaba lo contrario eran las latas de cerveza vacías recientemente desparramadas por la playa de estacionamiento.

Shanahan meneó la cabeza ante el desagradable espectáculo mientras cruzaba en su Cherokee negra la playa llena de baches. La lluvia y la neblina empeoraban las cosas, ya que cubrían la zona con un denso manto. Shanahan se detuvo frente a la camioneta de Carlos, cuyo aspecto estaba en consonancia con los alrededores.

Carlos se apeó de la camioneta y se acercó a la ventanilla de Shanahan por el lado del conductor. Como el vidrio era polarizado, no pudo ver nada más que su propia imagen reflejada hasta que Shanahan lo bajó.

Sin saludarse ni dar explicaciones, Shanahan le entregó a Carlos un billete de cien dólares.

Carlos miró el billete y después volvió a mirar a Shanahan.

—¿Qué es esto? —preguntó—. Habíamos quedado en doscientos. Me encargué de la mujer como usted me lo indicó.

—Complicaste las cosas —respondió Shanahan. No fue un trabajo limpio. Supimos lo del médico. Debiste eliminarlo. Sabías que estaba allí buscando a la mujer.

—Lo intenté.

—¿Qué es eso de que lo intentaste? ¿En qué quedó toda la fama que tienes con el cuchillo? El tipo estaba desarmado.

—No tuve tiempo —se justificó Carlos. Activó la alarma silenciosa cuando se metió en el edificio y la policía llegó antes de que pudiera acabar con él. Tuve suerte de poder eliminar la sangre de la mujer y lo demás.

—¿Qué hiciste con su auto?

—Está en el garaje de mi primo.

—Bueno, ve a buscarlo. No quiero que nadie lo use. Debemos reducirlo a chatarra.

—Nadie va a usarlo —sostuvo Carlos.

—¿Y el teléfono de la mujer?

—Lo tengo en mi camioneta.

—¡Tráelo! —ordenó Shanahan.

Obedeciendo, Carlos fue hasta su camioneta y al minuto estaba de regreso. Le entregó el celular a Shanahan, y este lo dejó caer sobre el asiento del acompañante.

—Espero no tener que preguntarte si has hecho alguna llamada.

Carlos levantó las cejas oscuras con cara de inocente, pero no pronunció palabra. Shanahan cerró los ojos, se llevó la mano a la frente y meneó la cabeza consternado.

—Por favor dime que no utilizaste el teléfono —dijo apretando los dientes, aunque ya sabía la respuesta.

Como Carlos no hablaba, Shanahan abrió los ojos y miró atónito a su cómplice, mientras trataba de dominar su furia.

—Está bien, ¿a quién llamaste? ¿No sabes que pueden rastrear la llamada? ¡Cómo puedes ser tan estúpido!

—Llamé a mi madre, a México —reconoció Carlos, con culpa.

Shanahan revoleó los ojos, y comenzó a inquietarlo la idea de que ahora tenía que deshacerse de Carlos. El problema con ese tipo de trabajo era que cuando las cosas comenzaban a andar mal, solían irse enseguida de las manos.

—Pero mi madre no tiene teléfono. Llamé al negocio donde trabaja mi hermana.

—¿Qué clase de negocio?

—Uno inmenso, que vende de todo.

—¿Una especie de gran tienda?

—Sí, como una gran tienda —respondió Carlos.

—¿Cuándo telefoneaste?

—Anoche. Los sábados el local está abierto hasta tarde, y mi madre siempre va a buscar a mi hermana para acompañarla a casa.

—¿En qué parte de México?

—En la ciudad capital.

Shanahan se sintió aliviado. Una llamada anónima a una gran tienda en la ciudad más populosa del mundo no era una gran pista.

—¿Fue esa la única llamada que hiciste?

—Sí, hombre. Una, no más.

—Volvamos al tema del médico —dijo Shanahan. ¿Crees que sabe lo que le sucedió a la mujer?

—Es probable. Vio la sangre.

—De una forma u otra, es un peligro. Debe desaparecer. Te pagaremos los cien restantes más otros trescientos si te encargas del trabajo. ¿Qué dices?

—¿Cuándo? —preguntó Carlos.

—Esta noche —contestó Shanahan. Sabemos dónde vive, y vive solo, en el barrio Balmoral.

—No sé. Es un tipo muy grandote.

—Con la fama que tienes, no creí que eso te importara.

—El problema no es matarlo —explicó Carlos, sino deshacerse del cadáver y la sangre.

—No tienes que preocuparte por eso. Lo matas y te vas. Quizás lo puedas hacer pasar por un robo si te llevas dinero u objetos de valor. Pero eso sí: no te lleves nada que pueda rastrearse.

—No sé —repitió Carlos. A la policía no le gusta ver mejicanos circulando por el barrio Balmoral. Ya me han detenido en otra oportunidad.

—Mira, Carlos —dijo Shanahan, que estaba perdiendo rápidamente la paciencia, no tienes muchas alternativas. Anoche cometiste un error. Según veo yo las cosas, tuviste tiempo de sobra para matar al médico. Además, piensa que ni siquiera tienes el permiso para trabajar en este país.

Carlos puso todo el peso de su cuerpo en su otra pierna y se frotó los brazos para mitigar el frío. No llevaba abrigo, y todavía tenía puesto el chaleco de cuero, que usaba sin camisa.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó resignado.

—Así me gusta —dijo Shanahan, y le entregó una tarjetita.

Desafiando la revocación de sus privilegios que le había comunicado Robert Rathborn en nombre del hospital, Kim hizo su recorrida y visitó a todos sus pacientes. La mayor parte del tiempo la dedicó a los que habían sido operados el viernes. Como lo había prometido, Tom Bridges había seguido de cerca todos los casos. Kim se alegró de ver que todos sus pacientes evolucionaban bien y que no se habían presentado complicaciones. Ya era media tarde cuando salió del hospital.

Había pensado en llamar a Kelly Anderson para concertar una cita, pero le pareció que sería mejor verla personalmente. Además, no tenía su número telefónico y pensó que seguramente no debía figurar en guía.

Kelly Anderson vivía en una casa estilo colonial en Christie Heights, un barrio no tan elegante como Balmoral, pero que se le acercaba bastante. Kim se arrimó al cordón y se detuvo. Apagó el motor y echó un vistazo a la casa. Le llevó un momento armarse de coraje. Recurrir a Kelly Anderson era para él como confabularse con el demonio mismo. Sabía que la necesitaba, pero sin duda ella no le caía nada bien.

Caminó pesadamente hacia la puerta principal y se dio cuenta de que había muchas posibilidades de que no lograra siquiera cruzar el umbral.

Caroline, la precoz hija de Kelly, abrió la puerta. Durante unos instantes, Kim no pudo emitir palabra. La niña le trajo a la memoria la desdichada imagen de Becky en terapia intensiva.

Oyó que, desde adentro de la casa, una voz de hombre le preguntaba a Caroline quién llamaba a

la puerta.

—No sé —Caroline gritó por sobre su hombro. No habla.

—Soy el doctor Reggis —consiguió articular Kim.

Edgar Anderson apareció detrás de la niña. Era un hombre de aspecto académico, con gruesos lentes de marco oscuro, y llevaba puesto un *cardigan* muy holgado con parches en los codos. Una pipa le colgaba de la comisura de los labios.

—¿Qué desea?

Kim repitió su nombre y pidió hablar con Kelly Anderson. Edgar se presentó como marido de Kelly y lo invitó a pasar. Lo condujo hasta la sala, que parecía no usarse nunca.

—Enseguida le aviso. Tome asiento, por favor —dijo Edgar. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Un café?

—No gracias —respondió Kim. Se sentía cohibido, como si fuera un mendigo. Se sentó en un sillón immaculado.

Edgar desapareció, pero Caroline se quedó para poder observar a Kim desde atrás de una butaca grande. Kim no podía mirarla sin pensar en Becky.

Se sintió aliviado cuando Kelly entró en la habitación.

—¿Qué ven mis ojos! —exclamó ella. El zorro persiguiendo al sabueso. Siéntese por favor.

Kim se había puesto de pie al verla entrar. Ella tomó asiento en la butaca.

—¿A qué debo el placer de esta inesperada visita?

—¿Podríamos hablar a solas? —pidió Kim.

Haciendo como que no se había dado cuenta de que Caroline estaba en la habitación, Kelly le pidió a la niña que fuera a entretenerse a otro lado.

No bien Caroline se marchó, Kim comenzó a hablar sobre la muerte de Becky. El tono jocoso de Kelly cambió en el acto. Era obvio que estaba profundamente conmovida.

Kim relató toda la historia, incluso los detalles de las conversaciones que había mantenido con Kathleen Morgan y Marsha Baldwin. Le habló de su visita al Onion Ring y de su detención. Hasta le contó el escalofriante episodio en Higgins y Hancock, que culminó con un segundo arresto.

Cuando Kim hizo silencio, Kelly exhaló y se echó hacia atrás, moviendo la cabeza.

—Vaya historia —dijo. Y qué tragedia para usted. ¿Pero qué lo trae a mí? Supongo que hay algo que quiere que haga.

—Obviamente quiero que haga una nota sobre todo esto. Es algo que el público debe saber. Y también quiero que se sepa lo de Marsha Baldwin. Cuanto más lo pienso, más me convengo de que se trata de una conspiración. Si está viva, cuanto antes se la encuentre, mejor.

Kelly se mordía el interior de la mejilla mientras reflexionaba sobre el pedido de Kim. Había ciertos elementos intrigantes en la historia, pero también algunos problemas. Dejó pasar unos momentos e hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Le agradezco que haya venido a contarme todo esto, pero desde el punto de vista profesional no me interesa, al menos por ahora.

Una expresión de desencanto se pintó en el rostro de Kim. A medida que había ido avanzando en el relato, se había ido convenciendo cada vez más del valor de la historia, y la rápida negativa de Kelly le cayó como un balde de agua fría.

—¿Puede decirme por qué?

—Por supuesto —respondió Kelly—. Si bien me apena muchísimo la muerte de su hijita adorable y talentosa, no es el tipo de periodismo que suelo hacer. Busco temas más crudos, de mayor envergadura, no sé si me entiende.

—Pero es un tema importante. Becky murió a causa de la E. coli O157: H7. Esto se ha convertido en un problema mundial.

—Cierto —admitió Kelly—. Pero es apenas un caso aislado.

—Precisamente. Hasta ahora ha habido un solo caso. Estoy convencido de que lo contrajo en el restaurante Onion Ring de la calle Prairie. Lamentablemente pienso que Becky se convertirá en el caso inicial de lo que podría convertirse en un gran brote de intoxicación.

—Pero no ha habido un brote —dijo Kelly—. Usted mismo dice que su hija se enfermó hace una semana. Si fuera un brote, ya habría más casos, pero hasta el momento no los hay.

—Pero los habrá. Estoy seguro.

—Bueno, cuando los haya, hago la nota. Quiero decir, un caso aislado no es material para una nota. No sé cómo decírselo más claramente.

—Pero cientos de niños mueren cada año a causa de esta bacteria —insistió Kim. La población no lo sabe.

—Puede que tenga razón, pero esos cientos de casos no están relacionados.

—Sí lo están —afirmó Kim con exasperación. Casi todos la contraen a través de la carne picada. La industria de la carne que produce las hamburguesas constituye un peligro para todo el que la coma. Es un asunto que tiene que salir a la luz.

—¿Pero usted dónde vive? —reaccionó Kelly con el mismo fastidio. Ya se ha tocado el tema, sobre todo cuando hubo ese brote repentino y hubo que retirar los productos del Frigorífico Hudson. Prácticamente todos los meses hay alguna noticia sobre esta E. coli.

—Ha habido noticias, pero los medios transmiten un mensaje erróneo —dijo Kim.

—¿Ah sí? —repuso ella, arrogante. No me diga que, además de cirujano, también es experto en medios de comunicación.

—No intento hacerme el experto en medios de comunicación, pero sí sé que la forma en que el periodismo presenta este, ha creado dos falsas impresiones: primero, que la presencia de la E. coli en este tipo de carne es desusada y segundo, que el Departamento de Agricultura realiza inspecciones para garantizar que la carne no esté contaminada. Ambos mensajes son falsos, como lo demuestra la muerte de hasta quinientos niños por año.

—¡Epa! —comentó Kelly—. Ahora se metió en un terreno muy resbaladizo. Está haciendo dos acusaciones muy graves. ¿Cómo puede respaldarlas? ¿Qué clase de pruebas tiene?

—La muerte de mi hija —contestó Kim obviamente enojado. Y los informes oficiales sobre las otras muertes.

—Me refiero a la afirmación de que la E. coli sea tan común en la carne para hamburguesas y que el Departamento de Agricultura no lleve a cabo las inspecciones.

—No tengo pruebas concretas por el momento —dijo Kim. Es lo que espero que usted averigüe cuando indague en el tema. Pero si no fuera cierto, no morirían tantos niños. Y todo esto fue comprobado por Marsha Baldwin.

—Ah, por supuesto —dijo Kelly, dubitativa—. ¿Cómo pude haberme olvidado? La misteriosa

inspectora del USDA que usted dice desapareció hace menos de veinticuatro horas. La que, según sospecha, ha sido víctima de maniobras sucias.

—Exactamente —sostuvo Kim—. Tenían que callarla.

Kelly inclinó un poco la cabeza hacia un lado. No estaba del todo segura de que Kim no fuera de temer, máxime pensando en que había sido detenido dos veces. Tenía la impresión de que la muerte de su hija lo había trastornado. Lo notaba paranoico, y quería que se marchara de su casa.

—A ver, explíqueme otra vez —dijo Kelly—. ¿Lo que lo llevó a pensar que la señorita Baldwin desapareció fue el hecho de que se interrumpiera la conversación telefónica y la sangre que encontró en el matadero? —Así es.

—¿Y todo eso se lo contó a la policía cuando lo detuvieron?

—Por supuesto, pero no me creyeron.

—No me extraña —dijo Kelly para sus adentros. Luego se puso de pie—. Usted disculpe, doctor —dijo en voz alta—. Creo que estamos dando vueltas en círculos. Lo que me trae son nada más que rumores y espejismos. Me gustaría ayudarlo, pero por el momento no puedo, al menos mientras no tenga algo tangible, algo en que basar la nota.

Kim se levantó del sillón. Se sintió invadir de nuevo por la furia, pero trató de dominarse. Aunque no estaba de acuerdo con la posición de Kelly, tenía que reconocer que la entendía, y el darse cuenta renovó aún más su determinación.

—Está bien —dijo, resuelto. Voy a conseguir algo importante y vuelvo.

—Consígalo, y yo hago la nota —respondió Kelly.

—Le tomo la palabra.

—Siempre cumplo mi palabra —aseguró Kelly—. Por supuesto seré yo quien decida si las pruebas son suficientes.

—Y yo me preocuparé de que no queden ambigüedades —sostuvo Kim.

Salió de la casa y corrió hasta el auto. No corría por la lluvia, aunque se había vuelto más intensa durante el rato que estuvo en lo de Anderson. Corría porque ya había decidido qué iba a hacer para satisfacer la necesidad de pruebas que tenía Kelly. No sería fácil, pero no le importaba. Era un hombre con una misión.

Giró en redondo y apretó el acelerador. No se dio cuenta de que Kelly estaba parada en la puerta de su casa, ni que meneaba una vez más la cabeza cuando él se alejaba de prisa.

No bien estuvo en la autopista, Kim marcó en su celular el número de teléfono de Tracy.

—Trace —dijo sin ningún preámbulo al oír que ella atendía, necesito verte en el centro comercial.

Hubo una pausa. Al principio Kim pensó que se había cortado la comunicación. En el momento que estaba por cortar y volver a intentar, oyó la voz de Tracy.

—Te tomé la palabra. Ya organicé todo lo del velatorio.

Kim suspiró. Por momentos borraba totalmente lo de Becky. Gracias a Dios que estaba Tracy. Ella era tan fuerte. Imposible enfrentar sin ella esa tragedia.

—Gracias —dijo por fin. Le costaba encontrar las palabras—. Te agradezco que lo hayas hecho sin mí.

—Será en la casa de sepelios Sullivan, de la calle River. El martes.

—Está bien —respondió Kim. No podía pensar demasiado en eso—. Me gustaría que nos encontráramos en el centro comercial.

—¿No quieres saber el resto de los detalles?

—En este momento es más importante que te reúnas conmigo en el centro comercial —dijo él, esperando no parecer demasiado frío. También quería preguntarte si te animas a volver conmigo a nuestra antigua casa.

—¿Cómo puede ser más importante un centro comercial que el velatorio de tu propia hija? —preguntó Tracy, enojada.

—Confía en mí. Los detalles me los das cuando nos veamos.

—Kim, ¿qué está pasando? —Notaba ansiedad en la voz masculina.

—Te lo explico más tarde.

—¿En qué parte del centro comercial? —aceptó entonces ella, resignada. Es un lugar grande.

—En la farmacia Connolly, dentro del local.

—¿A qué hora?

—Yo ya voy en camino para allá. Trata de llegar lo antes posible.

—Me va a llevar más de media hora, y como sabes, hoy cierran a las seis.

—Ya sé. Eso nos da tiempo más que suficiente.

Tracy colgó el teléfono. Se preguntó si, en vez de ayudar a Kim, no estaría haciéndole un daño al haberle permitido desentenderse de los preparativos para el sepelio. Si embargo, no tenía mucho tiempo como para analizarlo en profundidad.

Pese a las rencillas del divorcio, el hecho de pensar en Kim hizo aflorar a la madre que llevaba adentro. Se preguntó, por ejemplo, cuándo habría sido la última vez que Kim había probado bocado. Si bien ella no tenía hambre, pensó que era conveniente que los dos comieran algo. Por lo tanto, antes de salir, Tracy puso algo de comida en una bolsa y la llevó consigo hasta el auto.

Durante el trayecto, decidió que insistiría en que Kim se ocupara de los últimos detalles del oficio religioso de Becky. Sería lo mejor para los dos.

Como era avanzada ya la tarde de un domingo frío y lluvioso, no había nada de tránsito, por lo cual llegó al centro comercial antes de lo que suponía. Hasta la playa de estacionamiento estaba relativamente vacía. Era la primera vez que lograba conseguir un lugar donde dejar el auto apenas a unos pasos de la entrada principal.

Ya en el interior, se encontró con un gentío inesperado teniendo en cuenta el reducido número de autos estacionados afuera. No bien entró, se topó con un grupo de ancianos que marchaba hacia ella a un ritmo que era su propia versión de una caminata enérgica. Tracy no tuvo más remedio que meterse por un momento en el hueco de la entrada de un local para evitar que la atropellaran. A medida que se internaba en el centro de compras, procuraba no mirar hacia la pista de patinaje por temor a los recuerdos que inevitablemente la asaltarían.

Como de costumbre, el local de la farmacia Connolly estaba repleto de gente, en particular el mostrador de las ventas con recetas, donde había más de veinte personas esperando ser atendidas. Tracy hizo una rápida recorrida por el local, pero no dio con Kim. Circulando a un paso más lento, lo encontró en la góndola de productos para el pelo. Llevaba una caja que contenía un par de máquinas para cortar el pelo, y una bolsa de una de las tiendas de moda del centro comercial.

—Ah, Tracy, qué suerte que llegaste. Necesito que me ayudes a elegir una tintura para el pelo. Decidí teñirme de rubio. Tracy se llevó las manos a las caderas y miró a su exmarido estupefacta.

—¿Estás en tus cabales?

—Sí, estoy bien —respondió Kim. Absorto, trataba de entender la diversidad de productos para el pelo.

—¿Qué es eso de que quieres teñirte de rubio?

—Como te lo acabo de decir. Y no un rubio ceniza, no más, sino rubio total.

—Kim, es una locura, ¿o no te das cuenta? Y si no te das cuenta, me preocupas más todavía.

—No te aflijas. No me estoy descompensando, si es eso lo que piensas. Sólo planeo disfrazarme. Voy a ser un espía.

Tracy alargó el brazo y, tomándolo por el hombro, lo obligó a quedarse quiérol un momento. Se inclinó hacia adelante, repentinamente azorada al verle el lóbulo de la oreja.

—¿Qué tienes ahí? ¡Un aro!

—Me agrada que te des cuenta. Lo compré mientras hacía tiempo hasta que llegaras. Me pareció bastante inusitado para mi personalidad. También me compré un conjunto de cuero. —Levantó la bolsa para que ella la viera.

—¿Para qué compraste las maquinitas?

—Para que me cortes el pelo.

—Yo nunca le corté el pelo a nadie, ¿o no lo sabes?

—No importa —dijo Kim, con una sonrisa. Estoy buscando un estilo cabeza rapada.

—Todo esto es muy extravagante —se quejó Tracy.

—Pues cuanto más extravagante, mejor. No quiero que me reconozcan.

—¿Por qué?

—Estuve con Kelly Anderson y se niega a prestarnos su ayuda como periodista de investigación hasta tanto no le aporte alguna prueba concluyente.

—¿Alguna prueba de qué?

—De las denuncias que hicieron Kathleen Morgan y Marsha Baldwin involucrando a la industria de la carne y el Departamento de Agricultura.

—¿Y para qué se supone que te hace falta el disfraz?

—Para conseguir un empleo en Higgins y Hancock. Marsha Baldwin me contó que en mataderos como ese no se permite la entrada a visitas, pero me sugirió que si me acercaba buscando trabajo, me lo darían, máxime si fuera un inmigrante ilegal. No es que intente parecerme a uno de ellos, pero quiero hacerme pasar por un individuo marginal que necesita trabajar para ganar algo de dinero.

—No lo puedo creer. ¿Dices que vas a ir a Higgins y Hancock a pedir empleo después de que alguien intentó matarte ahí dentro?

—Espero que el jefe de personal y el hombre del cuchillo no sean la misma persona.

—Kim, esto no es para tomarlo a broma. No me gusta nada la idea, menos aún si se confirman tus temores sobre Marsha.

—Podría ponerse un poco peligroso si me llegaran a reconocer —admitió Kim. Por esa misma razón es que necesito un buen disfraz. Marsha dice que en Higgins y Hancock siempre necesitan emplear gente porque el movimiento de personal es muy alto. Por eso confío en que no sean

demasiado exigentes.

—Esto no me gusta nada. Me parece demasiado arriesgado. Tiene que haber otra forma. ¿Y si hablo yo con Kelly Anderson?

—No va a cambiar de parecer. Fue muy clara al respecto. Arriesgado o no, tengo que entrar en Higgins y Hancock. Y aun si hubiera peligro, pienso que Becky bien lo vale. Para mí, es una forma de hacer que su muerte no sea tan sin sentido. —Kim sintió que se le inundaban los ojos de lágrimas—. Además —logró agregar, ahora que estoy sin trabajo me sobra el tiempo. Estoy con licencia temporaria forzosa en el hospital.

—¿Por lo que pasó en terapia intensiva?

—Al parecer, tú fuiste la única persona que pensó que actué de forma valiente.

—Es que así fue —aseveró Tracy. Estaba impresionada. Kim había hecho un giro de ciento ochenta grados. Su deseo de hacer algo en nombre de Becky era sincero, y estaba dispuesto a poner en juego su carrera y su reputación con tal de lograrlo. Tanto los motivos como los objetivos que lo animaban eran nobles y no admitían discusión. Sin agregar una palabra más, Tracy se volvió hacia los estantes y recorrió la góndola hasta dar con la que, según ella, era la mejor tintura.

Carlos esperó que oscureciera antes de internarse con su destartalada camioneta en la zona de Balmoral. Le alegró encontrar las calles en penumbras. Las únicas luces visibles provenían de las esquinas, sobre los letreros con los nombres de las calles. Tras consultar un mapa, no tardó en dar con la calle Edinburgh y, finalmente, la casa de Kim.

Apagó el único faro delantero que funcionaba y se detuvo sigilosamente bajo una hilera de árboles que bordeaba la calzada. Apagó también el motor y esperó. Desde donde estaba alcanzaba a ver el contorno de la casa de Kim recortado contra el cielo oscuro. Sonrió con satisfacción. Las luces apagadas sugerían que el dueño no se encontraba allí. Una vez más, contaría con el beneficio de la sorpresa, sólo que ahora sería aún mejor. Pescaría a Kim totalmente desprevenido.

Dejó pasar veinte minutos hasta que se sintió lo suficientemente seguro como para bajarse de la camioneta. Oyó el ladrido de un perro y se quedó completamente quieto. Volvió a oír otro ladrido, pero comprobó que el sonido venía de lejos. Entonces se tranquilizó. Introdujo la mano por debajo del asiento de la camioneta, extrajo uno de los largos cuchillos del frigorífico y lo escondió debajo de su abrigo.

Tras bordear la parte delantera de su vieja Toyota, Carlos se escurrió entre los árboles que separaban la casa de Kim de la del vecino. Con la chaqueta de cuero negro y los pantalones oscuros, resultaba casi invisible mientras se escabullía en silencio en medio de la espesura.

Una vez que alcanzó a obtener una vista completa de la parte trasera de la vivienda, no pudo evitar volver a sonreír. Al igual que adelante, no se veía ni una sola luz encendida a través de las ventanas. Ya no le quedaban dudas de que la casa estaba vacía.

Agachado, abandonó la protección de los árboles para atravesar a toda prisa el jardín trasero de Kim y terminar agazapándose contra la casa. Nuevamente permaneció inmóvil unos minutos, alerta ante cualquier señal que le indicara que su presencia había sido descubierta. Un silencio sepulcral reinaba en todo el vecindario. Hasta el perro que antes había ladrado ahora se había calmado.

Ocultándose en la sombra que proyectaba la casa, se aproximó al porche trasero. El cuchillo refulgió fugazmente en la penumbra cuando lo usó para hacer una rajadura en la tela metálica lo suficientemente grande como para permitirle colarse hacia el interior. El robo de casas era su verdadero fuerte; el talento para matar había nacido de la necesidad.

Kim salió del camino principal y cruzó el portal que anunciaba la llegada a Balmoral. Echó una rápida mirada al espejo retrovisor para cerciorarse de que el auto de Tracy hubiera hecho lo mismo. Estaba feliz de que su exmujer fuera a ayudarlo a teñirse el pelo, más por su compañía que porque realmente necesitara su ayuda. También le alegraba el hecho de que ella se hubiera ofrecido a preparar algo de comer. Kim no conseguía recordar cuándo había sido la última vez que había tenido una comida como la gente, aunque suponía que había sido la noche del jueves.

Después de estacionar frente al garaje, juntó los paquetes y regresó a reunirse con Tracy, que justo bajaba de su auto. Llovía a cántaros. Sumidos en la oscuridad total, atravesaron los charcos negros que se habían formado a lo largo del caminito de acceso.

Una vez al amparo del porche, Tracy se ofreció a sostener los paquetes para que Kim buscara las llaves.

—No hace falta. No está cerrado con llave.

—Es poco prudente dejar la puerta abierta —comentó Tracy.

—¿Por qué? No hay mucho que robar en la casa; además, así es más fácil para el de la inmobiliaria.

—Sí, claro —terminó diciendo Tracy, no muy convencida. Abrió la puerta y pasaron al hall de entrada.

Se quitaron los abrigos y se secaron la frente mojada. Luego llevaron los paquetes a la cocina.

—Hagamos una cosa —propuso Tracy mientras depositaba la bolsa con comestibles sobre la mesada. Yo no tengo problema en preparar algo de comer y después ayudarte a teñirte el pelo, pero antes que nada preferiría ducharme y entrar en calor. ¿Te molesta?

—¿Molestarme? En absoluto. Usa lo que te haga falta; no necesitas pedirme permiso.

—Es triste decirlo, pero lo único que realmente extraño de esta casa es la ducha.

—Te entiendo perfectamente. Fue la única parte de la casa que construimos a nuestro gusto. Si quieres una bata, hay una guardada junto con las toallas. Claro que también alguna ropa tuya, aunque la saqué de su lugar y la puse en el armario del pasillo.

—No te preocupes. Ya me voy a arreglar.

—Yo ya me duché en el hospital. Así que, mientras tanto, enciendo el fuego de la chimenea del cuarto de estar. Quizás eso logre que esta casa vacía resulte un poco menos deprimente.

Mientras Tracy subía las escaleras, Kim extrajo una linterna del cajón de trastos viejos de la cocina y se encaminó hacia el sótano, donde estaba almacenada la leña. Encendió la luz, pero la única bombita que había nunca había bastado para iluminar adecuadamente la enorme y desordenada bodega.

Kim nunca se había sentido a gusto en un sótano desde que sufrió una perturbadora experiencia en la casa donde vivía de niño. Cuando tenía seis años, su hermano mayor un día lo encerró dentro de

una bodega en desuso y se olvidó de que él quedaba ahí. Como la puerta estaba recubierta con un material aislante, nadie alcanzó a oír sus gritos histéricos ni el frenético palpitar de su corazón. Sólo cuando su madre comenzó a preocuparse porque no aparecía a cenar su hermano recordó por fin dónde estaba.

Para Kim era imposible descender al sótano y no revivir el terror que había sentido treinta y ocho años antes. Mientras cargaba la leña en los brazos, oyó un ruido en el depósito contiguo que hizo que de inmediato se le pusieran los pelos de punta. Se quedó totalmente inmóvil y aguzó el oído. El ruido se repitió.

Armándose de aplomo para reprimir las ganas de salir corriendo, dejó la leña en el piso. Tomando la linterna, se dirigió hacia la puerta que daba al depósito. Con mucha fuerza de voluntad, logró abrir la puerta, empujándola suavemente con el pie, y dirigir el haz de luz hacia el interior del cuarto. Seis pares de pequeños puntos de luz, rojos como el rubí, clavaron la vista en él y luego huyeron de prisa.

Kim suspiró aliviado. Regresó a la pila de leña para terminar de cargar.

Tracy subió la escalera sintiendo que la invadía un dejo de nostalgia. Había pasado bastante tiempo desde la última vez que había pisado la planta alta de la casa. Al llegar al dormitorio de Becky, se detuvo, fijó la mirada en la puerta cerrada y se preguntó si sería capaz de entrar. Optando por una solución intermedia, entreabrió apenas la puerta y se quedó parada en la entrada.

El cuarto seguía igual que siempre. Como compartía la tenencia de la niña con Kim, Tracy había decidido comprarle muebles nuevos y dejar los viejos allí. A Becky no le pareció mala idea y, de hecho, prefirió que lo que para ella eran objetos de la infancia quedaran en su antigua habitación. Ni siquiera había querido llevarse la colección de animalitos de peluche.

La idea de que Becky estuviera muerta le resultaba inconcebible. Su hija había sido el centro alrededor del cual había girado su vida, en especial luego de que se deteriorara su relación con Kim.

Respiró profundo y cerró la puerta. Mientras iba en dirección al dormitorio principal, con los nudillos se frotó las lágrimas que asomaban por el rabillo de sus ojos. Su experiencia profesional le permitía anticipar lo difíciles que serían los meses siguientes, tanto para ella como para Kim.

Entró en el cuarto de baño principal directamente desde el pasillo, en vez de dar la vuelta y hacerlo desde el dormitorio. Una vez adentro, encendió la luz y cerró la puerta. Observó el cuarto con detenimiento. No estaba de ninguna manera limpio como cuando ella vivía en la casa. Sin embargo, seguía siendo igual de hermoso, con la ducha de mármol y la tapa del *vanitory* también de mármol.

Inclinándose en el compartimiento de la ducha, giró el grifo y reguló la lluvia para que lanzara un chorro potente. Luego abrió el amplio armario y sacó un toallón, junto con una bata. Colocó ambos sobre el lavabo y comenzó a sacarse la ropa mojada.

* * *

Carlos no pudo evitar esbozar una sonrisa al oír el sonido del agua de la ducha. Ese trabajo iba a terminar siendo más fácil de lo que suponía. Oculto dentro del vestidor del dormitorio principal, aguardaba el momento en que Kim, inocentemente, fuera a abrir la puerta. Pero al oír el agua de la

ducha, se le ocurrió que sería mejor idea arrinconar al doctor en ese espacio tan reducido como conveniente. Escapar le sería imposible.

Entreabrió la puerta, y un hilo de luz clara le dio en el rostro. Espió hacia afuera. La habitación continuaba, en su mayor parte, en penumbras; una claridad salía del cuarto de baño. Otro motivo más de satisfacción. Ahora no haría falta procurar no ser descubierto al acercarse a su víctima. En ese tipo de trabajo, el factor sorpresa desempeñaba un papel fundamental.

Carlos abrió la puerta un poco más, lo suficiente como para poder salir del vestidor. Sujetaba el cuchillo con la mano derecha.

Desplazándose igual que un gato tras su presa, avanzó pausadamente. Cada paso que daba, obtenía una mejor vista del interior del cuarto de baño a través del pasillo que lo conectaba al dormitorio. De repente, divisó una mano que arrojaba unas prendas hacia el lavabo. Adelantándose un paso más, logró ver la totalidad del cuarto. Se quedó boquiabierto. No era Kim quien estaba sino una mujer sensual, que en ese momento se desprendía el corpiño. En un abrir y cerrar de ojos, los suaves senos blancos quedaron al descubierto. Luego, la mujer enganchó los pulgares por debajo del elástico del slip y procedió a quitárselo.

Paralizado ante semejante espectáculo inesperado pero fascinante, observó a Tracy que, de espaldas a él, se internaba en la nube de vapor proveniente del cuartito de la ducha. Cerró la empañada puerta de vidrio y arrojó la toalla sobre una barra ubicada al fondo.

Carlos se adelantó como atraído por el dulce canto de una sirena. Quería ubicarse en un lugar desde donde poder ver mejor.

Tracy puso la mano bajo el chorro de agua y luego la retiró. Salía demasiado caliente, justo como ella quería. Su idea era transformar el cuartito de la ducha en un baño de vapor.

Extendió el brazo por detrás del agua y reguló el grifo mezclador. Mientras esperaba que cambiara la temperatura, echó un vistazo a la jabonera y notó que estaba vacía. El jabón estaba afuera, en el lavabo.

Cuando abrió la puerta para tomar el jabón, un destello de luz le llamó la atención. Provenía del dormitorio. Al principio, no podía creer lo que veían sus ojos y pestañeó. En la penumbra de la luz del baño se alcanzaba a ver la imagen espectral de un hombre de negro. El reflejo procedía de la hoja de un enorme cuchillo que el intruso blandía en la mano derecha.

Por un breve instante, los dos se miraron fijo. Tracy, invadida por una mezcla de sorpresa y horror; Carlos, por un interés libidinoso.

Fue Tracy quien primero atinó a reaccionar. Dejó escapar un grito espeluznante mientras se apresuraba a cerrar la puerta de la ducha con toda su fuerza. Luego, arrancó la barra del toallero de sus ménsulas y la atravesó por la manija con forma de U de la pesada puerta de vidrio a fin de evitar que esta pudiera ser abierta.

Carlos respondió entrando de prisa en el cuarto de baño. Necesitaba apresar a la mujer antes de que su grito atrajera a Kim. Cambiando el cuchillo a la mano izquierda, asió la manija de la puerta de vidrio y tiró de ella. Frustrado ante la imposibilidad de abrirla, levantó un pie y lo apoyó contra la puerta a modo de palanca. La liviana barra del toallero no resistió la presión, y lentamente comenzó

a doblarse.

Cuando el grito de Tracy recorrió la casa de punta a punta, Kim estaba ocupado subiendo la escalera del sótano con una brazada de leña. Aún nervioso por el inesperado encuentro con los ratones, el corazón le dio un vuelco dentro del pecho. Dejó caer los leños con un tremendo estrépito, al tiempo que los troncos rodaban por la escalera y arrasaban con diversos objetos impropriamente almacenados sobre los escalones.

Más tarde, ni siquiera recordaría cómo fue que cruzó la cocina, el comedor, el hall de entrada y subió la escalera. Al llegar al pasillo de arriba, volvió a oír a Tracy gritar y, entonces, redobló sus esfuerzos. Tomando carrera, arremetió contra la delgada puerta del cuarto de baño, que quedó destrozada cuando él entró.

Irrumpió en el cuarto y resbaló en la alfombrita al intentar frenarse. Vio a Carlos con el pie levantado y apoyado contra el cerramiento de vidrio de la ducha, al parecer, tratando de abrir la puerta. Vio también el cuchillo y, de inmediato, se dio cuenta de que debió haber traído algo con que defenderse.

Carlos reaccionó girando sobre sus talones y haciendo un feroz movimiento con el cuchillo. Cuando Kim retrocedió ante el ataque, la punta de la hoja le produjo un corte en el puente de la nariz.

Carlos cambió de mano el cuchillo, tomándolo al vuelo con la derecha, y volcó toda su atención sobre Kim. Este no despegaba los ojos del arma ni por un instante, al tiempo que retrocedía hacia la puerta destrozada que salía al pasillo.

Mientras tanto, Tracy luchaba denodadamente con la barra abollada del toallero con el objetivo de dejar libre la manija de la puerta de la ducha. Cuando por fin logró destrabarla, tanto Kim como Carlos habían desaparecido hacia el pasillo. Sujetó con fuerza la barra por uno de los extremos y empujó frenéticamente la puerta para salir de la ducha. Desnuda, se fue corriendo en busca de los dos hombres.

Carlos aún continuaba obligando a Kim a retroceder valiéndose de amenazantes movimientos de su cuchillo. Kim, en tanto, había recogido un montante desprendido de la puerta rota y lo utilizaba a modo de arma, en un vano intento por contrarrestar las incesantes embestidas de su agresor. La sangre que emanaba del corte sobre la nariz le corría profusamente por el rostro.

Sin dudar, Tracy corrió hasta ubicarse a espaldas de Carlos, desde donde le propinó varios golpes con la barra del toallero. El tubo hueco no alcanzaba para lastimar al atacante pero, al menos, lo mantenía ocupado procurando defenderse de los repetidos barrotazos. Carlos se dio vuelta para atacar a Tracy, que retrocedió enseguida.

Kim aprovechó la oportunidad para manotear la pata de una mesita empotrada. Arrancó la mesa de cuajo de la pared y luego la partió en pedazos contra la baranda de la escalera para quedarse con la pata. Cuando Carlos se dio vuelta y lo enfrentó, Kim esgrimía la pata de la mesa como si fuera el bastón de un policía.

Al tener a Kim de un lado y Tracy del otro, Carlos decidió que su arma mortal no le servía. Huyó entonces como un rayo por las escaleras.

Kim fue tras de él, con Tracy pegada a sus espaldas.

Después de abrir violentamente la puerta del frente, Carlos se lanzó corriendo por el jardín. Kim lo seguía de cerca, pero se detuvo de pronto al oír la voz de su exmujer que lo llamaba a gritos. Giró la vista. Estaba parada en el vano de la puerta.

—Regresa aquí —gritó Tracy—. No vale la pena.

Kim se dio vuelta y alcanzó a ver que Carlos subía de un salto a una camioneta estacionada en las sombras. Un instante más tarde, una bocanada de humo negro salió despedida del caño de escape, tras lo cual el vehículo partió a los tumbos y a gran velocidad.

Kim volvió de prisa a la casa. Tracy lo estaba esperando en el hall de entrada. Se había puesto el abrigo para cubrir su desnudez.

Kim la envolvió en sus brazos.

—¿Estás bien? —preguntó, angustiado.

—Tú eres el que está lastimado —respondió Tracy.

La herida, que le atravesaba la nariz y le llegaba hasta la ceja, estaba abierta y seguía sangrando.

Kim soltó a Tracy y se encaminó hacia el tocador para mirarse el corte en el espejo. Le sorprendió la abundante cantidad de sangre que corría por su cara. Por encima del hombro, vio a su exmujer, que lo había seguido hasta allí.

—¡Dios mío! Por un pelo, no más —exclamó Kim, volviendo a prestar atención a la herida. Esta vez sí que pudo haber sido grave. Primero, me hizo un tajo en la mano, y ahora me dio justo entre los ojos.

—¿Estás sugiriendo que se trata del mismo hombre que te atacó anoche? —preguntó Tracy, atónita.

—Sin duda. Me habría costado describirlo, pero me resultó muy fácil reconocerlo.

Tracy sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo y luego no podía dejar de temblar. Kim la vio por el espejo, tiritando pese a que tenía el abrigo puesto.

Se dio vuelta y la tomó por los hombros.

—¿Qué te pasa? ¿Seguro que te encuentras bien? ¿Te llegó a lastimar?

—Físicamente, estoy bien —logró decir Tracy—. Lo que pasa es que estoy empezando a tomar conciencia de lo que pasó. Ese hombre quería matarnos.

—Me quería matar a mí. Tengo la sensación de que tu presencia fue toda una sorpresa para él; tanto, que alcanzó para salvarme la vida. Gracias a Dios que no saliste herida.

Tracy se soltó de su abrazo.

—Voy a llamar a la policía —anunció, rumbo al cuarto de estar.

Kim la alcanzó y, sujetándola por el brazo, la obligó a detenerse.

—Ni te molestes.

Tracy observó la mano de Kim apretándole el brazo; luego, alzó la vista y lo miró a los ojos. No podía creer lo que acababa de oír.

—¿Qué quieres decir con que ni me moleste?

—Vamos —exhortó Kim, empujándola suavemente hacia la escalera. Busquemos mi arma. Dudo mucho de que este sujeto se anime a volver, pero no tiene sentido que corramos el riesgo de no estar preparados.

Tracy no quería moverse.

—¿Por qué no quieres llamar a la policía? —insistió—. No le encuentro la explicación.

—No van a hacer nada. Terminaremos perdiendo un montón de tiempo en vano. Estoy seguro de que atribuirán el episodio a un intento fallido de robo, cuando tú y yo bien sabemos que era otra cosa.

—¿Lo sabemos?

—Por supuesto que sí. Ya te dije que era el mismo individuo que me atacó en Higgins y Hancock. Obviamente, lo que me temía que pudiera haberle ocurrido a Marsha, le ocurrió, y los responsables, ya sean de Higgins y Hancock o de la industria de la carne en general, ahora me tienen miedo.

—Entonces, con más razón hay que llamar a la policía.

—¡No! —ordenó Kim, enfáticamente. No sólo no van a hacer nada, sino que además podrían causarnos inconvenientes. Sobre todo, no tengo ganas de que me impidan conseguir pruebas para Kelly Anderson. Ante los ojos de la ley, ya soy un delincuente. Creen que estoy loco.

—Pero no creen eso de mí.

—Todavía. Espera, sin embargo, a que les digas que estuvimos juntos...

—¿Te parece? —preguntó ella. Ese aspecto no lo había tomado en cuenta.

—Vamos, busquemos el arma.

Tracy fue tras él hasta el hall de entrada y comenzaron a subir la escalera. Estaba totalmente confundida, de modo que, por el momento, se dejó dirigir por la decisión de su exmarido. Así y todo, el ataque del hombre del cuchillo la seguía aterrorizando.

—Pensándolo mejor, no creo que debas meterte más en todo este asunto.

—Al contrario; me siento cada vez más comprometido. Las pocas dudas que me quedaban ya se me fueron ahora que sé lo que están dispuestos a hacer con tal de protegerse.

Pasaron frente a la puerta destrozada del cuarto de baño. Tracy alcanzó a oír el agua de la ducha que seguía corriendo. Volvió a temblar al recordar la imagen del asesino separado de ella por una simple plancha de vidrio.

Entraron en el dormitorio; Kim se encaminó directamente a la mesita de noche y extrajo un pequeño revólver Smith & Wesson calibre 38. Revisó el tambor. Estaba cargado. Se lo guardó en el bolsillo del saco y dirigió la mirada a la puerta abierta del vestidor.

—Ese desgraciado tiene que haber estado escondido ahí dentro —supuso Kim. Fue hasta el vestidor y encendió la luz. La mayoría de los cajones habían sido vaciados en el piso. Abrió entonces el cajón donde guardaba las pocas joyas que tenía—. Genial —dijo—. Se robó el Piaget que era de mi padre.

—Kim, creo que lo mejor va a ser que nos olvidemos de todo esto. Hazme caso, no vayas a buscar empleo a Higgins y Hancock.

—A esta altura, no me queda salida. No voy a renunciar tan fácilmente al reloj de mi padre.

—No es momento para bromas. Estoy hablando en serio. Es demasiado peligroso.

—¿Qué prefieres que hagamos? ¿Que nos mudemos al extranjero?

—No sería mala idea. Kim soltó una risa triste.

—Un momento. Yo lo decía en broma, nada más. ¿Adónde te gustaría ir a vivir?

—A algún lugar de Europa. Volví a charlar con Kathleen después de la conversación que tuvimos los tres juntos. Me contó que existen países, como Suecia, donde la comida no está contaminada. —

¿En serio?

—Al menos, eso es lo que dijo. Posiblemente paguen un poco más por una inspección adicional, pero llegaron a la conclusión de que bien vale la pena.

—¿En serio pensarías en irte a vivir a otro país? —No se me había ocurrido hasta que lo mencionaste. Pero como te dije, no lo descartaría. Después de lo que le pasó a Becky, me gustaría incluso hacerlo público: utilizar la partida para denunciar la situación alimentaria de este país. Y, por cierto, sería mucho menos riesgoso.

—Sí, supongo que sí —convino Kim. Analizó la idea durante un momento, pero luego meneó la cabeza—. Para mí, escapar sería equivalente a traicionar mis principios. En nombre de Becky, prefiero llevar esto hasta las últimas consecuencias.

—¿Estás seguro de que no actúas así para no tener que enfrentar su muerte? —preguntó Tracy. Respiró nerviosa. Sabía que estaba adentrándose en una zona delicada. El antiguo Kim habría reaccionado con furia.

Kim se tomó su tiempo para contestar. Cuando finalmente lo hizo, su tono de voz no era el de una persona enojada.

—Eso ya lo he reconocido, pero me parece que también lo hago por la memoria de Becky. En ese sentido, parte de su legado sería que otros niños no corrieran la misma suerte.

Las palabras de Kim llegaron directo al corazón de Tracy. Se acercó a su exmarido y lo abrazó. Realmente parecía otro hombre.

—Vamos —dijo él, quítate el abrigo y ponte de nuevo tu ropa. Juntemos las cosas que compramos y vámonos de aquí.

—¿Adónde iremos?

—Primero, al hospital. Tengo que conseguir alguien que me suture la herida o, de lo contrario, me quedará toda la vida la cicatriz. Una vez que terminemos con eso, podemos ir a tu casa, si no te molesta. Creo que nos sentiremos más seguros ahí que acá.

—¿Quién diablos es ahora? —preguntó Bobby Bo. Acompañado de su mujer y sus dos hijos, se encontraba disfrutando de una sencilla cena de domingo consistente de *bifes* de lomo, papas asadas, arvejas y panecillos de maíz. El silencio que reinaba mientras el grupo familiar se hallaba muy concentrado masticando se había visto interrumpido por el carillón de la puerta principal.

Bobby Bo levantó la punta de la servilleta para limpiarse la comisura de los labios. El otro extremo de la servilleta lo tenía metido dentro de la camisa, por debajo de su prominente nuez de Adán. Alzó la vista y echó una mirada al reloj. Faltaban apenas unos minutos para que dieran las siete.

—¿Quieres que vaya yo, querido? —se ofreció Darlene. Darlene era la tercera mujer del magnate y madre de sus hijos más pequeños. Él tenía, además, dos hijos que asistían a la facultad de agricultura.

—No, voy yo —refunfuñó Bobby Bo. Se levantó de la mesa echando la silla para atrás, levantó el mentón y se encaminó a la puerta del frente. Se preguntaba quién habría tenido el coraje de ir a llamar a la hora de la cena, pero enseguida supuso que debía de ser importante, pues, quienquiera

que fuese, el personal de seguridad apostado en el portón lo había dejado pasar.

Abrió la puerta y vio que era Shanahan O'Brian. El hombre sostenía el sombrero en la mano.

—No pareces muy contento —dijo Bobby Bo.

—Efectivamente. No traigo buenas noticias.

Bobby Bo echó un vistazo por sobre el hombro para asegurarse de que Darlene no lo hubiera seguido.

—Vamos a la biblioteca —dijo, y dio un paso al costado para dejar pasar a Shanahan. Después, entró en la biblioteca delante de su jefe de seguridad y cerró la puerta—. ¿Y bien? ¿Qué novedades tienes?

—Acabo de recibir una llamada de Carlos. No logró eliminar al médico.

—¿No me habías dicho que ese tipo era un as con el cuchillo?

—Así me lo habían garantizado. Carlos insiste en que el doctor tiene suerte. Se metió en su casa porque le habían informado que el individuo vivía solo, pero parece que cuando llegó venía acompañado de una mujer.

—¿Y? Se supone que este Carlos es un asesino. ¿En qué cambia las cosas que hubiera una mujer?

—Al parecer, lo confundió. La sorprendió desnuda y...

—Suficiente —dijo Bobby Bo, alzando la mano. No quiero oír más detalles. Lo cierto es que este mejicano aficionado metió la pata.

—En resumidas cuentas, eso fue precisamente lo que sucedió.

—¡Maldición! —gritó Bobby Bo. Dio una fuerte palmada contra el borde de su escritorio y comenzó a caminar de un lado a otro de la biblioteca, mientras vociferaba todo tipo de improperios.

Shanahan lo dejó desahogarse. Con los años había aprendido que, cuando Bobby Bo se fastidiaba, lo mejor era no decir más que lo imprescindible.

—Bien —dijo Bobby Bo, mientras todavía iba de un lado a otro frente a la chimenea, todo esto no hace más que demostrar que lo barato sale caro. Es estúpido dejar todo en manos de un novato con tal de ahorrar unos míseros dólares. Punto final para el bendito Comité de Protección. Localiza a ese profesional de Chicago del que habíamos hablado y que venga a arreglar este lío cuanto antes. ¿Cómo es que se llamaba?

—Derek Leutmann. Pero cuesta caro. Creo que deberíamos dejar que Carlos lo intente una vez más.

—¿Cuánto de caro?

—Cinco mil, por lo menos.

—Cinco mil es un regalo si con eso se logra evitar que haya que retirar la carne del mercado. Estamos hablando de cientos de millones de dólares en juego, y hasta de la continuidad de la industria según nuestras reglas, si la gente llegara a enterarse de la verdadera dimensión del problema de la E. coli. Sería mil veces peor que si James Garner tuviera que ser sometido a una operación de *by-pass* después de aparecer en un aviso comercial resaltando las bondades de nuestra carne. —Bobby Bo festejó su propio chiste.

—A mí me preocupa que ese doctor pueda causar problemas en relación con lo de Marsha Baldwin.

—Sí, bueno, también eso.

—¿Qué hacemos con Carlos? Está que se sale de sus casillas por este asunto. Está dispuesto a hacerlo a cambio de nada. Se ha convertido en una cuestión de orgullo.

—¿Cuál fue el resultado de este último fracaso? ¿Se dio parte a la policía? ¿Tengo que esperarme un montón de disparates por parte de los medios?

—Aparentemente no. Anduvimos vigilando toda la tarde y la noche. No hubo nada.

—Felizmente Dios nos hace algún favor. Este es el nuevo plan. Arregla todo con Leutmann, pero si se presenta la ocasión, dale una nueva oportunidad a Carlos. ¿Qué te parece?

—Leutmann va a exigir un anticipo por el solo hecho de venir hasta aquí. No es un dinero que podamos recuperar.

—De todos modos, terminaremos ahorrando dos mil quinientos dólares. Además de cubrir todos los flancos. De una forma o de otra, nos habremos sacado de encima a ese molesto doctor.

—Está bien. Ya mismo me pongo a trabajar en eso.

—Perfecto. Pero que la próxima vez que hablemos me tengas buenas noticias, ¿eh?

—Asumo personalmente la responsabilidad.

—Otra cosa. Consigue algo de información sobre este médico. No quiero que Leutmann tenga que perder el tiempo buscándolo cuando llegue.

La guardia del Centro Médico Universitario estaba, como de costumbre, repleta de gente. Kim y Tracy aguardaban sentados en la sala de espera, muy cerca de donde habían estado antes esperando con Becky. Kim apretaba una gasa esterilizada contra la herida.

—Tengo la desagradable sensación de haber vivido esto antes —comentó.

—Parece que hiciera un año que estuvimos aquí —dijo Tracy, con dolor. Me resulta increíble que hayan pasado tantas cosas en tan pocos días.

—Por un lado, parece que hubiera pasado mucho tiempo y, por el otro, que todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Además, no dejo de plantearme si no habría sido todo distinto si Becky hubiera sido atendida más rápido en esa primera consulta, si se le hubieran hecho los cultivos correspondientes. Quizás la historia sería otra.

—Es la misma pregunta que le hice a la doctora Morgan. En su opinión, no habría modificado en mucho las cosas.

—Me cuesta creerlo.

—¿Por qué no quisiste llamar a uno de tus amigos cirujanos para que te suturara?

—Casi por las mismas razones por las que no quise dar aviso a la policía. Sólo quiero que me den unas puntadas y terminar con esto de una vez. No quiero tener que inventar toda una historia. Con un amigo, habría preguntas, y me sentiría culpable por tener que mentirle.

—Acá también te van a preguntar qué te pasó. ¿Qué les vas a decir?

—No sé. Ya pensaré en algo.

—¿Cuánto tiempo más tendremos que esperar?

—Según David Washington, no mucho.

Por casualidad, no bien habían arribado al hospital se habían cruzado con el jefe de guardia del turno noche quien, enterado de la muerte de Becky, les había ofrecido sus más sinceras condolencias.

También le había prometido a Kim ocuparse de que su paso por la guardia fuera lo más breve posible, y no pareció importarle demasiado que Kim le dijera que prefería usar un nombre supuesto.

Se quedaron un rato callados, observando distraídamente el patético desfile de enfermos y heridos que circulaban ante sus ojos. Tracy fue quien rompió el silencio.

—Cuanto más reflexiono sobre lo que nos acaba de suceder, menos ganas tengo de permitirte seguir adelante con tus planes. La mera idea de ir a meterte en Higgins y Hancock después de todo lo ocurrido me parece lisa y llanamente autodestructiva.

—¿Oí? ¿Dijiste «permitirte»? —reaccionó Kim molesto, mientras seguía recordando la vez que habían estado en la guardia con Becky—. ¿Qué vas a hacer para impedírmelo? ¿Ponerte físicamente en mi camino?

—Por favor, Kim. Estoy tratando de que podamos tener una conversación normal. Después de lo que le pasó a Becky, no sé si eres capaz de tomar decisiones razonables. Para mí, está muy claro que ir a pedir un empleo en Higgins y Hancock es exponerte demasiado.

—A lo mejor, pero no me queda otro camino. Es el único recurso que nos queda para atraer el interés de los medios. Sin ellos, se desvanece toda esperanza de poder solucionar esta lamentable situación.

—¿Qué esperas conseguir en Higgins y Hancock que justifique correr semejante riesgo? Concretamente, digo.

—Eso no te lo puedo decir en tanto no esté allí. Como nunca pisé un matadero, no sé con qué me voy a encontrar. Pero sí sé qué asuntos debo investigar. En primer lugar, tengo que averiguar cómo fue que Becky se enfermó. Marsha Baldwin descubrió algo sobre la cabeza de la última res sacrificada el 9 de enero. Tengo que averiguar qué fue. En segundo lugar, la desaparición de Marsha Baldwin. Tiene que haber alguien que sepa algo. Y, por último, el tema de cómo suele introducirse la E. coli en la carne. Según Marsha, puede haber relación con el método empleado para sacrificar los animales. Quiero verlo con mis propios ojos y luego documentarlo. Una vez hecho esto, pienso llamar a Kelly Anderson, y que sea ella quien saque a luz la participación del Departamento de Agricultura en esto.

Tracy tenía la mirada perdida en la distancia.

—¿No piensas responder? —le preguntó él, tras un breve silencio.

—Sí, claro que sí —dijo Tracy, como despertando de un pequeño trance. Por la manera en que lo dices, todo parece muy lógico. Pero te digo una cosa: no voy a dejar que vayas solo. Tengo que participar de alguna forma, ayudarte en caso de que sea necesario, aun si hiciera falta que pidiera un puesto yo también.

—¿Lo dices en serio? —dijo Kim, sorprendido.

—Por supuesto que lo digo en serio. Al fin y al cabo, Becky también era hija mía. No es justo que el riesgo lo corras tú solo.

—Bueno, eso sí que suena interesante. —Ahora fue él quien se quedó cavilando con la mirada perdida.

—Ni siquiera tendría que preocuparme por conseguir un disfraz —agregó ella, porque a mí nunca me vieron.

—No sé si conseguirías trabajo ahí. No creo que sea fácil.

—¿Por? Si tú puedes, ¿por qué yo no?

—Marsha dijo que constantemente necesitaban tomar gente, pero sólo para el sector de matanza. No creo que sirvas de mucho allí.

—No, pero a lo mejor podrían tomarme como secretaria o algo por el estilo. No lo sabremos mientras no lo intente.

—Se me acaba de ocurrir una idea mejor. ¿Te acuerdas de Lee Cook, el tipo que trabajaba conmigo en el Samaritano?

—Creo que sí. ¿No era ese técnico tan ingenioso, capaz de reparar cualquier cosa que fuera electrónica y que estaba a cargo del mantenimiento del complejo equipo electrónico del hospital?

—El mismo. Después de la fusión, se jubiló. Está construyendo su propio avión en el sótano de su casa, además de hacer alguno que otro trabajo suelto. Seguro que él podría colocarme un micrófono oculto. De ese modo, tú estarías dentro del auto estacionado, escuchando todo el tiempo. Si fuera necesario, podrías usar tu teléfono celular para llamar a la policía.

—¿Yo podría oírte todo el tiempo?

—Sí, continuamente.

—¿Y podría comunicarme contigo?

—Eso no lo sé. Tendría que tener puesto algún tipo de audífono, lo cual podría delatarme. Cuesta imaginarse a un peón de Higgins y Hancock llevando audífonos.

—Incluso podría grabar lo que dijeras —sugirió Tracy, que comenzaba a entusiasmarse con la idea.

—Es verdad.

—¿Y una cámara de vídeo?

—Sí, no sería mala idea. Hoy en día, hay cámaras diminutas. Con ellas, tal vez obtendríamos las pruebas que necesitamos para Kelly Anderson.

—¡Señor Billy Rubina! —gritó una voz frente a la multitud que esperaba.

Kim alzó la mano que tenía desocupada y se puso de pie. Tracy hizo lo mismo. Un residente de la sala de urgencias vestido todo de blanco los vio y se les acercó. Portaba una tablilla con un sujetapapeles, donde venía prendida la hojita de ingreso de Kim a la guardia.

—¿El señor Billy Rubina? —repitió el residente. Su tarjeta de identificación decía:

DOCTOR STEVE LUDWIG. RESIDENTE DE MEDICINA DE URGENCIAS.

Era un individuo musculoso, de sonrisa fácil, y pelo rubio que usaba muy corto.

—¿Sabía que «bilirrubina» es un término médico?

—No —respondió Kim. Ni idea.

—Pues así es —comentó Steve. Tiene que ver con la hemoglobina. Bueno, veamos qué tenemos aquí.

Kim se sacó la gasa. Debido a la hinchazón, la herida estaba más abierta que antes.

—Epa, qué corte más feo. Hay que suturarlo. ¿Cómo fue que se lo hizo?

—Afeitándome.

Tracy no pudo menos de contener una sonrisa.

Lunes, 26 de enero

Tracy cambió de posición, impaciente. Tenía los brazos cruzados y estaba apoyada contra la pared del pasillo de la planta alta. Se había ubicado justo delante de la puerta del baño de huéspedes. Hacía casi cinco minutos que estaba allí.

—¿Y? —preguntó desde afuera.

—¿Estás preparada? —respondió la voz de Kim.

—Sí, hace rato. ¡Sal de una vez!

La puerta del baño se abrió. Tracy se llevó una mano a la boca y dejó escapar una risita involuntaria.

Kim estaba totalmente distinto. Tenía el pelo corto y teñido de rubio platinado, con los mechones desparejos y parados. Las cejas eran del mismo color y contrastaban visiblemente con la cara cubierta de una incipiente barba morena. La sutura que le cruzaba el puente de la nariz y se extendía hasta una ceja rubia le daba cierto aire a Frankenstein. Vestía camisa negra de cordero y, con bolsillos, camiseta negra y pantalones de cuero del mismo color. Llevaba un cinturón de cuero también negro y un brazalete adornado con tachas plateadas. Completaban el disfraz un aro con un brillante falso en la oreja izquierda y el tatuaje de un lobo en el antebrazo derecho.

—¿Y, qué te parece?

—¡Me das miedo! Y más con esa cicatriz. No me gustaría cruzarme contigo en una calle oscura.

—Precisamente ese es el efecto que pretendo causar.

—No tienes aspecto de esas personas con las que da gusto encontrarse —agregó ella.

—Entonces, tal vez convendría que me diera una vuelta por el hospital —sugirió Kim. A lo mejor, con esta vestimenta, consigo que me reintegren en el cargo sin que me citen para tomarme declaración.

—Lo que menos pareces es médico —dijo Tracy soltando otra risa. Me encanta el tatuaje.

Kim levantó el brazo para admirar su trabajo.

—Está bien hecho, ¿no? Las instrucciones dicen que me va a durar entre tres y cuatro días, siempre y cuando no me bañe. ¿Te imaginas?

—¿Dónde está el micrófono?

—Aquí —respondió él, bajándose el cuello de la camisa y mostrando un pequeño micrófono prendido con un alfiler de gancho.

—Qué lástima que no podamos usar una cámara.

—Eh, recuerda que no está totalmente descartada —dijo Kim. Lee prometió que lo intentaría y, cuando promete algo, casi siempre lo cumple. Es cuestión de esperar unos días, no más.

—Probemos el sonido —sugirió Tracy—. Quiero estar segura de que funciona tan bien como anoche, en el garaje de Lee.

—Buena idea. Vete en el auto hasta la otra esquina; esa distancia me parece que está bien. Lee dice que cubre hasta doscientos metros.

—¿Dónde vas a estar?

—Pienso caminar por adentro de la casa, e incluso bajar al sótano.

Tracy asintió con la cabeza y se dirigió al *placard* del pasillo. Sacó su abrigo y luego gritó desde el pie de la escalera:

—No olvides ponerte el audífono.

—Ya lo tengo puesto —respondió él.

Tracy salió a la calle: era una mañana fría. Durante la noche, el viento había dispersado los nubarrones hacia el este, y el cielo estaba límpido.

Subió al auto, encendió el motor y condujo hasta la otra esquina, tal como habían quedado. Estacionó junto al cordón y apagó el motor. Después, abrió la ventanilla del lado del conductor y colocó una precaria antena sobre el techo.

Se puso un par de audífonos estéreo que estaban enchufados a un viejo grabador de cinta. El grabador se conectaba mediante un cable a un amplificador, que a su vez se unía a un transformador ubicado sobre una batería de auto.

No bien Tracy encendió el amplificador, una luz roja se iluminó en el panel delantero. A través de los auriculares se oyó una interferencia que desapareció enseguida. Tomó entonces el micrófono que estaba sobre el amplificador.

Después de mirar hacia la calle para cerciorarse de que no hubiera vecinos mirándola, preguntó por el micrófono:

—Kim, ¿me oyes?

La voz de Kim salió tan fuerte que la sobresaltó.

—Como si estuvieras a mi lado.

Rápidamente bajó el volumen y encendió el grabador.

—¿Está bien el retorno? —le preguntó—. De mi lado estaba demasiado alto.

—Sí, perfecto —respondió Kim.

—¿Dónde estás?

—Al fondo del sótano. Si funciona aquí, seguro que funciona en cualquier parte.

—Es increíble lo bien que se oye.

—Bueno, ya puedes volver, así ponemos manos a la obra.

—¡Luz, cámara, acción! —dijo Tracy, repitiendo la frase que tantas veces había oído en películas y programas de televisión.

Se quitó los audífonos y detuvo la cinta. La rebobinó para escucharla; por suerte, la conversación se había grabado a la perfección.

Cuando llegó de vuelta a su casa, Kim ya tenía listo cerca de la puerta todo lo que pensaban llevar. Habían preparado viandas y termos con bebida por si acaso contrataban a Kim en el acto. También llevaban una manta y varios pulóveres para Tracy. Kim sabía que ella tendría frío si se pasaba el día entero sentada en el auto.

Pusieron todas los bártulos en el asiento de atrás. Kim tuvo que ubicarse en ese mismo asiento porque el de adelante estaba ocupado con el equipo electrónico.

Tracy se sentó al volante, y estaba a punto de poner el auto en marcha cuando se acordó de algo.

—¿Dónde tienes el revólver?

—Arriba, en el cuarto de huéspedes.

—Me parece que tendrías que llevarlo.

—No quiero entrar en el matadero con un arma.

—¿Por qué? ¿Y si te cruzas otra vez con ese cretino del cuchillo, Dios no lo permita?

Kim analizó la posibilidad. Llevar un arma no era aconsejable por varias razones: en primer lugar, tenía miedo de que se la descubrieran; en segundo lugar, jamás la había usado y no sabía si sería capaz de hacerlo. Pero un momento después recordó el pánico que había sentido cuando lo había perseguido el hombre con el cuchillo y cómo había deseado tener algo con qué defenderse.

—Está bien —aceptó. Abrió la puerta del auto, tomó las llaves y volvió a la casa. Unos minutos después, subió al auto nuevamente y le entregó las llaves a Tracy.

Ella encendió el motor y estaba a punto de dar marcha atrás cuando Kim dijo:

—Un momento, falta otra cosa.

Tracy hizo girar la llave de arranque y el motor se apagó. Miró a su exmarido con expresión desconcertada.

—¿Y ahora qué pasa?

Kim observaba la casa.

—Me acordé de ese cretino que estaba en mi casa anoche, cuando llegamos. No quiero tener otra sorpresa por el estilo, y no sería extraño que me hubieran seguido hasta aquí.

—¿Se te ocurre alguna idea? —preguntó Tracy con un estremecimiento.

—¿Tienes alguna vecina especialmente curiosa? Estas casas están bastante cerca unas de otras.

—Sí, está la señora de English, que vive enfrente. Es una mujer mayor, y te juro que se pasa el día entero mirando por la ventana.

—Bueno, eso ya es algo. ¿Por qué no le pides si puede vigilar la casa hasta que volvamos? ¿Te animas?

—Por supuesto.

—Bueno, pero no es suficiente. Debemos estar ciento por ciento seguros. ¿Cuántas puertas tiene la casa?

—La del fondo y la del frente, como todas.

—¿Y el sótano?

—Para entrar en el sótano, hay que estar adentro de la casa.

—El tipo de anoche entró por una ventana corrediza —dijo Kim, pensando en voz alta.

—Acá no hay ventanas corredizas.

—Mejor. —Kim bajó del auto, seguido por Tracy.

—Podríamos trancar las puertas para saber si las abrieron o no —sugirió ella. Si quieren entrar, no les queda más remedio que romper un vidrio o forzar una de las puertas. Cuando volvamos, revisamos todo.

—Buena idea, ¿pero qué hacemos si descubrimos que alguien entró?

—Bueno, en ese caso no entramos ni en broma.

—¿Y adonde iríamos? —preguntó Kim. Tendríamos que evitar que nos siguieran.

Tracy se encogió de hombros.

—A un motel, supongo.

—Ya sé lo que vamos a hacer —anunció él. Camino a Higgins y Hancock, pasamos por el Banco

y sacamos todos nuestros ahorros para tener de reserva. Si realmente creemos que nos pueden seguir, usar las tarjetas de crédito no es lo más conveniente.

—Dios mío, te estás adelantando demasiado. Si es así, ¿por qué no llevamos también los pasaportes?

—Hablo en serio —se quejó Kim.

—Yo también —dijo ella. Si nuestra preocupación llega a ese punto, quisiera tener la opción de irme bien lejos.

—Tienes razón.

Les llevó media hora hacer todo eso en la casa, y media hora más realizar el trámite en el Banco. Fueron a distintas cajas para acelerar las cosas, pero no resultó: el cajero de Kim quedó desconcertado con el aspecto del médico y fue a consultar a un gerente sobre la autenticidad de la firma.

—Me siento casi como una ladrona de Bancos —comentó Tracy mientras se dirigían al auto. Nunca llevé tanto dinero en efectivo encima.

—Yo tenía miedo de que no me lo dieran. Tal vez exageré un poco con el disfraz.

—Lo más importante es que no te reconocieron.

Era media mañana cuando tomaron la autopista que llevaba hacia Higgins y Hancock. El cielo, que al comenzar el día estaba tan despejado, se había cubierto de nubes. En el invierno del Medio Oeste, los largos períodos de sol brillaban por su ausencia.

—¿Qué le dijiste a la señora de English? —preguntó Kim desde el asiento trasero.

—No hizo falta decirle mucho. Quedó encantada con la tarea. Está mal que lo diga, pero creo que le hemos dado un nuevo sentido a su vida.

—¿Cuándo le dijiste que volvías?

—No le dije.

—Repasemos un poco de español —sugirió Kim de pronto.

El pedido tomó por sorpresa a Tracy, que miró a su exmarido por el espejo retrovisor. Durante las últimas veinticuatro horas no había podido descifrar cuándo Kim hablaba en serio y cuándo en broma.

—Quiero tratar de hablar con acento español —explicó él. Marsha dijo que muchos de los que trabajan en el matadero son hispanos, la mayoría mexicanos.

Durante los siguientes minutos contaron en español y construyeron oraciones simples. Ninguno de los dos recordaba demasiado vocabulario, y pronto se quedaron callados.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Tracy. Habían recorrido varios kilómetros en silencio.

—Te escucho —respondió Kim.

—Si todo sale bien y logramos que Kelly Anderson cubra la historia y la convierta en una gran noticia, ¿qué te gustaría que ocurriese?

—Me gustaría ver que no hay mercado para los diez mil millones de kilos de carne picada que se producen al año.

—¿Y después qué?

—Bueno —dijo Kim mientras ordenaba sus ideas, que el pueblo exija que se le quite al Departamento de Agricultura la responsabilidad de inspeccionar las carnes rojas y blancas y el

control de alimentos para animales de corral. Sería más conveniente que eso pasara a manos de la FDA, que no tiene conflicto de intereses. O mejor todavía, que se privatizara el sistema para que las empresas, estimuladas por la competencia, se esforzaran por detectar y eliminar la contaminación.

—No confías demasiado en este nuevo movimiento por la irradiación de la carne, ¿no?

—¡No, por Dios! La industria usa ese recurso para evadir responsabilidades. Permitir la irradiación de la carne es simplemente una invitación para que la industria tolere un mayor grado de contaminación durante el procesamiento, porque total, a último momento se la elimina con los rayos gamma. Te habrás dado cuenta de que, aun con la irradiación, las empresas insisten en que la obligación del consumidor es conservar y cocinar la carne tal como ellas lo indican.

—Esa misma opinión tiene Kathleen Morgan —señaló Tracy.

—Es la opinión de cualquier persona pensante. Tenemos que utilizar los medios de comunicación para hacerle entender a la gente que no hay que tolerar la contaminación, aunque eso implique un aumento de los precios.

—Es una tarea muy difícil.

—¿Por qué no ser ambiciosos? Además, no es imposible. Después de todo, la carne no siempre estuvo contaminada; se trata de un fenómeno relativamente nuevo.

A lo lejos, comenzaron a aparecer unos corrales. Como era día de semana, muchas cabezas de ganado pastaban allí, en medio del fango.

—Qué triste —dijo Tracy, mirándolos. Son como condenados a muerte.

Dobló por la playa de estacionamiento de Higgins y Hancock. A diferencia de la mañana anterior, había gran cantidad de vehículos; muchos de ellos, viejas camionetas *pickup*.

—¿Por qué no me dejas cerca de la entrada principal? —sugirió Kim. Después vas hasta el final del edificio; allí no serás tan visible y estarás dentro del radio de los doscientos metros.

Tracy estacionó junto al cordón, y ambos observaron el edificio. La ventana que Kim había roto estaba descubierta y se veía claramente que le faltaban vidrios. Un hombre vestido de overol y camisa roja a cuadros tomaba las medidas parado sobre el cantero que había bajo la ventana.

—Siento como si tuviera que ir a ayudarlo —dijo Kim.

—No seas tonto.

La puerta principal se abrió; Tracy y Kim agacharon instintivamente la cabeza. Dos hombres salieron conversando y se alejaron. Sin lugar a dudas, la planta estaba en funcionamiento.

Tracy y Kim se enderezaron, se miraron uno a otro y sonrieron, nerviosos.

—Parecemos dos chicos a punto de hacer una travesura —observó Kim.

—Tal vez tendríamos que hablar un poco más de todo este asunto.

—Ya no es hora de hablar. —Kim se inclinó hacia Tracy y la besó. Era el primer beso que se daban después de mucho tiempo—. Deséame suerte —dijo.

—No sé por qué acepté acompañarte —se lamentó ella, mirando el edificio del matadero con expresión dubitativa.

—Aceptaste para cumplir con tus deberes cívicos —le respondió él con una sonrisa picara. Si logramos nuestro cometido, salvaremos muchas más vidas de las que yo pude salvar en todos mis años de cirujano.

—¿Sabes lo que más me sorprende de todo esto? —dijo Tracy, mirándolo a los ojos. En pocos

días, tú, que eras un narcisista, te has convertido en un filántropo; has pasado de un extremo al otro. Yo tenía la impresión de que la gente no cambiaba de personalidad.

—Ese tema se lo dejo a ustedes, los psicólogos —dijo Kim mientras abría la puerta del auto.

—Ten cuidado.

—No te preocupes. —Kim se bajó del auto, pero luego volvió a asomar la cabeza adentro—.

Recuerda que sólo me pondré el audífono muy de tanto en tanto. La mayor parte del tiempo seré yo el único que hable.

—Ya sé. Suerte.

—Gracias, nos vemos —dijo él, saludándola con la mano.

Tracy lo miró encaminarse hacia la puerta con un andar que hacía honor a su extravagante disfraz. A pesar de sus aprensiones, no pudo evitar una sonrisa. Kim tenía el aspecto displicente y desfachatado de un *punk* vagabundo.

Volvió a poner el auto en marcha, condujo hasta el final del edificio tal como Kim había sugerido y estacionó detrás de una camioneta. Bajó el vidrio de la ventanilla y colocó la antena en el techo. Se puso los audífonos estéreo y encendió el amplificador. Después de lo sucedido esa mañana con el volumen, hizo girar la perilla hasta el mínimo y luego, con cuidado, la subió. En el acto oyó la voz de Kim, que hablaba con un exagerado acento hispano.

—Por favor, necesito trabajar —decía, arrastrando las vocales. No tengo ni un centavo. Me dijeron que ustedes necesitaban gente.

Tracy encendió el grabador y se acomodó en el asiento.

Kim se sorprendió y entusiasmó al ver la rapidez con que lo llevaron hasta la oficina de Jed Street, supervisor del sector de matanza. Street era un hombre de aspecto indefinido, con una pequeña barriga que le abultaba bajo el guardapolvo manchado de sangre. En un extremo de su escritorio, había un casco amarillo como el que usan los obreros de la construcción. Una gran cantidad de recibos de compra de reses se apilaba frente a él.

En el instante en que Kim atravesó la puerta, Jed lo miró con curiosidad, pero después de unos minutos pareció aceptar su aspecto y no hizo comentario alguno.

—¿Trabajó alguna vez en un matadero? —le preguntó, mientras se hamacaba en su sillón y jugueteaba con un lápiz.

—No, pero siempre hay una primera vez —respondió Kim con tranquilidad.

—¿Tiene número de seguridad social?

—No. Me dijeron que no hacía falta.

—¿Cómo se llama?

—José Ramírez. —¿De dónde es?

—De Brownsville (Texas) —contestó Kim, con un acento más sureño que hispano.

—Sí, claro, y yo soy de París (Francia) —dijo Jed que, al parecer, no había notado la equivocación verbal de Kim. Se inclinó hacia adelante y agregó—: Mire, este es un trabajo sucio y pesado. ¿Está dispuesto a hacerlo?

—Estoy dispuesto a todo.

—¿Tiene permiso de trabajo?

—No.

—¿Cuándo quiere empezar?

—Ya mismo. Hace más de un día que no como.

—Eso le va a venir bien, teniendo en cuenta que nunca trabajó en un matadero. Por el momento barrerá el piso del sector de matanza. Son cinco dólares la hora, en efectivo. Al no tener número de seguridad social, es lo mejor que puedo ofrecerle.

—Me parece bien —dijo Kim.

—Y otra cosa —agregó Jed—, si quiere trabajar, tiene que cumplir también el turno de quince a veintitrés, pero sólo por esta noche. Uno de los empleados está enfermo. ¿Acepta?

—No hay problema.

—Está bien —dijo Jed y se puso de pie. Vamos a darle el uniforme.

—¿Quiere decir que debo cambiarme de ropa? —preguntó Kim, ansioso. Sentía la presión del arma contra el muslo y las baterías del micrófono contra el pecho.

—No. Sólo necesita un guardapolvo blanco, botas, casco, guantes y un cepillo de barrido. Lo único que tiene que cambiarse son los zapatos.

Kim salió tras Jed de la oficina y avanzó por un pasillo. Entraron en uno de los depósitos que Kim había revisado el sábado a la noche. Allí se le entregó todo lo mencionado, salvo el cepillo. En cuanto a las botas, tuvo que arreglarse con unas número cuarenta y cuatro; las cuarenta y tres se habían acabado. Eran botas amarillas de goma que le llegaban a media pierna. No eran nuevas, y no tenían muy buen olor.

Jed le dio un candado y lo condujo hasta los armarios personales, que quedaban en un vestuario, frente al comedor. Esperó que Kim se pusiera las botas y guardara los zapatos. Con el casco, los guantes protectores y el guardapolvo puestos tenía aspecto de ser de allí.

—Qué feo corte tiene en la nariz. ¿Qué le pasó?

—Fue un golpe contra una puerta de vidrio —respondió Kim, sin dar demasiados detalles.

—Lo lamento. Bueno, ¿listo para empezar?

—Creo que sí.

Jed cruzó el comedor y subió la escalera que llevaba a la puerta de incendios. Allí se detuvo y esperó que Kim lo alcanzara. Sacó algo del bolsillo y se lo dio.

—Casi me olvidaba —dijo, y le puso dos objetos pequeños y livianos en la palma de la mano.

—¿Qué son?

—Tapones para los oídos. En este sector, hay mucho ruido por los rieles móviles del techo, las desolladuras mecánicas y las sierras.

Kim examinó uno de esos tapones cónicos y esponjosos. También estaban gastados, igual que las botas.

—Su trabajo es barrer el piso y tirar la mierda en las rejillas.

—¿Mierda? —preguntó Kim.

—Sí. ¿Le da asco?

—¿Mierda de verdad?

—Bueno, una mezcla de mierda de vaca, tripas y sangre; todo lo que cae de la línea. Aquí no nos

reunimos a tomar el té. Además, tenga cuidado con las reses que avanzan colgadas del riel, y, por supuesto, con el piso. Es muy fácil resbalarse, y caerse no es nada divertido. —Se rio.

Kim asintió con la cabeza y tragó saliva. Realmente tendría que prepararse para resistir los aspectos repugnantes de ese trabajo.

Jed miró su reloj.

—Falta menos de una hora para el almuerzo, pero no importa, así se va aclimatando. ¿Alguna duda?

Kim negó con la cabeza.

—Si le surge alguna, ya sabe dónde está mi oficina.

—Sí —dijo Kim. Parecía que Jed estaba esperando una respuesta.

—¿No va a ponerse los taponos?

—Ah, sí, me olvidaba. —Se los puso, y luego hizo el gesto de pulgares arriba para indicarle que todo estaba bien.

Jed abrió la puerta. A pesar de que tenía los oídos tapados, en un primer momento Kim se sintió aturdido por el estruendo que llegaba desde la sala.

Entraron. El sector de matanza estaba totalmente cambiado; no parecía el mismo lugar que había visto la noche del sábado. Creía estar preparado para la experiencia que iba a vivir, pero se equivocó. Le afectó enormemente ver el riel colgante que transportaba las reses calientes y enormes, sumado al chirrido de las máquinas y el olor nauseabundo. El aire denso y sofocante estaba cargado con el hedor de carne cruda, sangre y heces frescas.

La misma impresión le produjo el impacto visual de semejante espectáculo. Los potentes aparatos de aire acondicionado, que en vano procuraban reducir la temperatura ambiente, hacían despedir vapor a los cincuenta y tantos animales desollados que Kim alcanzaba a divisar. Cientos de obreros vestidos con guardapolvos salpicados de sangre trabajaban codo a codo en las plataformas de enrejado metálico, descarnando los cadáveres a medida que pasaban. Los cables eléctricos colgaban en todas direcciones, como formando parte de una gigantesca telaraña. Era una imagen surrealista y dantesca del infierno; un infierno en la tierra.

Jed le palmeó el hombro y le señaló el piso. Kim bajó la mirada: el piso era, literalmente, un mar de sangre, restos de vísceras, vómitos y diarrea líquida de vaca. Jed volvió a palmearle el hombro y Kim levantó sus ojos. Jed estaba a punto de entregarle el cepillo de barrido cuando notó que la cara de Kim cambiaba de color y sus mejillas se hinchaban involuntariamente.

Jed dio un paso hacia atrás por precaución y señaló rápidamente hacia el costado.

Kim tuvo arcadas pero logró taparse la boca con la mano. Siguió la dirección que indicaba el dedo de Jed y vio una puerta con un cartel mal pintado que decía: CABALLEROS.

Fue directamente hacia allí. Abrió la puerta de un golpe y corrió al lavatorio. Inclinado sobre la loza fría, vomitó convulsivamente el desayuno que había tomado con Tracy esa mañana.

Cuando terminó, lavó la pileta y levantó la cabeza para mirarse en el espejo sucio y roto. Estaba más pálido que nunca, y tenía los ojos inflamados y enrojecidos, lo cual acentuaba su palidez. Gotas de sudor bordeaban su frente.

Se reclinó contra el lavatorio y buscó torpemente el audífono, que había enroscado dentro de la camisa. Con dedos temblorosos, se quitó uno de los taponos que le había dado Jed y se colocó el

auricular.

—Tracy, ¿me escuchas? —preguntó con voz ronca. Puedes hablar, tengo puesto el audífono.

—¿Qué ocurrió? ¿Eras tú el que tosía?

—Fue más que toser. Acabo de vomitar el desayuno.

—¿Cómo estás? Tienes voz de sentirte muy mal.

—Y, muy bien no estoy. Me da vergüenza haber reaccionado de esta manera. Con toda la experiencia que tengo como médico, no pensé que iba a impresionarme tanto. Este lugar es... indescriptible. —Miró a su alrededor: era el baño más sucio que había visto en su vida. Las paredes estaban manchadas y escritas con *graffitis* obscenos, la mayoría en español. El piso de baldosas tenía aspecto de que nunca se le hubiera pasado un trapo, y estaba recubierto con una capa de sangre y otros restos traídos con los pies desde el sector de matanza.

—¿Quieres abandonar? Por mí, no hay problema —dijo Tracy.

—Todavía no, pero te aseguro que, aunque estuve nada más que veinte segundos en la sala de matanza, creo que instantáneamente me convertí en vegetariano.

De pronto, Kim oyó ruido de agua de un inodoro en uno de los dos compartimientos del baño y se sobresaltó. No se había fijado si alguno de los dos bañitos estaba ocupado. Se quitó el audífono de un tirón, lo escondió junto con el cable debajo de la camisa y se ubicó frente al lavatorio para fingir que se estaba lavando. Oyó que la puerta del compartimiento se abría detrás de él.

Le preocupaba lo que pudiera haber oído esa persona, y por el momento no levantó la vista. Vio por el espejo que el hombre pasaba lentamente a sus espaldas, que lo observaba con curiosidad, y el corazón se le salió del pecho. ¡Era el sujeto que lo había atacado, primero allí, en el matadero, y después en su propia casa!

Kim se dio vuelta con lentitud. El hombre estaba junto a la puerta pero aún no la había abierto. Seguía observándolo con expresión inescrutable.

Por un instante, Kim y el extraño cruzaron las miradas. Kim trató de sonreír mientras fingía buscar unas toallas de papel. El aparato expulsor de toallas estaba roto por fuera, y su interior estaba vacío. Kim se atrevió a mirar al hombre una vez más; su expresión enigmática no había cambiado. La mano derecha de Kim buscó la tranquilidad del revólver que tenía en el bolsillo.

Los segundos le parecieron eternos. Los ojos negros, fríos e impenetrables del individuo seguían clavados en él. Parecía una estatua. Kim tuvo que dominarse para no decir alguna palabra que rompiera el incómodo silencio.

Para su gran alivio, el hombre abandonó la confrontación, abrió la puerta y desapareció.

Kim respiró. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Incluyó la cabeza y murmuró al micrófono que llevaba oculto:

—Dios mío, el loco del cuchillo estaba en uno de los baños. No sé qué habrá oído de lo que te dije. Me miró pero no dijo nada. Roguemos que no me haya reconocido.

Después de echarse agua fría en la cara y ponerse de nuevo el tapón en el oído, respiró hondo y abrió la puerta del baño para volver a la sala de matanza. Trataba de respirar por la boca así no le afectaba el mal olor. Sentía las piernas algo flojas. Por si acaso el extraño lo estuviera esperando, tenía la mano en el bolsillo, aferrada al revólver.

Jed estaba por ahí cerca, aguardándolo. Kim buscó al extraño con la vista y le pareció verlo en

un costado, en el momento en que desaparecía tras una lejana maquinaria.

—¿Se siente bien? —le gritó Jed para hacerse oír pese al estrépito de las máquinas.

Kim asintió con la cabeza y trató de sonreír.

Jed le devolvió una sonrisa burlona y le entregó un cepillo de mango largo y cerdas duras.

—Seguro que en el estómago tenía más de lo que suponía. —Después, palmeó a Kim en la espalda y se marchó.

Kim tragó saliva y se sacudió para evitar las náuseas. Bajó la cabeza para no mirar la hilera de reses desolladas y decapitadas que avanzaban rápidamente frente a él rumbo a la cámara refrigeradora. Tomó el cepillo con las dos manos e intentó concentrarse en la tarea de barrer la inmundicia que cubría el piso y llevarla hasta una de las muchas rejillas.

—No sé si puedes oírme con todo este ruido —dijo con la boca cerca del micrófono. Es obvio que el tipo del cuchillo trabaja aquí, lo cual no me sorprende en absoluto. Creo que será mejor que lo ubique.

Se agachó cuando vio que una de las enormes, humeantes reses se le venía encima. Por no mirar dónde pisaba, sin darse cuenta se había puesto en el camino por donde se desplazaba la cinta transportadora colgada del techo. Ahora su guardapolvo tenía una mancha de sangre, al igual que el de todos los demás.

Kim se enderezó y, después de calcular la velocidad de las reses, pasó del otro lado. Estaba empeñado en seguir al hombre que lo había agredido.

—No hay dudas de que me dieron el peor trabajo que hay —comentó, con la esperanza de que Tracy pudiera oírlo pese al estrépito. Soy el último orejón del tarro, pero al menos tengo la oportunidad de recorrer el edificio. Todos los demás obreros se quedan en el mismo lugar mientras las reses avanzan.

Kim rodeó la monstruosa máquina detrás de la cual había visto desaparecer a su atacante. El piso en ese sector estaba relativamente limpio; había sólo un pequeño charco de sangre que se escurría bajo la máquina. A la izquierda se levantaba una pared.

Kim siguió avanzando. Al frente, en una parte más oscura de la sala donde no había luces fluorescentes, vio a varios hombres trabajando. Un nuevo ruido surgió de entre el estruendo generalizado: era un golpeteo intermitente que le hacía acordar a la pistola neumática que se usa en carpintería para fijar clavos.

Continuó barriendo aunque allí no había muchos desechos.

Después de avanzar unos metros más y rodear otra máquina, descubrió en qué sector estaba.

—Estoy en el lugar adonde llegan los animales vivos —dijo por el micrófono. Los tienen en una sola fila, y cuando el primero llega a una plataforma elevada, un hombre lo golpea en la cabeza con algo que parece un martillo neumático, y que suena como una pistola lanzaclavos. Seguramente le dispara algo en el cráneo porque veo que saltan los sesos.

Apartó la vista un momento. Como hombre que había dedicado su existencia a salvar vidas, esa brutal carnicería le causaba una profunda impresión, pero al instante hizo el esfuerzo de mirar otra vez.

—Las vacas se desploman de inmediato dentro de un gran tambor giratorio que las arroja hacia adelante y las pone en posición vertical —continuó—. Luego, un operario las engancha del talón de

Aquiles y las cuelga del riel móvil.

»Si alguna vez llega el mal de la vaca loca a este país, no va a convenir matarlas de esta manera. Con esto lo que se hace es desparramar émbolos de tejido cerebral por todo el cuerpo del animal, ya que el corazón sigue latiendo.

Pese a la repugnancia que le producía lo que estaba presenciando, Kim se empeñó en avanzar. Ahora no había nada que le tapara la visual.

—¿Sabes una cosa? Estas pobres vacas, de alguna manera se dan cuenta de lo que les espera. Seguro que huelen la muerte, porque se defecan una encima de la otra mientras bajan por la rampa. Eso no hace más que aumentar la contaminación...

Se interrumpió en la mitad de la oración. A su derecha, muy cerca, estaba el tipo del cuchillo. De inmediato descubrió por qué ese hombre tenía predilección por los cuchillos: era uno de los dos obreros que se ubicaban debajo del animal muerto cuando este era colgado del riel y después, con un hábil movimiento de muñeca, le cortaban el cuello y daban un salto para alejarse del copioso chorro de sangre caliente que caía. La sangre salía a borbotones con los últimos latidos del corazón del animal y luego se escurría por una rejilla.

Al minuto siguiente, Kim se quedó sin respiración. La proximidad de su atacante lo había puesto tenso, y tuvo una reacción desmedida cuando sintió que alguien le palmeaba el hombro. Sin darse cuenta, levantó un brazo para defenderse.

Por fortuna era Jed, y no parecía muy contento. Se había asustado tanto como Kim.

—¿Qué cuernos está haciendo aquí? —le gritó por sobre el barullo. El golpeteo constante de la herramienta asesina sonaba como un metrónomo diabólico.

—Estoy tratando de orientarme —vociferó Kim. Volvió a mirar a su atacante, pero el hombre no lo había visto o no le prestaba atención. Había dado un paso al costado y afilaba su cuchillo en una piedra mientras su compañero lo reemplazaba en la tarea de cortar cuellos. Kim podía ver el cuchillo claramente; era similar al que el hombre había utilizado para atacarlo.

—Eh, le estoy hablando —chilló Jed. Lo tocó insistentemente con un dedo—. Se va ya mismo adonde están eviscerando. Ahí es donde está la mierda, y ahí es donde quiero que vaya.

Kim asintió con la cabeza.

—Venga, que le muestro el camino. —Le hizo una seña para que lo siguiera.

Kim echó una última mirada a su atacante, que en ese momento levantaba su cuchillo para examinar el filo. La hoja del cuchillo lanzó un destello. El hombre no alzó sus ojos.

Kim se estremeció y corrió tras Jed.

Pronto llegaron hasta el riel transportador de reses. A Kim le impresionó la serenidad de Jed. Para cruzar del otro lado, corría los cuerpos de las vacas como quien corre ropa colgada en un perchero en vez de esperar el momento para escabullirse por un hueco. Kim se negaba a tocar esos cuerpos calientes y tenía que prepararse, como hacen las nenas que quieren saltar a la soga sostenida por dos amiguitas que la hacen girar de prisa.

—Aquí es donde quiero que esté —gritó Jed cuando Kim lo alcanzó. Después, hizo un ademán abarcando todo el sector—. Aquí es donde se hace el trabajo sucio y donde quiero que se ubique con su cepillo. ¿Está claro?

Kim asintió de mala gana, mientras luchaba por evitar otra arcada. Se encontraba en el sector

donde se extraían las vísceras. Largas tiras de intestinos caían de los cuerpos suspendidos y se enroscaban como víboras sobre mesas de acero junto con masas temblequeantes de hígado, riñones del tamaño de un pomelo y trozos de páncreas.

La mayor parte de los intestinos estaban atados, aunque había algunos que no. Quizá se habían soltado. De todas formas, las mesas y el piso estaban repletos de heces bovinas que se mezclaban con los ríos de sangre.

Kim apoyó el cepillo en el piso y comenzó a barrer los desperdicios hacia una de las tantas rejillas. El trabajo le recordó el mito de Sísifo y el terrible destino del rey malvado. En el mismo instante en que Kim acababa de sacar la inmundicia de un rincón, el rincón volvía a ensuciarse con una nueva avalancha de sangre y excrementos.

Su único consuelo era pensar que el disfraz le había dado resultado. Estaba casi seguro de que el hombre del cuchillo no lo había reconocido.

Hizo lo posible por olvidarse de los aspectos más repulsivos de ese lugar horrible y concentrarse en su próxima misión. El siguiente paso de su investigación secreta vendría después de la hora del almuerzo.

Por la ventana, Shanahan vio que un jumbo carreteaba afanosamente por la pista, y con gran vacilación comenzaba a levantar la trompa. Desplazándose a una velocidad que parecía demasiado baja, se elevó en el aire y enfiló hacia un destino remoto.

Estaba en la Puerta treinta y dos, Salón B, esperando el vuelo que venía de Chicago. No le había sido fácil llegar hasta ahí. Los guardias de seguridad le habían negado la entrada al salón porque no tenía pasaje. Shanahan había quedado en encontrarse en esa puerta con Leutmann, por lo cual debía buscar la forma de estar allí. Por desgracia, los guardias no se habían dejado convencer con ningún argumento y, para solucionar el problema, se vio en la necesidad de comprar un boleto para un vuelo que no tenía intención de tomar.

Shanahan y Derek no se conocían. Para resolver ese inconveniente y lograr que Derek lo reconociera, había hecho una descripción de su propio aspecto y dijo, además, que llevaría una Biblia. Derek comentó que lo de la Biblia le parecía un detalle simpático, y agregó que él iría con un maletín negro.

La puerta de entrada correspondiente al jet se abrió, y un guardia de seguridad la sujetó. De inmediato comenzaron a desembarcar los pasajeros del vuelo proveniente de Chicago.

Shanahan se paró con la Biblia en la mano y fue mirando con ansiedad a cada uno que aparecía. El hombre que venía en décimo lugar daba la impresión de buscar a alguien, pero su apariencia no guardaba ninguna relación con lo que Shanahan se había imaginado. Era un individuo de aproximadamente treinta años, delgado, rubio y muy bronceado. Vestía traje a rayas y llevaba un maletín negro de avestruz. Estaba muy bien peinado y, sobre la cabeza, se había calzado un par de anteojos de sol. Entró en el salón, se detuvo y miró en torno con sus ojos azules. Cuando vio a Shanahan, fue directamente hacia él.

—¿El señor O'Brian? —preguntó Derek. Tenía un ligero acento inglés.

—Señor Leutmann —dijo Shanahan. Estaba totalmente desconcertado. La voz de Derek por

teléfono le había hecho pensar en un individuo moreno, corpulento, de físico imponente. La persona que estaba frente a él tenía más aspecto de aristócrata inglés que de asesino a sueldo.

—Supongo que trajo el dinero —dijo Derek.

—Por supuesto.

—¿Puede entregármelo?

—¿Aquí, en el aeropuerto? —preguntó Shanahan, lanzando miraditas nerviosas. Esperaba poder arreglar la cuestión monetaria en la intimidad de su auto, en la playa de estacionamiento. Se suponía que debía gestionar una rebaja en el anticipo y el arancel total.

—Cerramos el trato o no —dijo Derek—. Lo mejor es definirlo de inmediato para evitar roces.

Shanahan sacó el sobre que tenía en el bolsillo interno de su abrigo y se lo dio. Adentro había cinco mil dólares, la mitad de la suma que había pedido el asesino. Shanahan no estaba dispuesto a regatear en público.

Con horror vio que apoyaba su maletín en el piso, abría el sobre y tranquilamente contaba los billetes. Shanahan miró a su alrededor con nerviosismo. La situación le resultaba muy incómoda, aunque nadie parecía prestarles atención.

—Excelente —dijo Derek antes de guardar el dinero, cerramos el trato. ¿Cuáles son los datos que debe pasarme?

—¿Qué le parece si caminamos un poco? —logró decir Shanahan pese a que tenía la garganta seca. La excesiva tranquilidad de Derek lo ponía frenético.

—Sí, claro —aceptó Derek. Señaló el final del salón—. ¿Por qué no vamos al sector de descarga de equipaje?

Shanahan se puso en marcha, agradecido. Al menos se estaban moviendo. Derek iba adelante, dando pasos leves con sus mocasines de suela de goma.

—¿Tiene equipaje? —preguntó Shanahan. Era algo que tampoco esperaba.

—Por supuesto. A las empresas aéreas no les gustan las armas en la cabina del avión. En esta clase de trabajo no hay demasiadas opciones.

Marchaban junto con una masa de otros pasajeros recién llegados. A su izquierda, pasaba la misma cantidad de personas que, boleto en mano, corrían apuradas en dirección contraria. No había privacidad.

—Hay un auto para usted —anunció Shanahan.

—Excelente. Pero en este momento, estoy más interesado por conocer la identidad del blanco. ¿Cuál es su nombre?

—Es el doctor Kim Reggis. —Una vez más, Shanahan estudió las caras a su alrededor. Por fortuna, nadie pareció interesarse en la conversación ni reconocer el nombre—. Esta es una foto reciente. —Se la entregó. La foto no era muy clara: era una fotocopia sacada de un diario.

—Está un poco borrosa. Voy a necesitar más información.

—Armé una especie de biografía. —Shanahan le entregó el papel—. Como verá, hay una descripción física del hombre. También está la marca, modelo y año del auto, además del número de patente. Figura su domicilio, pero pensamos que no está viviendo allí por el momento.

—Esto está mejor —dijo Derek mientras miraba la hoja. Sí, muy completa.

—Pensamos que el doctor Reggis pasó la noche en la casa de su exmujer. Él estaba detenido y

ella pagó la fianza ayer a la mañana.

—¿Detenido? Habrá andado haciendo alguna travesura. —Decir que es una travesura es subestimar el problema. Llegaron a la cinta transportadora y se metieron entre los demás pasajeros. El equipaje que venía en el vuelo comenzaba a aparecer.

—Hay algo que debería saber —dijo Shanahan. Anoche hubo un intento frustrado de matar al médico.

—Gracias por su franqueza. Ese es un dato importante. Lo que usted quiere decir, sin duda, es que el hombre estará muy alerta.

—Algo así.

De pronto se oyó un bip agudo y Shanahan se sobresaltó. Demoró unos instantes en darse cuenta de que el sonido provenía de su radiomensaje. Sorprendido de que lo llamaran puesto que Bobby Bo sabía dónde estaba él y qué estaba haciendo, se quitó el aparatito del cinturón y miró la pequeña pantalla. Su confusión aumentó al ver que el número no le resultaba conocido.

—¿Le molesta si hago una llamada? —le preguntó a Derek, señalando una hilera de teléfonos públicos en una pared cercana.

—No, en absoluto. —Derek se quedó tranquilamente leyendo el informe sobre Kim.

Shanahan encontró algunas monedas camino al teléfono y marcó rápidamente el misterioso número. El teléfono sonó una vez y levantaron el tubo. Era Carlos.

—¡El médico está aquí! —dijo Carlos en un susurro forzado. Estaba muy agitado.

—¿De qué cuernos me hablas?

—Está aquí, en Higgins y Hancock —dijo Carlos, aún en voz baja. Tengo que cortar enseguida; estoy usando el teléfono del comedor. El doctor está aquí trabajando de peón de limpieza. Parece un loco.

—¿Qué dices? —preguntó Shanahan.

—Es muy extraño. Parece un viejo cantante de rock. Tiene el pelo muy corto y teñido de rubio.

—No puede ser —dijo Shanahan.

—¡Le digo que sí! También tiene unos puntos en la cara donde yo le hice un tajo. Es él, se lo juro, aunque tuve que mirarlo un buen rato para estar seguro. Después, vino hasta mi sector y se quedó parado unos minutos hasta que apareció su jefe y se lo llevó.

—¿Qué jefe? —preguntó Shanahan.

—Jed Street.

—¿El médico te reconoció?

—Claro, ¿cómo no me iba a reconocer? No me quitaba los ojos de encima. Por un momento creí que vendría a buscarme, pero no vino. Si hubiera hecho eso, yo lo habría despachado. ¿Quiere que me encargue de él? Puedo hacerlo mientras está aquí.

—¡No! —vociferó Shanahan, perdiendo el control por un instante. Sabía que, si Carlos mataba a Kim a pleno día con cientos de testigos, sería un desastre. Respiró hondo y luego empezó a hablar lentamente y en voz baja—. No hagas nada, como si no lo reconocieras. Quédate tranquilo. Después te doy instrucciones. ¿Entendido?

—Quiero acabar con ese tipo —dijo Carlos. Le dije que no es por dinero.

—Muy generoso de tu parte. Por supuesto, tú fuiste el que metió la pata en su momento, pero

ahora el tema es otro. Yo te diré qué hacer, ¿está bien?

—De acuerdo.

Shanahan colgó el teléfono y se quedó con la mano apoyada en el tubo mientras miraba a Derek Leutmann. Estaba en una disyuntiva. Por el momento, no sabía qué hacer.

A Tracy le dio un vuelco el corazón cuando alguien golpeó de pronto su ventanilla. Durante el tiempo en que había estado estacionada al final del matadero, algunas veces había visto gente que iba y venía. Pero nadie se había acercado a su auto. Se sacó de prisa los audífonos y se dio vuelta para ver quién era.

Junto al auto se había parado un hombre de feo aspecto, vestido de camiseta y overol mugrientos. En la cabeza llevaba puesta una gorra al revés. En el labio inferior, un cigarrillo sin encender se sacudía cuando el individuo respiraba por la boca entreabierta.

El primer impulso que tuvo Tracy fue el de poner el motor en marcha y huir, pero abandonó la idea cuando se acordó de que en el techo estaba la antena haciendo equilibrio. No le quedaba más remedio que bajar la ventanilla.

—La vi desde mi camioneta —dijo el hombre, señalando por sobre su hombro un vehículo cercano.

—¿Ah sí? —respondió Tracy, nerviosa. No sabía qué decir. El hombre tenía una notoria cicatriz que le bajaba por el costado de la cara hasta el cuello.

—¿Qué escucha?

—Nada. —Tracy miró el grabador, que seguía funcionando—. Un poco de música, no más.

—A mí me gusta la música *country*. ¿Está escuchando de esa música?

—No. Esto es más bien *New Age*. En realidad, estoy esperando a mi marido, que trabaja aquí.

—Yo vine a hacer un trabajo de plomería. Este es el lugar que más cañerías y desagües tiene en todo el país. Bueno, le iba a pedir fuego. No encuentro mi encendedor por ningún lado.

—Lamento, pero no fumo y tampoco tengo fósforos.

—Gracias, igual. Perdona la molestia.

—No es nada.

El hombre se marchó. Tracy suspiró aliviada y levantó el vidrio. El episodio le hizo darse cuenta de lo tensa que estaba. Había estado nerviosa desde el momento en que Kim entró en ese edificio y, sobre todo, cuando él se topó en el baño con el asesino. También se sumaba el hecho de que no había podido hablar con Kim: se moría por decirle que saliera de ahí, que no valía la pena.

Después de echar una mirada rápida a su alrededor para cerciorarse de que nadie más la observaba, volvió a colocarse los audífonos y cerró los ojos. El problema era que, para oír lo que le decía Kim, tenía que hacer el esfuerzo de concentrarse. El nivel de ruido que había dentro de la planta la había obligado a poner el volumen muy bajo.

Kim había recorrido el área de eviscerado y ya tenía un panorama completo del proceso de faenado de la carne. Había visto cómo a las vacas se las mataba, se las izaba y degollaba. Luego se las

desollaba y decapitaba; las cabezas se colocaban por separado en un riel colgante. Después del eviscerado, las reses eran cortadas por la mitad en sentido longitudinal con una gigantesca sierra muchísimo más horrorosa que los temibles artefactos de las películas de terror.

Kim miró su reloj para tomar el tiempo que se tardaba en matar a esos pobres animales. Se quedó pasmado. Bajó el mentón y habló por el micrófono:

—Esperemos que Lee Cook consiga un sistema de vídeo apropiado. Servirá para probar el argumento principal de Marsha. Ella dijo que el problema de la contaminación en la industria de la carne se originaba en el matadero y que se daba mayor prioridad al lucro que a la seguridad. Acabo de tomar el tiempo de faenado en este lugar. Es increíble, pero tardan doce segundos por vaca. A esa velocidad, no hay forma de evitar una contaminación generalizada.

»»Y, en cuanto a la connivencia que existe entre el USDA y la industria, es evidente incluso en este nivel. Arriba, en las pasarelas, hay algunos inspectores. Se los distingue enseguida porque usan cascos rojos y no amarillos, y sus delantales blancos están más limpios que los del resto. Pero, más que inspeccionar, se lo pasan contando chistes y riéndose con los empleados. La inspección es pura farsa. No sólo la línea se mueve demasiado rápido, sino que además estos tipos casi nunca miran las reses cuando pasan.

Kim de pronto advirtió que Jed Street husmeaba por entre las mesas y piletas de eviscerado. Retomó entonces sus tareas de barrido, se alejó de Jed en sentido contrario a las agujas del reloj y pronto se halló en el área de decapitación. Para el degüello se utilizaba otra sierra apenas un poco menos horripilante que la que se usaba para cortar las reses en dos. En el instante en que el hombre que esgrimía la sierra terminaba de cercenar por completo la columna vertebral, otro atrapaba la cabeza de casi cincuenta kilos con un gancho que colgaba del riel elevado. Era un proceso que requería coordinación y trabajo en equipo.

Mientras continuaba con sus tareas de limpieza, Kim siguió la hilera de cabezas desolladas que se desplazaban por el riel, entrechocándose. Sin párpados, los ojos inertes tenían una peculiar mirada sorprendida.

Kim siguió el riel de las cabezas hasta un punto en que desaparecía por una abertura que conducía a una habitación vecina. Inmediatamente reconoció la habitación: era el lugar donde lo habían atacado el sábado a la noche.

Miró por sobre su hombro, buscando a Jed. Como no lo vio, supuso que, con el caos, no se daría cuenta de su ausencia. Atravesó la abertura sin puertas y entró en el área de deshuesado de cabezas.

—Llegué a la sala adonde van las cabezas —siguió explicando por el micrófono. Esto puede ser importante para determinar cómo se intoxicó Becky. Marsha había encontrado algo en los papeles acerca de la cabeza del último animal que llegó el día en que podría haberse faenado la carne con que se hizo la hamburguesa de Becky. Dijo que era «repugnante», cosa que ahora me extraña, porque todo el proceso es repugnante.

Kim observó un momento cómo cada doce segundos el riel colgante dejaba caer sobre la mesa una cabeza, que luego era atacada por un equipo de carniceros. Con cuchillos similares a los que se usaban para el degüello, los obreros rápidamente cercenaban las enormes mejillas y la lengua, que arrojaban dentro de un tambor de una tonelada de capacidad parecido a los que Kim había visto en el Frigorífico Mercer.

—Aprendo algo a cada instante. Seguro que las hamburguesas están hechas, en gran parte, con mejilla de vaca.

Luego advirtió que, después de extraérseles mejillas y lengua, estas eran puestas sobre una cinta transportadora plana que las arrojaba ignominiosamente dentro de un agujero negro que, al parecer, conducía al sótano.

—Creo que tendré que visitar el sótano —dijo Kim entre dientes. Tenía el presentimiento de que iba a tener que poner a prueba su miedo infantil a los sótanos.

Hasta entonces, había sido un buen día para Jed Street, a pesar de que era lunes. Había tomado un buen desayuno y llegó al trabajo con tiempo de sobra para sentarse a tomar una segunda taza de café con varios otros supervisores. Además, el ausentismo de sus empleados era más bajo que lo habitual. Encontrar empleados eficientes y mantenerlos en su puesto era su tarea más difícil.

Ese día, no se había enfermado ninguno de sus empleados clave; por lo tanto, estaba seguro de que su equipo procesaría cerca de dos mil cabezas durante la mañana. Eso lo alegraba porque sabía que su jefe inmediato, Lenny Striker, también se iba a alegrar.

Jed se quitó el guardapolvo y lo colgó. Se había retirado a su oficina con su tercera taza de café para ponerse al día con los papeles. Fue hasta su escritorio y se sentó. Tomó una lapicera y se puso a trabajar. Todos los días tenía un número considerable de formularios que completar.

No hacía mucho que había empezado a trabajar cuando sonó el teléfono. Antes de atender, levantó la taza de café. Le preocupaba relativamente poco cualquier llamada que pudiera recibir a esa altura de la mañana, y se imaginaba que no sería por un motivo muy grave. Al mismo tiempo, siempre había que estar alerta. Sabía que, en un lugar tan peligroso como un matadero, en cualquier momento podía ocurrir una catástrofe.

—Hola —dijo acentuando la primera sílaba, y tomó un sorbo de café.

—Jed, habla Daryl Webster. ¿Tiene un momento para conversar conmigo?

Jed escupió el café y después se apuró a secar los formularios que había manchado.

—Por supuesto, señor Webster —balbuceó. Hacía veintidós años que trabajaba para Higgins y Hancock, y en todo ese tiempo su jefe máximo nunca lo había llamado.

—Me llamó alguien de la oficina de Bobby Bo —explicó Daryl. Me dijo que hoy tomamos un peón nuevo.

—Así es —dijo Jed. Sintió que le ardía la cara. Contratar inmigrantes ilegales se permitía tácitamente, aunque oficialmente estaba prohibido. Rogó que no lo tomaran como chivo expiatorio.

—¿Cómo se llama el individuo? —preguntó Daryl.

Jed buscó con desesperación entre los papeles desparramados sobre su escritorio. En alguna parte había anotado el nombre, aunque no en un formulario oficial. Cuando lo encontró, suspiró aliviado.

—¡José Ramírez, señor!

—¿Le mostró algún documento de identidad?

—No que yo recuerde.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es un poco raro —respondió Jed, confundido. No entendía qué importancia podía tener el aspecto de un peón.

—¿Podría darme una idea?

—Parece *punk* —explicó, tratando de pensar cómo lo describiría su hijo de catorce años. Tiene el pelo teñido, arito, tatuajes y pantalones de cuero.

—¿Es alto?

—Sí, mide más de uno ochenta, seguro.

—¿Y tiene una cicatriz en la cara?

—Sí. ¿Cómo sabe eso, señor?

—¿Le dijo dónde vive? —preguntó Daryl.

—No, y tampoco se lo pregunté. Tengo que decir que se mostró muy agradecido de que le diera trabajo. Incluso aceptó trabajar un turno y medio.

—¿Entonces va a estar esta noche en el equipo de limpieza?

—Sí, porque uno de los empleados se enfermó.

—Está bien —dijo Daryl—. Está muy bien. Buen trabajo, Jed.

—Gracias, señor. ¿Quiere que haga algo o le diga algo a Ramírez?

—No, todo lo contrario: quiero que esta conversación quede entre nosotros. ¿Puedo pedirle eso?

—Por supuesto; cuente conmigo.

Jed se reclinó hacia atrás cuando terminó la conversación. La llamada había sido muy sorprendente. Intrigado, se quedó mirando el teléfono un segundo antes de colgar.

Como no quería que lo encontraran en la sala de deshuesado donde no había nada que barrer, Kim regresó al piso principal de matanza. A pesar de haber seguido el recorrido del riel por casi toda la planta, aún no entendía por qué Marsha había mencionado esa última res. La única incógnita era qué pasaba con las cabezas una vez que desaparecían por el agujero negro.

Regresó al sector de eviscerado y volvió a barrer partes del piso que ya había limpiado varias veces. Lo frustrante era que ciertas partes tardaban apenas quince minutos en volver a ensuciarse, como si nunca las hubiera limpiado.

Pese a que tenía puestos los tapones en los oídos, de pronto oyó un zumbido estridente. Se enderezó y miró a su alrededor. Enseguida vio que habían suspendido el ingreso de ganado. Ya no se sacrificaban más animales. Se les daba un respiro a las pobres vacas próximas al verdugo. Este había dejado su herramienta y se ocupaba de enrollar la manguera de alta presión.

Los animales que ya habían sido sacrificados avanzaron por la línea hasta que el último quedó eviscerado. En ese momento el riel se detuvo, cesó el estruendo y se hizo un silencio sepulcral.

A Kim le llevó unos minutos darse cuenta de que el silencio se debía, en parte, a los tapones de oídos. Cuando se los quitó, oyó el golpeteo metálico que hacían los obreros al guardar las herramientas eléctricas y el murmullo de su conversación animada. Algunos obreros empezaron a tirarse desde las pasarelas, mientras que otros preferían bajar por las escaleras.

Kim detuvo a uno de ellos y le preguntó qué pasaba.

—No hablo inglés —dijo el hombre y se fue rápidamente.

Kim detuvo a otro.

—¿Habla inglés? —le preguntó.

—Un poco.

—¿Qué es lo que pasa?

—Es la hora del almuerzo —explicó el hombre, y se apuró para alcanzar a su compañero.

Kim observó cómo una cantidad cercana a los cien obreros salían de sus puestos de trabajo y hacían fila para pasar por la puerta de incendios y dirigirse al área del comedor y los armarios personales. Igual número de empleados llegaban desde la sala principal de deshuesado a través de la sección de deshuesado de cabezas. Pese al hedor y la presencia de la muerte, la camaradería era evidente: se oían risas y bromas amistosas por doquier.

—No sé cómo pueden probar bocado —dijo Kim a su micrófono.

Luego vio al hombre que lo había atacado, que iba con su compañero. Ambos pasaron junto a él y, sin mirarlo siquiera, se pararon en la fila, que era cada vez más larga. Kim se convenció aún más de que estaba bien disfrazado.

Detuvo a un eviscerador de guardapolvo blanco húmedo, salpicado con manchones rosados y rojos, y le pidió que le explicara cómo se llegaba al sótano. El hombre lo miró como si estuviera loco.

—¿Hablas inglés? —preguntó Kim.

—Sí, claro, viejo.

—Quiero ir abajo. ¿Cómo hago?

—Yo que tú no bajaría —dijo el hombre. Pero, bueno, si quieres, tienes que ir por esa puerta.

Señaló una puerta sin cartel que tenía un cierrapuertas automático en el borde superior.

Kim continuó barriando hasta que se fue el último obrero. Después de tanto ruido y caos que había cuando funcionaba la línea, ahora le resultaba extraño estar solo con cuarenta o cincuenta cadáveres calientes. Por primera vez, el piso del sector de eviscerado estaba limpio, sin sangre ni desperdicios.

Dejó el cepillo y enfiló hacia la puerta que le había indicado el hombre. Después de mirar por sobre su hombro para asegurarse de que no lo viera nadie, la abrió y entró en la sala contigua. La puerta volvió a cerrarse rápidamente.

Lo primero que le impresionó fue el olor. Era diez veces peor que el del piso de matanza, que le había dado náuseas no bien llegó. Lo que lo hacía tan atroz era que ahora se agregaba el hedor de la putrefacción. Aunque sintió varias arcadas, no vomitó, tal vez porque tenía el estómago vacío.

Estaba parado en una escalera de cemento que descendía hacia la oscuridad total. Sobre su cabeza, colgaba una única lamparita. En la pared de atrás, había un extinguidor y una linterna de emergencia de tamaño industrial.

Kim retiró la linterna de la pared y la encendió. Iluminó la escalera con el rayo intenso, y así descubrió un largo tramo de escalones que conducían a un sótano profundo. Las paredes estaban salpicadas con grandes manchas marrones similares a las del test de Rorschach. A lo lejos, el piso parecía liso y negro como un charco de petróleo crudo.

Se quitó un guante de goma y buscó el audífono. Después de sacarse uno de los tapones, se lo calzó en el oído.

—¿Me oyes, Trace? —dijo. Si me oyes, di algo. Acabo de ponerme el audífono.

—¡Ya era hora! —respondió ella, irritada. Su voz llegaba fuerte y clara a pesar de que Kim estaba rodeado por paredes de cemento reforzado—. Quiero que vengas de inmediato.

—Eh, pero ¿por qué, tanto apuro?

—Estás adentro de un matadero con alguien que ya trató dos veces de matarte. No quiero que sigas con esto: es una locura.

—Tengo que investigar un poco más. Además, el tipo del cuchillo no me reconoció, así que ¡cálmate!

—¿Dónde estás? ¿Por qué no te pusiste antes el audífono? Me vuelvo loca si no podemos hablar. Kim empezó a bajar la escalera.

—No puedo arriesgarme a usarlo, salvo cuando estoy solo —explicó—. En cuanto a mi ubicación, estoy bajando al sótano, que no es ningún paraíso, tengo que admitirlo. Es como descender al fondo del infierno. El olor que hay aquí es indescriptible.

—Creo que no tendrías que bajar a ese subsuelo. Me gusta poder hablarte, pero es más seguro que te quedes en un grupo.

Además, no deberías estar ahí y, si alguien te pesca, tendrás problemas.

—Todos están almorzando. La posibilidad de que me encuentren aquí abajo no me preocupa.

Respirando por la boca para no sentir el mal olor, Kim llegó hasta el final de la escalera. Alumbró con la linterna la amplia habitación, que estaba en una oscuridad absoluta, y vio miles de tanques y enormes contenedores. Cada contenedor estaba conectado con un tubo que subía y atravesaba el techo para recoger la sangre, restos de vísceras, huesos y cráneos descartados.

—Aquí es donde almacenan todo hasta que lo llevan a la planta procesadora —dijo Kim. Por el olor, se nota que todo está en etapas diversas de descomposición. No hay refrigeración. Aunque es difícil imaginárselo, en verano el hedor seguramente es mil veces peor.

—Suenas asqueroso. Me cuesta creer que puedan darle algún uso a ese tipo de desechos.

—La procesadora lo transforma en fertilizante, y aunque parezca repulsivo, también en alimento para el ganado. La industria hace que nuestros animales, sin saberlo, se conviertan en caníbales —dijo Kim—. Ay, no —murmuró luego, y sintió un escalofrío que le corría por la espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó Tracy, alarmada.

—Oí un ruido. —Entonces sal de ahí.

Kim apuntó la linterna en dirección al ruido. De una manera sorprendentemente similar al episodio de su propio sótano, lo miraban varios pares de ojos de un diabólico color rubí. Un segundo después los ojos desaparecieron, y Kim vio un grupo de animales del tamaño de gatos que salían corriendo. A diferencia de la noche anterior, no eran ratones.

—No hay problema. Son unas ratas gigantes, no más.

—Ah, bueno —dijo Tracy irónicamente. Apenas unas inofensivas ratas gigantes.

Kim bajó hasta el piso del sótano y descubrió que la superficie no solamente parecía cubierta de petróleo crudo sino que también tenía más o menos esa misma consistencia. Cada vez que levantaba los pies, sus botas chapoteaban con un sonido pegajoso similar al de una ventosa.

—Esto sin duda es una imagen de pesadilla del postindustrialismo —comentó.

—Deja ya de filosofar —interrumpió Tracy—. ¡Vamos, sal de ahí! Además ¿se puede saber qué

haces ahí abajo?

—Quiero encontrar el conducto por donde bajan las cabezas.

Avanzó chapoteando entre tanques y contenedores, tratando de calcular la ubicación de la sala de deshuesado de cabezas en el piso de arriba. Llegó así a una pared de cemento que, supuso, sería la continuación de la pared de arriba. Eso quería decir que el conducto que buscaba estaba del otro lado.

Recorrió la pared con la luz de su linterna hasta que halló una abertura. Se asomó e iluminó el ambiente contiguo. Era más pequeño y estaba más limpio que el primero. También era lo que él suponía. A su derecha, había un tubo conectado a un contenedor particularmente grande.

—Bien —dijo— creo que lo encontré. Es del tamaño de un volquete de construcción. —Con el rayo, siguió el tubo hasta el punto por donde atravesaba el techo. Estimó que su diámetro era más o menos igual al de la abertura que había visto arriba.

—Bueno, te felicito. Pero ahora te vas de ahí.

—Un segundo. Veré si puedo averiguar qué hay adentro.

Se acercó al contenedor mugriento y oxidado. En esa zona del sótano, el piso no era pegajoso. Al costado, cerca de donde el tubo se insertaba en el contenedor, había una pequeña plataforma de metal con cuatro escalones. Subió los escalones. Desde ahí veía la parte superior del contenedor. Ante sus ojos había una tapa asegurada con un cerrojo metálico. Corrió el cerrojo, pero no pudo levantar la tapa. Por lo menos, no con una mano.

Se puso la linterna entre las piernas y metió las dos manos debajo del borde de la tapa, que se abrió con un chirrido. Sostuvo la tapa con la mano izquierda, levantó la linterna con la derecha e iluminó el interior. Lo que vio no fue muy agradable.

El contenedor estaba casi rebosante de cabezas de vaca despellejadas y putrefactas. A diferencia de las cabezas sangrientas y recién faenadas de arriba, en estas los ojos estaban resecos, y los pedazos de cartilago que habían quedado adheridos se habían puesto negros. En muchas de ellas se veía claramente el agujero perforado con la pistola neumática.

Cuando, ya asqueado por lo que veía y olía, estaba a punto de bajar la tapa, su boca soltó un grito involuntario de horror. El haz de la linterna se había posado sobre algo mucho más horrendo: parcialmente enterrada bajo una avalancha de cráneos de vaca frescos, ¡se asomaba la cabeza cercenada de Marsha!

Tanto se impresionó Kim, que soltó de golpe la pesada tapa y esta se cerró con un estrépito ensordecedor. El estruendo resonó contra las paredes de la pequeña habitación y luego se multiplicó en un eco que siguió retumbando en paredes distantes.

—¿Qué pasó? —preguntó Tracy, desesperada. Antes de que pudiera responderle, se produjo un chirrido espantoso que casi les hace estallar los tímpanos a ambos. Al caer, la tapa del contenedor había activado alguna maquinaria automática.

Kim tomó rápidamente la linterna, apuntó al lugar de donde provenía el horrible ruido, y vio que se levantaba una oxidada escotilla en el techo.

Kim oía la voz de Tracy que, una y otra vez, le preguntaba qué pasaba, pero no podía responderle porque no lo sabía. Detrás de la escotilla, había una carretilla elevadora con horquilla que, de pronto, cobró vida como una espantosa criatura mecánica del futuro. En la parte delantera,

empezaron a encenderse luces rojas, que tiñeron la habitación del color de la sangre.

No bien la escotilla se elevó al máximo, el vehículo empezó a emitir agudos sonidos intermitentes mientras avanzaba en forma brusca y estruendosa, directamente hacia Kim. Aterrorizado, él saltó de la plataforma y se pegó a la pared.

La carretilla elevadora embistió el contenedor con un estrépito aún más fuerte que el de la caída de la tapa. El recipiente se sacudió, y luego se elevó. Al retroceder el vehículo, se desprendió el tubo que conectaba el contenedor con la sala de deshuesado de cabezas. Una vez que el espacio que ocupaba el contenedor quedó despejado, un segundo contenedor vacío que esperaba tras el primero se deslizó hasta acomodarse en su lugar con otro estruendo. El tubo volvió a conectarse automáticamente.

La carretilla se detuvo, giró y se internó en la tenebrosa oscuridad.

—Kim, no sé si me oyes o no —gritó Tracy—, ¡pero voy a entrar!

—¡No! —exclamó él por el micrófono. Estoy bien. Sin querer, activé un equipo de remoción automático. No vengas, que yo ya salgo.

—¿Vuelves al auto? —preguntó ella, esperanzada.

—Sí. Necesito tomarme un respiro.

No era que Derek Leutmann no confiara en Shanahan O'Brian, pero sabía que, detrás de esa historia, había algo que se le ocultaba. Además, Derek tenía su metodología de trabajo. Matar gente era un negocio en el que había que cuidar hasta el último detalle. En lugar de ir directamente a la casa de la exmujer de Kim, como había sugerido Shanahan, prefería ir a lo del médico. Quería verificar la información de Shanahan y averiguar más sobre su supuesto blanco.

Se dirigió, entonces, en auto hasta el barrio Balmoral y, sin dudarlo, enfiló directamente a la casa de Kim. Sabía por experiencia que eso era mucho menos sospechoso que rondar por el barrio.

Estacionó en la salida del garaje, abrió su maletín de metal, que traía en el asiento del acompañante, y sacó una automática nueve milímetros de un bolsillo hecho a medida. Con la destreza de un experto, le colocó un silenciador y luego se guardó el arma en el bolsillo derecho de su abrigo de piel de camello. El bolsillo estaba acondicionado de manera que entrara en él el arma larga.

Se bajó del auto, con el maletín de avestruz en la mano. Espió rápidamente el interior del garaje. Estaba vacío. Luego caminó hasta la puerta principal con el aire inequívoco de un empresario importante o un exitoso promotor de seguros. Tocó el timbre. Sólo entonces echó una rápida mirada al vecindario. Desde el porche sólo se alcanzaban a ver dos casas más, que parecían estar desocupadas.

Volvió a tocar el timbre. Como no le atendía nadie, trató de abrir la puerta. Fue una grata sorpresa que no estuviera con llave. De todos modos, la puerta no habría sido un gran obstáculo: Derek tenía las herramientas y la habilidad necesarias para abrir casi cualquier cerradura.

Sin dudarlo un instante, entró en la casa y cerró la puerta. Se quedó parado un minuto, escuchando. No se oía absolutamente nada. Todavía con el maletín en la mano, recorrió la planta baja rápida y sigilosamente. En la cocina vio platos sucios que parecían estar allí desde hacía tiempo.

Subió luego a la planta alta y vio la puerta astillada del baño principal y la mesa rota. Entró en el baño y tocó las toallas. Era evidente que hacía mucho que no se las usaba. Hasta el momento, la información de Shanahan era correcta.

En el vestidor de la habitación principal reparó en toda la ropa desparramada por el piso. No pudo evitar preguntarse qué habría pasado exactamente en ese ataque frustrado que le mencionó Shanahan.

Volvió a bajar la escalera, entró en el estudio y se sentó al escritorio de Kim. Sin quitarse los guantes, comenzó a revisar la correspondencia para ver qué podía averiguar sobre el hombre que había venido a matar desde Chicago.

Tracy había retrocedido para poder ver el frente del edificio de Higgins y Hancock. Había pensado en estacionar en la entrada principal, pero tenía miedo porque Kim no le había indicado dónde se encontrarían. Temía que él saliera por alguna de las otras puertas y no la viera.

Pero pronto lo vio aparecer por la puerta principal y correr hacia ella. Traía puesto guardapolvo blanco y casco amarillo. Se acercó rápidamente y, después de echar una rápida mirada atrás, subió y se sentó en el asiento trasero.

—Nunca te vi tan pálido —dijo Tracy. Se había dado vuelta todo lo que le permitía el volante—. Pero creo que es porque el pelo rubio te hace más blanco.

—Acabo de ver una de las peores cosas de mi vida.

—¿Qué? —preguntó ella, alarmada.

—¡La cabeza de Marsha Baldwin! Quizá sea lo único que queda de su persona, junto con algunos huesos. Y aunque parezca atroz, creo que la mayor parte de su cuerpo fue a parar a la carne de hamburguesa.

—¡Por Dios! —murmuró Tracy. Su mirada se cruzó con la de su exmarido. A Kim se le llenaron los ojos de lágrimas, y a ella también.

—Primero Becky y ahora esto —sollozó Kim. Me siento tan responsable. Por mi culpa, una tragedia llevó a la otra.

—Entiendo cómo te sientes —trató de consolarlo Tracy—. Pero, ya te dije, Marsha hizo lo que quiso, lo que pensaba que tenía que hacer. Eso no justifica su muerte, pero tampoco es culpa tuya. — Le tendió la mano. Él la tomó y la apretó. Por unos instantes, hubo entre ambos una comunicación callada pero muy intensa.

Tracy suspiró, sacudió la cabeza con tristeza y retiró la mano. Se dio vuelta en su asiento y encendió el motor. Antes de que Kim subiera al auto, ella ya había sacado la antena del techo.

—Lo único que sé es que nos vamos de aquí —dijo, al tiempo que ponía el cambio.

—¡No! —exclamó Kim. Se inclinó hacia adelante y le apoyó una mano en el hombro para que frenara—. Tengo que volver. Voy a llegar hasta las últimas consecuencias. Ahora tengo dos motivos: Becky y Marsha.

—¡Kim, esto es un homicidio comprobado! —dijo Tracy, sin levantar la voz—. Tiene que intervenir la policía.

—Es un solo homicidio, y eso no es nada comparado con la muerte de quinientos chicos por año

que causa esta industria por el simple hecho de obtener más ganancias.

—La responsabilidad por la muerte de esos chicos podría ser difícil de probar en un tribunal, pero la cabeza de una persona no deja ninguna duda.

—Encontré la cabeza, pero ahora no sé dónde está. Estaba mezclada con las de las vacas pero, cuando cerré la tapa, activé un sistema que se las llevó. Ahora seguramente van en camino a la procesadora, así que no tendríamos el cuerpo del delito aun si quisiéramos denunciar la muerte de Marsha. Además, en este momento mi palabra no vale nada para la policía.

—Pueden empezar ellos su propia investigación. A lo mejor encuentran otros huesos.

—Pero aunque lo hagan, aquí no se trata de aprehender a un simple matón como el que me atacó. Yo lo que quiero es desenmascarar la industria.

Tracy suspiró otra vez y apagó el motor.

—¿Pero para qué necesitas volver ahora? Ya conseguiste lo que querías. Comprobaste que será fácil documentar cómo se contamina la carne. —Tracy tocó el grabador—. Esta cinta sola podría ser tan efectiva como un vídeo. Te digo que es muy contundente la descripción que hiciste sobre lo que pasa ahí adentro. Estoy segura de que Kelly Anderson se va a entusiasmar mucho con esto.

—Quiero volver porque, como oíste, me asignaron el horario de quince a veintitrés. Espero, en algún momento del turno, poder entrar en la sala de registros. Marsha encontró un Informe sobre Defectos en el Proceso que mencionaba la cabeza de un animal enfermo. Dijo que la pondría de nuevo en el archivo, y yo la oí hacerlo. Quiero encontrar ese papel. Tracy sacudió la cabeza, impotente.

—Es muy arriesgado —dijo. Si Kelly Anderson toma el caso, que lo busque ella.

—No creo que yo a esta altura corra ningún riesgo. El tipo del cuchillo me miró directo a los ojos en el baño. Si tenían que reconocermé, ese era el momento. Más aún, ya ni siquiera necesito esta arma.

Tironeó del revólver para sacarlo del bolsillo y se lo entregó a Tracy.

—Por lo menos, quédate con el revólver. —Kim sacudió la cabeza.

—No lo quiero.

—Por favor —insistió Tracy.

—Escucha, ya llevo demasiado con estos aparatos, y tener el revólver encima es más un riesgo que una tranquilidad. —Tracy lo tomó de mala gana y lo puso en el piso del auto.

—No hay forma de convencerte de que no vuelvas, ¿no?

—Quiero seguir con esto hasta el final. Es lo menos que puedo hacer.

—Espero que entiendas que me vuelvo loca aquí sentada mientras tú corres semejante riesgo.

—Te entiendo. ¿Por qué no te vas a tu casa y vuelves a buscarme a las once?

—¡Ay, no! Eso sería peor. Aquí por lo menos me entero de lo que pasa.

—Bueno, como quieras. Pero yo ya me tengo que ir porque está por terminar la hora del almuerzo.

Kim ya había sacado las piernas del auto y luego se inclinó hacia su exmujer.

—¿Puedo pedirte que hagas algo esta tarde? —Sí, cómo no, siempre y cuando no implique tener que salir del auto.

—Llama con tu celular al laboratorio Sherring y pregunta por el análisis de la carne que les dejé.

Seguro que ya están los resultados.

—Bueno.

Kim le dio un apretón en el hombro.

—Gracias —dijo. Luego se bajó, cerró la puerta del auto, saludó con la mano y se alejó.

Derek Leutmann redujo la velocidad a medida que se acercaba a la casa de Tracy. Los números de algunas de las casas vecinas no eran muy visibles, y no quería pasarse de largo. Cuando llegó a la altura de la casa, vio que el Mercedes estaba estacionado en la entrada del garaje. Como no quería bloquearle la salida, giró en redondo y estacionó enfrente.

Miró el informe que le había dado Shanahan para verificar la patente del Mercedes y comprobó lo que sospechaba: era el auto del médico.

Después de prepararse igual que la vez anterior, se bajó en medio de la llovizna que había empezado a caer. Antes de sacar su maletín, abrió un pequeño paraguas automático. Con el maletín en una mano y el paraguas en la otra, cruzó la calle y espió el interior del Mercedes. Le sorprendió verlo ahí, dado que Kim tendría que habérselo llevado a su consultorio. Por supuesto, eso indicaba que Kim no estaba en su consultorio.

A esa altura ya sabía muchas más cosas sobre Kim. Sabía, por ejemplo, que era un cardiócirujano muy reconocido, que estaba divorciado y le pagaba a su exmujer una alta suma de dinero en concepto de alimentos. Lo que no sabía era por qué gente de la industria de la carne, como O'Brian y su jefe, querían verlo muerto.

La misma pregunta se la había hecho a Shanahan, pero este le había dado una respuesta vaga. Derek nunca quería conocer los entretelones de la relación de sus clientes con las potenciales víctimas, pero sí la situación general. Era otra forma de reducir el riesgo, no sólo durante el operativo sino también después. Había intentado presionar a Shanahan, pero de nada le sirvió. Lo único que este le dijo fue que se trataba de un asunto de negocios. Lo curioso era que Derek no había encontrado ninguna conexión entre el médico y la carne o el ganado, pero sí mucha información en el escritorio del doctor.

La mayoría de los trabajos que le encargaban se originaban en problemas que, de alguna forma, tenían que ver con el dinero; la competencia, las apuestas, los divorcios y las deudas eran las causas más frecuentes. La mayor parte de las personas, tanto clientes como víctimas, eran escoria, y Derek lo prefería así. Este caso parecía muy distinto, y además de otras emociones fuertes le despertaba curiosidad. Lo que más le molestaba era que lo subestimaran y se aprovecharan de él. No había entrado en el negocio en la forma habitual, o sea a través de asociaciones mañosas. Había trabajado de mercenario en África en los tiempos en que existían los buenos y los malos, antes de que los ejércitos nacionales empezaran a recibir adiestramiento.

Subió los escalones de la entrada y tocó el timbre. Dado que el auto de Kim estaba en el garaje, esperaba que alguien contestara, pero no fue así. Volvió a tocar el timbre. Se dio vuelta e inspeccionó la zona. Era muy diferente del barrio de Kim. Desde la puerta, se tenía una buena vista de cinco casas y una vista razonable de cuatro más, pero no había mucho movimiento. La única persona que vio fue a una mujer que llevaba un cochecito, y se alejaba en dirección contraria.

Si bien practicó un registro minucioso en la correspondencia y los archivos de Kim, no encontró el menor indicio de que el médico fuera jugador y, por lo tanto, supuso que el motivo que llevó a Shanahan a ofrecerle el contrato no era una deuda por apuestas. El divorcio quedaba descartado porque la exmujer había llegado a un buen acuerdo con él. Además, parecía que ambos se llevaban bien; si no, ella no le habría pagado la fianza, como figuraba en el informe de Shanahan. Tampoco era muy probable que se tratara de un préstamo, dado que en los archivos de Kim no había nada que indicara que necesitaba dinero y, aunque lo hubiera necesitado, ¿qué necesidad había de pedírselo a un ganadero? El único motivo que quedaba era la competencia, pero ese era el menos probable de todos. Kim ni siquiera tenía participación en la industria de la carne, salvo unas pocas acciones en una cadena de comidas rápidas. Era todo un misterio.

Derek se dio vuelta y observó la puerta. Tenía una cerradura común, lo cual era un obstáculo insignificante para alguien de su habilidad. Lo importante era saber si había alarma.

Apoyó el maletín en el suelo y ahuecó las manos para espiar por el vidrio de la puerta. No vio ninguna botonera. Sacó unas ganzúas del bolsillo izquierdo y trabajó rápidamente en la cerradura. La puerta se abrió. Revisó el interior de la puerta. No había contactos. Entró en el hall pequeño y buscó alguna botonera en el sector de las paredes que no había podido ver desde afuera. No encontró ninguna. Luego miró hacia arriba buscando detectores de movimiento. Respiró, aliviado. No había ninguna alarma.

Levantó el maletín antes de cerrar la puerta. Hizo una recorrida rápida por la planta baja y subió al primer piso. En el cuarto de huéspedes, encontró un bolso pequeño con una afeitadora y ropa que, supuso, pertenecían a Kim. En el único baño, halló varios juegos de toallas húmedas.

Bajó la escalera y se puso cómodo en el *living*. Puesto que el auto de Kim estaba afuera, y sus cosas en el cuarto de huéspedes, el médico seguramente regresaría. Era cuestión de esperar, no más.

Carlos tomó desprevenido a Adolfo, lo empujó a un lado y pudo marcar su tarjeta en el reloj antes que él. Era una broma que se hacían todos los días.

—La próxima, te lo hago yo —dijo Adolfo. Habló expresamente en inglés porque Carlos le había dicho que quería aprender a hablar mejor.

—Antes pasarás sobre mi cadáver —respondió Carlos, con una de sus frases nuevas preferidas.

Adolfo era quien lo había ayudado a entrar en Higgins y Hancock, y a traer a su familia. Los dos se habían criado juntos en México. Adolfo había llegado a los Estados Unidos varios años antes que Carlos.

Ambos amigos salieron tomados del brazo y, junto con un ejército de obreros, caminaron bajo la lluvia hacia sus autos.

—¿Quieres que esta noche nos encontremos en El Toro? —preguntó Adolfo.

—Bueno.

—Trae muchos pesos porque te voy a hacer perder un montón. —Hizo un ademán como si le pegara a una bola de billar.

—Eso nunca —dijo Carlos, dándole a su amigo una palmada en la espalda. En ese momento, vio la camioneta negra con vidrios polarizados que estaba estacionada junto a la suya. Le salía humo del

caño de escape.

Carlos le dio a Adolfo una última palmada y observó cómo subía a su camioneta antes de ir hacia la suya. Se tomó su tiempo y saludó a su amigo con la mano cuando este se alejaba. Luego se desvió hacia la camioneta negra y se acercó a la ventanilla del conductor.

El vidrio se bajó, y apareció la cara sonriente de Shanahan, que dijo:

—Tengo buenas noticias. Da la vuelta y sube.

Carlos subió y cerró la puerta.

—Vamos a darte otra oportunidad con el doctor —dijo Shanahan.

—Qué suerte. —Carlos le devolvió la sonrisa—. ¿Cuándo?

—Esta noche: va a estar trabajando aquí.

—Se lo dije. Sabía que era él.

—Tuvimos un poco de suerte —asintió Shanahan. Y lo mejor es que esta noche hace la limpieza.

Se le ordenará que limpie el baño de hombres que está al lado de la sala de registros. ¿Sabes dónde queda? Yo no: nunca entré en Higgins y Hancock.

—Sí, sé dónde queda. Pero no nos dejan usar ese baño.

—Bueno, esta noche tienes permiso —dijo Shanahan con una sonrisa maligna. Será tarde, probablemente después de las diez. No dejes de estar ahí.

—Ahí estaré.

—Es fácil: un hombre desarmado y desprevenido en un baño pequeño. Lo importante es que hagas desaparecer el cadáver como hiciste con el de Marsha Baldwin.

—Lo que usted diga.

—Y esta vez no me falles. Tuve que poner la cara por ti y no quiero pasar otro papelón.

—¡No se aflija! —exclamó Carlos. ¡Esta noche lo hago pedazos!

Lunes 26 de enero, por la noche

Kim dejó escapar un quejido al enderezarse, y estiró la espalda. Soltó el pesado lampazo con mango de madera y apoyó las manos en las caderas para extenderse lo más posible.

Estaba lavando él solo el piso del hall de entrada, desde la zona de recepción. Hacía diez minutos que tenía puesto el audífono, y se quejó a Tracy de lo cansado que estaba. Tracy se compadeció.

Había sido un trabajo enorme de limpieza. El plantel entero había empezado con las mangueras de vapor de alta presión en el sector de matanza. La labor era agotadora, pues las mangueras pesaban varios cientos de kilos y había que llevarlas arriba, hasta las pasarelas.

Luego del sector de matanza entraron en las salas de deshuesado. Para limpiar esos ambientes, los empleados tuvieron que trabajar hasta el descanso de la cena, a las dieciocho. A esa hora Kim volvió al auto, y hasta tuvo estómago para comer algo de la vianda que Tracy y él habían preparado esa mañana.

Terminado el receso de la cena, Kim fue enviado a realizar él solo diversos trabajos en la planta. Como a los demás se los notaba más lentos, se ofreció él para pasar el lampazo al hall de entrada.

—Nunca más me voy a quejar de lo arduo que es el trabajo del cirujano —dijo, habiéndole al micrófono.

—Después de esta experiencia, te voy a contratar para mi casa —bromeó Tracy—. ¿También limpias ventanas?

—¿Qué hora es? —preguntó Kim, que no estaba con ánimo para chistes.

—Las diez y pico. Ya falta menos de una hora. ¿Vas a llegar bien?

—Sí, voy a llegar. Este último rato no he visto a ninguno de mis colegas. Es hora de ir a la oficina de registros.

—¡No te demores! —lo apremió Tracy—. Tu presencia ahí adentro me hace sentir un miedo terrible, y no sé si resisto mucho más.

Kim metió el lampazo profesional dentro del balde y empujó el aparato por el pasillo rumbo a la puerta de la oficina de registros. La placa rota se hallaba cubierta por una delgada capa de madera terciada.

Trató de abrir la puerta y esta cedió con facilidad. Metió la mano y encendió la luz. La habitación le pareció totalmente normal, salvo la plancha de la misma madera terciada con que habían cubierto la ventana que daba a la playa de estacionamiento. El vidrio roto, y la piedra que él había arrojado, ya habían sido retirados de allí.

Sobre el costado izquierdo de la habitación había una hilera larga de archivos. Kim abrió un cajón al azar y vio que estaba repleto de carpetas, tan apretadas unas contra otras, que habría sido imposible agregar un papel más.

—Dios santo. Qué cantidad de papelería. Esto no va a ser fácil como suponía.

El extremo del cigarro El Producto ardió unos instantes con intensidad; luego se desvaneció. Elmer Conrad retuvo el humo en la boca durante unos momentos de placer; después lo echó, satisfecho, en dirección al techo.

Elmer era el supervisor de mantenimiento en el horario de quince a veintitrés. Hacía ocho años que tenía ese puesto. Su estilo de trabajo era sudar como endemoniado durante la primera mitad de su turno, y después descansar. En ese preciso instante estaba la modalidad de descanso, mirando un programa de televisión en el comedor, con los pies arriba de una mesa.

—¿Quería verme, jefe? —preguntó Harry Pearlmutter, asomando la cabeza en el comedor. Harry era uno de sus subordinados.

—Sí. ¿Dónde está ese temporario de aspecto raro?

—Creo que está en el hall de adelante, pasando el lampazo. Al menos eso dijo que iba a hacer.

—¿Habrá limpiado los dos baños de allá?

—No sé. ¿Quiere que vaya y me fije?

Elmer dejó caer sus pesados pies al piso, y se levantó cuan alto era. Medía más de uno ochenta y pesaba ciento setenta kilos.

—Gracias, pero mejor voy yo —respondió—. Yo le dije dos veces que tenía que limpiar esas cabezas antes de las once. ¡Si no lo hizo, lo va a hacer! No se va de aquí hasta que no termine.

Apoyó su cigarro, bebió un sorbo de café y salió a buscar a Kim. Lo que lo impulsaba a hacerlo era que había recibido órdenes específicas de que Kim debía limpiar él solo esos dos baños. No tenía idea del porqué de semejante orden, pero tampoco le importaba. Lo único que le importaba era que se llevara a cabo.

—No va a ser tan difícil después de todo —dijo Kim hablándole al micrófono. Encontré un cajón entero de Informes sobre Deficiencias en el Proceso, que van desde mil nueve ochenta y ocho hasta el presente. Ahora lo que me falta es encontrar el 9 de enero.

—Apúrate —le pidió Tracy—. Estoy empezando a ponerme nerviosa de nuevo.

—Tranquila, Trace. Ya te dije que no vi ni un alma en una hora. Seguramente están todos en el comedor mirando un partido de béisbol... Ah, aquí estamos, 9 de enero... hmmm. La carpeta está que revienta.

Kim sacó unos papeles de adentro, se dio vuelta y los apoyó sobre la mesa de la biblioteca.

—¡Eureka! —exclamó, feliz—. Son los documentos de que hablaba Marsha. —Los desparramó para poder verlos a todos—. Aquí está la factura de compra emitida por Bart Winslow por lo que seguramente fue la compra de una vaca enferma.

Echó un vistazo a los demás papeles, y por fin tomó uno.

—Este es el que buscaba. Es un Informe sobre Deficiencia en el Proceso correspondiente a la misma vaca.

—¿Qué dice?

—Lo estoy leyendo —dijo Kim. Al cabo de un momento agregó—: Bueno, se resolvió el

misterio. La cabeza de la última vaca se cayó del riel al piso. Desde luego, después del trabajo que he hecho hoy, sé lo que eso significa. Probablemente cayó sobre sus propios excrementos, y luego pasó a ser faenada para convertirla en carne de hamburguesas. La vaca podría haber estado infectada con E. coli. Esto podría coincidir con lo que esta tarde te informaron en el laboratorio Sherring: que la hamburguesa hecha con carne faenada el 9 de enero tenía un alto índice de contaminación.

Al instante siguiente, Kim se sobresaltó tanto que dejó escapar un gemido. Horrorizado, vio que le arrancaban de la mano el informe. Giró en redondo y se encontró frente a Elmer Conrad. No lo había oído entrar en la sala mientras estaba hablando.

—¿Qué diablos hace con estos papeles? —preguntó Elmer, de mala manera. La ancha cara se le había puesto colorada.

Kim sintió que se le aceleraba el corazón. No sólo lo habían pescado mirando documentos confidenciales, sino que además tenía el micrófono en el oído derecho. Para que el cable no entrara en el campo visual de Elmer, mantuvo la cabeza inclinada hacia la derecha, y miraba a Elmer de costado.

—Más vale que me conteste.

—Estaban en el piso —respondió Kim, intentando por todos los medios pensar en algo. Estaba por guardarlos.

Elmer miró el cajón abierto del archivo y luego de nuevo a Kim.

—¿Con quién hablaba?

—¿Yo hablaba? —preguntó a su vez, poniendo cara de inocente.

—A mí no me mienta.

Kim se llevó la mano a la cabeza e hizo unos gestos inútiles, pero no salieron palabras de su boca. Buscaba una respuesta inteligente para darle, pero no la encontró.

—Dile que estabas hablando solo —le susurró Tracy.

—Hablabas solo, no más.

Elmer lo miró inclinando la cabeza, casi de la misma manera en que Kim lo miraba a él.

—Sonaba como si tuviera una conversación, qué tanto.

—La tenía, sí, pero conmigo mismo. Siempre hago eso cuando estoy solo.

—Qué tipo raro. ¿Qué le pasa en el cuello?

Kim se frotó el costado izquierdo.

—Lo tengo un poco entumecido. Demasiado tiempo pasando el lampazo, tal vez.

—Bueno, todavía le queda más por hacer. No se olvide de esos dos baños de aquí al lado. ¿Se acuerda que le dije que los limpiara?

—Lo que pasa es que me olvidé, disculpe. Ya mismo los limpio.

—No quiero que me haga una chapucería, así que hágalos despacio, aunque tenga que quedarse después de las once. ¿Entendido?

—Van a quedar immaculados —prometió Kim.

Elmer arrojó el Informe sobre Deficiencias en el Proceso sobre la mesa y juntó con movimientos torpes todos los papeles. Mientras estaba ocupado con eso, Kim aprovechó para sacarse el audífono del oído y esconderlo debajo de su camisa. Le agradó la sensación de poder enderezar el cuello.

—Dejemos estos papeles para que los ordenen las secretarias —dijo Elmer. Se estiró y cerró el

cajón del fichero—. Ahora váyase de aquí. Para empezar, no tenía siquiera que haber estado en este lugar.

Kim salió adelante. Elmer, al llegar a la puerta, vaciló y echó un último vistazo. Sólo entonces apagó la luz y cerró la puerta. Luego sacó un enorme llavero y la trancó.

Cuando se dio vuelta, Kim se hallaba enjuagando el lampazo.

—Voy a tenerlo bien controlado —le advirtió—. Y cuando haya terminado, pienso venir a inspeccionar esos dos baños, así que no sea desprolijo.

—Me esforzaré.

Elmer le dirigió una última mirada reprobatoria antes de regresar al comedor.

Apenas Elmer desapareció de la vista, Kim volvió a colocarse el audífono.

—¿Escuchaste toda la conversación? —preguntó.

—Desde luego —le respondió Tracy—. ¿No te parece suficiente, ya, de toda esa tontería? ¡Sal de ahí!

—No; quiero conseguir esos papeles. El problema es que el idiota los encerró con llave.

—¿Para qué los quieres? —reaccionó ella, exasperada.

—Es algo más para mostrarle a Kelly Anderson.

—Ya tenemos los resultados del laboratorio. Eso tendría que bastarle a Kelly para pedir que se retire la partida de carne. Eso es lo que pretendes, ¿no?

—Por supuesto. Como mínimo, hay que retirar de circulación la producción entera del 12 de enero del Frigorífico Mercer. Pero esos papeles también demuestran que la industria está dispuesta a adquirir vacas enfermas, evitar inspecciones y luego permitir que una cabeza de res asquerosamente sucia siga en la línea de producción.

—¿Crees que eso fue lo que enfermó a Becky? —preguntó Tracy, conmovida.

—Hay grandes posibilidades —respondió él con la misma emoción. Sumado al hecho de que su hamburguesa no estaba del todo cocida.

—Eso nos debe hacer pensar qué tenue es la vida, que puede perderse por algo tan trivial como una cabeza de vaca que cayó al piso, y una hamburguesa no terminada de cocinar.

—También destaca la importancia de lo que estamos haciendo aquí.

—¿Cómo te parece que puedes conseguir los papeles ahora que la pieza está cerrada con llave?

—No lo sé —reconoció Kim, pero la puerta tiene una chapa finita de madera terciada tapando un agujero. Quizás no sería muy difícil darle un golpe y sacarla. Pero primero tengo que terminar estos dos baños. Supongo que Elmer va a aparecer dentro de unos minutos, así que mejor me pongo a trabajar.

Kim miró ambas puertas, que quedaban una frente a la otra, del otro lado del pasillo. Abrió la correspondiente al baño de hombres. Con sumo cuidado para no volcar el balde, lo hizo pasar por encima del umbral y entró. Luego cerró la puerta.

La habitación era amplia, y tenía dos compartimientos de baño y dos mingitorios sobre la mano derecha, y dos lavabos con espejos sobre la izquierda. Apenas uno entraba se encontraba con una hilera de percheros. Los únicos otros objetos que había eran dos distribuidores de toallas de papel y un cesto de residuos.

En la mitad de la pared del fondo había una ventana que daba a la playa de estacionamiento.

—El baño de hombres, por lo menos, no está muy sucio —dijo Kim. Tenía miedo de que pudiera estar como el del sector de matanza.

—Qué lástima que no estoy ahí para ayudarte —dijo Tracy—. Ojalá pudieras. —Pisó el pedal que accionaba el escurridor del lampazo; después se acercó a la ventana y comenzó a pasarlo por el piso.

De pronto se abrió la puerta del baño con tanta fuerza que el picaporte chocó contra la pared de azulejos. El sonido y el movimiento sobresaltaron a Kim, y lo hicieron levantar de golpe la cabeza. Consternado se encontró frente al hombre que antes lo había atacado. El sujeto una vez más blandía un cuchillo de faena. Sus labios se estiraron lentamente formando una sonrisa maligna.

—Volvemos a encontrarnos, doctor, sólo que esta vez no habrá policías ni mujeres que lo ayuden.

—¿Quién es usted? —preguntó Kim, deseoso de que el individuo siguiera hablando. ¿Por qué me hace esto?

—Me llamo Carlos y he venido a darle muerte.

—¡Kim, Kim! —le gritó Tracy al oído. ¿Qué pasa?

Para poder pensar mejor, Kim se arrancó el audífono, con lo cual la voz febril de Tracy quedó sonando como si estuviera gritando desde muy lejos.

Carlos entró en el baño enarbolando el cuchillo como para que Kim apreciara su tamaño y su forma curva. La maltratada puerta se cerró.

Kim, que tenía el lampazo en la mano, instintivamente lo levantó.

Carlos lanzó una risa. La idea de un lampazo contra un cuchillo le resultaba ridícula.

Como no le quedaba más remedio, Kim se metió en una de las casillas de baño y cerró con llave. Carlos dio feroces patadas a la puerta.

Los tabiques del compartimiento temblaron enteros por el impacto, pero la puerta no se abrió. Kim se sentó a horcajadas sobre el inodoro. Por debajo de la puerta alcanzó a ver los pies de Carlos que se preparaban para volver a patear.

Tracy sintió un miedo terrible. Tuvo que hacer varios movimientos con la llave del auto hasta que consiguió ponerlo en marcha. Puso en cambio, apretó el acelerador y arrancó con tanto ímpetu que quedó apretada contra el respaldo. La antena que había puesto sobre el techo se resbaló por atrás y golpeteaba sobre el asfalto sostenida por su cable.

Maniobró con el volante para tomar una curva cerrada. Calculando mal la separación con respecto a un vehículo cercano, rebotó contra el costado del otro auto, por lo cual el suyo quedó una fracción de segundo andando en dos ruedas. Luego volvió a caer sobre las cuatro. Al llegar a Higgins y Hancock frenó produciendo un chirrido de los neumáticos.

No tenía un plan determinado. Lo único que pensaba hacer era tratar de llegar hasta el baño de hombres donde Kim estaba arrinconado, al parecer por el mismo hombre que había ido la noche anterior a casa de Kim. Sabía que tenía poco tiempo. Recordó la cara repulsiva del sujeto tratando de entrar en el compartimiento de la ducha de ella, con su cuchillo.

Hubo un instante en que pensó estrellar el coche contra el frente del edificio, pero llegó a la

conclusión de que no necesariamente le convenía hacerlo. Tenía que llegar hasta el baño de hombres. Fue entonces cuando recordó lo del revólver y maldijo a Kim por no haberlo llevado consigo.

Apretó con fuerza los frenos y se detuvo frente a la ventana de la oficina de registros. Levantó el revólver del piso, bajó del auto y corrió hasta la ventana.

Recordando cómo había entrado Kim, dejó el arma, alzó una de las piedras que bordeaban la calle y, utilizando ambas manos, la arrojó contra la madera terciada. Hicieron falta dos golpes, pero consiguió soltar la madera de sus clavos provisionarios.

Volvió a tomar el arma y la lanzó por el hueco de la ventana. Luego se metió en ella de cabeza. Ya dentro de la habitación a oscuras, tuvo que ir tanteando en cuatro patas para encontrar el revólver. Mientras buscaba, oía golpes intermitentes del otro lado de la pared, como si alguien estuviera dando puntapiés a un tabique metálico. El ruido hizo aumentar en ella el furor.

Sus dedos rozaron el revólver, que había ido a parar al lado de la pata de una mesa. Lo aferró, y avanzó lo más de prisa que le permitía la penumbra rumbo a la puerta, tenuemente iluminada, que daba al pasillo.

Le quitó llave. Por el hecho de haber oído el diálogo entre Kim y Elmer sabía que el baño de hombres debía de estar cerca de la sala de registros. Decidió seguir el ruido de los golpes. Dobló a la derecha, corrió apenas unos pasos y encontró el letrero del baño.

Sin dudarlo un instante, entró precipitadamente empujando la puerta con el hombro. Tenía el revólver sujeto con ambas manos, y apuntaba hacia el interior.

No sabía con qué se iba a encontrar. Lo que vio fue a Carlos a menos de tres metros de distancia, con una pierna ya levantada para patear la puerta de un compartimiento. La puerta ya estaba combada.

Apenas él la vio, se abalanzó sobre ella. Al igual que la noche anterior, el hombre blandía un enorme cuchillo.

Tracy no tuvo tiempo de pensar. Cerró los ojos al ver que el individuo se le tiraba encima, y apretó el gatillo más de una vez. Sonaron dos disparos antes de que Carlos cayera sobre ella, arrojándola contra la puerta y haciéndole caer el arma de la mano. Tracy sintió un dolor punzante en el pecho al quedar aplastada por el peso del sujeto.

Trataba desesperadamente de respirar y de salir de abajo del hombre, que la tenía inmovilizada. Sin embargo, vio con sorpresa que él se retiraba. Alzó sus ojos suponiendo que lo vería levantar el brazo para asestarle la puñalada mortal, pero lo que vio fue el rostro desencajado de Kim.

—¡Dios mío! ¡Tracy! —Él la había librado del asesino, arrojándolo a un costado como si se tratara de una bolsa de papas. Desesperado al ver la cantidad de sangre que tenía Tracy en el pecho, Kim se arrodilló y le abrió la blusa. Como cirujano de tórax, estaba familiarizado con las heridas punzantes en el pecho, y sabía qué podía esperar. Pero lo que encontró fue el corpiño bañado en sangre: la piel estaba intacta. No había una incisión en el pecho por donde se le escapara el aire, como temía.

Se inclinó hasta quedar más cerca del rostro de Tracy, que seguía luchando por recobrar el aliento.

—¿Estás bien?

Tracy le contestó que sí con la cabeza, porque todavía no podía hablar.

Kim se fijó entonces en el asesino. El hombre se retorció entero, gemía y había conseguido ponerse boca abajo. Kim lo hizo dar vuelta y retrocedió.

Desde tan poca distancia, los dos disparos de Tracy habían dado en el blanco. Uno le atravesó a Carlos el ojo derecho y le salió por la nuca, mientras que el otro se le había incrustado en el pecho, lo cual explicaba la sangre que tenía Tracy.

El hombre largaba espuma por la boca y se estremecía con sacudones espasmódicos. Viéndolo, Kim no tuvo la menor duda de que estaba a punto de morir.

—¿Está herido? —consiguió articular Tracy. Haciendo una mueca por el dolor que sentía en el pecho, logró enderezarse y quedar sentada.

—Es como si estuviera muerto —dijo Kim. Se levantó y se puso a buscar el arma.

—¡Ay, no! No puedo creer que maté a una persona.

—¿Dónde está el revólver?

—¡Dios mío! —Tracy no podía apartar los ojos de Carlos, que agonizaba.

—¡El revólver! —repitió Kim. Se puso en cuatro patas y encontró el cuchillo de Carlos, pero no el arma. Se encaminó luego hacia los compartimientos y volvió a agacharse, hasta que por último lo vio oculto detrás del primer inodoro, y lo sacó.

Se acercó al lavabo, tomó una toalla de papel y limpió el revólver.

—¿Qué haces? —preguntó Tracy en medio de lágrimas de angustia.

—Borro tus huellas digitales. Quiero que queden solamente las mías.

—¿Por qué?

—Porque cualquiera sea el resultado de todo este lío, la responsabilidad la asumo yo. —Kim tomó el arma y luego la arrojó a un costado—. ¡Vamos! ¡Salgamos pronto de aquí!

—¡No! —exclamó Tracy, y fue a buscar el arma. En esto estoy tan metida como tú.

Kim la sujetó para detenerla.

—¡No seas tonta! Aquí el acusado soy yo. ¡Vamos!

—Pero fue en defensa propia —se quejó ella, llorosa. Es terrible, pero justificable.

—No podemos confiar en qué tipo de interpretación le van a dar los abogados a este asunto. Entraste aquí ilegalmente, y yo vine aquí recurriendo a engaños. ¡Vamos, no quiero ponerme a discutir!

—¿No tendríamos que esperar hasta que apareciera la policía?

—De ninguna manera. No pienso quedarme preso mientras se resuelve esta cuestión. Bueno, vamos antes de que llegue alguien.

Tracy dudaba sobre la conveniencia de huir, pero también se dio cuenta de que Kim ya tenía la decisión tomada, por lo cual se dejó llevar. Kim miró a uno y otro lado del pasillo, sorprendido de que los disparos no hubiesen alertado a alguno de sus compañeros de limpieza.

—¿Cómo hiciste para entrar? —preguntó en susurros.

—Por la ventana de la sala de registros. La misma que rompiste tú.

—Bien. —Tomó a Tracy de la mano, y juntos enfilaron de prisa hacia dicha sala. Justo cuando estaban por entrar, oyeron voces que se acercaban.

Kim le hizo señas a Tracy de que no hablara mientras él cerraba calladamente la puerta con llave. En la penumbra, fueron primero hasta la mesa, y allí Kim manoteó los documentos

incriminantes. Luego se aproximaron a la ventana. A través de la pared oyeron ruido en el baño de hombres, seguido de corridas por el pasillo.

Kim se subió y saltó primero; luego ayudó a Tracy, y ambos huyeron de prisa hasta el auto de Tracy.

—Deja que conduzca yo —dijo él. Se puso al volante, y ella en el asiento de atrás. Pusieron el auto en marcha, y en un santiamén habían salido ya del estacionamiento. Anduvieron un rato en silencio.

—¿Quién iba a pensar que las cosas iban a tomar este giro? —dijo Tracy por fin. ¿Qué te parece que debemos hacer?

—A lo mejor lo que propusiste hace un rato era lo más acertado. Tal vez tendríamos que haber llamado nosotros mismos a la policía y enfrentado las consecuencias. Supongo que no es muy tarde para que nos entreguemos, aunque pienso que primero deberíamos llamar a Justin Devereau.

—Yo cambié de opinión. Creo que tu primer instinto fue acertado. Lo más seguro es que terminarás preso y probablemente yo también, y pasaría un año hasta llegar siquiera a juicio. Quién sabe qué ocurriría... Después de ver lo que pasó con O. J. Simpson, el sistema jurídico norteamericano no me inspira la menor confianza. Además, no tenemos un millón de dólares para derrochar en Johnny Cochrane o Barry Scheck.

—¿Qué estás queriendo decir? —Kim la miró brevemente por el espejito retrovisor. Tracy nunca dejaba de sorprenderlo.

—Lo mismo que hablábamos anoche. Vámonos lejos de aquí y hagamos las cosas desde el exterior. Algún lugar donde la comida no esté contaminada, así podemos continuar con nuestra lucha en ese campo también.

—¿Lo dices en serio? —Así es.

Kim movió la cabeza a uno y otro lado. Habían mencionado la idea y hasta sacaron los pasaportes, pero no la había tomado muy en serio. Para él había sido un plan desesperado, un último recurso, algo que plantearse en el peor de los casos. Desde luego, debido al homicidio debía reconocer que las cosas ya no podían ponerse peor de lo que estaban.

—Por supuesto que debemos llamar a Justin —añadió Tracy—. Él tendrá alguna buena sugerencia. Siempre la tiene. A lo mejor sabe donde nos conviene ir. Seguramente hay algún tema legal con respecto a la extradición y todo eso.

—¿Sabes qué es lo que más me gusta de la idea de ir a un país extranjero? —dijo Kim al cabo de unos minutos de silencio. Levantó los ojos para establecer contacto visual con Tracy a través del espejito.

—¿Qué?

—Que estás sugiriendo que lo hagamos juntos.

—Bueno, por supuesto.

—¿Sabes...? Quizás no tendríamos que habernos divorciado.

—Debo reconocer que también se me cruzó esa idea —dijo Tracy.

—A lo mejor llega a salir algo bueno de toda esta tragedia.

—Si volviéramos a casarnos, sé que no podríamos poder tener a otra Becky, pero sería lindo tener otro hijo.

—¿Realmente querrías?

—Me gustaría intentarlo.

Volvió a caer un manto de silencio mientras los antiguos amantes luchaban con sus emociones.

—¿Cuánto tiempo van a demorar las autoridades en aprehendernos?

—Difícil saberlo —respondió Kim. Si lo que quieres saber es cuánto tiempo tenemos para decidir lo que vamos a hacer, te diría que no mucho. A lo sumo, cuarenta y ocho horas.

—Eso al menos nos da tiempo para el sepelio de Becky, mañana —dijo Tracy, ahogándose de nuevo con el llanto.

Kim sintió que a él también se le llenaban los ojos de lágrimas ante la mención del entierro inminente. Pese al esfuerzo que hacía por evitar pensarlo, ya no podía negar el hecho terrible de que su hijita adorada había fallecido.

—¡Dios mío! —gimió Tracy—. Cuando cierro los ojos veo la cara del hombre que maté. Nunca la voy a poder olvidar. Me va a perseguir toda la vida.

Kim se enjugó las lágrimas de las mejillas y trató de respirar hondo para serenarse.

—Tienes que concentrarte en lo que dijiste hace un rato, en el baño, Tracy: que fue un acto justificado. Si no hubieras apretado el gatillo, él seguramente te habría matado a ti. Y después a mí. Me salvaste la vida.

Tracy cerró los ojos.

Ya eran más de las once cuando llegaron a casa de Tracy y estacionaron detrás del auto de Kim. Ambos estaban exhaustos física, mental y emocionalmente.

—Espero que te quedes aquí esta noche, Kim.

—Suponía que la invitación seguía en pie.

Se bajaron del coche. Tomados del brazo recorrieron el sendero que conducía a la casa.

—¿Convendrá llamarlo a Justin esta misma noche? —preguntó Tracy.

—Mejor lo dejamos para mañana. Estoy tan agotado, que no sé siquiera si voy a poder dormir, pero lo voy a intentar. En este momento, en lo único que puedo pensar es en una buena ducha caliente.

—Te entiendo.

Subieron al porche. Tracy sacó la llave y abrió. Pasó y se hizo a un lado para que entrara Kim. Luego cerró la puerta y le puso llave. Sólo entonces buscó el interruptor de la luz.

—Qué luz potente —comentó Kim, encandilado, y Tracy reguló entonces la intensidad del brillo—. Estoy fundido. —Se sacó el guardapolvo blanco de Higgins y Hancock y lo sostuvo estirando el brazo lejos de su cuerpo—. Esto hay que quemarlo. Tiene que estar lleno de E. coli.

—Tíralo a la basura. Lo mejor será ponerlo en el tarro que hay afuera, en el fondo. Me imagino el olor que va a tener mañana. —Se quitó su abrigo e hizo una mueca al sentir un dolor en el pecho. Algo duro la había golpeado en el lado izquierdo del esternón cuando Carlos chocó contra ella. En aquel momento el dolor fue tan agudo que le hizo pensar que la habían acuchillado.

—¿Te sientes bien? —le preguntó Kim al ver su reacción.

Tracy se tocó suavemente la zona de la clavícula.

—¿Hay algo por aquí que se pueda quebrar?

—Por supuesto. Te podrías haber fracturado una costilla o el esternón mismo.

—¡Ah, fantástico! ¿Qué debo hacer, doctor? —Un poco de hielo no te vendría mal. Yo te lo busco, pero primero voy a tirar esto.

Kim se encaminó a la cocina con la intención de salir por la puerta del fondo. Tracy abrió el *placard* del pasillo, colgó su abrigo y se sacó los zapatos. Cerró y enfiló hacia la escalera, pero antes de llegar quedó paralizada y dejó escapar un grito. Kim, que no había salido aún de la cocina cuando oyó el grito, volvió de prisa y, con alivio, comprobó que ella estaba parada en el medio del hall, y que no le pasaba nada. Se la notaba serena, pero inmovilizada por algo que veía en el *living*. Kim siguió la dirección de sus ojos. Al principio no vio nada y quedó perplejo, pero después se dio cuenta de qué era lo que veía ella, y se sintió igualmente sobresaltado.

En la penumbra de la habitación oscura a medias se hallaba un hombre. Estaba sentado, quieto, en el sillón contiguo a la chimenea, vestido de traje oscuro y corbata. Sobre el respaldo, prolijamente doblado, un sobretodo de piel de camello. El sujeto tenía las piernas cruzadas.

Estiró un brazo y encendió una lámpara de pie. Tracy dejó escapar otro gemido. Sobre la mesita, a la vista de todos y al alcance de su mano, el hombre tenía una pistola automática negra, con silenciador.

El sujeto era la imagen de la serenidad, lo cual sólo conseguía hacerlo más aterrador. Luego de encender la luz, su mano volvió al apoyabrazos. Su expresión era severa, casi cruel.

—Me hicieron esperar mucho más de lo que pensaba —dijo de pronto, rompiendo el silencio. Su voz era de enojo, acusatoria.

—¿Quién es usted? —preguntó Tracy, vacilante.

—¡Vengan, pasen y siéntense!

Kim miró a su izquierda calculando con cuánta rapidez podría empujar a Tracy detrás de la pared del hall para sacarla del peligro. Le pareció que no podría hacerlo con la suficiente velocidad, máxime porque él después tendría que huir por la puerta del frente.

Ante la vacilación de ambos, Derek reaccionó manoteando la pistola y apuntándoles.

—¡No me hagan indignar más! —les advirtió—. He tenido un muy mal día y estoy de mal humor. Les doy dos segundos para que pasen y se sienten en el sofá.

Kim tragó saliva, pero la voz que le salió fue un susurro áspero.

—Mejor nos sentamos. —Le indicó con un gesto a Tracy que se moviera, e interiormente se echó la culpa de no haber revisado la casa antes de entrar. Esa mañana había hecho el esfuerzo de fijarse bien para saber si había entrado alguien cuando ellos no estaban, pero después de la muerte de Carlos, ni siquiera pensó más en el asunto.

Tracy se sentó primero, y Kim se ubicó a su lado. El sofá quedaba en diagonal frente al sillón del individuo.

Derek muy serenamente volvió a dejar la pistola sobre la mesita y se recostó contra el respaldo. Sus manos volvieron a los apoyabrazos del sillón, con los dedos levemente curvados, como los del pistolero que está listo para desenfundar. Era como si los estuviese desafiando a tratar de huir o apoderarse del arma, con lo cual le darían un pretexto para dispararles.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi casa?

—Mi nombre no tiene importancia. Por qué estoy aquí: ese es otro cantar. Me hicieron venir a esta ciudad para matar al doctor.

Kim y Tracy se movieron levemente. La aterradora revelación de Derek les produjo un momentáneo mareo. Estaban mudos del terror. El hombre era un asesino a sueldo.

—Pero algo salió mal —prosiguió el sujeto. Me hicieron venir a esta remota ciudad y luego rescindieron el contrato sin la menor explicación. Lo único que dijeron fue que el trabajo lo haría otra persona. Hasta tuvieron el tupé de pedirme que reintegrara el adelanto que me habían pagado, siendo que yo tuve que trasladarme en avión hasta aquí.

Se inclinó hacia adelante. Su mirada era penetrante.

—Así que no sólo no lo voy a matar, doctor Reggis, sino que además le voy a hacer un favor. Le confieso que no sé por qué esta gente de los frigoríficos quiere verlo muerto.

—Yo se lo puedo decir —se ofreció Kim, más que ansioso por colaborar.

Derek levantó la mano.

—No necesito los detalles —dijo. Traté de enterarme, pero me di por vencido. Es un asunto suyo y punto. Lo que usted debe saber es que esta gente tiene tantas intenciones de verlo muerto que me contrataron a mí, o a alguien como yo. Mi manera de vengarme por haberse aprovechado de mí es advertirle que corre grave peligro. Lo que usted haga con la información es asunto suyo. ¿Me entiende?

—Perfectamente. Gracias.

—No tiene por qué agradecerme. Esto no lo hago por motivos altruistas. —Se puso de pie—. Lo único que le pido a cambio es que esta conversación quede estrictamente entre nosotros. De lo contrario, vuelvo y lo visito a alguno de los dos, y espero que esto quede claro. Les advierto que soy muy competente en lo que hago.

—No se preocupe. No se lo comentaremos a nadie —prometió Kim.

—Excelente. Ahora, si me disculpan, trataré de volverme a mi casa.

Kim hizo amagos de levantarse.

—No se preocupe —dijo Derek, indicándole con un gesto que no se moviera. Yo entré solo aquí: salgo por mis propios medios.

Kim y Tracy observaron azorados mientras Derek se ponía el abrigo de pelo de camello, luego guardaba la pistola en el bolsillo y tomaba su portafolios.

—Hubiera preferido no ser tan descortés si ustedes hubieran llegado a una hora decente. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Kim.

Derek salió del *living*.

Kim y Tracy oyeron que la puerta del frente se abría y volvía a cerrarse.

Pasaron varios minutos sin que ninguno de los dos pudiera hablar.

—Esto es tan increíble... Tengo la impresión de estar en medio de una pesadilla y que no me puedo despertar —confesó Tracy.

—Es una pesadilla y todavía continúa. Pero tenemos que hacer lo posible porque termine.

—¿Sigues pensando que nos convendría viajar al extranjero?

Kim asintió.

—Yo, al menos. Es evidente que soy un tipo marcado. Más aún, no tendríamos ni siquiera que quedarnos aquí esta noche.

—¿Adónde vamos a ir?

—A un hotel, un motel, qué importa —repuso Kim.

Martes, 27 de enero

Apenas la luz del alba comenzó a filtrarse por los bordes de las cortinas ordinarias, Kim no intentó tratar de seguir durmiendo. Se levantó de la cama procurando no molestar a Tracy, juntó su ropa y se encaminó en silencio al baño del Sleeprite Motel. Cerró la puerta produciendo el menor ruido posible, y luego encendió la luz.

Al mirarse en el espejo, se espantó. Entre el pelo ridículamente rubio y la herida suturada próxima a los ojos enrojecidos, apenas si se reconoció. Pese al agotamiento, había dormido mal, y la última vez que se despertó ya eran las cinco de la mañana. Durante toda la noche había pasado revista a los horribles acontecimientos del día anterior, y se desvivía pensando qué era lo que convenía hacer. La idea de que lo estuvieran persiguiendo asesinos mercenarios era tan pavorosa que no la podía asimilar.

Se afeitó y duchó, agradeciendo que esas tareas tan sencillas le permitieran entretenerse al menos unos instantes en otra cosa. Se peinó aplastándose el pelo, y pensó que había quedado bastante más presentable.

Luego de calzarse la ropa, abrió una rendija de la puerta y comprobó que Tracy no se había movido. Sabía que ella también había dormido mal, por lo que le parecía bien que ahora durmiera profundamente. Se sentía agradecido de su presencia, pero tenía sentimientos ambivalentes respecto de la idea de que ella corriera el peligro actual.

Fue hasta el escritorio y utilizó el bloc de papel que había junto al teléfono para dejarle anotado en un mensaje que salía a buscar algo con qué desayunar. Puso la notita sobre la manta, en el lado de él de la cama, y tomó las llaves del auto.

Conseguir que la puerta de entrada no hiciera ruido le costó más que con la del baño, puesto que se trataba de una puerta metálica, tenía un cerrojo de cadena y otro adicional sumados a la cerradura común.

Una vez afuera, hizo el esfuerzo de recordar que asesinos a sueldo lo perseguían. La idea le provocó pensamientos paranoicos, pese a que se sabía relativamente seguro por el momento. Tracy y él se habían registrado con nombres falsos en el motel, y pagaron en efectivo.

Se dirigió al auto, subió, puso el motor en marcha pero no arrancó enseguida. Vigiló al hombre que, seis horas antes, los había atendido. Él había visto salir a Kim de la habitación pero regresó a sus tareas. Estaba atareado barriendo la oficina. Kim quería cerciorarse de que no hiciera ningún movimiento sospechoso antes de dejar a Tracy sola, como por ejemplo, correr a la oficina de atrás y usar el teléfono.

Reconociendo su paranoia, se reprendió a sí mismo. Sabía que tenía que dominarse, porque corría el peligro de tomar decisiones equivocadas. Puso el auto en cambio, dio marcha atrás y se marchó.

Unos kilómetros más adelante había un bar donde compró dos cafés, dos jugos de naranja y una variedad de bollos dulces. El local estaba casi lleno de camioneros y obreros de la construcción. Mientras hacía cola en la caja para pagar, muchos de ellos lo observaron con curiosidad. Desde su

óptica, seguramente Kim debía de ser todo un espectáculo.

Se alegró de poder irse. Cuando bajaba el cordón de la vereda yendo ya hacia su auto, vio los titulares del diario expuesto en la máquina expendedora. Decía, en grandes titulares:

«¡MÉDICO ENLOQUECIDO ASESINA POR VENGANZA!»

Después, al pie de la página, en letras más pequeñas:

«EL OTRORA RESPETADO CIRUJANO AHORA PRÓFUGO DE LA JUSTICIA».

Un escalofrío le recorrió la espalda. Rápidamente fue hasta el auto, depositó los alimentos, volvió y buscó monedas en el bolsillo. Con mano temblorosa sacó uno de los diarios. La puertita de la máquina expendedora volvió a cerrarse.

Cualquier esperanza que le quedara de que la historia no lo incriminara se desvaneció cuando vio una foto suya bajo los titulares. Era de varios años atrás, cuando tenía el pelo tupido y oscuro.

Subió de nuevo al auto, abrió el diario y leyó la noticia, que estaba en la página dos:

EXCLUSIVO DEL MORNING SUN TIMES

El doctor Kim Reggis, respetado cardiocirujano y exdirector del Departamento de Cardiología del Hospital Samaritano y actualmente miembro del Centro Médico Universitario, decidió hacer justicia por sus propias manos. Como reacción ante la muerte de su hija, producida el sábado, se informó que el doctor Reggis ocultó su identidad tiñéndose el pelo de rubio, consiguió un puesto en Higgins y Hancock bajo un nombre falso y luego dio muerte brutalmente a otro trabajador, de nombre Carlos Mateo. Se cree que el motivo de este homicidio sin razón es que el doctor Reggis supone que su hija murió intoxicada con carne faenada por Higgins y Hancock.

El señor Daryl Webster, presidente de Higgins y Hancock, declaró al Times que dicha afirmación carece del menor fundamento, y agregó que el señor Mateo era un operario muy apreciado y un fiel católico. Su trágico deceso deja a la esposa, que se halla inválida, y a seis hijos de corta edad.

Arrojó, enojado, el diario sobre el asiento del acompañante. No necesitó leer más para quedar furioso... y preocupado. Puso el coche en marcha y regresó al motel. Llevando en la mano la comida y el diario, entró.

Tracy lo oyó llegar y asomó la cabeza desde el baño. Se estaba secando el pelo, pues acababa de salir de la ducha.

—Te levantaste —comentó Kim. Apoyó la comida sobre el escritorio.

—Te oí salir. Me alegro de que estés de vuelta. Tenía un poquito de miedo de que me dejaras

aquí sola para que no corriera peligro. Prométeme que no lo harás.

—Confieso que esa idea se me ocurrió —reconoció Kim, y se sentó, deprimido, en el único sillón que había.

—¿Qué pasa? —Aunque Tracy sabía que tenía motivos más que sobrados, lo notó más abatido de lo que pensaba.

Kim levantó el diario.

—¡Lee esto! —dijo.

—¿Es sobre el hombre de Higgins y Hancock? —preguntó ella, temerosa. No tenía muchas ganas de enterarse de los detalles.

—Sí, y sobre mí, también.

—¡Ay, no! ¿Ya te vincularon con el episodio?

Entró en el cuarto envolviéndose en el delgado toallón. Tomó el diario y leyó los titulares. Lentamente se sentó en el borde de la cama. Dio vuelta la página y leyó el resto.

No le llevó demasiado. Al terminar, cerró el diario y lo dejó a un lado. Miró a Kim.

—Qué manera de arruinar tu fama —comentó, desolada. Hasta mencionan tus recientes detenciones y el hecho de que te habían suspendido en el hospital.

—No llegué hasta ahí. Leí los primeros dos párrafos, nada más, pero me bastó.

—Me cuesta creer que todo haya sucedido tan rápido —dijo Tracy—. Alguien tiene que haberte reconocido en Higgins y Hancock.

—Obviamente. El hombre que matamos no estaba tratando de asesinar a José Ramírez. Y como fracasó en el intento, los que lo contrataron decidieron destruir mi credibilidad y hacer lo posible por mandarme a la cárcel de por vida. —Lanzó una risa triste—. Y pensar que me preocupaban las ramificaciones legales. Ni siquiera pensé en los medios periodísticos. Esto te da una idea del dinero y el poder de esta industria, y la capacidad que tienen de distorsionar la verdad. Es decir, esta noticia no es producto de una investigación. El diario se limitó a imprimir lo que la industria de la carne le dijo. Entonces me presentan asesinando a sangre fría, en un ataque de venganza, a un hombre de familia, de espíritu religioso.

—Quiere decir que no tenemos cuarenta y ocho ni veinticuatro horas para decidir qué hacer.

—Yo diría que no —convino Kim, y se levantó—. Significa que deberíamos haberlo resuelto anoche. Y para mí también significa que ya no existe duda: voy a dar batalla, pero decididamente desde lejos.

Tracy se paró y se acercó a él.

—Para mí tampoco hay dudas. Nos vamos juntos y peleamos esto juntos.

—Desde luego, no podremos concurrir al sepelio de Becky.

—Lo sé.

—Creo que ella lo va a entender.

—Espero —consiguió articular Tracy—. La extraño tanto...

—Yo también.

Se miraron a los ojos. Luego Kim estrechó en sus brazos a su exmujer. Tracy también lo abrazó, apretándose ambos con fuerza, como si hubieran estado involuntariamente separados durante años. Pasó otro largo momento hasta que Kim echó la cabeza atrás y la miró a los ojos.

—Sentirte así de cerca me hace acordar a las viejas épocas.

—Muy viejas —concordó Tracy—. Como si hubiera sido otra vida.

Kelly Anderson miró la hora. Era casi la una y media. Movi6 la cabeza de un lado a otro.

—No viene —le coment6 a Brian Washington.

Brian acomod6 la grabadora de v6deo que ten6a sobre el hombro.

—En realidad no esperabas que viniera, ¿verdad?

—Él amaba a su hijita, y hoy la entierran.

—S6, pero en la puerta hay un polic6a. Lo detendr6an en el acto. Tendr6a que estar loco para venir.

—Yo creo que est6 un poco loco. Cuando pas6 por casa para interesarme en esta cruzada, le not6 una expresi6n desahogada en los ojos. Me dio hasta un poco de miedo.

—Eso lo dudo. Jam6s te he visto asustada. M6s a6n, creo que por tus venas corre hielo, sobre todo con la cantidad de t6 helado que bebes.

—T6 m6s que nadie deber6as saber que no es m6s que una pose m6a. Tengo miedo cada vez que salgo al aire.

—Mentira —dijo Brian.

Estaban en el vest6bulo de la sala de velatorios Sullivan. Hab6a un pu6ado de personas dando vueltas por ah6, susurrando con discreci6n. Bernard Sullivan, el propietario, se hallaba cerca de la puerta. Estaba a todas luces nervioso, y a cada rato miraba la hora. La ceremonia se hab6a proyectado para la una, y el horario de ese d6a era muy apretado.

—¿Crees que el doctor Reggis se enloqueci6 tanto que mat6 a alguien como dice el peri6dico? —pregunt6 Brian.

—Dig6moslo as6: creo que se sinti6 llevado hasta el l6mite —respondi6 Kelly.

Brian se encogi6 de hombros.

—Uno nunca sabe —coment6 filos6ficamente.

—A lo mejor la ausencia del buen doctor es comprensible, pero te juro que no entiendo d6nde est6 Tracy. Es la madre de Becky, por el amor de Dios. Y no tiene motivos para eludir la ley. Te confieso que eso me tiene preocupada.

—No te entiendo.

—Si el buen doctor realmente se enloqueci6, no ser6a descabellado pensar que usara alg6n argumento retorcido para culpar a su exmujer por la muerte de la hija.

—Dios santo. No se me hab6a ocurrido.

—Mira —dijo Kelly, tomando en el acto una decisi6n, llama al canal para conseguir el domicilio de Tracy Reggis. Yo voy a charlar un instante con el se6or Sullivan, a pedirle que nos avise en caso de que llegue a aparecer Tracy.

—De acuerdo.

Brian entr6 en la oficina de la casa de sepelios mientras Kelly se aproximaba al director y le tocaba el brazo. Veinte minutos m6s tarde, Kelly y Brian, en el auto de ella, se deten6an frente a la casa de Tracy.

—Ajá —exclamó la periodista.

—¿Qué pasa?

—Ese auto —respondió ella, señalando el Mercedes. Creo que es el del médico. Al menos ese coche manejaba cuando vino a verme.

—¿Qué hacemos? No quiero que desde adentro de la casa salga algún loco a correrme con un bate de béisbol o con un rifle.

Brian tenía razón. Si las cosas eran como ella suponía, bien podía ser que Reggis estuviera adentro reteniendo a su exmujer de rehén, o incluso algo peor.

—A lo mejor convendría charlar con los vecinos —sugirió Kelly—. Alguien podría haber visto algo.

En las dos primeras casas nadie respondió cuando tocaron el timbre. El tercer timbre era el de la señora de English, que salió en el acto.

—¡Usted es Kelly Anderson! —exclamó emocionada la mujer—. Es maravillosa. La veo siempre por televisión. —La señora de English era una mujer muy menuda, de pelo plateado, la quintaesencia de la típica abuelita.

—Gracias —respondió Kelly—. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

—¿Voy a salir por televisión?

—Es posible. Estamos investigando para una nota.

—Pregunte, no más.

—Tenemos curiosidad por saber algo sobre su vecina de enfrente, Tracy Reggis.

—Algo raro está pasando ahí —sostuvo la mujer. Eso seguro.

—¿Ah sí? Cuéntenos.

—Empezó ayer a la mañana. Tracy vino y me pidió que vigilara su casa. Yo la vigilo de todos modos, pero ella fue muy específica. Quería que le dijera si se acercaba algún extraño. Y efectivamente, uno se acercó.

—¿Alguien que usted nunca había visto?

—Nunca —respondió la señora sin vacilar.

—¿Qué hizo?

—Entró.

—¿Cuando Tracy no estaba?

—Así es.

—¿Cómo hizo para entrar?

—No sé. Tiene que haber tenido una llave, porque abrió la puerta de adelante.

—¿Era un hombre muy alto, de pelo oscuro?

—No, de estatura media y rubio. Muy bien vestido. Con aspecto de banquero o abogado.

—¿Y después qué pasó?

—Nada. El hombre no se fue, y cuando oscureció, ni siquiera encendió una luz. Tracy volvió muy tarde, con otro rubio. Este otro era más alto y tenía puesto un guardapolvo blanco.

—¿Como el que usan los médicos? —preguntó Kelly, y le guiñó un ojo a Brian.

—O los carniceros. Bueno, Tracy no vino a hablar conmigo como dijo que haría. Entró en la casa con el segundo hombre.

—¿Y después qué pasó?

—Se quedaron todos un rato adentro. Después, el primer hombre salió y se fue en auto. Minutos después, salieron Tracy y el otro señor, con maletas.

—¿Maletas como quien se va de viaje?

—Sí, pero era una hora rara para salir de viaje. Casi la medianoche. Lo sé porque fue lo más tarde que me acosté en muchos años.

—Gracias, señora. Muy amable. —Kelly le hizo a Brian una seña de que se marchaban.

—¿Voy a aparecer en televisión?

—Cualquier cosa, le avisamos —prometió Kelly. Saludó con la mano, regresó a su auto y subió. Brian se ubicó en el asiento del acompañante.

—Esto se está poniendo cada vez mejor —comentó Kelly—. Jamás me lo hubiera imaginado, pero parece que Tracy Reggis decidió huir con su exmarido prófugo. Y pensar que parecía tan sensata. ¡Estoy muy sorprendida!

A las tres finalmente había acabado el ajetreo de la hora de almuerzo en el restaurante Onion Ring de la calle Prairie, y los exhaustos empleados diurnos juntaron sus cosas y se retiraron: todos salvo Roger Polo, el gerente. Como era un hombre muy concienzudo, no se iba hasta no poder garantizar que hubiera una transición tranquila al turno de la noche. Sólo entonces le entregaba el mando a Paul, el cocinero, que actuaba de supervisor en su ausencia.

Roger se hallaba colocando una cinta nueva en una de las cajas registradoras cuando llegó Paul, se ubicó en su sitio detrás de la parrilla, y comenzó a acomodar los utensilios en la forma que le gustaba tenerlos.

—¿Mucho tránsito hoy? —le preguntó Roger, al tiempo que cerraba la tapa de la registradora.

—No tanto. ¿Cómo anduvo el día aquí? ¿Mucho trabajo?

—Muchísimo. Debe de haber habido veinte personas esperando para entrar cuando llegué, y no aflojó en todo el tiempo.

—¿Viste el diario de la mañana?

—Ojalá. Ni siquiera tuve tiempo de sentarme a comer.

—Léelo. Ese médico loco que vino aquí el viernes, anoche mató a un tipo en Higgins y Hancock.

—¿De veras? —dijo Roger, atónito.

—Un pobre mejicano con seis hijos. Un disparo en el ojo. ¿Te imaginas?

Roger no podía imaginarlo. Se apoyó sobre el mostrador. Las piernas se le aflojaron. Él, que se había enojado por haber recibido una trompada en la cara, ahora se sentía afortunado. Se estremecía de sólo pensar que el médico hubiera podido ir al Onion Ring con una pistola.

—Cuando te llega la hora, te llega —filosofó Paul. Se dio vuelta y abrió la heladera. Se fijó dentro de la caja de *bifes*, y vio que estaba casi vacía.

—¡Skip! —gritó. Lo había visto en el salón comedor, vaciando cestos de residuos.

—¿Tienes el diario? —preguntó Roger.

—Sí —le contestó Paul. Está en la sala de empleados, sobre la mesa. Te lo presto.

—¿Qué pasa? —preguntó Skip, acercándose al lado de afuera del mostrador.

—Necesito más *bifes* del *freezer*. Y ya que vas, tráeme también dos paquetes de panes.

—¿Puedo terminar primero lo que estoy haciendo?

—No. Los necesito ahora. No me quedan más que dos *bifes*.

Murmurando por lo bajo, Skip dio la vuelta por el mostrador y se dirigió al fondo del restaurante. Le gustaba terminar un trabajo antes de empezar otro. Además, le molestaba que todos se sintieran con derecho a mandonearlo.

Abrió la pesada puerta del *freezer* y entró en el frío ártico. La puerta se cerró automáticamente a sus espaldas. Levantó las lengüetas de cartón de la primera caja grande que encontró a la izquierda, pero comprobó que estaba vacía. Lanzó una maldición en voz alta. Su colega del turno de la mañana siempre le dejaba cosas que hacer. A esa caja habría que reducirla para reciclarla.

Fue hasta la siguiente, y también estaba vacía. Tomó entonces ambas, abrió la puerta y las arrojó afuera. Volvió a introducirse en las profundidades del *freezer* para buscar las cajas de reserva. Le raspó la escarcha a la etiqueta de la que tenía más cerca. Decía:

FRIGORÍFICO MERCER. BIFES DE CARNE

PICADA. TAMAÑO NORMAL. 50 G. EXTRA MAGROS. LOTE 6. PARTIDA 9-14-FECHA DE ELABORACIÓN: 12 DE ENERO. FECHA DE VENCIMIENTO: 12 DE ABRIL.

—Ya me acuerdo de esta —pronunció en voz alta. Controló las lengüetas, y efectivamente, la caja había sido abierta.

Para asegurarse de que no quedaran *bifes* más viejos, sacó la escarcha de la etiqueta de la última caja. La fecha era la misma.

Sujetó la primera caja y la arrastró hasta adelante. Sólo entonces metió la mano para sacar una de las cajas más pequeñas del interior. Como suponía, esta también había sido abierta.

Llevó la caja hasta la cocina. Pasó por detrás de Paul, que se hallaba limpiando los restos de la parrilla, y colocó la caja en la heladera.

—Por fin vamos a usar los *bifes* que abrí por error hace una semana, más o menos —comentó Skip, en el momento en que cerraba la heladera.

—Bien, siempre y cuando se hayan terminado los otros —respondió Paul, sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

—Me fijé bien. Los más viejos se habían acabado.

El enorme reloj de pared ubicado en la sala de redacción del canal WENE le dio a Kelly la hora exacta: 06:07. Las noticias locales habían empezado a las cinco y media. Su segmento debía empezar a las 06:08, y el técnico todavía seguía acomodándole el micrófono. Como de costumbre, Kelly sentía el pulso acelerado.

De pronto una de las cámaras de mayor tamaño se acercó hasta ubicarse directamente frente a ella. El camarógrafo hacía gestos de asentimiento y hablaba en tono quedo por su auricular. Por el rabillo del ojo Kelly vio que el director tomaba el cable del micrófono y enfilaba hacia ella. En un segundo plano alcanzaba a oír la voz de Marilyn Wodinsky, la locutora, que terminaba de ofrecer un

resumen de las noticias nacionales.

—Santo cielo —exclamó Kelly. Empujó la mano del técnico y rápidamente colocó ella misma el micrófono. Felizmente lo hizo, porque a los pocos instantes el director levantó cinco dedos y empezó la cuenta regresiva, que terminó señalando a Kelly con el índice. En ese preciso momento se encendió la cámara.

—Buenas noches a todos —saludó Kelly—. Hoy tenemos un informe exclusivo relacionado con una lamentable noticia local, una historia que se desarrolla a la manera de las tragedias griegas. Hace un año, teníamos una familia perfecta. El padre era uno de los más renombrados cardiocirujanos del país; la madre, psicoterapeuta, gozaba de muy alta estima por mérito propio, y la hija, una talentosa niña de diez años, era considerada una de las figuras más promisorias del patinaje artístico. El problema comenzó presumiblemente con la fusión del Hospital Universitario y el Samaritano. Al parecer, esto afectó al matrimonio, y pronto hubo un agrio divorcio y una lucha por la tenencia de la hija. Hace unos días, el sábado por la tarde, la niña murió a causa de una cepa de la bacteria E. coli que ha aparecido en forma intermitente en distintos puntos del país. El doctor Kim Reggis, el padre, afectado por la forma en que se desintegraba su vida, decidió que el culpable de la muerte de su hija era la industria de la carne de esta región. Se convenció de que su hija había contraído la toxina en uno de los restaurantes Onion Ring de la zona. La cadena Onion Ring compra las hamburguesas al Frigorífico Mercer, y este recibe un alto porcentaje de carne de la empresa Higgins y Hancock. Alterado, el doctor Reggis se tiñó el pelo de rubio, se hizo pasar por un operario desocupado y, usando un nombre falso, consiguió empleo en Higgins y Hancock, adonde dio muerte de dos disparos a otro trabajador. El muerto es Carlos Mateo, que deja una mujer discapacitada y seis niños pequeños.

»Las autoridades nos han hecho saber que un revólver hallado en el lugar del crimen estaba registrado a nombre del doctor, y en él se encontraron sus huellas digitales.

»El doctor Reggis está prófugo y es activamente buscado por la policía. Cabe mencionar, como giro imprevisto de esta situación, que su exmujer, Tracy Reggis, al parecer ha huido con él. A esta altura se desconoce si lo ha hecho coaccionada o por propia voluntad.

»Para acercar más detalles de esta historia, WENE entrevistó al señor Cari Stahl, gerente general de Foodsmart Incorporated. Le pregunté al señor Stahl si Becky Reggis podía haber contraído E. coli en un restaurante de la cadena Onion Ring.

Kelly lanzó un suspiro de alivio. Una maquilladora apareció desde atrás, le acomodó unos mechones de pelo y le empolvó la frente. Entretanto, apareció en el monitor del estudio el rostro de Cari Stahl.

—Le agradezco, Kelly, la oportunidad de hablar con sus televidentes —expresó Cari, en tono solemne. Primero, permítaseme decir que, habiendo conocido personalmente a Tracy y Becky Reggis, este asunto lamentable me ha conmovido sobremanera. Pero respondiendo su pregunta, le cuento que es totalmente imposible que Becky haya contraído su enfermedad en un restaurante Onion Ring. Nosotros cocinamos las hamburguesas a una temperatura interna de ochenta y dos grados, que incluso es superior a la que determina la FDA, y nuestros cocineros controlan dicha temperatura dos veces por día.

El director volvió a señalar a Kelly con el dedo, y en ese instante se encendió la lucecita roja de

la cámara.

—La misma pregunta le planteé al señor Jack Cartwright, del Frigorífico Mercer —dijo Kelly, mirando fijo al frente.

Una vez más, Kelly se distendió apenas se encendió el monitor, esta vez con la imagen de Jack Cartwright.

—El Frigorífico Mercer abastece a la cadena Onion Ring —afirmó Jack—. Los *bifes* se hacen con carne picada extramagra, por lo cual es imposible que alguien pueda enfermarse con una de estas hamburguesas. Frigorífico Mercer cumple —más aún, se excede en su afán de cumplir todas las normas que establece el Departamento de Agricultura para el faenamamiento de carne desde el punto de vista de la higiene y la esterilización. Los restaurantes Onion Ring reciben los mejores ingredientes que el dinero y la tecnología pueden avalar.

Sin un segundo de vacilación, Kelly retomó la palabra al concluir la entrevista grabada a Jack Cartwright:

—Y por último le hice la misma pregunta al señor Daryl Webster, director general de Higgins y Hancock.

El monitor volvió a encenderse por tercera vez.

—Onion Ring hace sus hamburguesas con la mejor carne del mundo —afirmó Daryl, belicoso, al tiempo que señalaba con el índice directamente a la cámara. Y desafío a cualquiera a que lo ponga en duda. Higgins y Hancock se enorgullece de abastecer la mejor carne vacuna al Frigorífico Mercer, proveedor de Onion Ring. Quiero agregar que resulta sumamente trágico el asesinato a sangre fría de uno de nuestros mejores empleados. Sólo espero que se pueda aprehender a este loco antes de que mate a alguna otra persona.

Kelly enarcó las cejas cuando volvió a encenderse la cámara que tenía ante sí.

—Como ven, se barajan emociones intensas en torno a este homicidio y la trágica muerte de una chiquilla. Esta es, hasta ahora, la nota sobre la familia Reggis y sus infaustas consecuencias. WENE irá brindando más detalles a medida que se vayan conociendo. Vamos a Marilyn.

Kelly exhaló ruidosamente y se sacó el micrófono. Como telón de fondo se oía la voz de Marilyn, que decía:

—Gracias, Kelly, por esta nota inquietante y desgarradora. Ahora, pasando al panorama local...

Kelly activó el portón automático del garaje, y se bajó del auto cuando este empezaba a descender. Se colgó la cartera al hombro y subió los tres escalones que llevaban hasta su casa.

Reinaba un gran silencio. Suponía que iba a encontrar a Caroline en el sofá, viendo la media hora de televisión que tenía permitida, pero el televisor estaba apagado, y Caroline no estaba a la vista. Lo único que oía Kelly era el ruidito de un teclado de computadora que llegaba desde la biblioteca.

Abrió la heladera y se sirvió jugo de frutas. Con el vaso en la mano, cruzó el comedor y asomó la cabeza en la biblioteca. Edgar se hallaba en la computadora. Kelly entró y le dio un pellizconcito en la mejilla, que él aceptó sin apartar los ojos del monitor.

—Muy interesante tu nota sobre el doctor Reggis —comentó Edgar. Hizo doble clic con el *mouse* y levantó la mirada.

—¿Te parece? —dijo Kelly sin demasiado entusiasmo—. Gracias.

—Una historia lamentable para todos los intervinientes.

—Eso como mínimo. Un año atrás, Reggis era la imagen del éxito norteamericano. Como cardiócirujano, lo tenía todo: respeto, una hermosa familia, una casa enorme, todos los adornos.

—Pero era un castillo de naipes.

—Eso parece —dijo Kelly, con un suspiro—. ¿Dónde está Caroline? ¿Hizo la tarea?

—Casi toda. Pero no se sentía bien y quiso irse a la cama.

—¿Qué le pasa? —Le parecía raro que Caroline se perdiera su programa de televisión.

—Nada terrible —le aseguró Edgar—. Un poco de dolor de estómago, retortijones. A lo mejor comió de más, y muy rápido. Después de la práctica de patín, quiso pasar por el Onion Ring, y el local estaba atestado. Se tentó, y pidió dos hamburguesas, un licuado y una porción grande de papas fritas.

Kelly sintió un nudo en la boca del estómago.

—¿Cuál Onion Ring? —preguntó, nerviosa.

—El de la calle Prairie.

—¿Ya se habrá dormido?

—No sé, pero no hace mucho que subió.

Kelly dejó su vaso de jugo y subió la escalera. Su rostro reflejaba ansiedad. Se detuvo ante la puerta de Caroline para escuchar. Una vez más, lo único que oyó fue el clic del teclado de la computadora desde la planta baja.

Abrió una rendija de la puerta en silencio. La habitación estaba a oscuras. Abrió un poco más, entró y se acercó a la cama de su hija.

Caroline dormía profundamente, con rostro angelical. Su respiración era profunda y pareja.

Kelly no cedió a la tentación de abrazarla, sino que se quedó parada en la semipenumbra, pensando en lo mucho que la quería, lo mucho que Caroline significaba para ella. Ese tipo de pensamientos la hacía sentir sumamente vulnerable. La vida era, en efecto, un castillo de naipes.

Salió del cuarto, cerró la puerta y bajó a la biblioteca. Tomó su vaso de jugo y se sentó en el sofá de cuero. Luego carraspeó.

Edgar levantó la vista. Conociendo a Kelly como la conocía, se dio cuenta de que ella quería hablar. Apagó entonces la computadora.

—¿Qué pasa? —dijo.

—No me he quedado satisfecha con la nota sobre el doctor Reggis. Lo mismo le comenté al director de noticias, pero no me dio autorización. Dice que es material para tabloides sensacionalistas; no quiere que pierda más tiempo en esto, pero yo lo pienso seguir.

—¿Por qué tienes esta sensación?

—Quedaron algunos cabos sueltos preocupantes. El más grande es el que tiene que ver con una inspectora del USDA de nombre Marsha Baldwin. Cuando Kim Reggis vino el domingo a verme, me dijo que creía que la mujer había desaparecido. Dio a entender que podría haber sido víctima de procedimientos delictivos.

—Supongo que la habrás buscado.

—Más o menos. No tomé muy en serio a Kim Reggis. Como te dije, me pareció que se había

enloquecido con la muerte de su hija. Se comportaba de manera extraña, y según dijo, la mujer había desaparecido desde hacía unas pocas horas. Entonces supuse que sus temores eran simplemente paranoia.

—Pero no encontraste a la mujer.

—No. El lunes la llamé un par de veces, pero no me dediqué demasiado. Hoy en cambio llamé a la oficina local del USDA. Cuando pedí hablar con ella, me quisieron comunicar a toda costa con el gerente regional. Por supuesto, no me pareció mal hablar con él, pero tampoco me brindó la menor información. Dijo, no más, que no la habían visto. Después de cortar me llamó la atención que me hubieran puesto al habla con la principal autoridad de la oficina para darme ese tipo de información.

—Sí, es extraño —reconoció Edgar.

—Llamé después y pregunté concretamente adonde trabajaba ella. ¿Y a que no sabes dónde?

—No tengo idea.

—En el Frigorífico Mercer.

—Interesante. ¿Y cómo piensas seguir investigando?

—Todavía no sé. Desde luego, me encantaría encontrar al doctor. Tengo la sensación de que siempre lo he perseguido.

—Bueno, yo he aprendido a tenerle respeto a tu intuición —dijo Edgar—. Por lo tanto, ve y hazlo.

—Ah, y otra cosa más —dijo Kelly—. Que Caroline no vaya a los restaurantes de la cadena Onion Ring, particularmente al de la calle Prairie.

—¿Por qué? A ella le encanta esa comida.

—Por el momento, digamos que por una intuición mía, nada más.

—Se lo tendrás que decir tú misma.

—No tengo problema.

El timbre de la calle sorprendió a ambos. Kelly miró la hora.

—¿Quién puede venir a casa un martes a las ocho de la noche?

—No sé —respondió Edgar, levantándose—. Atiendo yo.

—Bueno.

Kelly se frotó las sienes mientras pensaba la pregunta que le había hecho Edgar respecto de cómo pensaba encarar la investigación. Al no estar el médico, no sería fácil. Trató de recordar todo lo que él le había dicho el domingo, cuando fue a visitarla.

Oyó que Edgar, en el hall de entrada, hablaba con alguien y que este le indicaba dónde firmar. Segundos más tarde, regresó con un sobre marrón, mirando la etiqueta.

—Recibiste una encomienda —dijo. La sacudió. Algo se movía en su interior.

—¿Quién la envía? —preguntó Kelly. No le gustaba recibir paquetes misteriosos.

—No trae remitente. Las iniciales «KR», nada más.

—«KR» —repitió Kelly—. ¿Kim Reggis?

—Podría ser —dijo Edgar, encogiéndose de hombros.

—A verla.

Edgar le entregó el paquete y ella lo tanteó.

—No da la impresión de ser peligroso. Parece como si trajera un carrete acolchado con papel.

—Ábrelo.

Kelly rasgó el sobre y sacó un manajo de formularios de aspecto oficial, y una cinta grabada. Sobre la cinta, venía pegada una notita: Kelly: usted pidió documentación y aquí la tiene. Me mantendré en contacto. Kim Reggis.

—Son todos papeles de Higgins y Hancock —dijo Edgar. Y traen descripciones agregadas.

Kelly echó un vistazo al material moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Algo me dice que esta investigación apenas está comenzando.

Epílogo

Miércoles 11 de febrero

El ruinoso camión reciclado, que antiguamente pertenecía al servicio postal, gemía y traqueteaba, pero el motor seguía andando. Trepó por una pendiente luego de haber vadeado un arroyo pequeño.

—Dios santo, este arroyo nunca ha estado tan hondo como ahora —comentó Bart Winslow. Junto con Willy Brown, su socio, recorrían un solitario camino de campo tratando de volver a la ruta principal luego de haber recogido un cerdo muerto. Puesto que había llovido durante casi dos días, el camino estaba mojado, y los baches, llenos de barro.

—Estaba pensando —dijo Bart, luego de escupir tabaco por su ventanilla. A Benton Oakly no le va a durar mucho la granja si sus vacas siguen enfermándose de diarrea, como esta que retiramos antes del cerdo.

—Lo mismo digo. Pero me parece que esta no está tan enferma como la vaca de hace un mes. ¿Te parece que la llevemos al matadero igual que a la otra?

—Podría ser. Lo que pasa es que tenemos que ir más lejos, hasta el matadero VNB, de Loudersville.

—Sí, ya sé —dijo Bart—. Esa periodista de la televisión consiguió hacer cerrar Higgins y Hancock durante dos semanas para que se haga una investigación.

—La ventaja es que VNB es mucho menos exigente que Higgins y Hancock. ¿Te acuerdas de aquella vez que les vendimos esas dos vacas más muertas que un pavo de Navidad recién sacado del horno?

—Sí, por supuesto. ¿Cuándo calculas que reabrirá Higgins y Hancock?

—Dicen que el lunes que viene, porque no encontraron nada más que unos cuantos inmigrantes ilegales.

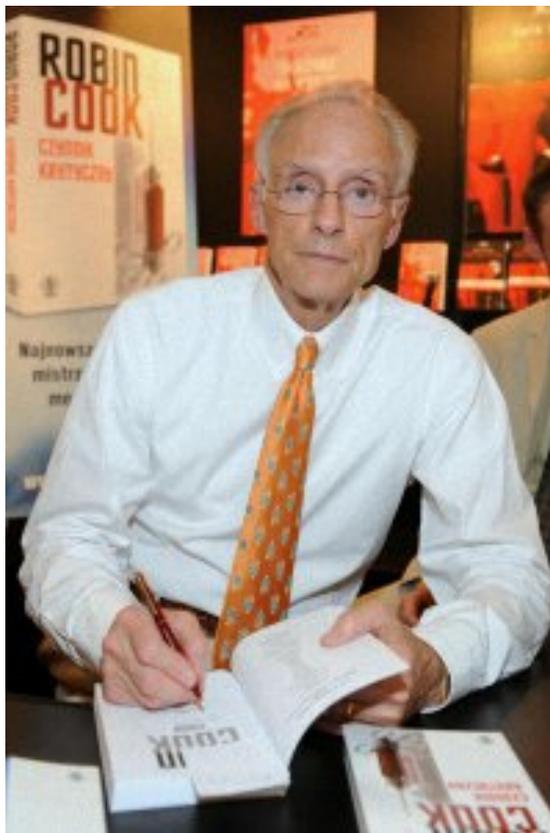
—Entiendo —dijo Willy—. ¿Entonces qué hacemos con esta vaca?

—Decidámonos. Es preferible recibir cincuenta dólares que veinticinco.

Palabras Finales

Un requisito fundamental para alcanzar la felicidad es la salud, y un requisito mínimo para la salud es contar con agua pura y alimentos no contaminados. El ser humano, en tanto civilización, viene luchando contra ambas cosas desde los albores de la urbanización. Sólo en tiempos recientes la ingeniería civil ha logrado soluciones sostenibles, pero lo trágico es que estas últimas han producido resultados opuestos. Luego de los importantes avances tecnológicos habidos en el campo de la conservación de alimentos; en particular en el rubro refrigeración, hemos venido perdiendo terreno debido a la presión por lograr una mayor cantidad de alimentos y menores precios. Los métodos intensivos de cultivo y cría de ganado han creado, en la práctica, atroces formas de contaminación, y existe el peligro de que engendren más también. Se trata de un problema que requiere urgente atención. A quienes deseen saber más sobre esta grave situación y los estragos que está causando les recomiendo que lean:

Fox, Nicols, Spoiled: What Is Happening to Our Food Supply and Why We Are Increasingly at Risk (Basic Books, 1997; Penguin, 1998).



ROBIN COOK. Estudió Medicina en la Universidad de Columbia y realizó prácticas durante algún tiempo en Harvard. Su carrera literaria ha estado siempre determinada por su profesión, y su amplia experiencia en el campo de la medicina le ha convertido en un maestro indiscutible de la literatura de suspense basada en temas médicos. Desde la publicación de su primera novela, el público y la crítica han reconocido sus valores como narrador y su habilidad para concebir temas que acaban por convertirse en *bestsellers* en todo el mundo.